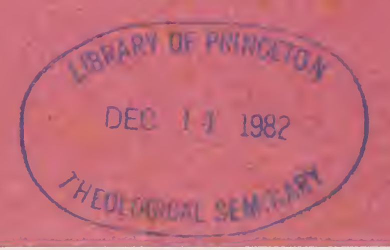

VIDA
PORTENTOSA
DE
SANTA
ROSA DE LIMA


LIBRARY OF PRINCETON
DEC 14 1982
THEOLOGICAL SEMINARY


(52)

VIDA DE SANTA ROSA DE LIMA.



...de noche, desnudos los pies, paseaba el huerto con una cruz muy pesada... (Libro primero: prim. part., cap. xv, p. 63).

VIDA PORTENTOSA

DE LA ESCLARECIDA VIRGEN

SANTA ROSA DE SANTA MARÍA,

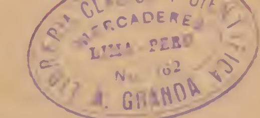
VULGO

SANTA ROSA DE LIMA.

ARREGLADA Á VISTA DE LOS MANUSCRITOS INÉDITOS
DEL RDO. P. FR. JOSÉ ANTONIO CATÁ DE CALELLA,
CAPUCHINO EXCLAUSTRADO.

Con licencia eclesiástica.

SEGUNDA EDICIÓN.



BARCELONA:
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5
1896.



PRÓLOGO.

El último de los Santos que entona alabanzas al Altísimo, ostenta, en sentir del celebrado maestro espiritual que nuestro siglo ha producido (1), las características notas de santidad que á continuación se expresan:

1.ª Obediencia á los mandamientos de la ley de Dios y preceptos de la Iglesia.

2.ª Celo encendido por la gloria de Dios.

3.ª Susceptibilidad exquisita por los intereses de Jesús.

4.ª Vehemente solicitud por la salvación de las almas.

5.ª Amor intenso y abrasado de sufrimientos, de penitencias ó asperezas voluntarias acompañadas de terribles pruebas interiores y purgaciones pasivas del espíritu (al decir de los místicos).

6.ª Favores y regalos sobrenaturales de oración, dones extraordinarios y obras milagrosas.

El grado en que le adornen es testimonio de sus excelencias; móvil que dispierta, estimula, acrecienta la á veces tibia

(1) P. Faber: Todo por Jesús (tomo II, cap. II, sec. 6.ª de la edición española; y cap. VIII, sec. 6.ª de la octava edición inglesa, en la que no hay división por tomos).

devoción de los fieles. Es espejo en que se componen las algo afeadas costumbres, y palanca que puede volver á una sociedad desquiciada sobre su natural asiento.

Eso explica el entusiasmo de un pueblo de cristianos por un compatriota que haya merecido una peana en los altares; entusiasmo rayano en delirio, si echan de ver en él grados de perfección sublimes. Y como en la gran familia cristiana las naciones son *quid* accidental, pues una es la Iglesia, una su cabeza; la sagrada veneración á un Santo no queda encerrada en los estrechos límites de una frontera, sino que se propaga por los ámbitos de la universal monarquía de la Iglesia.

En lo portentoso de la vida de nuestra Santa se revelan en alto grado las seis notas características de santidad eminente, al comienzo de este PRÓLOGO citadas. Basta una ligera ojeada al ÍNDICE de esta obra para convencernos de que Dios escogió á esta tierna doncella, decoro y esmalte del suelo americano, para que fuera un dechado de perfección; y para mostrarnos que puede llegarse á alto grado de santidad en opulenta y populosa capital, pudiendo una tierna y candorosa virgen, ayudada por la divina gracia, entregarse á los rigores de la más áspera y rigurosa penitencia.

No nos mueve á extrañeza, por tanto, que la devoción á la Patrona de América, Santa Rosa de Lima, haya traspuesto las fronteras del Perú y de la América toda; y que alimente la llama del amor para con Dios en corazón que lata en el más ignorado rincón de la tierra.

A fomentar laudable devoción á Santa tan grande, nacida en país amamantado á los pechos de nuestra Patria, va encaminada esta obra, cabalmente sacada á luz al cerrarse el tercer centenario de su nacimiento.

¡Ojalá tal publicación logre, mediante la divina gracia, ópimos frutos de santidad en los devotos de nuestra Rosa, y sirva de edificación á los fieles, y contribuya al mayor esplendor y nombre de la misma!

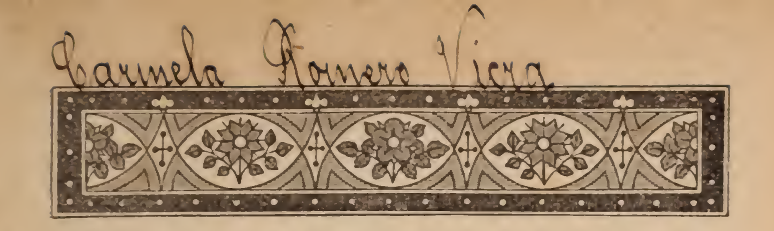
PROTESTA.

En esta obra se contienen muchos hechos que aparecen, y acaso son milagrosos; y no permitiendo nuestra Madre la Iglesia que se publiquen ni tengan por tales hasta que Ella misma los califique y apruebe: con la debida sumisión á los Decretos Apostólicos y con especialidad á los de Urbano VIII, protestamos que, á cuanto se refiere en ella, sólo se debe dar fe humana; puesto que está apoyado en lo que nos dicen los Bolandistas, y los biógrafos Rdo. P. Leonardo Hansen, reverendo Fr. Antonio de Lorca Navarro, Rdo. P. Andrés Ferrer de Valdecebro, Rdo. P. Jacinto Parra, Rdo. P. Juan Meléndez, Ilmo. Dr. Fr. Antonio González de Acuña, etc. Éste es y será siempre nuestro sentir que sometemos gustosamente al juício infalible de la Santa Sede.

Fr. T. de A.



devoción de los fieles. Es espejo en que se componen las alog



INTRODUCCIÓN.

En la narración de los hechos llevados á cabo por un mortal cuya fama haya llenado un período histórico cualquiera, observamos grandes y á primera vista extrañas diferencias; toda vez que mientras la historia de un profano se cierra siempre al cortarse el hilo de su existencia, la del más humilde Santo va continuando, continuando durante siglos y más siglos. ¡Cuántos favores no les debemos, cuántos hechos milagrosos no se verifican en el transcurso de los siglos por su bienhechora intercesión!

A más. Al recorrer un profano la carrera de su vida, cuando á veces es de esperar la sucesión de grandes hechos le arrastra en pos de sí la muerte, quedando manca su ya quizás celebrada historia. No sucede, empero, lo propio en la de los Santos; pues, según testimonio de la Sagrada Escritura (1), ni el más joven de ellos deja vacío alguno en los pocos años de su vida, puesto que consigue aquella sublime perfección que otros no alcanzan sino á costa de muchos años y fatigas.

(1) *Consummatus in brevi explevit tempora multa:* Con lo poco que vivió llenó la carrera de una larga vida. *(Sabiduría,* IV, 13).

No será de extrañar, por consiguiente, el método y la división que establecemos en esta edición de la VIDA PORTENTOSA de la excelsa joven Santa Rosa de Lima; advertimos, sin embargo, que la hemos arreglado á vista de los manuscritos inéditos del humilde y virtuoso capuchino exclaustrado de la provincia de Cataluña el Rdo. Fr. José Antonio de Calella, fallecido á los 19 de Abril de 1884 en esta ciudad de Barcelona (1).

Constará de dos libros: En el *primero* se narrará la vida de la Santa: lo dividiremos en dos partes cuyo respectivo asunto será la entrada y progresos de nuestra Rosa en la perfección cristiana, y la perseverancia final que corona su vida; el *segundo* versará sobre la gloria póstuma de la misma.

(1) En el n.º 2,577 del diario católico de esta ciudad titulado *Correo Catalán,* correspondiente al martes 22 de Abril de 1884, encontramos la siguiente *noticia:* «El sábado último entregó su alma al Criador el Rdo. P. José Antonio Catá de Calella, religioso capuchino exclaustrado.

«Varón bajo todos conceptos dignísimo, por sus obras ha demostrado en qué consiste la cacareada *holganza mística,* hermanando la Religión con la ciencia. Aficionado en extremo á la astronomía y geografía, no descuidó el estudio de la literatura, como lo prueba su agotada edición del *Novissimo Franciosini-ossia-Gramatica della lingua Spagnuola per uso degli Italiani adattata al metodo del Dottore Ollendorff,* en la que patentiza su humildad firmando sólo Giuseppe, Barcelona; el haber sido redactor del valiente periódico católico *La Convicción;* el haber compuesto un diccionario, único en su género, intitulado: *Fraseología Española,* que consta de cerca de veinte mil frases, recopiladas y explicadas en unos ocho años, al cual, lástima grande, faltaba dar la última mano para su publicación; el haber compuesto obras y cooperado á varias otras, de las cuales una es la *Vida de San Lorenzo de Brindis,* cuyo producto íntegro está destinado para el Papa. Habiéndose refugiado en Italia, á consecuencia de los tristes acontecimientos de 1835, fué bibliotecario de Parma, Piacenza y Reggio, regresando el año 1844 á la Península, donde desempeñó varios curatos, siendo por algún tiempo secretario del General de la Orden Capuchina (*). Al sorprenderle la muerte desempeñaba el cargo de coadjutor en el convento de Nuestra Señora de la Enseñanza. Su biblioteca contenía tan gran número de volúmenes, que parecía más propia de una Comunidad religiosa que de un simple sacerdote.»

(*) Por error disculpable se lee en esta gacetilla del *Correo Catalán* que fué secretario del General de la Orden Capuchina. Lo fué del Rdo. P. Provincial de Cataluña.

LIBRO PRIMERO.



PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

Patria, Padres y Nacimiento de la virgen Santa Rosa.

La antigua *Ciudad de los Reyes,* fundada á los 6 de Enero de 1535 por el valeroso español Pizarro, la grande y afamada capital del que fué poderoso imperio de los Incas antes del descubrimiento del Nuevo Mundo: la actual Lima, fué la patria de nuestra Santa. Aunque esta nobilísima ciudad goza de gran renombre entre las capitales de las Repúblicas en que se ha fraccionado la casi totalidad de la América española por su planta casi triangular, por sus rectas, anchas y empedradas calles, por sus ricas iglesias en número de sesenta y pico, por sus establecimientos literarios, por su biblioteca nacional que pasa plaza de ser la más rica del Nuevo Mundo, por los varones ilustres que con su virtud y letras han ennoblecido la mitra, la toga, la milicia y los claustros, etc., etc.; su fama se ha difundido por todo el orbe católico, logrando que sea recordada por millones de mortales, por haber sido feliz

cuna de la esclarecida virgen Santa Rosa de Santa María, nueva Catalina de Sena del Nuevo Mundo, honor y decoro de la venerable Orden Tercera del gran Patriarca Santo Domingo, aclamada Patrona de la América con espontáneo y universal aplauso.

Nació nuestra Rosa por los años del Señor de 1586, gobernando la Iglesia el Sumo Pontífice Sixto V, el día 30 de Abril, dedicado á solemnizar la fiesta de Santa Catalina de Sena á quien nuestra Santa escogió por Madre y Maestra en la vida espiritual. Disputan algunos autores sobre el día en que nació. El autor de las notas puestas en el Compendio de la vida de Santa Rosa impreso en París en 1852 por A. Mezín, advierte que parece equívoco de pluma ó de imprenta decir que Santa Rosa nació el 20 de Abril. En el *Sumario sobre la vida, virtudes y milagros para la beatificación de Santa Rosa*, que obra original en la Secretaría arzobispal de Lima, se lee que la madre de Santa Rosa declaró que su alumbramiento se había verificado á eso de las cuatro de la tarde del *postrero* de Abril de 1586. Fernando Flores, hermano de la Santa, léese en dicho *Sumario,* declaró lo propio, y á más que le constaba que en el libro en que su padre apuntaba los nacimientos se leía que nuestra Santa nació el último día de Abril. Es verdad que este *Sumario* no se presenta con los requisitos de derecho que informan el *Proceso* corroborado en Roma y comprobado en juício contradictorio ante la Sagrada Congregación de Ritos; mas esto no importa, pues tiene para nosotros autoridad bastante para aclarar este punto, toda vez que nos informa sobre el sentir de la madre y hermano. El error de fecha se explica fácilmente: El eminentísimo cardenal Decio Azzolino equivocó la fecha en su relación del 15 de Septiembre de 1663. En la vida de la Santa impresa en Roma en 1681 y escrita por el Rdo. P. Antonio González, Procurador de la causa, se lee lo mismo. De éstos han copiado la fecha los autores que la han equivocado. Y como en Roma no vieron el *Sumario* de Lima, por fuerza habría error en la copia que de Lima se les remitiera, y por consiguiente error en la fecha que nos fijan. Basta de esta oportuna digresión.

Fueron sus padres Gaspar Flores y María de la Oliva, ambos de honrada familia y escasos de bienes de fortuna; pero con muy especial providencia del cielo que había determinado enriquecerles con el precioso tesoro de su hija. El padre tuvo la ascendencia en la isla de Puerto Rico, y la madre era natural de la misma ciudad de Lima.

En la calle de Santo Domingo, y muy cerca del Hospital, vivían sus padres cuando vino al mundo la virgen Rosa: venturoso presagio del ardiente espíritu que había de heredar de su glorioso Padre Santo Domingo, para alcanzar con los favores de la divina gracia tantas victorias cuantas mudas pero terribles peleas tuvo que sostener contra la carne.

Grandes esperanzas concibió la madre por haberse visto libre de las terribles congojas y dolores que tuvo que experimentar al venir al mundo los once hermanos de la hermosa niña.

Con singular amor miraba el padre á su nueva hija, discurriendo que era prenda que había recibido del cielo, y creyendo que se le había compensado con tan rico tesoro los trabajos y fatigas de su pobreza y pocas conveniencias.

CAPÍTULO II.

Bautismo de la Santa, y como el cielo le dió el nombre de Rosa y el sobrenombre de Santa María.

En la fiesta de Pentecostés que los romanos llaman *Pascua de Rosas,* fué bautizada la tierna niña en la parroquia de San Sebastián; mas no recibió el nombre de Rosa, sino el de Isabel por respeto á su abuela materna Isabel de Herrera (1). Una cosa harto rara y singular aconteció aquel día feliz en que nuestra Virgen nació á la vida de la gracia, llenándola el Espíritu Santo de sus divinos

(1) Esta costumbre aun se observa. Perpetúan así los abuelos su memoria, y paréceles que en cierta manera nacen de nuevo.

dones. Pues luego de haberla bautizado, fué el cura de la parroquia, D. Antonio Polanco, á escribir, como es costumbre, la partida en el libro de *Bautismos; y* en vez de *Isabel, hija legítima,* escribió *Isabel, hija de estima* (1). No reparó en ello el señor Cura, que no todas las cosas que Dios ordena se conocen desde luego. Creció Rosa, y confirmó con su santa vida el vaticinio de la partida; pues ciertamente ha sido digna de universal consideración y aprecio (2).

Crecía cada día más robusta y hermosa; y si sólo por ser hija atraía el cariño de su madre, con su apacibilidad y sosiego la había como hechizado.

Mas pronto quiso mostrar el cielo que la quería para sí; y tan del todo, que ni nombre ni apellido de padres y abue-

(1) Para que se vean las maravillas que encierra la partida de Bautismo de nuestra Santa, la ponemos á continuación tal como la trae el P. Meléndez en sus verdaderos *Tesoros de las Indias,* tomo II, página 179. Dice así:

«*Fe de Bautismo de Santa Rosa:*

«Certifico yo que el Maestro D. Juan Messía de Mendoza, Cura Rector de la Parroquia del Señor San Sebastián de esta Ciudad de los Reyes y Catedrático de Prima de Filosofía en la Real Universidad, que en un libro aforrado en pergamino, donde se asientan los Españoles baptizados *(sic)* en dicha Parroquia, que comenzó á correr en 2 de Noviembre de 1561, á fojas 72, entre otras, está una partida que á la letra es como sigue:

Isabel hija de estima.	En Domingo día de Pascua de Espíritu Santo, veinte y cinco Mayo de mil y quinientos ochenta y seis, bautizé Isabel, hija de Gaspar Flores y de María de Oliva; fueron padrinos Hernández de Valdes y María Orosco.

«Antonio Polanco.»

«Y encima de la *B* del dicho nombre ay *(sic)* un borrón, que la ocupa toda, y al margen de dicha partida dice: Isabel hija de estima, la cual dicha partida con su margen está fielmente sacada del dicho libro, donde está la original á que me refiero; y para que conste di ésta firmada de mi nombre, en Lima á cuatro de Noviembre de mil seiscientos y sesenta y nueve años.

El Mro. D. Juan Messía de Mendoza.»

(2) Definición de *estima,* sacada del Diccionario de la Real Academia, 12.ª edición.

los permitió que le quedase (1). Pues llegó la tierna Isabel á la edad de tres meses, cuando la criada que la estaba meciendo en la cuna, al mirar si estaba durmiendo, le descubrió el rostro levantando un poco el velo que la cubría, y echóle de ver como una rosa. Al punto, llena de alegría y admiración, llamó á dos hermanitas de la niña, las cuales se entregaron á tantas demostraciones de admiración y alegría al verla, que llamó la atención de la madre que se hallaba descansando en otro aposento. Entró luego en el cuarto donde estaba la cuna, y vió que la faz de su hija estaba como oculta por una rosa por entre cuyas hojas se divisaban los lineamientos del rostro, como si dijera el cielo que era *Rosa* la que llevaba ya tres meses de vida. Al poco rato desapareció la rosa, y quedó el rostro de la niña, si cabe decirlo así, mucho más hermoso que antes, pues habiendo desaparecido quedaron como impresas dos en sus mejillas (2).

Alborozada la madre con el suceso, y barruntando algo extraordinario que sólo se conocería cuando á Dios le pluguiera manifestarlo, estrechando la niña entre sus brazos y con los cariños con que suelen acariciar á sus hijos aun las madres más mesuradas, comenzó á decirle entre amorosos besos: *¡Vida mía! ¡Rosa mía! Tú has de ser mi Rosita, y mientras Dios me dé vida, Rosa te llamaré.* Acto continuo, dirigiéndose á su familia, dijo: «Nadie ose llamarla

(1) Quizá á este efecto y por especial providencia de Dios cayó el borrón sobre la *B* de su nombre en la *Fe de Bautismo.*

(2) La madre de Rosa llamada como testigo, depuso este caso tan singular tal como se lee en el *Sumario de las virtudes de Rosa,* página 5, que á la letra y en su original es como sigue:

«E nel di che la detta Sor Rosa fini tre mesi li cavó le mani, e mentre in quel giorno stava questa Testimonia riposando, una Moretta che aveva la cura de la cuna, per qualche permisione di Dio alzó un panno col quale era coperto il viso di lei, e questa Testimonia andó al rumore che fece la detta Moretta con altre due fanciulle che erano con lei, e dicevano, che è bella questa fanciulla, e subito che la vidde la parve che il suo viso e capo era messo in una Rosa grande di colore molto acceso, e che ciò fù repentinamente senza pensare, e che subito disparve questa rosa, restando il viso molto bello, e più bello di quel che altre volte l'aveva visto, et allora questa Testimonia colma di allegrezza la prese in braccio, e la baccio molte volte replicando molte volte: Vita mia mentra Dio mi darà vita non averai da udire dalla mia bocca altro nome che Rosa.»

«*Isabel* sino Rosa; pues ha nacido en mi casa, para dar el «que todo bien dispone alivio en mis trabajos con su sin par «hermosura.»

Anduvo muy discreta la madre, pues los prodigios que Dios obra, deben los hombres acatarlos. Y como los nombres y apellidos, cuando están impuestos por el mismo Dios, declaran los caminos á que su divina providencia los llama; de aquí que sucedió á Rosa lo que con San Pedro, pues llamándose éste Simón, y habiéndole elegido Jesucristo piedra fundamental de la Iglesia, le mudó el nombre y le dijo (1): *Tú serás llamado Cefas* (que se interpreta «*Pedro*»).

No le caía muy en gracia á la buena de la abuela el que á su nietecita le hubieran quitado el nombre de Isabel y puesto el menos usado por aquellos lugares y tiempos. Pues no considerando lo que Dios había dispuesto, atribuía á desprecio la mudanza de nombre. De aquí que porfiaran madre y abuela hasta el punto de castigar la madre á la inocente niña si al ser llamada Isabel daba contestación alguna, y de castigarla la abuela si contestaba al llamarla Rosa. Mas por fortuna para entrambas cesó tan desagradable porfía al llegar la niña á los cinco años cabales; toda vez que en el acto de administrarle el sacramento de la Confirmación en el pueblo de Quivi, el santo Arzobispo D. Toribio Alfonso de Mogrovejo, movido por espíritu superior, la llamó *Rosa,* cuya fragancia empezaba quizás á percibir el espíritu de que estaba lleno tan santo Prelado. Confirmado el nombre quedó decidido el pleito, sosegando por fin la abuela.

Transcurrieron veinte años, y graves dudas angustiaron á nuestra Virgen. Llegando á entender el suceso que se obrara allá á los tres meses de su vida, y que á su madre por consiguiente, y no al bautismo, debía el nombre de *Rosa,* llegó á pensar con cuerda discreción que nombre tan nuevo y desusado en aquellas partes de la meridional América podía hacerla celebrada y conocida entre las gentes... cosa que ella profundamente detestaba. Traía, por consiguiente, su ánimo desasosegado é inquieto por estos escrú-

(1) Evangelio de San Juan I, 42: *Tu vocaberis Cephas (quod interpretatur «Petrus»).*

pulos que la punzaban sin cesar. Decidida á deponerlos, fuése al convento del Rosario, y allí un buen Padre de la Orden de Santo Domingo procuró tranquilizarla diciéndole, que le estaba muy bien el nombre de Rosa, y que procurase con sus virtudes serlo de buen olor á Cristo, y que para andar más segura se encaminase á la capilla del Rosario á consultarlo con su Divina Madre. Así lo hizo la dócil y obediente Virgen, y ya en la capilla, hincadas las rodillas ante la hermosa y milagrosa imagen de María, con humildes ruegos pidió remedio y consuelo á la que es Madre de clemencia y misericordia. Oyó la Rosa mística de Jericó, María, las súplicas de Rosa de Lima, marchita y agostada por sus penas y escrúpulos, y con alto é inefable rayo de interior ilustración, la consoló y habló interiormente, dándole á entender que era agradable á su Divino Hijo que llevaba sobre su virginal brazo, que se llamase Rosa, y que añadiese al nombre de Rosa el apellido ó sobrenombre de Santa María. Con este favor tan singular la que antes temerosa rehusaba el nombre que su madre le impusiera cuando lo de la cuna, cobró nueva firmeza con el sobrenombre al ver que ambos poseía por especial orden del Cielo.

Los méritos de los Santos, dice San Ambrosio (Padre de la Iglesia), tienen el privilegio de que Dios les ponga el nombre según su beneplácito. ¡Qué dicha, pues, sería la de Rosa cuando no sólo recibió el nombre por disposición del cielo, sino también el sobrenombre! ¡Razón tenía, pues, la afortunada Virgen cuando al regresar á su casa, después de haber comulgado, abrasada en divinos incendios, sin poder irse á la mano, impetró de su madre con reiteradas súplicas que le repitiese muchas veces el dulce nombre *Rosa de Santa María!* porque en sonando á sus oídos se recreaba maravillosamente su espíritu, derritiéndose y regalándose en suavísimas dulzuras. Maravillóle en verdad á la madre cambio tan repentino, y apenas prestaba crédito á lo que veía; mas atajóle su hija toda duda al decirle: *Ahora mismo me acabo de levantar de los pies de la gran Reina Madre de Dios, y tengo completa certeza de que le es agradable este mi nombre, y con su bendición y maternal cariño he llegado á entender que mi alma se ha transformado en una*

Rosa consagrada al amable Jesús Nazareno. Con lo cual si en algún tiempo el nombre de Rosa le había sido dudoso, con la aprobación del cielo andaba asegurada; y por esto quería que le repitieran el nombre, pareciéndole que con ello le recordaban sus deberes para con Dios. Lo demás que en aquella feliz Comunión le había sucedido, callólo la humilde y recatada Virgen llevada de la profunda humildad con que encubría los favores divinos. A su madre bastóle para quedar muy contenta y ufana saber que Dios había aprobado el nombre que ella, movida de su maternal afecto, le impusiera, y que tantas desazones con la abuelita de la niña le causara.

CAPÍTULO III.

Maravilloso sufrimiento en los males que desde muy niña padeció nuestra Virgen.

Se lee de muchos Santos que con raro prodigio de virtudes vivieron con admiración y pasmo del mundo entero, que el cielo los señaló desde muy niños mostrando con prodigios y maravillosas señales lo que serían en lo porvenir de su milagrosa vida, para que los hombres repararan en el singular favor que Dios les hace dándoles vivos ejemplares que imitar. De San Ambrosio se cuenta que cuando estaba en la cuna entraban y salían de su boca abejas que fabricaban en ella dulcísimo panal... señal manifiesta de la maravillosa elocuencia con que Dios le adornó, y que todavía brilla en sus inmortales escritos; y Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores, á más de contarse lo propio que de San Ambrosio, también se lee que su segunda madre por respeto del Bautismo, vió, siendo aún pequeñito, una estrella sobre su cabeza cuyo resplandor iluminaba el orbe universo; y que su propia madre, cuando le llevaba en su seno, vió en sueños un lebrel que tenía en su boca una hacha encendida, y con ella daba luz al mun-

do... Señal manifiesta también de su elocuencia y sabiduría, y de la luz que recibiría el mundo con su doctrina y la de su sagrada Orden (1). Bien puede acompañarse con estos prodigios el extraño suceso de la rosa que apareció cubriendo el tierno rostro de la Santa, narrado en el capítulo anterior; pero aun queremos añadir otros dos bien singulares, para que quede bien manifiesto lo que afirmamos al comienzo de este capítulo. Uno fué el no haber llorado jamás ni en brazos de su madre ni fuera de ellos, ni en la cuna ni fuera de ella al fajarla y vestirla. Silencio raro, porque las lenguas de los niños son los ojos que hablan con las lágrimas, manifestando su sentimiento y dolores. Muchos tuvo que sufrir sin duda alguna la tierna niña, porque échase menos en los pobres abrigo y cuidado para sus tiernos hijos, y siéndolo tanto los padres de Rosa, de creer es que padecería todas las incomodidades que acompañan siempre á los poco acomodados. Pasaba, pues, la tierna niña envuelta entre las fajas como si tuviera ya capacidad y entendimiento, sufriendo y tolerando sin derramar ni una lágrima, con admiración de todos los de la casa, todas las consecuencias de la forzosa atención de su madre á otros quehaceres.

El otro, del todo opuesto al primero, consistió en que cierto día lloró tanto, con tanto tesón y coraje tan deshecho, que llegó la madre á temer seriamente por su hija. El motivo de semejante llanto fué, como luego pudo colegirse, que una noble de Lima, movida con lo que andaba de boca en boca acerca de la hermosura y del sosiego y paz con que se criaba Rosita, había mostrado vivos deseos de verla; lo cual sabido por la harto complaciente madre, ufana con tal hija, sin hacerse mucho de rogar, apresuróse á satisfacer los deseos de tan principal señora. Mas al pisar los umbrales de la casa para tributar tal obsequio á persona tan distinguida, rompió á llorar tan reciamente la tierna niña, que obligó á que su madre, volviendo pie atrás, desistiera de todo propósito de visita. Ya en su cuarto, dejado el llanto, comenzó la niña á reírse con demostraciones tales, que su madre pudo fácilmente entender que su hija gustaba mucho de estar en

(1) M. Alonso de Villegas: *Flos Sanctorum*, págs. 522 y 815.

casa, y que sólo era parte á turbar su sosiego el que se pretendiera llevar á cabo propósito como el que anteriormente persiguiera su madre; por lo cual excusado es decir que en ulteriores visitas cuidó muy mucho su madre de evitarse chasco tan solemne y de excusar á su hija lágrimas de tanto sentimiento.

En niña de tan corta edad claro está que más que la naturaleza obraba la gracia que comenzaba á alumbrar á aquella alma venturosa, con pronóstico feliz de lo mucho que había de brillar en su retiro y recogimiento. A los tres años de su vida dió mayores muestras de que tan superiores luces se anticipaban al uso de razón, porque iba descubriendo en edad tan temprana una tan sólida fortaleza de virtudes, que pasma ciertamente el contemplarlas. Un triste sucedido que fielmente vamos á relatar nos mostrará la paciencia heroica y la admirable fortaleza de ánimo que en tan pueril edad desplegara. Acercóse á una grande caja que la criada había abierto, mas cerrándose de improviso le atrapó el dedo pulgar de su mano derecha. Ella, empero, con mucho sosiego dijo á la criada: *Levanta la tapa que me aplasta el dedo.* Oyendo esto su madre, toda turbada, llegóse á ella y le preguntó si le dolía mucho; mas ella contestó: *No es cosa.* Así se pasaron muchos días, y cada vez que los de casa la cogían de la mano, ella les decía: *No la apretéis, que el dedo me duele;* mas decía esto en tono natural, para que no se viniera en conocimiento de lo que realmente había. Algún tiempo después comenzó á despedir su dedo, aparentemente sin la menor novedad, un hedor tan repugnante, que obligó á sus padres á que el cirujano D. Juan Pérez de Zumeta se llegara, quien visto el dedo, le hizo aplicar emolientes para madurarlo. No pudiéndole sacar con facilidad el último pedazo de uña que retardaba la completa curación de la llaga, tuvo que apelar el cirujano á las temibles pinzas. Operó sin protesta, sin lamentos, sin que brotara una sola lágrima de los ojos de la tierna niña; sucedido que admiró á todos, particularmente al predicho cirujano, que no pudo menos que decir: *¡Han visto qué valiente la pequeñita!*

Y no fué esto solo. Engendrósele en una oreja una apostema de tan mala calidad, que se manifestó rebelde á toda

medicina y á la ciencia y cuidado de los médicos, por manera que fué preciso cortarle la ternilla y respetarle sólo la mitad de la oreja. No hizo más movimiento al corte que el consiguiente á las tijeras que hubiesen entrado para halagarle con ellas el oído.

A más, contaba ya cuatro abriles cuando se le llenó la cabeza de empeines (1). A la buena de su madre, poco inteligente en achaques de medicinas, parecióle acabar con la enfermedad y abreviarle la cura desparramando por su cabeza polvos de oropimente (2). Tomaron tanto cuerpo los dolores de la cabeza, que parecía acometida de violento frío de terciana... tal era el temblor que de nuestra Rosa se había apoderado. No estaba en manos de Rosa impedir estos efectos, pues hay movimientos en el cuerpo humano que no dependen de la voluntad; los ocultaba, empero, con el mayor silencio, y sólo lo cortaba con un *no es cosa* al ser preguntada por su madre. No sosegaba ésta, porque veía todo marchito el habitual sonroseo de sus mejillas, macilentos los labios y tristes los ojos... efectos naturales del dolor intenso que sufría y de lo que iban labrando en su cabeza los polvos malhadados. Determinó, pues, la madre descubrirle la cabeza; quitóle el paño que le servía como de emplasto, y vió todo aterrorizada que la cabeza de su hija estaba cuajada de ampollas, postillas y llagas que daba verdaderamente lástima. Volvióse á la paciente Rosa su afligida madre, y llenos de lágrimas los ojos y de dolor el corazón, la dijo: *¿Es posible, miserable y desdichada de ti, que hayas podido sufrir una sola noche sin quejarte el fuego voraz de estos tan corrosivos polvos? Perdida y abrasada tienes toda la cabeza. ¿No te traspasaba los sienes un dolor tan intenso?* Respondióle humilde y modesta la virgen Rosa: *No, mamita, no me dolía mucho, pues el dolor ha sido muy soportable.* Por espacio de cuarenta y dos días, tiempo que duró la cura, pudo palpar y admirar el cirujano la

(1) Especie de enfermedad del cutis, que lo pone áspero y encarnado, causando picazón en aquella parte. *(Dic. de la R. Acad., ed. 12).*

(2) Mineral compuesto de arsénico y azufre, de color de limón, de textura laminar ó fibrosa, y brillo craso anacarado. Es venenoso, y se emplea en pintura y tintorería. *(Id.).*

paciencia y fortaleza verdaderamente milagrosas en niña de tan pocos años... durante ella, las muestras de sentimiento estuvieron acordes con las del antiguo dolor.

Sucedió poco tiempo después que la bendita niña metióse, desconócese el motivo, una habichuela en la nariz, y tan adentro que apenas se veía. Su hermano, con quien tal vez estaría jugando, lo contó á su madre, la cual llamó al mismo cirujano Juan Pérez de Zumeta, quien, visto el caso, sacó las pinzas y á tres tirones consiguió su objeto, no dando Rosa muestra alguna de sentimiento, como si se hubiese verificado la operación en una estatua. Hasta aquí llegó la paciencia y fortaleza de nuestra Rosa, niña que no contaba aún seis años.

Preludios de lo heroico de sus virtudes en lo restante de su vida, como se echa de ver en los capítulos que siguen.

CAPÍTULO IV.

Extraño suceso que le aconteció en su niñez con uno de sus hermanitos, y consiguiente voto de castidad.

Amaneció tan temprano en el corazón de la virgen Rosa el Señor con sus gracias y dones, que desde luego le fué señalando el camino por donde la tenía destinada. La introdujo por la puerta principal de la perfección cristiana, que es el desprecio del mundo y de sí misma. Con esta luz que Dios le comunicara, conoció que todo era *vanidad de vanidades*, y así todo lo que hay en él de más alegre le era triste y molesto: la recreación le servía de fastidio; el gusto, de pena; las fiestas, de cansancio. Apenas contaba cinco años cuando ni en los divertimientos de la niñez ni en los decentes pasatiempos sentía complacencia;

todo lo que el mundo tiene en mucho, ella lo estimaba en nada. ¡No era fácil que se dejara llevar de estas cosas materiales un corazón que estaba tan gustosamente aprisionado con los dulces vínculos del amor divino!

Sirvióle para mayor desengaño y para convencerse más y más de esta verdad un raro suceso que le aconteció con su hermano algo mayorcito que ella. Una tarde, jugando quizá con su hermano, llenóle éste de lodo la hermosa madeja de sus cabellos. Sintiólo grandemente la niña, no por la burla que pudiera acarrearle; sino porque los vió ensuciados con barro. Quejóse con tierno sentimiento á su hermano, y dióle á entender su disgusto con muy cuerdas palabras. Este, al verla algo inquieta, le dijo estas bien singulares razones, si se considera que salían de tiernos labios: *¿Cómo, hermana, tanto te aflige y congoja la enlodadura de tus cabellos? Sabe, pues, que los que aliñan y trenzan con tanto cuidado las doncellas, son redes y cuerdas con que prenden y amarran las incautas almas de los mozos; son obstáculos en que tropiezan hasta caer y dar de hocicos en el infierno: atiende, pues, y mira que Dios aborrece muy mucho los cabellos que tú tanto estimas y quieres.* Razones tan vivas y eficaces, expuestas con tono y gesto de consumado orador por muchacho que apenas contaba los siete años, venían guiadas sin duda alguna por soberano impulso; así lo comprendió Rosa, aunque de corta edad, resultando que obraron en su ánimo más poderosamente que lo que pudiera animarlas el aliento del que las decía. Fueron más que palabras, truenos que hacían temblar su tierno corazón. Comenzó, pues, desde entonces por concebir en su ánimo grande horror al infierno, como que es la pérdida de una eternidad bienaventurada. Ponderaba con atención muy superior á su edad el venturoso sosiego y dulce tranquilidad del estado de gracia, la miserable inquietud y desdicha del más horrendo de los males... del pecado. Comenzó á fortalecer el ánimo contra todo lo que fuera ofensa de Dios, y pareciéndole que sus cabellos podrían serlo, trató de despreciarlos y aborrecerlos. Determinó arreglar su vida desde luego, de forma que sólo tratara de temer y amar á Dios; y así se llenó su alma de una altísima estimación para con Dios,

de un temor filial, de solícito cuidado de salvarse y de firme aborrecimiento del pecado.

¿Quién pudiera esperar cosas tan grandes de lo que era juego y entretenimiento de niños? ¿y del lodo que ensució su cabello sacar tan profundas reflexiones y tan maravillosos efectos? Pero con la luz del divino rayo que le iluminó en esta ocasión llegó Rosa á conocer con toda claridad las pocas fuerzas con que contaba para alcanzar la cima de las virtudes y la apremiante necesidad de implorar sin desfallecer el auxilio, los socorros de la divina gracia. Avivósele con esto el fuego de la oración, y alimentábalo de continuo con el santo ejercicio de la jaculatoria: *Jesús sea bendito, Jesús sea conmigo. Amén.* Ejercicio que ni durmiendo dejaba de practicar. Así ocupaba la presencia de Dios lo más íntimo de su corazón, de forma que al despertar recordaba perfectamente que se había ejercitado provechosamente con dulces coloquios y oraciones jaculatorias en la contemplación de la grandeza y providencia divinas.

Hallábase ya en esta edad en la carrera que tan felizmente corrió la seráfica virgen Santa Catalina de Sena; y así á su imitación y ejemplo á los cinco años hizo voto de perpetua virginidad; y luego determinó cortarse ella misma los cabellos sin conocimiento de su madre, para que no motivasen el faltar á la castidad que con toda deliberación había prometido. Aprendió en el suceso del lodo que los cabellos podrían ser ocasión de manchar con barro el candor de su pureza y la castidad prometida. Tan altos son los juícios de Dios como maravillosos los movimientos de su gracia, pues en edad tan temprana redujo á la virgen Rosa á aquella madurez de juício con la cual sin grandes esfuerzos pudo formar un altísimo concepto de la grandeza de su Dios, ver claramente el valor de la eternidad, la excelsa prerrogativa de la pureza virginal, los peligros del mundo, los anchos caminos del infierno. Le amaneció el uso de razón tan temprano, que llegó á penetrar, favorecida por la divina gracia, la estrecha obligación que tenemos de entregarnos todos á Dios como á último fin, cada cual según sus fuerzas y las luces que recibe del Cielo. Y esto no fué en la niña Rosa aurora que apareció con su temprano discurso, sino sol

refulgente de mediodía en el conocimiento que la guió é inflamó con rayos superiores, señalándole la vereda por donde debía caminar; angosta senda de la cual, sea dicho de paso en honor de tan gran Santa, no se apartó jamás, logrando al fin de su carrera palma y corona merecidas.

CAPÍTULO V.

Ciega obediencia que Santa Rosa tuvo á sus padres, y lo que se aventajó en esta virtud.

En la elección de deberes, cuando por una parte es justo honrar á los padres y por otra más conveniente atender al servicio de Dios y á sus divinas inspiraciones, manifestó nuestra Santa todo su ingenio y agudeza por no romper con uno de ellos, sino por el contrario para obrar de modo que no ofendiese á Dios ni disgustase á los que le dieron el ser. Entraba este Divino Señor á su escogida Virgen por las estrechas sendas de la perfección y santidad; mas su madre, por el contrario, con natural algo desvanecido por la vana pompa del mundo, acariciaba el que su hija se enredase en los peligros de él, siguiendo la ancha senda de sus locas vanidades. En estos dos caminos tan opuestos portóse de manera tal, que con su cuerda discreción dejaba gustosa á su madre obedeciendo á su celestial Esposo, y dejaba á su vez gustosa á Este por la debida obediencia á su madre. Fué muy singular el suceso en que compuso admirablemente obediencias tan encontradas.

Cierta tarde unas amigas de su madre tuvieron ocasión de admirar en su huertecillo gran variedad de flores y el esmero con que estaban cultivadas. Cortaron algunas, y habiendo entretejido con ellas una corona, llegáronse á Rosa y dijéronle que tuviese á bien ceñírsela, toda vez que la habían compuesto para coronar su hermosura. Extrañó, como

poco acostumbrada, este lenguaje; y rehusóla con humilde modestia. Porfiábanla, y ella se excusaba con muy discretas razones. Llegó en eso su madre, mandóle que se la ciñese; y al punto obedeció sin réplica alguna. En esta lucha de la mortificación y desprecio de la vanidad, y la obediencia en rendir el propio parecer al materno precepto y la voluntad al vano adorno de la guirnalda; venció sin duda alguna la viveza de su ingenio. Pues con singular destreza clavó en ella un alfiler más que regular, ajustóla á la cabeza, y apretó con tanta fuerza donde había el alfiler, que en vez de vistoso adorno fué para ella gravísimo tormento.

No llegara á oídos del mundo tan santa estratagema, si el mismo alfiler no se hubiese encargado de mostrarla, quedando clavado de manera tal que fué menester un cirujano para que se la arrancara; y esto, con mucho sentimiento de la niña, no del dolor físico que la operación del cirujano le causase, sino del moral efecto de tal descubrimiento. Escondió el alfiler entre las flores por no toparse con el áspid de la vanidad; y para que no le picara, mostróle el valor que la divina gracia le había infundido. Mucho dijeron de su hermosura las buenas señoras amigas de su madre, la cual se complacía en extremo y escuchaba todo embelesada las alabanzas que á la belleza de su hija prodigaban. A nuestra Rosa, empero, nada pudo hincharla, porque había tapado el alfiler todo el hueco que pedía la vanidad, de forma que no es fácil aclarar qué atormentó más á la dócil Rosa, si el agudo y penetrante alfiler ó la vistosa corona de flores. Ello fué caso tan extraño como singular, pues obedeciendo á su madre supo atormentarse y mortificarse atrozmente, hollando la vanidad y las vanas pompas del mundo; no lo es, empero, menos el siguiente.

Tenía nuestra virgen Rosa unas muy lindas manos, pero cuidaba tan poco de ellas como de su ovalado rostro y del aliño de sus rubios cabellos. Deliraba su madre por verla más hermosa, y en esto no la quería bien; pues la sencillez en adornarse las doncellas es el mejor y más preciado adorno, de suerte que todo lo que pierde en belleza el cuerpo corruptible lo gana nuestra alma inmortal. Así es que para lograr tal objeto, para que las lindas manos de su hija fue-

sen aún más suaves al tacto, mandóle que llevara durante la noche unos guantes, los cuales, con ciertos polvos, tenían la virtud de suavizar la epidermis y perfeccionar su blancura; al menos así se lo habían persuadido. No replicó la obediente de la hija, y al acostarse, cediendo á la insistencia de su madre, por sólo obedecer se los puso; mas apenas se durmió empezaron los guantes á calentarse y encenderse de manera que la fuerza del dolor la despertó *incontinenti*. Como el dolor le iba aquejando más y más al abrasarse sus manos, no pudiendo sufrir tan agudo dolor, se los quitó. Pasó toda aquella noche muy inquieta por el ardor de los guantes; mas levantó su espíritu al Señor, quien consoló á su esposa con admirables suavidades. Por la mañana entregó á su madre los guantes, y le contó ingenuamente lo que le había acontecido; y mostrándole sus manos lastimadas, suplicóle con mucho rendimiento que no la obligase á suplicio semejante. Hízolo así su madre, y viendo, y no sin lástima, el estrago de los guantes y cuán opuestamente habían respondido á su vanidosa pretensión. Mas por eso sosegó su ánimo á vista de tan estupendo y prodigioso sucedido; y era que no entendía el mudo lenguaje con que Dios abogaba por su esposa sólo para sí y no para el mundo.

De aquí que ocupada de la idea que motivara lo de los guantes, obligó á su hija á que trenzara y rizara el cabello, que lavara su rostro con agua de olor, que costosas gargantillas y manillas adornaran su cuello y muñecas respectivamente, cual las otras doncellas de su edad. Pretendía persuadirla á que avivase lo agradable de su rostro con colores y afeites; á que con galas de buen gusto luciera el brío y las prendas con que la dotó la naturaleza. Le repetía una y mil veces que por sólo su antojo ahogaba las fundadas esperanzas de lograr matrimonio aventajado, echándolo todo á perder con su baja y refinada hipocresía. Al oir esto nuestra Rosa, fijos los ojos en el suelo, recordaba que había prometido á Dios serle suya por toda la vida y lo que debía á la obediencia de la madre, fluctuando entre tan opuestas corrientes sin acertar lo que había de responder. Remitiólo al silencio; calló, pues, y fué á consultar con su Esposo lo que debía resolver en tan arduo asunto. Atribuyó *la buena* de la

madre el silencio de su hija á que por fin se había reducido á sus locas vanidades, y á poner por obra, en su consecuencia, lo que le aconsejaba; y con esta ilusión procuróse una redecilla labrada de seda y oro, y presentósela una mañana para que se la pusiera y adornase con ella sus blondos cabellos. Al ver esto Rosa, con humilde modestia rogó á su madre que le permitiera consultarlo con su confesor y pedirle licencia para ponérsela. Condescendió ésta, y con su permiso fuése al convento del Rosario, habló en la capilla de esta celestial Señora á su Esposo con tiernos sentimientos, y luego á su Confesor con muchas lágrimas encareciéndole que, si no obraba de suerte que su madre levantase el precepto que le había impuesto, sería imposible dejar de obedecerla, y que estimaba por menor inconveniente usar aquel tocado, aunque fuese una pura vanidad, que violar en un ápice un precepto de su madre en que no había ofensa á Dios. Oyóla benigno el Confesor; y tomando por su cuenta el componer la vanidad de la madre con la humildad y mortificación de la hija, llevado de soberano impulso, fué á visitar á la madre, y le dijo con todo comedimiento: *Señora, Dios tiene destinada á la hija de V. para mayores cosas de las que nosotros podamos discurrir. No hay para que molestarla y desconsolarla con vanidades que la puedan distraer de las cosas espirituales, que son las que más importan. No ha menester su buena hija más aliño que su modestia, que, como V. ve, es muy singular; ni más uso que el de su natural compostura y adorno. Nunca dieron los adornos y tocados postizos más hermosura, sino más liviandad y en ella más hondo precipicio. Siga Rosa el espíritu que la llama, que es más superior que el de abatirse y rebajarse á parecer bien á los hombres.*

Con tan cristiano y cuerdo razonamiento sosegó su ánimo inquieto la madre de Rosa, y cesó en la persecución de sus intentos, no molestando ya en lo sucesivo á su hija con sus vanidosas exigencias.

CAPÍTULO VI.

Singulares acontecimientos que confirman la rara obediencia de nuestra Santa.

Además de las excelentes prendas naturales con que adornó á nuestra Santa la Divina Providencia, la dotó al propio tiempo de una alma muy grande. Tenía mucha claridad de ingenio, memoria feliz, condición suave, vivo discurso, y tanta delicadeza cuando pedía alguna cosa, que no obligaba, forzaba la concesión.

Escarmentada con las pasadas exigencias de su madre, y para evitar el que le mandara otra vez adornarse y fomentar la vanidad, le dijo un día que la halló de buen humor y de semblante condescendiente, que le diese licencia para vestirse de tela basta y sin teñir de materia vil y grosera; traje que al fin y á la postre no desdice de la modestia, ni nuevo entre las mujeres que, dando de mano al mundo y á sus pompas, desean sólo atender á Dios y á la devoción sin faltar á las obligaciones de su casa. Consiguió de su madre lo que pedía, y vistióse con el nuevo traje para resistir con él los asaltos del mundo y sus locas vanidades (1). Vistiólo hasta la edad de veinte años, en cuya época lo substituyó con la blanca túnica de Terciaria del gran Patriarca Santo Domingo de Guzmán, con la cual acabó de desterrar toda clase de vanidades y vivir sólo para Dios. Logrado el vestirse con modestia y libre de cuanto era adorno y aliño de su persona, halló más fácil el camino para obedecer en lo más arduo y difícil que su madre pudiese mandarle.

(1) Este nuevo traje sería el hábito de la Tercera Orden de nuestro Padre San Francisco, de modo que Santa Rosa fué por algún tiempo Terciaria Franciscana en el hábito, aunque no lo fué en el Instituto. Esto se deduce de la nota 12 que el Padre Capellán del Santuario puso en el *Compendio de la Vida de Santa Rosa*, impreso en París en 1852, ya otras veces citado. Vistiólo unos cuatro años poco más ó menos, hasta que llevó el hábito de la Tercera Orden del gran Patriarca Santo Domingo. Así ambos Fundadores tienen su Rosa. El Serafín de Asís la Rosa de Viterbo, y el Héroe de Guzmán la Rosa de Lima.

Veamos algunos casos.

Sus padres, por mejorar de fortuna, se trasladaron á Canta. Está situada esta ciudad á unas dieciocho leguas de Lima, sobre el Chancay en la pendiente occidental de los Andes. Debe su celebridad á sus ricos minerales, casi agotados por la insaciable avaricia de los hombres. Es de clima frío y muy perjudicial á la salud por las pestilentes exhalaciones que su terreno despide. Una dolorosa contracción en los tiernos miembros de nuestra Rosa, que comenzó á aquejarla reciamente, mostró que no era para Rosa clima semejante. Parecióle á su madre que sería bueno procurarle algún abrigo que diese calor á sus ateridos miembros y aliviase sus dolores; y llevada de este cuidado hízose con unas pieles de Vicuña sin aderezar, la cual por más que su lana sea blanda y suave cuando preparada, es muy áspera y bronca. Volvió á su casa muy contenta creyendo que con ellas sanaría los males de su hija. Cortólas y se las puso en los brazos, piernas y muslos; las ciñó y ató muy bien, prohibiéndole que se las quitara, pues ella misma quería observar el efecto que producirían. A los cuatro días le preguntó cómo se sentía y cómo le iba con el remedio. Respondió Rosa: *Madre, ni bien ni mal, porque hasta ahora no he observado mejoría.—¿Y las pieles?—Ahí están,* dijo Rosa. Llegóse entonces su madre, fuélas desatando y quitando, y vió con asombro multitud de llagas y ampollas. Enterneciósé, y díjole con mucho sentimiento: *¿Es posible, hija mía, que hayas podido aguantar semejante tormento? ¿Por qué no las arrojabas, pues sentías que te estaban abriendo las carnes?* Respondió la hija con estas sencillas y mesuradas palabras: *Como V. me mandó que no llegara á ellas y mucho menos que las moviera sin su licencia, obedecí.* Entonces su madre con baños y rosas frescas libróla de tan lastimoso estado: otros remedios no fueron menester para curarla. Durante los cuatro años que estuvo su padre de administrador de los trabajos en las minas de Canta, jamás salió de casa, ni á un delicioso jardín que tenían en el lugar donde moraban, ni visitó las minas, excepto una vez que fueron allá las vecinas y amigas con sus hijas; y aun en esta ocasión, en la cual Rosa fué por obediencia, siempre

estuvo sentada sin salir fuera con las muchachas que habían venido, causando maravilla á todos su gran recogimiento.

Ya iba conociendo la madre el fondo de virtud que encerraba el corazón de su hija, pues con estas experiencias fué cayendo en la cuenta de que no debía atribuir á simpleza y á falta de discurso todo lo que su hija obraba, sino á verdadera humildad, sencillez de corazón y rendida obediencia.

Sana ya del achaque de las pieles, pudo dedicarse á la labor. Estaba un día Rosa sacando con mucho primor unas bellas flores de seda, cuando, para probarle la paciencia y su no mentida obediencia, le dijo la madre: *Todo eso que haces no vale nada; vuelve la almohadilla y hazlo al revés.* Realmente lo que resultaba no valía nada; no hacía flores, las deshacía. Bien echó de ver que no era acertado lo que su madre le mandaba, pero obedeció sin replicar. Llegó la noche, pidió su madre la labor, se la trajo la obediente hija; y viendo que no eran flores ni nada que se les semejara, le dijo: *¿Qué has hecho, muchacha? ¿Qué labor es ésta? ¿en qué pensabas cuando obrastes estos desatinos? ¿en esto pierdes el tiempo y malbaratas la seda?* Oyólo pacientemente Rosa, y respondió con toda humildad: *Aunque estoy poco diestra en bordar, también me parecía que no trabajaba conforme, y que era extraño el modo de tirar las hebras para que salieran las flores; mas como V. lo mandó así, no me atreví á ejecutar lo contrario, ni guiarme por mi capricho. No obstante, si á V. le place, estoy muy dispuesta á deshacer lo hecho y á corregir el yerro como V. lo dispusiere.*

Aquí las reflexiones están por demás; el hecho habla muy alto y pone de relieve la profunda humildad, abnegación y rendida obediencia de Rosa. ¡Y sólo contaba doce años ó poco más! ¡Qué virtudes en tan tierna edad!... ¡Prodigios de la gracia!

La obediencia fué una de las virtudes muy amadas por nuestra Santa; ella guiaba sus pasos, sus obras, sus palabras; de ella dió brillantes ejemplos, como veremos en el discurso de su vida, hasta después de la muerte, según caso que narraremos en el capítulo XIII del SEGUNDO LIBRO.

CAPÍTULO VII.

Sustenta Rosa á sus queridos padres con el producto de sus labores.

No hay medio más fácil para ser amado que el amor y más en corazones que son agradecidos; porque se entienden, mutuamente se corresponden. El respeto y amor que Rosa tenía á sus padres fué tan estrecho como singular, y no fué menor que su rendida obediencia, como que en ellos miraba á verdaderos representantes de Dios. Era amada de sus padres como ella los amaba. La amaban mandándola; los amaba no sólo obedeciéndolos, sino también cuidando de su vida y sustento. Su variada y riquísima labor le bastaba para el propio y el de sus padres; y cuando alguna enfermedad se ensañaba con algún miembro de su familia, ella era toda para todos. Ni para tan celestial ministerio le faltaba tiempo, pues sabía por experiencia que hace más el que quiere que el que puede. A todo acudía y á todos asistía, porque con su grande caridad se había hecho *toda para todos,* como de sí decía el Apóstol (1): y todo tan concertado lo traía, que en nada desmereció del concierto que tan admirablemente brillara en el discurso de su tan santa vida. Era su mayor cuidado y diligencia evitar ofensas á Dios en los de su casa; y para esto sosegaba los ánimos inquietos y encontrados, consolaba los afligidos y procuraba que todo se obrara con orden y concierto.

Era muy familiar de la casa de sus padres un caballero *Contador* de las *Cajas Reales,* llamado D. Gonzalo de la Masa, esposo de la muy noble y virtuosa señora D.ª María Usategui; ambos muy ejemplares y de muy singular virtud. Por la amistad que profesaba D. Gonzalo á los padres de

(1) Carta de San Pablo á los Corinthios, IX, 22: *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos:* «Híceme *todo para todos,* por salvarlos á todos.»

Rosa, solía ésta frecuentar su casa; y como tenía de aquél de ella tan alto concepto, notaba con singular cuidado todos sus actos. Reparó en que el gobierno de la casa gravitaba casi todo sobre la débil Rosa, y además observó el valor de su espíritu que la estaba animando, que con fuerzas superiores suplía evidentemente la debilidad de su tierno y delicado cuerpo. Y lo mismo echó también de ver la mujer del Contador, así es que igualmente ambos se maravillaban de tanta resistencia. Pero habiéndosele pasmado un lado que hasta le dificultaba la respiración, no por eso dejaba la tarea de su labor. Llegó á oídos de la señora, fué ésta á verla, y rogóle con mucho encarecimiento que se moderase en el trabajo. Respondióle Rosa con estas palabras dignas de su virtud y cordura: *Señora, yo no puedo faltar al deber del socorro á mis padres...*

Si deseaba cumplir sus deberes para con Dios, y si á este fin encaminaba todas sus acciones, ¿cómo concebir que no llenara cual corresponde los deberes para con sus queridos padres? No puede cumplir con Dios quien no cumple con los que están en lugar de Dios. Amaba á Dios y amaba á sus padres, y Dios le premiaba ambos amores. No obstante darse priesa en la labor, efecto de tanta ocupación, le salía siempre acabada; pues por testimonio de D.ª Luísa Hurtado de Bustamante, viuda del alférez Alfonso de Lombrera, sabemos que la labor de nuestra Virgen era tan primorosa, que muchas veces parecía exceder al arte y á la humana industria.

Echaba mano también de otros medios para procurar el alivio de sus muy amados y queridos padres. Tenía en su casa un magnífico huerto que constituía para ella un inocente recreo. En él sembró gran variedad de violetas, y las cultivaba por sus manos para confeccionar con ellas vistosos ramilletes, y procurarse de esta suerte algo con que aliviar las necesidades de su familia. Cierto Religioso le preguntó un día sobre el ansiado rendimiento de tan afanosa industria. Ella contestó no sin gracia: *El provecho sería bien poco si el celestial Esposo por modos más ocultos y admirables no supliera lo menester.*

CAPÍTULO VIII.

De lo mucho que padeció nuestra Rosa por quererla casar su madre.

IBA creciendo en edad y virtudes nuestra Santa, siendo la delicia y esperanza de su familia. La madre había formado concepto tan alto de la hermosura y discreción de Rosa, que para colocarla le parecía poco el más noble y aventajado casamiento, y nada la voluntad de su hija. Su norte era la propia voluntad y conveniencia. Parecíale que la respetuosa y humilde obediencia de su hija, le allanaba el camino para solicitar sin común consentimiento decente y aun brillante enlace. No paraba mientes la buena de la madre en que los hijos, si en algo son libres, cabalmente lo son en escoger el estado á que Dios los llama. Ella no sabía que hubiese ya ofrecido al Señor su virginal pureza con el voto de castidad consiguiente al extraño suceso que le aconteció en su niñez con uno de sus hermanitos (suceso que expusimos en el capítulo IV).

Mientras tanto Rosa sólo trataba de sus ayunos, mortificaciones, cilicios y penitencias; evitando visitas y retirada en casa, sólo se ocupaba en agradar á Dios. Manifestado que hubo la madre su proyecto, una respetable viuda, muy acomodada, considerando las virtudes y gracias de Rosa, determinó pedir su mano para uno de sus hijos. Así lo hizo, y aunque muchos llevados por la fama de nuestra Virgen acudieron con igual objeto, ella fué la atendida, y llegóse á ajustar de tal suerte el casamiento, que sólo faltaba la voluntad de nuestra Rosa. Buscó en su consecuencia la madre ocasión propicia para hablarle de este asunto; y encontrándola cierto día por hallarse sólo las dos en un aposento, aprovechóla y le expuso las siguientes razones: *Hija mía, por el amor que siempre te he profesado y por el deseo de verte bien colocada, he procurado tus conveniencias. Bien sa-*

bes tú las pocas que tenemos, pues nuestro sustento pende de la labor de tus manos. Yo te veo muchas veces toda afligida y cansada, y que apenas puede tu delicado y tierno cuerpo con el pesado trabajo de una semana sin grande quebrantamiento. Yo he tratado para ti un gran casamiento, que será para ti la felicidad en esta vida y para nosotros el báculo de la ancianidad. El novio es noble y muy rico, ès el heredero único de su casa. No despreciemos ocasión semejante, pues difícil será encontrarnos con otra que la aventaje.

Oyó ruborizada la virgen Rosa las proposiciones de su madre, y bajando los ojos bañados en lágrimas, le dijo: *Mis deseos, señora, han sido siempre entregarme toda á Dios. Son muchos los favores que he recibido de su divina mano en el ejercicio de este santo propósito; éstos han de gobernar mi vocación, porque más hace Dios en llamarme que yo en seguirle. ¿Sería buena correspondencia, sería cordura dejar al Criador por la criatura, á Dios por un hombre por bueno, hermoso y rico que éste sea? ¿Dejar lo eterno por lo que se acaba, lo sin límites por la nada? Esto lo dejo á la consideración de V. Ese caballero será sin duda alguna muy noble, estará muy rico, cuanto V. quiera; pero por más que fuese rey no me casara, porque la mayor corona de la tierra es barro, y aunque es cosa grande el reinar, preferible es servir ahora para reinar después eternamente. Yo me he de entregar toda á Dios á quien adora mi alma; y primero ha de faltar mi vida que faltar yo á la fe y á la palabra que llevo empeñada de ser toda suya.*

Al oir las últimas palabras de su hija, la madre llena de cólera comenzó á dar voces alborotando toda la casa, de forma que acudió toda la familia; manifestóles la causa de lo que acontecía, avivando en todos, por supuesto de buena fe, la enemiga contra nuestra Rosa. La llenaron de injurias; condenaron todos su *desobediencia*, lanzando sobre ella mil denuestos, y lo que es más sensible, pasando de las palabras á las obras. Todo lo resistió nuestra Santa con su heroica y ejemplar paciencia, y conoció entonces con luz superior que había de seguir los pasos de Santa Catalina de

Sena, á quien sucedió casi lo propio con su indiscreta madre Lappa. Todo lo sufrió la virgen Rosa con la misma tranquilidad de ánimo que la Seráfica Madre.

No se alborotaron sólo los de su casa por la respuesta y resolución de la virgen Rosa; pues luego que llegó á oídos de sus parientes, una verdadera tempestad de insultos y denuestos se desató sobre su cabeza. Lo que padeció, lo que sufrió, la constante paciencia que ejercitó hasta que el cielo serenara tan deshecha tormenta, sobrepuja en realidad todo encarecimiento. Lo más que hacía era excusar los lances, apartándose de todos cuanto le era posible. Solía meterse en un rincón, y allí con lágrimas inconsolables lloraba su pena y pedía socorro en tanta tribulación á Dios y á su querida Madre la Virgen María.

Viendo la madre que nada conseguía, y pasmándose cada día más con la heroica paciencia de su hija, entró en consideraciones consigo misma, y cotejando los santos propósitos y heroico comportamiento de su hija con sus pretensiones é interesados anhelos, conoció que había perdido mucho para con Dios con sus demasías y rigores, mientras su hija había ganado con su humildad y santa paciencia. Resolvió, pues, desde aquel día no importunarla ni hablarla más del asunto; y mandó á los que podía hacerlo que en lo sucesivo la dejasen en paz, y que con la bendición de Dios y la suya no se obstruyese á Rosa la carrera comenzada.

De este modo se disipó la tempestad del proyectado casamiento, quedando todos gustosos, y la perseguida Virgen asegurada y tranquila. Por otra parte la señora y su noble hijo que pidieron á Rosa por nuera y esposa respectivamente, recibieron la respuesta con cristiana resignación; y aunque sintieron no conseguir su intento, como católicos alabaron tan cristiano propósito. Tuvieron á Rosa aún en mayor estima, pues si antes de estos sucesos la tenían por muy virtuosa, ahora en su interior no les repugnaba apellidarla *santa*.

CAPÍTULO IX.

Empeño en que se meta monja: Milagroso prodigio.

Es natural á la hermosura de la rosa el ser codiciada: todos la quieren, todos la apetecen. Y hubo menester el Autor de la naturaleza armar su tallo de tantas espinas, para que no la lograse sino el que como mejor jardinero supiese cogerla. La fragancia de las virtudes de Rosa se había difundido tanto, que no había estrado, ni Comunidad, ni corrillo, ni ocasión en que ella no fuese tema de conversaciones. No había madre bien educada que no se gozara en que sus hijas le fuesen amigas. Ni hubo en aquellos días convento de Religiosas que no deseara tenerla en su Comunidad, para que teniendo consigo una Santa tuvieran también en ella una madre, hermana y fiel compañera. Mientras esto acontecía, acariciaba y con deseos ardentísimos nuestra Rosa vestir el hábito de Terciaria de Santo Domingo é imitar con todas sus fuerzas los pasos de Santa Catalina de Sena, á quien apellidaba *Madre y Maestra*. Ocultaba este pensamiento en lo más hondo de su pecho, por estar todavía muy fresca la llaga que en sus parientes había causado la resistencia al casamiento. Era necesario que el tiempo la curase, y no irritarla con la nueva mudanza de hábito.

Con la advocación de Santa Clara estaba recién fundado en Lima un convento de Religiosas del Seráfico Padre San Francisco, tan herederas de su espíritu como de su Regla y hábito. Lo había fundado el santo Arzobispo Toribio en compañía de D. Francisco de Saldaña, vecino de aquella ciudad; y en prendas de amor legó su corazón al Convento. Deseaba el santo Arzobispo que Rosa fuese una de las primeras flores de aquel jardín, para que con principios tan grandes se cogiesen en él sazonados frutos de virtud y santidad. Rosa no rehusaba, pero como buena cristiana encomendó el asunto á Dios para que dispusiese lo que fuese

más de su agrado, manifestando su divina voluntad. Las razones que al tener noticia de lo que se trataba alegó su buena madre, mostraron bien á Rosa que otra era la voluntad del Cielo. *Pues*, decía la madre, *en este asunto el primer consentimiento es el de los padres, y poco importa que una hija quiera ser monja, si los padres se niegan á ello. No tiene dote que llevar*, añadía, *y aunque la admitieran sin él ó se lo pagara alguna alma caritativa, nosotros por nuestra parte no podríamos transigir; puesto que el extremo á que hemos llegado de no sernos posible atender á las más imprescindibles necesidades de la vida, sin la labor de Rosa no nos lo permitiría.* La abuela con sus copiosas y tristes lágrimas contribuyó á desbaratar los deseos del Arzobispo; pues se las hacía verter sólo el pensar en la falta de su nieta, que la asistía con amor y cariño tales, que para ella, postrada en cama por su mucha edad y achaques, constituían un eficaz lenitivo.

Otro hecho, por cierto milagroso, mostró bien á las claras que no era voluntad del Cielo que se encerrara nuestra Rosa en el claustro.

Como daba tanto que hablar la extremada virtud y recogimiento de la santa doncella, convirtiéndose en pábulo de todas las conversaciones, piadosas amigas de su casa y esclarecidos varones que trataban de espíritu y perfección—que por cierto había muchos por aquellos felices tiempos en la célebre Ciudad de los Reyes—decidieron persuadir á Rosa por vía de sus Confesores á que tomase estado religioso en el convento de la Encarnación de la Orden de San Agustín, porque habían ya preparado el terreno para que la admitiesen sin dote. No les pareció mal á los Confesores el designio, por lo que convinieron con ellas en agotar todos los medios para llevar á feliz término tan santa obra. Hicieron mella en Rosa los consejos de sus buenos Confesores, pero no pudo menos que advertirles que si llegaba á oídos de su madre sin duda se opondría, como se opuso á los deseos del señor Arzobispo. Con esto resolvieron que dando sólo cuenta á su abuela, á quien tenían ganada, y valiéndose para la ejecución de uno de sus hermanos que entraba gustoso en el negocio, irían á la Encarnación donde las Re-

ligiosas la recibirían con todo gusto y secreto, logrando de esta manera entretejer esta Rosa con las cándidas azucenas que por modo admirable en dicho convento florecían. El jueves se resolvió esto, y el domingo siguiente determinó ponerlo en ejecución. Avisó á su hermano, fiel y único compañero en tan venturoso camino; salieron los dos de casa, y al pasar por delante del convento del Rosario entró en la capilla de Nuestra Señora para impetrar la bendición de esta Madre en asunto de tanta monta. Púsose de rodillas, y apenas había empezado á orar cuando se sintió como clavada en las losas de la Capilla. Viéndola su hermano tan fija en su oración y que se iba pasando el tiempo concertado con las monjas, comenzó á darle priesa diciéndole que era ya hora de partir, y que para detenerse en la oración más y mejor lugar tendría en el Monasterio á donde se encaminaba. Rosa, empero, sintiendo que no podía moverse del lugar en que, por decirlo así, estaba enclavada, curaba de disimularlo y forcejaba por librarse de aquellos secretos grillos con que la tenía aprisionada aquel raro y misterioso prodigio. Entre tanto su hermano, que estaba á la puerta de la iglesia acechando, volvió segunda y tercera vez á llamarla, reprendió su tardanza, ponderó el peligro que había en detenerse, y alargó la mano á la que pugnaba por levantarse. Aunaron ambos sus fuerzas, pero en vano. Ilustrada de lo alto entendió el misterio de su inmovilidad: que no era Dios servido se recogiese en aquel monasterio, sino que otra cosa había dispuesto en sus arcanos la Divina Providencia, pues había decretado su celestial Esposo que siguiese las pisadas de Santa Catalina de Sena y viviese cercada de espinas y trabajos; y luego vueltos los ojos á la clementísima Reina del Rosario, dijo: *Yo prometo, Señora, volver á la casa de mi madre y habitar en ella como en un monasterio todo el tiempo que os agradare.* ¡Raro portento! Apenas hubo pronunciado estas palabras, se sintió enteramente libre y ligera como una paloma, y sin que su hermano le diese la mano se puso en pie y volvió á su casa, donde manifestando á su madre lo sucedido, con su consentimiento halló en ella, como se dirá en el cap. XXII de este Libro, modo de encerrarse como en un monasterio.

CAPÍTULO X.

Aviso del Cielo para que sea Terciaria de la Orden de Santo Domingo.

Declarada por modo tan singular y extraordinario, como llevamos narrado al fin del capítulo anterior, la divina voluntad de que no profesara nuestra Rosa en un convento de clausura, creyó procedente poner en ejecución sus ardientes deseos de imitar á su seráfica maestra Santa Catalina de Sena, vistiendo además el hábito de Terciaria de la Orden de Santo Domingo como aquella gran Santa.

Que ésta fuese la voluntad del Señor que dispertaba en el corazón de su sierva aquellos deseos, lo declaró el siguiente suceso. Críanse en la fértil ribera del río que atreviesa la ciudad de Lima un género de mariposas tan admirables en lo vistoso y variado de sus colores, que casi pueden competir en los matices con los papagayos que tanto abundan en aquellas frondosas selvas de la meridional América. Estaba en cierta ocasión nuestra Santa suspensa en mirar el hábito listado de blanco y negro de la Seráfica Maestra, y deliberaba consigo misma sin llegar á determinarse sobre vestir el de Beata. En aquella sazón una mariposa hermosísimamente pintada de blanco y negro, batiendo blandamente las alas, se deslizó suavemente á su vista revoloteando con tanta gracia que llamó extraordinariamente su atención. Arrebatada al punto en éxtasis dió con la solución del enigma, y conoció que este prodigio era divino oráculo para que vistiera el hábito de la Tercera Orden del citado Fundador.

Los hechos al menos lo confirmaron. Pues vencidos los obstáculos que á la realización de sus deseos se oponían, logró al fin lo que tanto anhelaba, vistiéndole por comisión del reverendo Padre Provincial el hábito de Beata en la

capilla del Rosario, donde aconteció el famoso prodigio de las losas, su confesor, el P. M. Fr. Alonso Velázquez. Sucedió este para ella fausto suceso el año de 1606, día de San Lorenzo, mártir, contando ya 20 años de edad.

Increíble parece el gozo que irradiaba su alma, los tiernos y amorosos afectos de que estaba poseída. Su semblante bien lo mostraba: mirábase vestida de aquel santo hábito; daba gracias protestando bañada en alegres lágrimas ser toda suya y amarle de todo corazón y con toda su alma en lo restante de su vida, como se lo había prometido en sus primeros abriles. Desde este venturoso día procuraba Rosa que le leyesen ó leía ella propia la vida de la seráfica virgen Santa Catalina de Sena, y era tanta su atención y con tanto gusto y amor meditaba lo que percibía, que no se apartaba ni un ápice de la senda que había seguido tan Seráfica Maestra. Con los poderosos auxilios de la divina gracia determinó ponerlo todo por obra, muy gustosa en conformarse y unirse al prodigioso obrar de tan gran Maestra no sólo en las acciones exteriores, sino también en las interiores del espíritu.

No le faltaron, empero, mortificaciones en el nuevo estado de Beata á nuestra Sor Rosa. Sintióse muy luego combatida de un grave escrúpulo: ocurriósele que llevar ella tan gran pecadora el virginal hábito que vistió Catalina de Sena, Santa tan grande, era lo más injusto y monstruoso que se daba en el mundo, porque lo cándido y puro que había de tener en su corazón parecía sólo en el hábito, y no obstante había de haber igual correspondencia y armonía entre el candor y blancura de afuera y la blancura y candor de adentro, entre el hábito exterior de su cuerpo y el interior de su alma. Nuevas y más fuertes consideraciones le ponían más grave y molesto el escrúpulo: que el hábito, testigo mudo de santidad en su Seráfica Maestra, era en ella encubridor reprobable y mentiroso reclamo; pues por él la llamaban otra Catalina de Sena. Torcedor era este que, si no la reducía al extremo de despojarse de él, la persuadía al menos á traerle oculto. Toda esta máquina de pensamientos no era otra cosa más que una sutil tentación del maligno espíritu que socapa de humildad tanteaba desalo-

jarla de la altura que había ganado y hacerle perder la paz interior y dulce sosiego de que él carece; y como para desbaratar las máquinas del enemigo constante de nuestras almas, descubrir las tentaciones al Director y fervorosa oración es lo que procede, de ahí que no nos mueve á extrañeza ninguna el que Rosa, como bien experimentada en el camino espiritual, acudiera á estos medios y saliese vencedora. Prodigioso fué el venturoso éxito que obtuvo Rosa en el desbaratamiento apuntado. Habiendo ya comunicado lo que le ocurriera á su digno Director, molestada por aquella terrible máquina de pensamientos que funcionaba en *la loca de su casa,* y torturada por sus escrúpulos, acudió con filial confianza á implorar socorro de la Madre de Misericordia en su capilla del Rosario en donde había tomado el hábito; y con tiernas súplicas le pidió que le alcanzara la gracia de vencer aquella molestísima y fuerte tentación. Se verificó tal como deseaba; porque de pronto quedó arrobada en éxtasis, lo que fué notado por las Hermanas Beatas que estaban en la capilla rezando sus oraciones. Grande fué el pasmo de éstas al ver que el rostro de su hermana estaba como colgado de la sagrada Imagen, fijos en ella los ojos sin pestañear, y que al principio se ponía blanco como un copo de nieve, luego rubicundo como rosa, y finalmente resplandecía despidiendo vivos destellos de luz. Pensaron las Hermanas que se estaría tratando entre Dios y Rosa asunto de grande importancia. ¡Cierto de mucha monta era el negocio de su paz é interior tranquilidad! Un iris de tres colores que apareció en su rostro, símbolo de los misterios del Santísimo Rosario, del que era muy devota, indicó bien el iris de paz y tranquilidad que se había desplegado en su agitado espíritu, claro indicio del feliz término de la deshecha tempestad que sobre ella se había desatado, prueba evidente del completo anonadamiento de la máquina de tentaciones que tan cruelmente la había atormentado. Y tan en su punto están estas interpretaciones, que restituída luego á sus sentidos y á su color natural, prorrumpió súbitamente en alegres demostraciones de júbilo, y cantando victoria les dijo: *Ea, Hermanas, alabemos á Dios que se ha servido darnos paz y tranquilidad.*

y unirnos perpetuamente á su Divina Majestad con vínculos de sólida y ardiente caridad.

Desde este venturoso suceso sosegó de los escrúpulos y tentaciones que hasta entonces la trajeron á mal traer; y con tal destreza y valentía se resistió y venció después á los que en adelante la acometieron, que no les dió lugar ni les dejó aliento para que volvieran á importunarla.

CAPÍTULO XI.

Humildad de nuestra Santa: Cuán bajamente sentía de sí.

Como la humildad es el fundamento y única base de la perfección cristiana, nada extraña que fuese la virtud más amada de nuestra esclarecida Virgen, que tanto aspiró siempre á lo más perfecto y agradable á Dios, ejercitándose en ella desde los primeros pasos de su admirable y santa vida hasta el punto de su muerte. Curaba mucho de pasar la vida ocultando sus acciones, practicando por consiguiente la virtud que manifiesta más claramente la humildad... el silencio. Todo lo que obraba tendía á disipar la estimación que de ella tenían los que observaban su gran perfección.

La casa de sus padres fué el lugar que escogió para aumentar el caudal de sus virtudes y en particular de la humildad, anhelando desempeñar hasta los cargos propios de esclavas; pues se consideraba la más humilde de ellas. Tenían en su casa una criada que se llamaba Mariana, india de agreste y rudo carácter. Ocurriósele á nuestra humilde Rosa que tenía en ella un tesoro y cuánto había menester para humillación y desprecio de sí misma; y así, llamándola un día con todo secreto, y arrojándose á sus pies, le pidió de rodillas con mucho encarecimiento que le hiciera inusitado favor de despreciarla y maltratarla, y que ejecutase

con ella todo lo que le pareciera más á propósito para más envilecerla. Hizo Mariana lo que Rosa le pedía, mas no cargando la mano como su buena, hermosa y tierna y delicada señorita deseaba. Importunábala para que ejecutase con ella cuanto le mandaba, y cuando lograba su objeto se levantaba toda satisfecha y contenta. Siempre que con motivo de su vida singular le causaban su madre y hermanos alguna pesadumbre, decía que mayores y más graves era justo que sufriera, porque más graves y mayores eran sus culpas y maldades, y con tal gracia las ponderaba y exageraba que bien se echaba de ver que las estimaba muy merecidas.

Nacía esta sed de desprecios del profundo conocimiento que de su *nada* tenía y del alto concepto de su Dios y Señor. Solía decir con muy graves y ponderadas razones, que se maravillaba mucho de que Dios no arrojase el mundo á los abismos, pues vivía en él tan gran pecadora que merecía por sus abominables culpas no el infierno y mil infiernos, sino el lugar más vil é infame á los pies de todos los condenados. «¿Quién soy yo, proseguía abismada en su humildad, quién soy yo sino un ser inútil en la tierra, cáncer voraz del humano linaje y la última de las mujeres? Yo soy indigna de mirar, de que me alumbren las luces del cielo, de respirar el aire que me da aliento, de pisar la tierra que me sustenta.»

Abundando nuestra Santa en estos sentimientos de profundísima humildad, á nadie causará maravilla que llegase tan pronto á la más heroica santidad y á las cimas más encumbradas de la perfección cristiana. Pero todavía hay más. Para evitar todo alivio, ponía todo su empeño en ocultar sus muy penosas y frecuentes enfermedades, efecto de las rigurosas penitencias con que castigaba su endeble y flaco cuerpo. Mas cuando no podía disimularlas, ya por ser excesivos los dolores que parecían despedazarla, ya por dibujarse en el exterior sus crueles padecimientos, confesaba, sí, ingenuamente los tormentos que padecía, mas con tal artificio de palabras, que creyesen los que la oían que lo fuerte de sus dolores nacía de ser ella tan gran pecadora á los ojos de Dios, pues la lastimaba con tantos azotes. *Ten-*

go á Dios irritado, añadía ella; *por esto tan justamente me castiga.* Esto creía Rosa de sí misma, y esto ardientemente deseaba que todos creyesen de ella.

Cuando ocurría alguna desgracia ó desazón dentro ó fuera de su casa, decía que la ocasionaban sus gravísimos pecados. Sentía grandemente y sobre todo encarecimiento que no le prestaran asentimiento y que presumiesen que más que culpable era inocente. Y si le observaban que tal decía por su mucha virtud y humildad, ella reponía: *Nadie me conoce, yo sólo me conozco, y no hay que discurrir en esto; á mí se ha de creer, no á los discursos, pues éstos no pueden conocerme.* Y si no se contentaban y llegaban á prodigarle alabanzas para desvanecer los vituperios que de sí publicaba, temblaba con grande espanto y se estremecía como si la hubieran herido. La palidez de su rostro, el no acertar á hablar, el copioso llanto eran testimonio de lo mucho que esto le atormentaba.

Visitando en cierta ocasión el canónigo D. Miguel Garcés al contador D. Gonzalo, recayó parte de la conversación sobre Rosa, contando D. Gonzalo á dicho señor Canónigo la admirable santidad de vida, la mortificación y las rigurosas penitencias de nuestra Santa, que entonces vivía en su casa. Estaba ella á la sazón en una pieza tan conjunta á la sala donde tan familiarmente conversaban D. Gonzalo y el señor Canónigo, que sólo la separaba un delgado tabique; y así, á pesar suyo, no pudo excusar oir lo que se hablaba. Mas no pudiendo sufrir tales alabanzas, salió de allí volando más que corriendo, no parando hasta llegar al aposento donde estaba D.ª Micaela, hija del Contador. Allí, dando rienda suelta á sus lágrimas, golpeaba su inocente pecho, y despedía con fuertes sollozos el veneno de las alabanzas. Estaba llena de confusión como si la hubieran atrapado cometiendo un enorme delito; y para ver si con un nuevo tormento remediaba otro, empezó á golpearse la cabeza para herirse con las púas de la corona que ceñía, como diremos en el capítulo XVII. Quien tanta molestia y pesar sentía en las alabanzas propias, ¿con qué gusto y alegría, será razón pensar, recibiría desprecios y baldones, injurias y denuestos?

Cuantas veces se postraba á los pies del Confesor para acusarse de sus culpas, luego se anegaba en lágrimas y prorrumpía en sollozos, partíasele el corazón exhalando de lo más hondo de su pecho tan profundos suspiros, que no parecía creíble fuera tan grave el sentimiento, si no fueran enormes los delitos que sujetaba al tribunal de la Penitencia. Parecía una nueva Magdalena, público escándalo de la ciudad; avergonzábase; heríase con recios golpes el pecho; temblaba como azogada ó como si viera con sus propios ojos que abriéndose la tierra estaba allí el infierno para tragársela. Y con todo esto, en tan grande aparato de humildísima contrición, apenas hallaban los Confesores materia para absolverla sin quedar poseídos de dudas y escrúpulos. Es cierto que ellos, como después afirmaron, escudriñaban no poco con atento y prolijo examen las acciones de su santa penitente, para apurar algo que de cierto tocase al fuero de la penitencia. Rosa, por el contrario, no se fatigaba menos exagerando los menores defectos, pidiendo muy de veras medicina con tristes gemidos y sentido llanto. Y no satisfecha aún, fuera de las muchas veces que frecuentaba el sacramento de la Penitencia, según le prescribían sus Confesores, se impuso la obligación de recordar cada día sus culpas delante de una imagen de su Padre Santo Domingo; y como si estuviera en Capítulo, se acusaba y publicaba por menor sus menores defectos, pidiendo con humildad perdón y remedio.

Tres años vivió en casa del contador D. Gonzalo, y en todo este tiempo, según afirmó después su esposa D.ª María Usategui, Rosa ejercitó la humildad con tan grande aprovechamiento, que dejó edificados á todos los de la casa. Ante todos se humillaba y á todos obedecía: dueños, hijos, criados y familiares; hasta á los esclavos se rendía y hacía cuanto le mandaban. El mayor agasajo para ella era mandarle con imperio y enojo lo que suele pedirse con amor y cortesía. A estos excesos de humildad añadía mayores: si había de beber, comer ó hablar con alguna persona de fuera, por ejemplo, pedía licencia al señor Contador á sus pies arrodillada. El fondo de la verdadera humildad es el estimar á todos por mejores, holgándose uno de ser tenido por

la cosa más despreciable de este mundo. Manejaba la virgen Rosa esta virtud con mucho arte, teniendo por mejores á los demás; aun en las demás prendas naturales de hermosura, ingenio y discreción se tenía en poco, como quiera que no podía ocultar ni menos negar dones tan excelentes. Lo cierto es que vivió Rosa largo tiempo ignorando que hubiese en ella prenda alguna que fuese digna de alabanza, hasta que una mujer, mirándole las manos, comenzó á alabar con gran encarecimiento su blancura, su superior belleza y hermosa proporción. Horror causó á la humilde Rosa tal acometida de la vanidad, y viendo un montón de cal viva, estregó con ella, cual si fuera oloroso jabón, tan fuertemente sus manos una con otra, que de resultas por espacio de más de treinta días tuvo que valerse de Mariana para vestirse. Esta fué la que después de su muerte contó todo el suceso, que la humildad de Rosa había ocultado según costumbre.

Excede cuanto se ha dicho acerca de la profunda humildad de nuestra Rosa lo que ponemos á continuación, pues es consecuencia de su profundo abatimiento. Como las mortificaciones y penitencias le robaron la color y hermosura de sus sonrojadas mejillas y quedó toda macilenta y descolorida, vínole á la mente que esto podía ser ocasión de vanidad, porque podrían atribuírlo á su mucha virtud y penitencia: y si para evitar este peligro recobraba su pristino color, podría servir de tropiezo á algún inconsiderado mozo. Por lo que, pesando maduramente entrambos inconvenientes, discurrió el medio que en el capítulo siguiente se expone.

CAPÍTULO XII.

Impetra Rosa de Dios que no se descubran sus mortificaciones por la palidez de su rostro.

Para aquietar su conciencia, acudió nuestra Rosa al Médico celestial, á fin de que le remediara tan triste estado. Con tiernos sentimientos pidióle que para alejar el escrúpulo que tanto la molestaba, se sirviese hacer que su rostro tomase un medio entre hermoso y macilento, de forma que no descubriese su hermosura ni sus mortificaciones y penitencias. Consiguiólo como lo pedía, pues al punto restituyóse el color rosado á sus macilentas mejillas, volvióse el rostro lleno y ovalado como antes, su frente tomó un lustre proporcionado, cobraron viveza sus ojos; y todo esto de tal suerte, que alejaba de Rosa toda sospecha de rigurosos ayunos y de duras penitencias. Y tanto era así, que dió pie al siguiente suceso.

Estaban unos baldíos mozos conversando ociosamente en el atrio del templo el día de Viernes Santo, hechos cien ojos para Rosa, que, con su madre, regresaba del templo á casa. Había pasado nuestra Santa toda la Cuaresma ayunando á pan y agua, ni bocado había probado apenas los primeros días de aquella Santa Semana; y á más de esto, desde la mañana del Jueves Santo hasta el mediodía del Viernes habíase estado delante del Santísimo Sacramento contemplando los portentos del amor de Jesús para con los hombres. Estando, pues, los ociosos charlatanes mirando como venía con su madre de la iglesia de Santo Domingo, y viendo su rostro fresco y rosado, el aspecto risueño y nada desfigurado, sospecharon temerariamente que venía bien regalada del Convento, y así en voz alta, para que al pasar lo oyese, dijeron con libertad: *¡Cómo se regala la monjita! los ayunos bien le salen á la cara. ¡Cómo se le conoce la penitencia! hoy habrá comido buenos dulces. ¿Así ayunan las Beatas?* Pasó Rosa sin darse por aludida; mas su ma-

dre se resintió en gran manera de que se refiriesen á su hija. Dióse por ofendida de tal burla é inurbano gracejo, hasta quizá hubiera llevado la cosa á mayores, si Rosa sonriéndose no la hubiese quietado. Estaba radiante de júbilo, porque habiendo rogado al Señor que sus ayunos y penitencias se ocultasen á los ojos de los hombres, de tal manera la había atendido, que hasta les parecía todo lo contrario, pues la zaherían y burlaban.

El mismo cuidado y desvelo puso en que no se supiesen las virtudes que la adornaban y los beneficios y favores que su Esposo á manos llenas le derramaba; pues temía, y con razón, que de manifestarlo podrían quizás robárselo la vanidad y la lisonja. Esta es la causa de que no se sepa sino muy poco de sus visiones, hechos heroicos y secretos regalos de espíritu; porque tuvo siempre cuidadosamente depositadas estas cosas en el secreto de su humildad. Apenas bastó la continua sagacidad de su madre y de sus compañeras, y la diligencia de sus Confesores para recoger lo poco que se irá leyendo en el decurso de esta historia. Cierta persona, célebre por su virtud, deseaba con vivas ansias conocer los efectos de la divina gracia que en el místico prado de esta fragante Rosa no podían ya del todo ocultarse. Desesperando poder conseguirlo si no se valía de la autoridad que tenía con el Confesor de nuestra Santa, procuró inducirle á que usando de rodeos y disimuladas preguntas procurase descubrir de estos secretos, sin que ella lo advirtiese. Dilatólo por mucho tiempo el Confesor, conociendo la dificultad que el éxito del negocio entrañaba. Mas viniéndosele la ocasión, comenzó á disponerla con rodeos y equívocas preguntas para sacar alguna luz de las respuestas, ó al menos rastrear los dones y gracias con que el Señor la favorecía. Mas ella con admirable presteza, conociendo el fin que tiraba aquel examen, cortó sus designios saliéndole al paso con estas cuerdas y humildes razones: *Sepa, Padre mío, que yo con todo esfuerzo desde mis primeros años, supliqué á mi Dios no diese lugar á que ninguno de los mortales tuviese conocimiento de lo que su altísima misericordia se sirviese obrar en esta alma miserable. Condescendió á mis ruegos aquel Señor á quien*

están patentes los corazones; y así cese, Padre mío, de escudriñar mi espíritu y no se canse tomando á pechos una empresa tan imposible. Toda vez que Dios me concedió este favor, no intente privarme de él quien es ministro suyo, á quien respeto y venero como si fuese Su Divina Majestad, cuyas veces hace en la tierra.

No obstante lo dicho en el párrafo anterior, cuando una y otra vez sujetó su espíritu al examen de sus Confesores y al Dr. D. Juan del Castillo, como se dirá al último de esta PRIMERA PARTE (caps. XXXII, XXXIII, XXXIV), descubrió grandes y admirables secretos; porque así convenía entonces y porque se veía obligada á ello para vivir más segura y tranquilizar á sus directores, si bien procedió con tal escrupulosidad en las palabras, con tal tiento y cautela, que no pudieron conocer un punto más de lo que era preciso para responder con verdad á lo que se le preguntaba. Y así lo que entonces declaró parece que fué lo menos raro y más vulgar de sus hechos si se coteja con lo que reservó oculto bajo el sello de su profunda humildad.

Alimentóle esta virtud la que es dechado de ella: la Reina de los cielos, hasta con prodigios. He aquí uno de los que obró. Oraba nuestra Santa según costumbre en la iglesia de Santo Domingo cuando súbitamente le vino á la memoria que uno de los varios cilicios con que mortificaba su delicado cuerpo había quedado en lugar tan manifiesto de su humilde aposento, que fácilmente podría encontrárselo cualquiera que en él entrase. Llenóse de confusión, temiendo no sin fundamento que por este indicio se descubriese lo mucho que se daba á ejercicios de penitencia. No sabiendo que hacerse, levantó sus ojos á la Santísima Virgen del Rosario, su cariñosa Madre, y con confianza filial le pidió fervorosamente la socorriera en aquel lance, ocultando aquel instrumento en el lugar retirado que en aquel momento se le representaba. Al punto se le desvaneció el recelo, y llegada á su casa vió que el cilicio no estaba donde lo había dejado, sino en el deseado escondite.

A esta rara humildad juntaba una mansedumbre, suavidad y afabilidad admirables. Maravillábanse cuantos la conocían viendo que jamás se le cayó de la boca una palabra

siquiera que tuviese algo de desabrida, que supiese á áspera ó satírica. Jamás se le oyó voz arrogante ni de fausto ú ostentación. Nada se descubrió en sus costumbres, acciones y movimientos que fuese reprobable. Siempre tenía sereno el semblante, siempre la hallaron benigna para con todos. Ignoraba el sentir altamente de sí, y sólo sabía sujetarse á cualquier criatura por amor de Dios. Podía dudarse con razón que fuese *Rosa* la que así carecía de espinas; pero si tenía falta de éstas para los demás, no sucedía lo propio para consigo misma, pues abundantes y muy crueles nos las muestran los capítulos que siguen á continuación.

CAPÍTULO XIII.

Maravillosa abstinencia de Santa Rosa. Sus excesivos ayunos.

Cuanto más alto y sólido quiera levantarse el edificio de la santidad, más debe ahondar, dice el Padre San Agustín (1), su cimiento: la humildad, para que sobre él pueda con seguridad estribar toda la fábrica. Por esto no debemos maravillarnos de que sobre cimiento tan hondo y resistente pudiese Rosa levantar el edificio de su santidad verdaderamente heroica. ¡Lástima que á fin de ocultar sus rigurosas penitencias le llevara su profunda humildad, como hemos expuesto en el capítulo anterior, á impetrar de Dios *un medio* para que no se le descubrieran! ¡Cuánto más sabríamos sobre sus ayunos! pues hoy sólo consta *sumariamente* que siguiendo las pisadas de Santa Catalina

(1) Magnus esse vis, a minimo incipe. Cogitas magnam fabricam construere celsitudinis, de fundamento prius cogita humilitatis. Et quantam quisque vult et disponit superimponere molem ædificii, quanto erit maius ædificium, tanto altius fodit fundamentum. (D. Aug. Sem. 69 alias de Verbis Domini Sem. X. Operum tom. V, Parisiis. Muguet. an. 1683).

de Sena redujo sus ejercicios de ayuno y abstinencia hasta el último extremo... el *casi no comer*.

Estaba en pañales todavía cuando la iluminaron los albores de la virtud, objeto de este capítulo. Pues se lee en la *Vida* de la Santa, escrita por el Procurador de su canonización (1) lo que á continuación transcribimos: «Poco más de medio año tenía, faltóle la leche á la madre, y cuando juzgaba se le enflaquecería la niña por no inclinar á otro pecho, reparaba en la alegría de su rostro y parecíale que con ella decía estaba bien hallada con la abstinencia, pues con la miel que puede ministrar el dedo, pasaba en la forma que pudiera con la abundancia de leche. De aquí se originó que se la quitasen con brevedad juzgando no era necesario, y así fué que en la bienaventurada Rosa de Santa María todo lo que podía decir niñez era ajeno. De la cuna se bajaba al suelo, en él la hallaron muchas veces, unas gorjeando y otras durmiendo; imitaba á su Padre Santo Domingo niño é imitóle grande, que lo fué desde el nacer.»

Habría alcanzado sólo la mitad de la infancia cuando ¡oh cosa rara en su edad!... se puso ley rigurosa de abstenerse de todo género de fruta, que por cierto es riquísima en aquella templada región. Más de una vez se quedó admirada su madre, viendo que no se pagaba del sabor y hermosura de fruta tan variada. La que le daban repartíala luego ya entre sus hermanitos ya á niñas de su propia edad, sin llevarla jamás á la boca para probarla. De seis años ayunaba á pan y agua los miércoles, viernes y sábados, á no ser que la obligasen á lo contrario mandato de su madre ó precisa orden del médico. En llegando á los quince hizo voto de no comer carne en toda su vida en cuanto se lo permitiesen aquellos á quienes estaba obligada á obedecer. Quitóse de tal suerte y con tal arte el regalo del cuerpo, no quitando nada al derecho que tenían los que podían mandarla... Moderación digna de prudencia madura, de admirar en tan pocos años.

No obstante su madre tuvo que desistir de hacerle quebrantar sus voluntarios ayunos.

Algunas nobles señoras, llevadas de la admiración y afec-

(1) Ilmo. Dr. Fr. Antonio González de Acuña.

to que profesaban á Rosa, solían convidar á la madre para que con su hija las acompañaran á comer. Como es de suponer era éste caso apurado para nuestra Rosa, pues el solo olor de la carne le era espina para guardar su preciada abstinencia. No le era tanto para su madre, toda vez que para complacer á dichas señoras cortaba por lo sano mandando á su hija que se sentase á la mesa para acompañarlas, pareciéndole descortés que Rosa observase en aquella ocasión estrecha templanza. Obedecía la humilde hija, con grave daño del delicado estómago no acostumbrado á semejante alimento. A veces si el flaco y delicado estómago no lograba arrojar lo que tanto la inquietaba, ansias y fatigas en su organismo se le seguían; y por fin ardentísima calentura la acometía, llegando á postrarla en la cama. Y si estando enferma ó dilatándose demasiado la convalecencia se le ordenaba que comiese carne para reparar sus muy débiles fuerzas, en vez de aliviarse empeoraba.

El ayuno era su eficaz remedio. Cierta vez el médico ordenó que comiese un poco de carne, por más que sabía por experiencia que el estómago se la rehusaba, para que se restableciese de una peligrosa enfermedad que la había llevado al borde del sepulcro. Comió por obedecer, pero con tan mal resultado, que su cuerpo desfalleció y un temblor al que se siguió un desmayo postró del todo las pocas fuerzas de la que estaba convaleciente. El asma casi le impidió del todo la respiración. Por espacio de muchos días apenas pudo dar un paso y tenerse en pie; mas he aquí que le renuevan la licencia que le habían quitado para guardar su abstinencia acostumbrada, y poquito á poco cobró las fuerzas perdidas.

Padecía de ordinario dos graves y bien agudos achaques que eran la ciática y la jaqueca, y con ellos vehementes dolores de estómago. Para mitigarlos empeñábase su familia en que tomase siquiera algunos sorbos de caldo. Excusábase Rosa con discretas y bien meditadas razones, y pedía que le trajesen su acostumbrado *plato de pan y agua*. Era de ver como sentada en su cama tomaba el migajón del pan, bañábalo en un vaso de agua, y con este para ella sabroso alimento lograba levantarse del lecho sana y contenta. El

Contador D. Gonzalo dos ó tres veces experimentó en su casa que Rosa convalecía con este medicamento verdaderamente anacorético, confesando que no alcanzaba como podía ni aun conservarle sus ya débiles fuerzas tan continuado y riguroso ayuno.

Cedieron por fin los de su casa á fuerza de los hechos, no obligándola á comer carne de especie alguna, y dejándola con sus medicamentos, es á saber: el ayuno y abstinencia. Su madre, no obstante, no se explicaba cómo podía sustentarse ni convalecer con tan parco sustento. De aquí que cuantas veces la veía con el rostro macilento y rendidas sus fuerzas, otras tantas condenaba enérgicamente los ayunos de su hija. Alborotaba toda la casa, y dejándose llevar de su natural, descargaba sin piedad sobre Rosa toda su cólera y enojo, cual otra Lappa con su hija Catalina de Sena en ocasiones semejantes. Tan vivo retrato era de su Seráfica Maestra, que con los ímpetus del rigor *lappiano* de la madre quedaron más de relieve sus excelentes y heroicas virtudes.

Vivía nuestra Rosa muy apesadumbrada por lo muy á pechos que tomaba su madre el impedirla sus ayunos. Mas pronto celestial consuelo remedióle tan triste estado. Retiróse un día á descansar á la sombra del árbol de la Cruz do pendía su amado Esposo; y comenzando con tiernas lágrimas á darle cuenta de sus penas, á poco rato quedó fuera de sí y tuvo esta admirable visión. Aparecióseie Jesucristo, y persuadióla á que continuase con los ayunos comenzados, que á su cuenta estaba el cuidado de su salud para los grandes fines de su gloria. Animóla á que tuviese fortaleza y no desmayase, que si había muerto vertiendo hasta su última gota de sangre para redimirla, y si á esta fineza había añadido el derramar sobre su alma tantos tesoros de gracia, añadía ahora el don de que su tierno y delicado cuerpo pudiese vivir y convalecer de sus enfermedades sin comer carne. Incitóla á que prosiguiese con los ayunos, porque le eran muy agradables. Desapareció la visión, y quedó Rosa con tantos alientos para sufrir el duro carácter de su madre y proseguir sus amados ayunos, que cual robusta encina agitada por encontrados vientos no flaqueó jamás en lo restante de su vida.

CAPÍTULO XIV.

Prosigue la materia del capítulo anterior.

ALENTADA Rosa con tan nuevo consuelo, entró con extremada fuerza y valor en el escabroso camino de nuevos ayunos y rigores. La mortificación fué virtud muy amada de nuestra santa Virgen; porque es espada de la gracia para vencer las malas inclinaciones de la naturaleza. Sabía muy bien, como experimentada en el camino de la perfección, que tanto más nos llegamos al Criador cuanto nos apartamos de las criaturas; y que no puede vencer la parte superior, si no tiene á la inferior rendida y sujeta. Padeció sumamente en su naturaleza por ser tan tierna y delicada, y en su corazón por ser tan grandes sus fervorosos deseos. Andaba sobre sus inclinaciones muy atenta, y acudía pronta con la contradicción y mortificación á donde ellas caminaban. La visión, al final del capítulo anterior narrada, fué para ella *aliento*.

Muy luego lo hubo menester, porque su madre no pasando por tanta mortificación y ayuno, le mandó que comiese en familia, porque quería cerciorarse por sus propios ojos con que se sustentaba. Obedeció humildemente la hija, pero pidió con todo rendimiento á su madre que le permitiese comer sólo aquello que la flaqueza de su estómago pudiese digerir. Vino en ello, y la prudente Virgen trató de ganar á Mariana que cuidaba de la cocina. Con su singular ingenio y destreza para la mortificación, después de haber impetrado de ella el conveniente secreto, logró que le confeccionase una torta de regojos de pan y de un puñado de hierbas cocidas con agua, pero sin sal ni otro condimento. Permitió además que echara en ella algunos granos de pasa, para que así creyera su madre, que le iba contando los bocados, que comía con regalo y no menor apetito. Era, empero, muy al contrario de lo que parecía; puesto que las

hierbas que para su comida recogía Rosa con especial cuidado eran muy amargas, y por consiguiente en vez de regalarle le atormentaba su suave paladar. Con estas *delicias* lisonjeaba el gusto, y mezclaba ceniza las más veces, para que la salsa no desdijese de la comida.

Llegó á oídos de Rosa que en terreno no muy distante crecía cierta hierba de muy amargo sabor. Hizo que con secreto se la trajesen, y que en lo sucesivo le aderezasen con ella el potaje. Y para que no faltase provisión para ella tan esquisita, plantó la hierba en su huerto y cultivóla por sus manos, persuadiendo á su madre que era muy provechosa y medicinal. Esta, que muy curiosa y atenta andaba registrando cuanto tocaba á su hija, halló en cierta ocasión un pequeño vaso lleno de hiel, que estaba escondido en las paredes de aquel huerto; y sospechando lo que podría ser, preguntó á Rosa con qué fin había puesto aquel vaso en lugar tan oculto. A lo que respondió con ingenuidad que usaba de él para rociar la comida. Súpose después por Mariana que todas las mañanas al romper el alba, si no había de comulgar, regalaba el paladar con este *dulce*, con especialidad los viernes, para gustar con su amado Jesús la desabrida esponja que tanto le amargara allá en la cima del Gólgota. Con esta hiel y cortezas de pan rociadas con vinagre abundante y copiosas lágrimas se preparaba ella un plato al que llamaba *mis gazpachos*. A falta de hiel, suplían unas amarguísimas hojas de cierta planta que recibiéndolas en la boca y chupándolas el jugo, con meditación profunda y compasiva ternura, le traían á la memoria el hisopo amargo que aplicaron los sayones á los labios de Cristo Nuestro Señor pendiente en la Cruz, para *refrigerar* con tanta barbarie y crueldad la ardiente sed que padecía.

Entre las bellísimas flores que produce aquel fértil y abundante suelo de la América Meridional, hay una que con toda razón puede llamarse *milagro de la naturaleza* por lo expresivo y gráfico de su significado. En América la llaman *Granadilla;* en nuestra España la llamamos *Flor de la Pasión* (1). Sus pepitas son muy dulces; mas sus hojas,

(1) Flor de la hierba pasionaria.

amarguísimas. Rosa dejaba las pepitas y comía las hojas cocidas, para que de este modo juntándose lo repugnante del sabor con lo que—al parecer—representan dichas flores, fuese la comida una continua memoria de la pasión del Señor.

Hemos hablado de su *alimento*, justo es que hablemos de sus ayunos. Los que después de la muerte de la Santa testificaron sobre sus virtudes y hechos heroicos, dicen que usó dos géneros de ayuno: uno común, á pan y agua hasta cerrarse la noche; otro, que ella llamaba *mi ayuno*, consistía en no probar cosa alguna hasta que alboraba el día siguiente. El primero era casi cotidiano; pero más especialmente lo observaba desde Santa Cruz de Septiembre hasta Pascua de Resurrección, conformándose con lo que prescriben las Constituciones de la Sagrada Orden de Predicadores. El segundo lo practicaba todas las veces que sus Directores se lo permitían. A medida que los siete meses de ayuno iban avanzando, acortaba la porción de pan y hierbas hasta excusar casi totalmente el comer pan al entrar la Cuaresma, pasando con pepitas de naranja en muy poca cantidad... ¡cinco granos los viernes! y bebiendo hiel, para que semejante comida le acordara el acerbo dolor de la sed de Cristo. En lo restante del año le bastaba para una semana lo que á otro para un día.

Cuando Rosa en casa de sus padres habitaba en la estrecha clausura de que luego trataremos (cap. XXII), la mujer de D. Gonzalo le enviaba todas las semanas ocho panecillos caseros, para que al menos gastase uno cada día en el sustento de su cuerpo. A la semana devolvía seis y medio. De la Pascua de Resurrección á la del Espíritu Santo llegó á comer un pan, y éste bien pequeño, y bebió sólo un vaso de agua. Otro año pasó el mismo espacio de tiempo sin beber una sola gota. No era esto cosa nueva, sin embargo; pues en casa del Contador la vieron muchos días continuos sin comer cosa alguna. Allí solía encerrarse frecuentemente en el Oratorio sin comer ni beber desde el jueves hasta el sábado, quedándose en un rincón—y lo que maravillaba más á D. Gonzalo—sin moverse y como si la hubieran allí enclavado. Pero ¡qué mucho si el abundante alimento del

espíritu sustentaba el cuerpo mortificado con la abstinencia, alentado con la profunda meditación de los padecimientos del Redentor!

¡Hasta halló modo de mortificarse en la bebida de un simple vaso de agua! Pues cuando había de beber, sin dar el menor refrigerio al ardor que la abrasaba, temiendo el pequeño regalo que podría experimentar bebiendo agua fría, la tomaba caliente. Preguntada un día sobre esta particularidad, respondió con mucha agudeza que lo hacía para evitar el sueño; pues según las singulares recetas de nuestra Santa érase cosa indudable que el agua lo provoca.

Omitimos otros muchos hechos de no tanta monta, pues basta y sobra con lo dicho para admirar la frugalidad inimitable y lo portentoso de sus ayunos verdaderamente excesivos.

CAPÍTULO XV.

De los cilicios y disciplinas con que nuestra Virgen domaba su delicado cuerpo.

Maravilla fué que un cuerpo consumido y extenuado con tantos ayunos pudiese resistir á tanto cilicio y disciplina como le atormentaba y desangraba. Era tan ardiente el deseo en nuestra Santa de mortificar su cuerpo con toda suerte de penalidades, que fué necesario que los Confesores le fuesen mucho á la mano, y que sólo le permitiesen las que conocían ser voluntad de Dios. Cuando vistió el hábito de Santa Catalina de Sena, no contenta con las disciplinas que usaba, con dos cadenas de hierro todas las noches se hería las espaldas, á imitación de su Padre Santo Domingo; y con tanto esfuerzo, que se teñían de sangre la ropa interior, las paredes y el pavimento; lo último pudo verse con toda claridad al registrar después de su

muerte los lugares ocultos de la casa que ella había elegido para teatro de tan sangrientas flagelaciones. Creía la inocente Virgen, abismada siempre en su profunda humildad, que de esta suerte tenía que castigar sus enormes pecados. Por otra parte, movida á compasión de las calamidades públicas, á ejemplo de su Seráfica Maestra, procuraba aplacar por este medio la justa ira de Dios y mitigar su justicia; y así se sacrificaba como víctima cruenta por las aflicciones de la Santa Madre Iglesia y por las calamidades del Reino, á fin de impetrar la divina clemencia y desviar con ellas cualquier castigo con que el Cielo amenazara. Y no olvidada de las penas que padecen las benditas almas del Purgatorio, duplicaba los golpes para que los arroyos de su sangre apagaran parte al menos del fuego que las abrasa. Con no menos rigor y desvelo negociaba con Dios socorros y gracias especiales para los que están agonizando, considerando que el trance de la muerte es momento del cual pende la eternidad. Finalmente, por las culpas ajenas y para satisfacer las injurias que atrevidamente irrogan los pecadores á la Majestad Divina y para la conversión de éstos, no puede explicarse ni ponderarse lo mucho que padecía y se mortificaba con todo género de penitencias, no dando treguas al ensangrentado cuerpo su intenso amor á Dios y su grande caridad para con el prójimo (1).

Solían los de su familia escuchar cautelosamente todas las noches el ruído de sus disciplinas que se oía en la parte más retirada de la casa, quedando siempre edificados de tanto rigor de penitencia. El P. Maestro Juan de Lorenzana, su confesor, juzgó que debían moderarse, atendida la flaqueza y delicadeza del cuerpo de nuestra santa Penitente; mas ella pudo tanto con sus oraciones y súplicas, que logró su licencia para darse en cierto espacio de tiempo más de 5,000 azotes, que es el número que Cristo recibió por nuestras culpas en su sagrada Pasión, según piadosamente se cree. Tal permiso obtenido, puso mucho cuidado en no pasar del número que su Confesor le concediera. Por no excederlo, le

(1) Esto se explica más detenidamente en los caps. XVI, XVII y XVIII de la SEGUNDA PARTE.

pedía licencia cuantas veces le parecía necesario por alguna necesidad de los prójimos ó por el bien público. Para cumplirlo exactamente, contaba los días que impedida por alguna enfermedad se veía obligada á dejar el santo ejercicio por tener que guardar cama; pero en convaleciendo ajustaba el cómputo.

Y así en los días siguientes á la enfermedad iba dándose distributivamente los golpes que había omitido, para sumar el crecido número de azotes para los cuales tenía licencia. Con igual puntualidad obedecía al Confesor cuando le mandaba que cesase en los azotes de las cadenas de hierro, y los substituyese con unas disciplinas de cordel bien torcido y con muchos nudos, para que así con más humildad se conformase con el uso común de la Orden de Predicadores. Tal es el carácter de la verdadera santidad: dejarse guiar por la obediencia.

Era Santa Rosa tan inclinada á los ejercicios de mortificación y penitencia, que con admirables preludios desde su infancia había dado sobrados indicios. Contaba apenas cuatro años, cuando por no tener disciplinas, ni saber ni poder hacerlas, comenzó á fatigar sus tiernos hombros ya cargando sobre ellos crudos adobes ya lastimándolos con un pesado tronco, como si desde entonces pusiese todo su conato en llevar la Cruz por seguir á Cristo. Por algún tiempo sólo Mariana, criada de la casa, fué sabedora de tan ocultas mortificaciones, pues como se ha dicho otras veces, era su íntima confidente; y así llamándola aparte, y retirándose en los más escondidos sitios del huerto de su casa ó en los desvanes y terrados más apartados, hincada de rodillas, le rogaba que le cargase los hombros con los ladrillos que por allí estaban, pues ella sola no podía llevarlo á feliz término. Con este peso perseveraba puesta en prolija oración; y después hacía señas á la criada para que le aliviase de aquel peso cuidando de no hacer el menor ruído para que no lo supiera su madre, toda vez que podría impedirle semejantes ejercicios. Otras veces la rogaba, encargándole encarecidamente el silencio, que pusiese sobre sus tiernos hombros una viga tosca, para imitar á Jesús caminando al Calvario. Así cargada la tierna Niña, recogía dentro de sí todas sus

fuerzas, que eran bien pocas, para soportar tan desmedida carga durante el tiempo que tardaba en rezar sus oraciones.

Contaría apenas quince Abriles cuando comenzó á notarse en Rosa, entre varios ejercicios de penitencia: que de noche, desnudos los pies, paseaba el huerto con una cruz muy pesada, dejándose algunas veces caer de rodillas en el suelo, meditando con íntimos suspiros y amargas lágrimas los pasos del camino del Calvario. Jamás dejó tan devoto ejercicio ni por la destemplanza del aire ni por la obscuridad y pavorosas tinieblas de la noche ni por los impetuosos torbellinos de los vientos; porque impulsada del divino amor, sólo anhelaba participar de las penas de su amado Jesús y mortificar su débil y extenuado cuerpo.

Su Confesor, como arriba dijimos, le había prohibido el uso de las cadenas de hierro en las disciplinas. Ella, atendiendo á lo que sonaban las palabras, interpretó el mandato de suerte que sólo la obligaba á no disciplinarse con aquel instrumento; no, empero, dejarlo del todo para que no le sirviese de mortificación y pena. Y así dando con ellas tres vueltas á la cintura y apretándola fuertemente, echó un candado en los últimos eslabones cuya llave dió al P. Antonio Alvarez, que era entonces su Confesor, y se preparaba para emprender un largo viaje, quedando Rosa con el consuelo de que ningún accidente podría con facilidad impedirle su mortificación. Este género de tormento quedó muy oculto, porque sólo fué menester dar parte al Confesor; ni tuvo noticia de él su misma confidente Mariana, pues quería que tal tormento quedase en olvido. Mas no fué esta la voluntad de Dios, pues se descubrió de este modo. Después de algún tiempo que usara este doloroso instrumento de penitencia, cierto día, estando ya Rosa en la cama, fué acometida de un agudísimo dolor de costado. Sentía la afligida Virgen que todo el mal le venía de las cadenas cuyos eslabones habían penetrado los costados y hundídose en la carne. Iba creciendo el dolor al paso mismo que la dilación en quitar la cadena; entráronle nuevos accidentes y congojas; lamentábase más por lo que se había de descubrir que por el agudo dolor que la atormentaba. Quiso el Cielo que aquella misma noche durmiese en el aposento de nuestra

Santa una doncella casi de su misma edad, íntima amiga suya, Religiosa que fué con el nombre de Sor Catalina de Jesús en el monasterio de la Santísima Trinidad. Y no sin objeto. Pues oyendo al cerrarse la última hora del día los lamentos de su santa compañera, levantóse de la cama y fuése hacia la de Rosa, que más bien podía apellidarse potro, según veremos en el capítulo XVIII; y preguntóla qué cosa era la que tanto la afligía. Rosa le respondió: «Catalina, porque somos muy amigas y sé que á nadie del mundo dirás lo que voy á confiarte, te manifestaré la causa del dolor que me aqueja.» Y acto continuo mostróle una cadena de hierro que llevaba ceñida, cuyos eslabones extremos estaban unidos por medio de la argolla de una candado. Y añadió: «Mira, no sé cómo libertarme de ella, pues la llave de la cerradura está en poder de mi Confesor; y ya sabes cuán lejos está.» Dijo entonces Catalina: «Voy por una piedra, y con ella abro el candado ó le quiebro.» Mas al disponerse para salir del aposento, oyó un estallido y á Rosa que le decía: «No salgas, pues está ya abierto el candado.» Horrorizóse Catalina al ver con sus propios ojos el estrago que en las tiernas carnes de Rosa había obrado la cadena, y alarmóse por la mucha sangre que de las llagas estaba manando. Procuraron ambas quitarla con tiento; y logrado, echóla Rosa sobre la cama de la amiga. Esta miróla y remiróla con mucho cuidado: vió que entre los eslabones había pedazos de carne, y que toda ella estaba salpicada de sangre. Dió entonces Catalina muchas gracias á Nuestro Señor y Redentor por aquel favorable suceso que ella reputó milagroso, y así lo depuso con juramento en la información para la causa de la beatificación y canonización de nuestra Santa. Pasó lo restante de la noche. Llegó la hora en que acostumbraba levantarse nuestra Rosa, ¡y cuál no sería la admiración de Catalina al ver que fresca y robusta echó pie á tierra, y que luego se entregó á la labor serena y sin melindres como si nada hubiese acontecido! ¡Tanto logró nuestra Santa de la prodigalidad de su Divino Esposo!

CAPÍTULO XVI.

Prosigue la materia del capítulo pasado.

APENAS se habían cerrado las llagas, cuando volvió Rosa á ceñir su cadena y traer consigo el instrumento de un dolor continuado, hasta que por fin su Confesor le mandó terminantemente que sin demora le mandara la cadena. Obedeció al punto, arrancóla de la cintura no sin agudos dolores, pues estaba otra vez pegada á las carnes; envolvióla con presteza en un lienzo y la llevó á la iglesia de Santo Domingo, entregándola al Sacristán Fr. Blas Martínez, para que diese á su Confesor aquel recado. El Sacristán, juzgando por el peso que Rosa le había traído algunas cadenas de oro ó preciosas joyas, luego que estuvo fuera, desató el envoltorio y encontróse con un tesoro muy distinto del que esperaba, pues vió una cadena de hierro todo salpicada de sangre que cual brillantes rubíes la esmaltaban en varias de sus partes (1).

No hubo parte de su cuerpo que se librara de las mortificaciones y penitencias con que decidió castigarlo. Consideraba continuamente con tierna compasión á Jesús, su amado Esposo, herido y tan lastimosamente llagado, que desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no había en El parte alguna sana. Quiso imitarle maltratando su cuerpo de manera tal, que pudiera ofrecer verdadero retrato de tan sangriento dechado. Confeccionó para los brazos unas ligaduras de nudosos cordeles que, trabados cual redes unos con otros, los aprisionaba de forma que no la embarazasen el aprovecharse de ellos en la labor. Con este tormento con-

(1) Algunos eslabones de esta cadena se conservaron en poder de D.ª María de Usategui, y despedían de sí suavísima y peregrina fragancia; testigo mudo del suave aroma de heroicas virtudes de que estuvo adornada la que la había usado. Al presente sólo hay un eslabón en el convento de Santa Rosa.

templaba y acompañaba á su amado Jesús en el huerto de Getsemaní y en las dolorosas estaciones de Anás, Caifás y Pilatos. Por más que estas ligaduras estuviesen bien apretadas, sin embargo no estaban todavía hundidas en los brazos; y así pudo verlas muchas veces Mariana cuando le curaba las llagas que los azotes le habían abierto en las espaldas. Esta diligencia era muy frecuente, pues las llagas se renovaban todos los días; y así era forzoso para que no se gangrenasen polvorearlas con ciertos polvos por cierto nada suaves, que sólo Rosa sabía lo que eran, y luego cubrirlas con papel de estraza. Mientras mortificaba los brazos con los cordeles, la cintura con la cadena y las espaldas con los azotes, no daba reposo á lo restante de su cuerpo, dando muy buena cuenta de él con manojos de ortigas, espinas y abrojos y varias cruces de penitencia que en la nota se detallan (1).

Estas raras invenciones del espíritu penitente de Santa Rosa se debían á la falta de un cilicio que no podía procurarse por falta de medios. Así Rosa era vivo trasunto de la azucena que celebra entre las espinas el Sagrado Libro de los Cantares.

(1) La Santa usaba para su penitencia varias cruces. Dos de sus Via-sacras ó Via-Crucis que existen dentro del cuartito ó celdita que está en el Santuario (de que se tratará en el cap. XXII), la devoción indiscreta las ha menoscabado tanto que ya no tienen cabeza. Otra de madera de alerce de cuatro dedos y medio de largo, tres de ancho, uno de sólido en su frente y medio por el costado, con sesenta y siete agudas púas de hierro en su frente bien fijas, de las que ya faltan tres: es la que traía colgada al pecho por cilicio, y de la que no hacen mención los escritores de su vida; y no obstante es la principal, pues sólo su vista horroriza y confunde nuestra flaqueza. Estaba colocada en un nicho junto á la entrada de la sacristía del Santuario, y ahora se ha puesto más abajo dentro de un relicario de plata dorada en el nuevo altar del Corazón de Jesús, en el hueco triangular que forma el óvalo al lado de la Epístola. Otra también de madera un poco más delgada que la que llevamos descrita anteriormente. No tenía puntas de hierro. Sería la que tal vez usaba, por orden de su Director, cuando estaba enferma. Se hallaba colocada en el Santuario de abajo en el altar del Señor crucificado, y ahora se halla colocada en un relicario de plata dorada al otro lado de la antecedente. Otra, por fin, usaba para ahuyentar el sueño,—de esto tratamos en el capítulo XX. Esta cruz está en el monasterio de Santa Clara.

Estas noticias se deben al Padre Capellán del Santuario, de cuya obra hemos hecho ya mención. *Unicuique suum.*

Cuando se vió enriquecida con un corto cilicio que le dió una persona devota, parecióle que era joya de gran precio y que no había púrpura, ni holanda, ni otra tela por rica que fuese que pudiera compararársele. Y el motivo de complacerse era que con esto tenía ya las insignias de penitente y la divisa de los soldados de Cristo. Al principio sintió la aspereza del cilicio, pero no tanto como deseaba; pues apenas excedía media vara, y apetecía un cilicio que pudiese dar vuelta entera por todo su virginal cuerpo. Logró á la postre lo que deseaba, porque una Religiosa le dió otro más grande y á la medida de su deseo. Tenía mangas, y desde el cuello se extendía hasta más abajo de las rodillas; era áspero y túpido, de gruesas cerdas de caballo. Era tal, que parece podía satisfacer al más valiente y fervoroso espíritu de penitencia, y ser estimado como objetivo de la mayor y más insufrible de las austeridades. Con todo aun no pudieron llenarse los ardientes é insaciables deseos que de mortificarse y hacer cruda guerra á su delicado é inocente cuerpo tenía el agigantado espíritu de nuestra Rosa. Así es que le puso por de dentro delgadas y aceradas puntas de agujas repartidas por todas partes. Usó del penitente vestido por muchos años, hasta que repitiendo los vómitos de sangre hubo de privarse del cilicio que tanto daño le causaba, porque así se lo mandó su prudente y santo Confesor.

Eran, empero, tan ardientes en nuestra Santa los deseos de padecer, que halló modo de conciliarlos con la obediencia y el cuidado de su salud. Inventó para ello otro modo de mortificar su delicado cuerpo que substituyese el pasado tormento con menor riesgo, mas no con menor mortificación y molestia. Fabricó un pesado saco de tosco sayal, muy grueso y doble en forma de camisa; y para que no pudiese conocerse la tela, cubrió las bocamangas de delgado y finísimo lienzo. Con este peso abrumador se abrasaba en verano y se helaba en invierno; cansábase y fatigábase de una manera lastimosa; casi falta de fuerzas no podía andar ni moverse sin hallar grandes dificultades. Si se sentaba ó ponía de rodillas, le era casi imposible ponerse en pie: no había movimiento que no le fuese penoso. Desfallecían los miembros con la pesada carga, y parecíale que el vestido

interior no era de lana sino de planchas de plomo; pero como el amor de padecer era en ella tan grande, todo le parecía poco para complacer al Esposo crucificado. Sólo las plantas de los pies parece que estaban libres, porque no las alcanzaban las disciplinas ni lastimaban las cerdas del cilicio.

Eso, no obstante, halló modo nuestra Santa, enemiga declarada de su extenuado cuerpo, para que les cupiese parte de los rigores de su áspera penitencia. Cuando en casa se encendía el horno para cocer pan, valíase de la ocasión que nadie lo advirtiese para poner los pies desnudos en la boca del horno donde es más vehemente el ardor de la llama, meditando lo acerbo de las penas del infierno que ella entendía merecer por sus culpas. Así se verificó que desde la planta de los pies hasta lo alto de la cabeza no quedase parte alguna en el delicado cuerpo de Rosa que no sintiese particular dolor.

Con estos regalos *halagaba* Rosa su cuerpo; sin embargo aun no estaba satisfecho el ardiente deseo que tenía de intentar mayores rigores y penitencias. Los prudentes Confesores siempre tenían que irle á la mano, interponiendo el precepto y amonestándola con frecuencia que en los ejercicios de mortificación hanse de ajustar los santos deseos con lo que buenamente puedan sobrellevar las fuerzas del cuerpo.

Para que se vea por fin y remate hasta qué punto llegó el espíritu de mortificación y penitencia de nuestra gloriosa Santa, se lee que vivía ella tan cautelosa y tan prevenida en negar todo gusto á su cuerpo, que ni aun permitía, en cuanto estaba de su parte, que las delicias y gustos del espíritu con que el Señor en la oración le regalaba, llegasen á la parte inferior, dando el menor alivio. Hasta en esta sutil división de la carne y del espíritu quiso conformarse nuestra Santa con su Divino Esposo crucificado, sabiendo que este Señor no había permitido que la gloria del alma se comunicara ordinariamente al cuerpo mientras fué mortal, para dar lugar así al sentimiento de los dolores de su pasión. Experimentaba Rosa que en el admirable sabor y gusto de los dones celestiales se llenaba de deleites inefables el espíritu y se regalaba todo su interior; y con todo eso entre tantas dichas cautelaba y embarazaba cuanto po-

día que el miserable cuerpo que sólo había destinado á la mortificación y penitencia, alcanzase una migaja siquiera de aquella abundancia de regalos y delicias espirituales. Y si el Rey de la gloria tal vez la introducía en los secretos de su amoroso corazón, mandaba al cuerpo que se quedase fuera del convite y sólo hallase sus delicias en el padecer. Bien puede decirse que este divorcio nunca visto entre cuerpo y alma, debe contarse entre las más sublimes y admirables proezas de nuestra Santa.

CAPÍTULO XVII.

Ciñe Rosa su cabeza con una corona de agudos y penetrantes clavos.

Para completar sus mortificaciones, trató Rosa de hacer una corona; y como todos los justos pretenden con vivo anhelo coronarse de espinas en esta vida para semejarse á Jesús en sus penas y después participar con El de sus glorias: nuestra Santa quiso también imitarles, coronándose de espinas en esta vida para serlo luego en la otra.

Mas ¿qué rosa hay sin espinas? Nace la rosa y nacen las espinas que han de coronarla, quedando rudas hasta que se desabrocha la rosa del verde botón, y rompe poco á poco su estrecha cárcel manifestando su rubicundo color y esparciendo por doquier su suave aroma; pues entonces se adelgazan y robustecen las agudas puntas hasta tanto que, llegando á su perfecto desarrollo, pierde la rosa la color, se caen las hojas á las caricias del blando zéfiro y quedan sólo las espinas. No de otra manera aconteció á nuestra gloriosa Santa Rosa de Santa María. Nació y creció hermosa y lozana como una *rosa*, desplegando cada día los variados matices de sus hermosos hechos, y esparciendo por doquiera que pasaba el suave aroma de sus heroicas virtudes, cre-

ciendo á proporción las punzantes espinas de la más rígida penitencia, como hemos visto y veremos en adelante, hasta coronarse con una corona de agudas puntas, como digno remate.

Ya había tocado Rosa los términos que dividen la puericia de la adolescencia, cuando poniendo los ojos y mirando atentamente una piadosa imagen de Jesucristo en el lastimoso paso del *Ecce Homo,* la tierna y devota compasión de lo que veía, la compungió y traspasó el corazón. Deteníase en la consideración y contemplación de la corona de espinas que tenía sangriento asiento en la cabeza de Cristo; salíanle los colores al rostro, dábale empacho el que quieran ser delicados los miembros místicos, estando su cabeza tan cruelmente atormentada. Llevada de los afectos que semejante consideración y contemplación le causaban, fabricóse su primera corona que fué de estaño; rodeóla de cordeles y mimbres de forma que parecía enroscada culebra, y puso á ciertas distancias por la parte de adentro agudas puntas de tachuelas. Se la ciñó ocultamente, no sin herirse y ensangrentarse la cabeza, y no se desposeyó de ella hasta poder substituírla con otra de mayor tormento. Considerando en profunda contemplación la gloriosa suerte de Santa Catalina de Sena, que vió trasladada á su cabeza la corona de espinas del Redentor, no pudo quietarse su espíritu hasta gozar en su cabeza con santa emulación la corona de su seráfica Maestra; ni le parecía que había vestido perfectamente su hábito, si no se veía adornada con su corona de espinas.

Llevada, pues, de su ardiente deseo de padecer, unos diez años antes de su dichosa muerte y pocos después de haber recibido el hábito de la Tercera Orden, mandó preparar una angosta planchuela de plata de media vara de largo y un dedo de ancho con tres órdenes de púas ó clavos en la misma, de forma que cada orden tenía treinta y tres puntas, correspondientes á los treinta y tres años que vivió Cristo. Y porque los cabellos le podían ser impedimento para que no penetrasen los clavos en su cabeza, se cortó el pelo á filo de navaja, dejando sólo sobre la frente algunos pocos que encubriesen la corona por aquella parte por donde fácilmente podía descubrirse; por lo demás el velo y las

tocas la disimulaban perfectamente. Dejamos á la consideración del piadoso lector el tormento horroroso que sufriría nuestra penitente Virgen con esta corona en la cabeza, donde tienen origen los principales nervios del cuerpo humano. Por esta razón se ha dicho con mucha verdad que cuando la cabeza duele, duelen todos los demás miembros. He aquí, pues, porque Rosa en los ojos por ser los más cercanos á la cabeza, en la boca hablando ó comiendo y en los demás movimientos naturales sufría doloroso tormento. Mas ni aun así quedaba satisfecha esta heroína de la penitencia, porque le parecía que los dolores no eran tan intensos como ella deseaba; por esto decía que era forzoso socorrerla en algo y con arte. ¿Qué hizo, pues? Ató dos cintas por las extremidades do se juntaban los dos términos de la plancha de plata que formaba la corona, con el fin de que tirando por ellas pudiese apretarse y estar fija en la cabeza. Otra ventaja sacó de esta, para ella, feliz invención, y fué el poder sentir con más intensidad los dolores que le causaban las puntas los viernes de cada semana en memoria de su amable Esposo coronado de espinas, y los sábados para acompañar de esta suerte con devota compasión á la Virgen adolorida.

Por mucho tiempo tuvo escondida esta rara mortificación á los ojos de sus padres, hermanos y familia, porque nadie barruntaba siquiera que las tocas de la cauta Virgen ocultasen suplicio tan fiero. Sólo su Confesor sabía así en general que llevaba puesta una corona para mortificarse, mas desconocía los detalles; porque jamás ni de los clavos ni de las nuevas invenciones que discurría para hacer más sensible el dolor, le dió clara noticia. Pero la Providencia divina, á la cual todo lo criado obedece, no permitió que el silencio sellase cosa tan maravillosa y singular; pues la manifestó del modo siguiente para gloria suya y crédito grande de su Omnipotencia. Había hecho una travesura un hermanito de Rosa; quiso su padre castigarlo y huyóle el cuerpo el travieso muchacho, yéndose á aprovechar el amparo de su compasiva hermana. Enojado el padre, fuése hacia él; y cuando iba á descargarle un golpe, se interpuso Rosa *con tal suerte*, que pudo el hermanito apartar la cabeza, experimentando entonces los efectos la angelical cabeza de nuestra Santa.

Esto hubiera sido insignificante y sin resultados si hubiera acontecido á otra de las hermanas de Rosa, y aun á ella misma si no hubiese llevado la corona; mas por disposición del cielo el golpe hizo que penetrando las púas en la cabeza de nuestra Santa, por la frente y las mejillas manara sangre hilo á hilo.

De este modo tan singular se valió Dios para manifestar la heroica mortificación y penitencia de la virgen Rosa, mortificación y penitencia que ella con su profunda humildad á todo el mundo ocultaba; y así más llena de vergüenza que de dolor, y con grande sentimiento de verse descubierta, se retiró con disimulo á un aposento, quitóse la corona, limpióse de la sangre, y se volvió á poner su ordinario tocado. No sospechó su padre que vivía sin recelo ni prevención; pero sí la madre cuya sospecha creció con el disimulo con que se retiró la hija; y así mandó á la india Mariana que la siguiese, y averiguase la causa de haberle salido tanta sangre. Entró la madre en el aposento de Rosa cuando ésta desvanecía y eludía con excusas las preguntas de Mariana, y no pasando por ellas, la mandó que se quitase el tocado y descubriese la cabeza. Miróla impaciente, y vió que la tenía taladrada y frescas aún las heridas del golpe del padre. A vista de tanto horror desató los ojos en arroyos de lágrimas Mariana, clavó los suyos en el suelo la penitente Virgen vergonzosa y corrida, enmudeció la madre ya embargada de dolor á la vista de tan lastimoso espectáculo ya reprimiendo su natural condición con soberano impulso. Llena ésta de confusión y de encontrados pensamientos, fuese á su aposento por un poco de vino, hízolo calentar al momento, lavó muy bien la cabeza de su hija y la puso por el pronto unos paños, comenzando luego á discurrir algún remedio. Ocurriósele uno muy á propósito, y fué ir sin tardanza á dar parte del suceso á uno de los Padres espirituales á quien en un todo obedecía nuestra Santa.

Era éste el R. P. Juan de Villalobos, Rector del Colegio de la Compañía de Jesús de Lima, varón muy grave y celebrado por su mucha religión y virtud, Maestro muy diestro en guiar las almas por los atajos más seguros de la perfección cristiana. En oyendo el suceso mandó á Rosa que le

trajese sin demora el instrumento con que mortificaba la cabeza, cualquiera que fuese. Obedeció la humilde Virgen, fué al momento á su casa y trajo en seguida al Confesor la corona; y con tanta prisa, que no tuvo lugar para limpiarla de las manchas de sangre con que estaban matizadas las puntas. Viéndola el prudente y piadoso Padre no sin horror y lástima, juzgó que era más rígida de lo que convenía al sexo y edad de nuestra Rosa; pues entonces pasaba poco de los veinte años. Y así con blandas razones procuró persuadirla á que dejara tan cruel instrumento. Ella, advirtiendo que el Padre sólo trataba entonces de moverla con razones, no de obligarla con imperio; expuso también con toda humildad y rendimiento las que le parecieron más á propósito para lograr su intento. Y defendió tan bien su causa, que consiguió del Padre la devolución de la corona, aunque algo suavizada; pues tomando próvido y discreto una lima, repasó todas las puntas, remachó las que pudo y embotó las que más salían. Parecióle que con esto no había recabado poco de la penitente Virgen, ya que no había podido convencerla á que dejase del todo el uso de la corona, pues la estimaba en más que un reino.

Gozábase nuestra Virgen de haberla recuperado sin haber perdido ni una sola punta y poco menos áspera de lo que estaba. Así triunfó nuestra Santa, animada del espíritu de mortificación, de la compasiva ternura de su sabio Director (1).

(1) Esta corona existe hoy en su Santuario, pero diminuta con sólo una cuarta y tres dedos escasos en el ámbito en que hubieron 53 puntas; al presente faltan 21, según los agujeros que acusan estos robos nacidos de una imprudente devoción. Estaba colocada y sin vista en un nicho junto á la entrada de la sacristía, y se ha pasado más abajo al nuevo altar del Corazón de Jesús, donde para que se admire como permanece esmaltada con los vestigios de la sangre de Rosa se ha colocado en la coronación del cuadro de la Santísima Virgen de Belén, de cuyo prodigio de haber vuelto el rostro su Soberano Hijo que tiene en los brazos se hablará en el cap. VIII de la SEGUNDA PARTE. La otra mitad de esta corona está en el monasterio de Santa Catalina.

CAPÍTULO XVIII.

Cama tan penitente como singular que, para atormentarse durante su breve sueño, fabricóse nuestra Santa.

Tanto fué el cuidado que tenía Rosa en mortificar su cuerpo, que ni aun permitió que las pocas horas que la noche reservaba para el descanso estuviesen libres y exentas de particular tormento. Por esto dispuso que fuese tal la dureza de la cama, que más sirviese para espantar y alejar el sueño que para llamarle. Pasó tan adelante su industria y tanto empleó su ingenio todo, que llegó á trocar el lugar de descanso en penoso potro, robando el tiempo al sueño para emplearlo en la oración. Muy de antemano rastreó su madre, siempre atenta en observar las acciones de su hija, la austeridad y dureza con que dormía y el estudio en disimularlas. Por lo que para acabar de una vez le mandó que durmiese con ella en su propia cama, á fin de frustrar con esta diligencia las raras trazas de que se valía y las muchas industrias que para mortificarse inventaba. Obedeció puntual la penitente Virgen, pero con ardid tan ingenioso que pudiese juntar en un mismo acto los méritos de la obediencia y de la penitencia. Pues apenas veía Rosa que el primer sueño había embargado los sentidos de su madre, con mucho tiento iba apartando el colchón de la parte donde descansaba, y se echaba inmediatamente sobre las tablas, haciendo que recibiese su cabeza en vez de blanda almohada ó nudoso leño ó algún ladrillo, valiéndose del mismo ardid que Catalina de Sena con su madre Lappa.

Duró algún tiempo esta mortificación de Rosa, y cuando más contenta estaba, aconteció cierta vez que en altas horas de la noche despertó su madre y advirtió el ardid de su hija. Como si la hubiese cogido en algún hecho afrentoso, la reprendió ásperamente, la llenó de injurias, y con voz

iracunda la lanzó del aposento, diciéndole: *Ya que quieres burlarte de tu madre, vete á dormir donde quieras, y ármate una cama de tablas á la medida de tu gusto, mientras la cubras con manta y colchón.* Al pie de la letra lo verificó Rosa, muy contenta con las injurias y denuestos que con paciencia y humildad profunda siempre sufría; y así buscó dos tablas, y en un rincón de un obscuro aposento arregló su cama con un colchón, una manta por cobertor y dos mullidas almohadas para engañar la vista de los que de día la viesen. Pero en llegando la noche, arrimaba á un lado colchón y almohadas, y substituía todo esto con un duro tronco por desbastar que tenía oculto; luego sembraba menudas piedras debajo del cobertor, para que con la desigualdad se lastimase el cuerpo ya de sí harto delicado.

Y no se contentó con esto el penitente fervor de Rosa; pues escogió tres leños por labrar llenos de nudos, dispúsolos sobre las tablas, ajustólos con cuñas que por un lado y por otro encajaban en las junturas de las tablas para mayor firmeza. Sólo Mariana, confidente de Rosa, conocía el secreto; á ella encargó con grandes súplicas que no le descubriese, y que si alguna vez por casualidad fuese necesario revolver el aposento, ó dejase en su lugar los leños ó los escondiese.

Por largo tiempo gozó el fervor de Rosa de la dura y penitente cama; y más gustara, si las puntas y esquinas de los maderos la hubieran maltratado más agudamente por todas partes. Era su mayor sentimiento que entre los vacíos de ellos no hubiese cosa que la atormentase á medida de sus deseos; pero las astillas y otros fragmentos de madera suplieron por entonces.

Como en su corazón era tan vivo y ardiente el amor á Jesús crucificado, todas las penitencias y mortificaciones que hasta aquí llevamos referidas no podían apagar aún el hambre que de padecer tenía. El dolor que los nudos y astillas en su tierno y delicado cuerpo ocasionaban, no parece creíble que intentara aumentarlo, mucho más cuando sus apenas veinte abriles parece que no podrían permitírselo; no obstante, no sólo lo intentó, sino que se lo arregló de la manera siguiente. Confeccionó un cañizo, y lo puso sobre

las desnudas tablas; en los espacios, entre caña y caña colocó pedazos de teja, escudillas y platos quebrados tan bien dispuestos, que á cualquier movimiento del cuerpo respondiesen las agudas puntas. Esta cama, más bien de tormento que de descanso, cubierta de día con un colchón y un lindo cobertor, fué vista y tocada muchas veces por su íntima amiga D.ª María de Bustamante, monja profesa en el monasterio de la Santísima Trinidad, la cual así lo depone en el proceso de la canonización. Las almohadas sobre que había de reclinar la cabeza traspasada con los clavos de la corona, en nada desdecían de la cruelmente ingeniosa cama. Había su madre arrojado á la calle los ladrillos, la piedra y los nudosos leños que hasta entonces le habían servido de almohada; habíale dado en cambio una de tela para que la llenase y se sirviese de ella. Hinchóla la penitente Virgen con virutas y astillas, y usóla algunos días; mas su madre, hecha lince de las cosas de su hija, no dejó de advertirlo. Quitósela con mucho enfado y desabrimiento, arrojóla al suelo, diciendo á su hija muchas pesadumbres, y mandándola que al punto la llenase de lana. Hízolo como se lo mandaba su madre nuestra Rosa, pero iba metiendo entre la lana juncos secos del cestón donde se guardaba. No estuvo escondido este linaje de penitencia por mucho tiempo á los ojos de la madre, porque como estaban secos se quebraban fácilmente, y con el peso y movimiento de la cabeza salían á fuera de la almohada y le maltrataban la cara y la frente, de manera que muchas mañanas la sacó toda arañada. Mirábala su madre, y como lo primero que se le ofrecía á los ojos era el destrozo que de noche obraban los juncos, no atinaba á que atribuírlo; porque la almohada estaba llena de lana y no de otra cosa alguna, pues á su presencia la estuvo hinchando la penitente Virgen. Con todo, fué á registrar la almohada, y lo primero que echó de ver fueron los juncos, que, quebrados, habían traspasado el lienzo y manifestaban claramente que ellos eran la causa de los rasguños de su hija. Aquí sí que desató toda la corriente de su duro y áspero natural, descargando un torrente de injurias y pesadumbres contra la humilde y penitente Virgen, que las estuvo oyendo y tolerando con mucha igualdad

de ánimo, fortaleza y sufrimiento. Mucho la estuvo mortificando, porque fueron muchas las injurias y pesadumbres que le dijo; fué, empero, su mayor mortificación el oir que le mandaba con precepto formal de santa obediencia que llenase de lana la almohada, y que no echase en ella otra cosa alguna.

Sintió grandemente este mandato la penitente Virgen, porque fué tan claro y expreso, que no había donde cogiese el comento; pero aguzó como solía su ingenio, y cumplió á la letra el precepto llenando la almohada con tanta lana que vino á resultar más dura que una piedra. Durmió sobre ella sin echar de menos el tronco del árbol ni los ladrillos ni los juncos, hasta que en ocasión en que Rosa no estaba en casa resolvió la madre limpiar fundas. Fuése al aposento de su hija, tomó la almohada, levantóla á duras penas; pues más bien parecía llena de plomo y piedras que de lana. Estúvola examinando un buen rato, y como no encontrase más que lana, no atinaba á qué atribuir tanta dureza. Iba entonces á descoser las fundas, mas disuadióla la entrada de Rosa á la que apostrofó en estos términos:—¿Qué has metido en estas fundas que están tan duras y ásperas?—Señora, respondió Rosa con mucha humildad y sencillez, no tienen más que lana y no otra cosa, como V. propia mandó. —Es verdad, según veo, que sólo tienen lana, pero tanta, que tanto valiera que estuviesen llenas de piedras. Has cumplido lo que te mandé; pero, más que mi mandato, tus deseos. ¡Basta! ahora caigo en la cuenta de que tenemos una Santa en casa; y no una Santa como quiera, sino con el don de hacer milagros. ¿Qué mayor milagro que convertir la blanda lana en dura piedra? ¡Linda Santa por cierto! Esto que veo es lana, y esto que toco es un peñasco. Alabo tu obediencia, pues haces mucho más de lo que te mando; ya no me resta que mandarte más: haz todo aquello que te parezca, pues yo en nada he de irte á la mano, aunque vea que te das la muerte con las tuyas.—

Esta irónica apariencia de libertad que le dejó, porque no era permisión, sino despecho; la supo aprovechar Rosa de manera que mudó desde entonces de almohada, y prosiguió con la del nudoso tronco que antes había usado.

CAPÍTULO XIX.

Continúa la historia de la austera cama de nuestra penitente Virgen.

Precisa completar la descripción de la terrible cama de nuestra Santa, para que se vea hasta dónde llevó el rigor de su penitencia y el fervor de su acendrado amor á Jesús crucificado, amor que sin duda alguna alentaba y animaba á tanta aspereza.

Hemos hablado ya de la cama y de las almohadas; tócanos ahora decir algo de las sábanas y demás avíos. Consistían en unos cobertores de ásperas cerdas como un cilicio, tejidos los hilos en forma de criba; y así por una parte afligían las cerdas el desnudo cuerpo y por otra daban entrada libre á las puntas de las quebradas tejas, y juntamente cubrían y ocultaban á la vista tamaños rigores. Las mantas con que cubría la cama durante el día eran muy buenas; las que le servían de noche para cubrirse, muy malas y gastadas, pues que habían de guardar armonía con el aparato de cañas y tejas: ingenioso artificio de su mortificación.

A la cabecera tenía muy escondida para que nadie la viese una redoma de hiel; y nunca se acomodaba para coger el sueño antes que *regalase* el paladar con esta amarga bebida en memoria de su dulce Esposo, cuya santísima boca amargaron con hiel y vinagre en el lecho de la cruz los crueles sayones. Alguna vez confesó ingenuamente nuestra Rosa que esta bebida no le era tan molesta al tomarla como cuando despertaba, porque sentía secas las fauces hasta las entrañas, encendida la garganta y amarga la boca. Por otra parte sabía por la cuotidiana experiencia que no había de levantarse sin sacar todos los miembros casi pasmados, quebrantados los huesos, y rasgadas y sumamente doloridas todas las partes de su cuerpo; por lo cual después de muchos años que se ejercitaba en esta espantosa mortificación,

preguntándole cierta persona muy íntima amiga suya cómo había podido pasar una sola noche en cama tan horrible y tan intolerable, respondió con el gracejo acostumbrado: *Que allí recogía penas y dolores cuantos eran bastantes para ofrecer á Dios en satisfacción de las culpas de la persona que más lo necesitase y fuese de su mayor agrado.*

Consiguiente á esto fué lo que en cierta ocasión aconteció á nuestra penitente Virgen. Considerando antes de acostarse que el lecho era campo fertilísimo de penas en vez de lugar de reposo para aliviarse y reparar las fatigas del día, estuvo suspensa un buen rato ponderando que sus fuerzas eran menores y desiguales respecto al rigor del tormento que le esperaba. Casi no se atrevía á echarse en aquel potro, compendio de todos los dolores; casi la flaqueza de la carne estaba para sucumbir, cuando he aquí que mientras estaba fluctuando en este mar de dudas, se le apareció Cristo Jesús con rostro blando y apacible, y le dijo estas cariñosas palabras: «Acuérdate, hija, que fué más dura, más angosta y más horrible la cama del Calvario en la cual por ti tomé el sueño de la muerte. Bien sabes la hiel que allí me dieron á beber, y Yo gusté por tu amor. No ignoras que las puntas que me atravesaron los pies y las manos hasta obligarme á dar el alma no eran de teja sino de hierro. Repasa en tu memoria y pesa en tu consideración mis penas, cotejándolas con las que tú padeces en esta cama; y si consultas tu corazón y das oídos á las voces del amor, te persuadirás de que tu lecho es un jardín de flores.»

No puede ponderarse cuán hondamente penetraron el ánimo de Rosa estas dulcísimas palabras, y cuánta fortaleza y constancia le comunicaron para que no temiese ni rehusase de allí en adelante aquel duro ejercicio de penitencia. Es cierto que perseveró invicta por espacio de dieciséis años en este tormento acerbísimo, acostándose cada noche en aquel lecho, más bien dispuesto para hacerla agonizar que para dejarla dormir. Y es más de admirar que lo sabía su madre que lo llevaba á mal, y que con todo eso lo consentía sin atreverse á contradecirla. El modo con que lo llegó á descubrir fué el siguiente, según lo depone ella misma con juramento en el Proceso. Estaba un día buscando su man-

tón, y ocurriéndosele que quizás se lo había dejado sobre la cama de su hija, fuese al aposento de ésta y todo lo revolvió. Mas ¡cuál fué su sorpresa y admiración al ver aquella horrible cama, ingeniosa invención de Rosa para atormentarse! *No,* dijo entre sí, *no es posible que criatura humana pueda dormir en esta cama, mejor potro de tormentos que lecho de descanso; esto es una estratagema y yo quiero averiguarlo.* Efectivamente, una noche después, á las doce dadas, poquito á poco, descalza y con mucho tiento, se fué hacia la cama de su hija, y con sus propias manos la tocó sin que ella lo sintiese; y no satisfecha con haber tocado el cuerpo de Rosa, tocó las cañas y los pedazos de teja y platos, y vió que estaba tendida de espaldas sobre ellos, y que la cama era la misma que había visto de día. Viendo que su hija dormía tan sosegadamente como si estuviese echada sobre mullidos colchones, se estremeció, y no pudo menos que exclamar: *¿Es posible, Señor, que mi hija duerma en esta cama de este modo, si Vos no la sostuvieseis con vuestro poder?* Dicho esto salió, y se fué á su aposento llena de pasmo y admiración.

Muchas veces había intentado privarla de tanto extremo de austeridad, y destrozar del todo tan cruel cama, lugar de tormento para su hija; pero conteníase por el remordimiento de conciencia y el temor de oponerse á la voluntad de Dios. Parecióle más acertado dar noticia á sus Confesores; pero los halló indecisos. Mas esto mismo era indicio bien claro de que era voluntad de Dios que la penitente Virgen estuviese crucificada con su amado Esposo mediante el prolongado martirio y sufrimiento de tan áspero y terrible lecho.

CAPÍTULO XX.

Los Confesores de la Santa permiten á la madre que quite la terrible cama. Como luchaba nuestra Rosa con el sueño.

Dieciséis años de descanso ó mejor de *tormento* en un potro-cama como el que durante el espacio de tiempo citado usó nuestra Santa, bastan y aun sobran para acabar, no digo con la quebrantada salud de nuestra Rosa, sino con la del varón más robusto y esforzado. Así es que considerando esto en particular conferencia los que cuidaban de la dirección del espíritu de la penitente Virgen en los tres años antes de su dichosa muerte; y observando que se le iban agotando las fuerzas, que consumido el cuerpo con tantas disciplinas, ayunos y enfermedades no podía pasar ya adelante con el doloroso suplicio de tan áspero lecho: juzgaron que, ya que no podían persuadirla á que admitiese regalos con que repararse, por lo menos era necesario poner tasa y moderación á las penitencias con que íbase acabando. Por lo que resolvieron decir á la madre que podía destruir la cama que por tantos años sirviera de tormento á su bendita hija. Esta sintió en el alma la prudente determinación de sus Directores; mas la madre llena de alegría comenzó á destrozarla con tanto calor como si fuera una máquina destinada á descoyuntar al fruto de sus entrañas. Arrojó los troncos, leños y tablas; quebró las cañas; recogió las quebradas tejas y cascos, y los arrojó en el río vecino á la ciudad para que jamás pudiesen servir de tormento á su querida hija. Con todo quiso contarlos antes, y halló que faltaba poco para llegar al número de trescientos.

Hecho el destrozo, hubo de buscar Rosa otra cama para su corto descanso; pero fué poco más ó menos tan *blanda* y *acomodada* como la primera. Por entonces no hizo otra cosa que reunir algunas tablas cubiertas con una manta muy usada sin poner colchón ni otro avío, y sobre ellas se acos-

taba para tomar su tan limitado sueño. No le parecía dura la nueva cama, sino deliciosa y blanda, y nada de esto no obstante tenía; por lo que la dejó, y buscó una silla baja y desacomodada, y sentada en ella pasaba lo más de la noche hasta la hora de la oración, arrimando la cabeza á la pared. En los últimos años de su vida, años que le transcurrieron felizmente para ella en casa del Contador D. Gonzalo, pasaba las noches en una mala silla, reclinando un poco la cabeza sobre una de las columnas de la camilla en que dormían las hijas menores de D. Gonzalo. De esta manera Rosa más bien daba cabezadas que cogía el sueño, principalmente en los grandes fríos. Con el aborrecimiento y odio santo que Rosa tenía á su cuerpo, nunca quiso de día admitir almohada en que sentarse; hacía, siempre que le era permitido por el género de trabajo, la labor en pie; y cuando le era forzoso el sentarse, érale silla un duro madero.

Fácilmente se deja entender que usando Rosa por tantos años de una cama tan impropia para conciliar el sueño, como el mismo lecho se lo quitaba, claro está que sus vigilias serían casi continuadas. Alguna vez dijo familiarmente la seráfica Maestra Santa Catalina de Sena á su confesor el B. Raimundo de Capua, que ningún enemigo le hacía más cruda guerra que el sueño, no obstante de haberlo reducido á dos horas. La misma lucha tuvo que sostener Santa Rosa, fiel discípula de Santa Catalina, y la misma victoria alcanzó; pues también limitó el sueño al estrecho término de dos horas, y tal vez á menos, aunque más importunamente la molestase. Así es que pudo distribuir las veinte y cuatro horas del día en esta forma: doce para la oración, diez para la labor con que sustentaba á sus padres, y las dos restantes para el descanso. Alcanzó nuestra Santa esta facilidad en las sagradas vigilias por medio de sus prolongados ayunos, con estar como metida entre puntas de cardos con el cilicio que usaba, la cama que tenía, la gran abstinencia de agua fría y de todo género de bebida, la profunda meditación, y el estar con la atención fija en contemplar las cosas divinas.

No olvidaba con todo el astuto enemigo emplear contra ella sus artes y esfuerzos; en levantándose á orar en lo más

profundo de la noche, la molestaba más pesadamente para reducirla al sueño. Costáronle muy caras á Rosa estas batallas, porque si hincando en el suelo las rodillas comenzaba su oración, parecíale que luego en los agravados párpados estaba engastado un peso de plomo. Si se ponía en pie, daba cabezadas, y la acometía con más fuerza, y la rendía hasta derribarla en tierra. Poníase así echada, con los brazos en cruz y el rostro pegado en el polvo; y la vencía más fácilmente, porque en esta posición, si bien muy penosa, entraba el sueño con más suave y apacible blandura. Estaba como corrida de verse tan acosada y casi vencida de enemigo tan ruín y astuto; y cuando la llegaba á rendir, se levantaba en pie, y luego se dejaba caer á fin de que el dolor del golpe la dejase con algún desvelo para continuar su oración. Otras veces arrimaba la cabeza á la pared, y se daba golpes contra ella; otras se pellizcaba los brazos: no había ardid, en fin, de que no usase para ahuyentar el fiero enemigo que dulce y solapadamente se le introducía. Vencía á la postre pero no sin sudor y angustia. Triunfaba, pero en la cruz; toda vez que en el aposento en que hacía oración la penitente Virgen había una cruz de madera que igualaba á la estatura humana, en cuyos brazos estaban dos fuertes y sólidos clavos, lo bastante para sustentar todo el cuerpo. De éstos se asía fuertemente con ambas manos para pelear valerosa cuando el blando sueño la acometía con más fuerza; y así, pendiente todo el cuerpo, rezaba el Oficio parvo de Nuestra Señora. De esta suerte burlaba á tan tenaz enemigo, y no apartaba los ateridos brazos de los caros instrumentos de la victoria hasta verse triunfante de su temible adversario. De esta suerte alcanzaba la victoria, pero no sin muy duros callos en sus delicadas manos.

Discurrió también otro modo de pelear contra las asechanzas del sueño. En la pared de la celda ó ermita del huerto en que habitaba Rosa la mayor parte del día y de la noche, había un clavo á un palmo de su estatura; en él enredaba los cabellos que había reservado sobre la frente para cubrir la corona; así se estaba colgada, y con este tormento ahuyentaba el tenaz sueño y rezaba sus devociones. Y viendo que tan pocos cabellos no eran fiador bastante para sostener

todo el peso de su cuerpo, se apoyaba con las puntas de los pies.

De tan rigurosos y extremados medios colegirá el lector cuán importuna sería la vejación del sueño en tan tierna doncella. ¡A tanto le obliga su amor para con Jesús crucificado (1)!

CAPÍTULO XXI.

Amor de Rosa á la soledad: como la halló en su casa.

Como en otro tiempo el amor á la soledad movió de muy niña á Santa Catalina de Sena á buscar en despoblado cuevas y grutas donde vivir vida eremítica; así también el propio estímulo incitó á Rosa desde sus primeros abriles á dar con solitarios rincones de su casa y huir el comercio del mundo. Solían concurrir en ella muchas niñas de la vecindad, deseando jugar en su compañía: éste es el primer cuidado de tan temprana y feliz edad. Traían sus muñecas, y conformándose con el sexo y con los años, entreteníanse en vestirlas y engalanarlas. Cada una á competencia y con inocente emulación enseñaba la suya á Rosa, que estaba un rato con ellas taciturna sin desplegar los labios. Rogábanla y persuadíanla á que hiciese también alguna, y se las enseñara. Rosa contestaba que ni quería tener muñecas ni emplear el tiempo en adornarlas; porque había oído decir que el maligno espíritu alguna vez *había chillado á manera de ave* en una de ellas. Acaso era fundamento

(1) Este clavo de que hablamos en el texto existía dentro de una urna de cristal, en un ochavo del arco toral del Santuario al lado de la Sacristía; ahora está colocado en la pilastra del lado del Evangelio del nuevo altar del Corazón de Jesús, que se ha puesto más abajo, frente del Niño conocido con el nombre de *El Mediquito;* del cual hablamos en los caps. VIII y XXII de la SEGUNDA PARTE.

de esta idea de Rosa el haber hablado en otro tiempo algún idolillo de los Indios antiguos, como se lee que lo hacía en los ídolos del Imperio Romano. Al menos así se explica que hombres tan grandes como Cicerón, diesen culto á repugnantes seres de barro ó de otras materias. Así es que dejando luego á las otras niñas ocupadas en el juego de las muñecas, se retiraba á la soledad en un secreto rincón para vacar con más quietud á las cosas de Dios. Cogiéndola una vez su hermano en tal lugar, le preguntó por qué no se entretenía en jugar y alegrarse con las otras niñas, más bien que estarse ociosa y retirada en rincones llenos de polvos y telarañas. A lo que respondió la santa niña con más seso de lo que pedía su edad: *Déjame aquí escondida y sola con mi Dios. ¿Quién sabe si asiste tan propicio entre aquellas muñecas, como lo está aquí?*

Crecía con los años el deseo de vivir retirada; y así, viendo que en el huerto de su casa junto á las cercas había unos plátanos cuyas anchas y largas hojas daban apacible sombra, escogió aquel lugar para formar un Oratorio apartado de la vista de los domésticos, teniendo por ayudante de la fábrica á su hermano Fernando. Allí, entretejiendo ramos, mimbres y matas hizo una pequeña choza, cubriéndola por arriba. Dentro construyó un pequeño altarico pegado á la pared; puso en él una cruz de cartón adornada de flores y plumas variadas; y cuantas estampas podía haber á las manos, llevábalas luego al famoso Oratorio que había erigido. Parecíale á Rosa que en aquel rinconcito estaban reducidos todos los gustos y delicias del mundo, y no sabía salir de aquella soledad en todo el día. Al levantarse de la cama y después de comer y cenar, íbase á aquel sagrado donde hallaba lugar á propósito para la oración y meditación. Aquél era el asilo do se acogía para librarse del bullicio y conversaciones ociosas, vacando allí sólo á sí misma y á las cosas del Cielo. Fuera de este paraíso en ninguna parte hallaba quietud y descanso, tanto que era cosa sabida en su casa que quien quisiese ver á Rosa de seguro la hallaría en el huerto. Y porque sólo de día podía gozar de este consuelo, creciendo en edad consiguió de su madre que le señalase dentro de casa un aposento donde,

apartada de los otros hermanos, pudiese pasar la noche en soledad. Fueron estos preludios indicios muy claros que descubrieron la inclinación de la tierna Virgen y los grados de santidad que sucesivamente iría alcanzando en la carrera de su vida.

Había llegado ya nuestra Rosa á la edad en que podía acompañar á su madre en sus visitas; pero como para ella tenía la soledad tantos atractivos, y era tan grande el amor que le tenía: érale molestísima el ver y ser vista en público, por lo que ya con ruegos ya con lágrimas rogaba con mucha instancia á su madre que no la llevase consigo. Causaba en ésta mucha admiración, no alcanzando por entonces de que podía nacer que únicamente Rosa aborreciera aquello que otras doncellas suelen desear y pretender con tanto desvelo y diligencia; de aquí que muchas veces, aunque veía el disgusto de su hija, la obligaba con preceptos á que saliese con ella; convencida de que había de obedecerla sin réplica. En cierta ocasión, diciéndole que había de cumplir con algunas visitas y quería que la acompañase, alcanzó dispensa del mandato con esta costosa estratagema. Aquel día estaba encendido el horno de su casa, y al pasar junto á él dejó caer de propósito sobre el pie una pesada piedra de las que estaban á la boca, y con la herida y el golpe, cojeando sin fingimiento, pues el ardor de la piedra y su peso se lo lastimaron de un modo terrible, consiguió no salir de casa. Otro medio no menos ingenioso que doloroso inventó esta amante de la soledad para evitar ser objeto de las miradas del público. Cuando presumía que su madre había de avisarla para salir á visitas, muy secretamente solía frotarse las pestañas y párpados con un pimiento que tenía prevenido, mordaz en sumo grado; y con esta diligencia se le encendían los ojos de tal manera, que parecía haberles sobrevenido una fluxión. Así, pues, cuando su madre la llamaba, bastábale con esta excusa para quedarse; toda vez que se la veía con los ojos hinchados, escocidos y que destilaban lágrimas, siendo al parecer imposible salir á la luz y sufrir sus rayos, por lo que compadeciéndose su madre, le daba amplia licencia para que se quedase retirada en lo más obscuro de la casa, á fin de que el aire de la

calle no irritase más los ojos que veía tan lastimados, y á los que Rosa los estimaba en menos que el quedarse retirada en casa, como tórtola solitaria.

Largo tiempo le valió esta astucia, hasta que por la misma repetición y frecuencia vino á descubrirlo todo el caso que sucedió en esta forma. Habíanse dado palabra doña Luísa de Vargas y Carvajal, y María de la Oliva, madre de nuestra Santa, para ir cierto día con sus hijas á pasear en coche y hacer una visita á un célebre santuario de Lima, donde se venera la milagrosa imagen de nuestra Señora de Montserrat. Llegó el día señalado, paró á la puerta el coche con D.ª Luísa y su hija D.ª Isabel Mexía. La madre, compuesta ya, llamó á Rosa para que tomase el manto y se aviase al coche que esperaba; vino luego á su presencia la Virgen con el manto, más con los ojos hinchados, inflamados los párpados y echando sangre de puro colorados; dando á entender con esto que con el corrimiento de los ojos, la inflamación, el dolor y el pestañear á menudo no podía exponerse sin grande riesgo á sufrir todo un día la destemplanza del aire y el resistero del sol. La Madre, reflexionando sobre lo pasado, y después de haberse excusado cortésmente con D.ª Luísa á título del achaque de los ojos de Rosa, comenzó á pensar con atención qué misterio había en que su hija saliese siempre con corrimiento de los ojos cuando se ofrecía recibir visitas de señoras ó tener que hacerlas. Miró y remiró con gran advertencia el rostro y los ojos de su hija; vió que no era fingimiento, y que de veras estaban inflamados y sangrientos, y que el llorarle los ojos y el estar tan inflamados los párpados, aunque mudos, eran abonados testigos del dolor y sentimiento verdadero que sufría. Con todo usando de la licencia de madre y pegando su rostro con el de Rosa, le dió luego el olor del pimiento; y lamiendo suavemente los párpados, experimentó con el gusto el picante colirio que irritaba los ojos de su hija.

¿Quién podrá aquí pintar la indignación, los gritos, los insultos que como nublado preñado de rayos y piedra descargó de repente sobre la sufrida Rosa? *¿A dónde tiran,* le decía su madre con voz de trueno, *á dónde tiran estos*

engaños? ¿para qué pueden ser buenos estos embelecos? Si el fin era traer engañada á tu madre y burlarte de ella, ¡qué atrevimiento es jugar con la vista, poniéndote á peligro de perder los ojos! ¿Tan presto te has olvidado de lo que sucedió poco ha con el esclavo de Fernán Pérez, que usando de semejantes embustes, y restregándose los ojos con ajos y pimienta ha quedado ciego?... A todo esto respondió Rosa con brevedad y modestia: *¡Ay, madre! harto mejor fuera para mí cegar que tener ojos para ver tantas vanidades y peligro como hay en el mundo.* Esta respuesta tan santa y sensata, dada con suave y apacible voz, fué un blando zéfiro que disipó toda la tempestad; y así, aplacado su enojo, dió la madre licencia y libertad á su hija Rosa para que se estuviese en casa cuanto quisiese, mas con la condición de que no maltratase sus ojos, pues se ponía en manifiesto peligro de perderlos; añadió además que le daba palabra de no llevarla en adelante á visita alguna. Muchos dolores, lágrimas y pesadumbres le costó á esta Virgen amante de la soledad alcanzar este permiso. Pocas doncellas quisieran dar tan subido precio por él, y compraran de buena gana á peso de oro la facultad de no estarse un instante recogidas en casa. Mas, ¡cuántas se pierden por ver y ser vistas!...

De lo dicho hasta aquí puede fácilmente colegirse cuán grande fuese en nuestra Santa el amor á la soledad. No sólo evitaba el visitar las casas particulares y las fiestas públicas de la ciudad, sino también se privaba de ver las solemnes procesiones que en Lima se hacen con la pompa y ostentación de las mayores ciudades de Europa. Confesaba ingenuamente y con toda franqueza *que le era múy pesado y le ofendía mucho la costosa vanidad de los trajes, porque tanto eran galas como peligros;* añadía *que no podía sufrir tanta palabra ociosa y de mero cumplimiento como se oía en aquellas fiestas y reuniones; por lo que mejor se estaba en su Oratorio.* Venció, pues, nuestra Rosa en no salir de casa ni á fiestas ni á visitas; mas no pudo evitar que no fuese objeto de ellas, porque eran atractivo imán su modestia, su mansedumbre, su afabilidad y recogimiento. Su virtud atraía los ánimos y voluntades de lo más esco-

gido de Lima. Visitaban á su madre las señoras más distinguidas de la ciudad, y con este pretexto lograban al propio tiempo ver á la hija; pues como no podía negarse la madre á tanto agasajo, obligaba á la hija á que saliese. Obedecía humilde, y como salía de su centro, estaba violentada mientras duraba la visita; porque solía decir que esto era perder tiempo, y éste demasiado precioso para no aprovecharlo en su totalidad. Mucho se hablaba de Dios en estas visitas; mas ni por esas quedaba satisfecha esta Virgen solitaria. Díjole un día una íntima amiga suya que conocía lo mucho que semejantes visitas repugnaban á nuestra Rosa, y que había logrado que se tratase en ellas de cosas de virtud: *Ahora ya estarás contenta, pues has reducido las visitas á tu gusto.* Mas le respondió Rosa con su peculiar gracejo: *No lo estoy por cierto; pues aunque es muy bueno hablar* de *Dios, es cosa mejor hablar* con *Dios.*

CAPÍTULO XXII.

Construye nuestra Santa en el huerto una angosta ermita para vivir más retirada y unida con su Dios.

Con la obligación y frecuencia de tener que salir á las visitas que venían á su casa, estaba con muchos desconsuelos nuestra Santa, siempre más amante de la soledad; y no sabía como excusarse con su madre para que no la obligase á ellas. Encomendólo muy de veras á Dios; oyóla su Majestad, y con soberano impulso la movió á que hiciese en lo más retirado de su huerto una ermita ó celda tan angosta, que no tuviese más de alto y ancho que lo que pedía su estatura, con una ventanilla que diese escasamente la luz que había de menester para ocuparse en su labor. Pidiólo á sus padres con todo rendimiento, y dijo á su madre *que si gustaba, ella sola tuviese la llave, porque en*

todo quería estar rendida á su voluntad; y añadió *que su intento era no perder momento alguno, y entregarse toda al trabajo, á la oración y al recogimiento interior.* Aducía á este propósito razones de peso que el Cielo y el celo de servir á Dios indudablemente le dictaban (1). Se opuso la madre, porque no quería que se enterrase viva en tan estrecho sepulcro; acudió entonces nuestra Virgen, según costumbre, á impetrar socorros del Cielo. Invocó primero á

(1) Las razones que alegó á su madre nuestra Santa para que le permitiese fabricar una celda, conviene á saber: estar más retirada y poder vacar más á Dios, son muy ciertas, y las únicas que podía aducir para que le diera licencia. Pero su Director (que era entonces el R. P. Juan de Lorenzana) y ella sabían la fuerte inspiración que para ello tuvo, y que se encerró en aquella celdita con propósito de llevar vida nueva y tan rigurosa como si antes nada hubiese hecho. He aquí las palabras con que lo depone su Director, tal como se hallan en el *Sumario,* pág. 17: «Cuando sor Rosa comenzó á habitar en aquella celdita, fueron tan nuevos y extraordinarios los favores y gracias que le hizo el Señor, que parecía que entonces comenzaba á servirle; y le contó la bendita Rosa en aquella ocasión que el Señor le dijo: *¡Ah! Rosa, si hubieses conocido las gracias que te he hecho y el amor que te tengo, de otro modo me lo habrías agradecido.* Con cuyas palabras quedó tan penetrada de ternura y con tantos deseos de hacer vida nueva en el servicio de Dios...» ó como depone el P. M. Pedro de Loaísa *(Proceso,* folio 362, y *Summar.* pág. 28): «Estas palabras causaron á nuestra Santa tal contrición y arrepentimiento, que sus ojos eran dos fuentes de lágrimas, y no podía pensar en otra cosa; de modo que vino á perder el sueño, y fué preciso que su Director calmase aquellos fervores para que totalmente no perdiese la salud. Para este fin le dió algunos consejos, los cuales la humilde hija cumplió al pie de la letra.»

De otras dos reprensiones ó advertencias hacen mención los biógrafos. El Ilmo. P. González de Acuña lo explica así en el cap. XVII de su Vida de la Santa: «La primera fué de su maestra Santa Catalina de Sena. Imitábala en cuanto alcanzaba nuestra Santa, y parecíale que con sus acciones llenas de imperfección no podía igualarla, dándole esto alguna inquietud; y ministrándole el corazón razones á su deseo pidió á Dios la hiciera como á Santa Catalina en el amor, y que le diese fuerzas para la semejanza. Aparecióle la Santa y con rostro severo la reprendió, diciendo: *Yo soy una criatura que no he servido á Dios como merece ser servido; pedidle os haga como quiere que seáis.*—La segunda fué de su Padre Santo Domingo con ocasión de tentarla el demonio con un hedor intolerable cuando hacía oración. Estaba un día la Santa en este santo ejercicio, y para no divertirse y recoger sus potencias echó mano de unos algodones empapados con agua de olor. Usando de este medio delante de un lienzo en que estaba pintada Nuestra Señora y á sus pies su fiel Capellán Santo Domingo, al hacer ademán de coger los algodones le habló la imagen de su Padre, y le dijo en tono severo: *Muy delicada sois.* Digna advertencia de que en las materias del alma y salud eterna se hila delgado.»

Dios que la llamaba á la soledad, para hablarla al corazón y unirse más íntimamente con ella. Luego acudió á la Virgen Santísima para que con su valiosa intercesión lograse que viniera en ello su madre; y oró con tanta fe, que no dudó sería oída. Y así movida con altos impulsos del cielo, esperaba prendas que la asegurasen, y vino á conseguirlo de esta manera:

Tenía nuestra Santa entre varias alhajas de su pobre tesoro una corona de cuentas de coral. Fuése con ella á la iglesia de Santo Domingo, llamó á un Religioso conocido suyo, y le pidió que sin dilación adornasen con esta preciosa joya, que era lo mejor que tenía, el cuello de la milagrosa imagen de la Virgen del Rosario. No cuidó el Religioso de hacerlo al momento, y lo dejó para otra ocasión, porque no tenía á mano la escalera para llegar á la Imaguen que estaba muy alta. El día siguiente vino Rosa á oir Misa, y viendo que aun no estaba adornada con la corona su querida Imagen, rogó con mucha instancia al Sacristán mayor la pusiese, porque le iba mucho en ello; pues intentaba cautivar á la Madre Virgen con estas amorosas prisiones, para que así saliese por fiador el Hijo que tenía en sus brazos. Eran estas últimas palabras enigmas que no entendió por entonces el bueno del Sacristán; no obstante, arrimando al altar no sin trabajo una pesada escalera, puso en ejecución lo que le pedía Rosa. Llegóse el día en que cumplido el plazo, que según refiere el P. Valdecebro era de cuatro días, había Rosa de conocer si salía por fiador el Hijo de María en la obra que traía entre manos. Fuése con este intento á la iglesia de Santo Domingo, entróse en la Capilla del Rosario, y vió que la corona de coral que hasta allí había estado en el cuello de la Madre, se había pasado á la mano de su Santísimo Hijo. Lo mismo echaron de ver cuantos estaban en la Capilla, aunque ignorando el misterio, y atribuyéndolo á diligencia del Sacristán. Avisado éste del suceso, vino y llenóse de asombro; porque estaba muy cierto de que ni él ni otro alguno de los que servían en la Capilla habían hecho tal cosa. Sólo Rosa era sabedora del milagro; y en silencio interpretaba la señal que le había dado el Cielo, llenándose de gozo su espíritu y comprendiendo bien donde

se dirigían estas demostraciones. Y era que la Santísima Reina del Rosario había logrado la gracia que con tanto fervor había pedido nuestra Rosa; el Hijo había salido por fiador, y por eso había trasladado á su mano la prenda ó prisión de coral, dando á entender que corría por su cuenta poner por obra la gracia que por intercesión de su Madre había impetrado.

Con este portento quedó tranquila Rosa; y pareciéndole que ya tenía lo que tanto deseaba, trató de enviar á su madre honorífica embajada, siendo las personas para ello elegidas el P. M. Fr. Juan de Lorenzana, catedrático de la Universidad de Lima; D. Gonzalo de la Masa, Contador del Rey, y su esposa D.ª María Usategui. Era el día de la Purificación de Nuestra Señora cuando entraron á hablar á la madre de Rosa, y le expusieron el constante propósito de su hija de edificar una celda ó angosta ermita en lugar solitario del huerto donde nadie la pudiese ver ni hablar sin licencia del Confesor. No interpusieron ruegos para persuadirla, antes le daban parabienes de que tuviese tal hija y de que ésta optase por tal retiro y recogimiento. La madre, que hasta entonces se había negado á las tiernas súplicas de su hija, accedió gustosa; mas como el Hijo de Dios era fiador de su Santísima Madre, cumplió el empeño, dando á entender que no menos tenía en su mano el corazón de la madre de Rosa que los corales que había trasladado á sus dedos del hermoso cuello de María.

Ultimado este negocio tan felizmente, y habida la tan deseada licencia, ¡cuál sería el regocijo con que pasó Rosa lo restante de aquel día! Con santo atrevimiento y casi fuera de sí, aunque con desigual motivo, cantaba su corazón con increíble júbilo: *Nunc dimittis... Ahora, Señor, vuestra sierva gozará la paz tan deseada; pues estará con Vos en la soledad, donde le hablaréis al corazón, y él dará saltos de alegría.* Recordaba enternecida los cánticos y antífonas llenas de misterios, de la función de la mañana; y todas las aplicaba á su estado actual, y todo lo convertía en loores divinos y en nuevos fervores de servir á Dios. *Adorna thalamum tuum, Sion:* Sentía en lo más íntimo de su alma estas dulces palabras del último responso de la

festividad; y *sí*, decía Rosa, *sí: no os quiero preparar una ermita ó celda, sino un tálamo florido en que tengáis vuestras delicias, amado Esposo de mi alma. Allí gozaré yo*, añadía, *de vuestros íntimos coloquios, allí vuestra voz resonará dulce á mis oídos, y aprenderé á cumplir en todo vuestra divina voluntad.*

Aunque á Rosa se le hacían siglos los instantes, esperando que amaneciese el siguiente día 3 de Febrero para dar principio á su fábrica; llególe al fin, y con toda diligencia comenzó á edificar el tálamo para el celestial Esposo. En pocos días arregló el humilde, estrecho y pequeño *receptáculo*, dedicado á su devoción solitaria. Acabóse, pues, con mucha prisa, y quedó con cinco pies de largo, cuatro de ancho y seis de alto, por consiguiente tan angosta que apenas cabía dentro; de modo que á no haber tenido una ventanilla á un lado, más bien podía juzgarse que era una arca ó cesta algo crecida que una admirable celdita. A uno de sus Confesores le pareció habitación muy estrecha, y así se lo dijo ingenuamente, mas Rosa le satisfizo con estas breves y juiciosas palabras: *¡Bien cogemos en ella mi celestial Esposo y yo muy holgadamente!*

CAPÍTULO XXIII.

Fervorosos ejercicios de devoción que tuvo la Santa en su angosta celda. De los milagros que en ella se obraron.

HABIENDO nuestra Virgen, amante de la soledad, conseguido lo que con tanto anhelo deseaba, propuso en su corazón no dejar pasar el tiempo sin aprovecharlo; porque vuela y no aguarda, y lo que de él se pierde, nunca jamás puede recobrarse. Así, pues, distribuyó las horas en diferentes ejercicios, dejando la mayor parte para la oración,

á la cual se entregaba con tanto ahinco que, arrebatado su espíritu, ordinariamente no sabía si vivía en cuerpo mortal ó si estaba fuera de él. Había dado el Señor en las prendas naturales que tenía el medio más fácil para conseguir la perfección. Tenía condición suavísima, ingenio claro, amorosa voluntad y memoria feliz: y la gracia se acomoda á la naturaleza; no la destruye, sino que la perfecciona, ordena los fines con los medios y encamina los medios á los fines. Con lo claro del entendimiento recibiendo abundantes luces del Cielo, conocía la vanidad de lo caduco y la firmeza de lo eterno. Su memoria conservaba fielmente los recuerdos de los favores recibidos, y tenía siempre la voluntad encendida en vivas llamas de amor, y llena de agradecimiento por las gracias que de continuo recibía. La oración vocal de sus niñeces le allanó el camino á la mental, porque de las alabanzas de la boca hacía el corazón ofrecimientos. Siempre tuvo este camino de la oración por muy seguro; porque si cantan alabanzas á Dios de noche y día en el cielo los coros angélicos, yo no sé por qué han de condenar algunos en este mundo las devociones exteriores, pues son claros indicios de interiores afectos.

Después que se hubo encerrado en esta celda, fué Dios servido manifestar en un rapto á cierta persona de conocida santidad la virtud de Rosa, bajo la forma de una estrella muy resplandeciente cuyos rayos se difundían por todas partes, y cuya claridad no podían encubrir las opacas paredes de su celda. Lima, que por otro nombre se llamó antiguamente, como saben nuestros lectores, la *Ciudad de los Reyes,* había de tener también su estrella que, girando silenciosamente por el cielo de la Iglesia, guiase á los fieles hacia la pobre cuna del Salvador.

De paso hemos de tocar lo que muchos observaron en Rosa cuando vivía, y es que se deleitaba maravillosamente recreándose en estar mirando el cielo cuando estaba sereno; de modo que, sin tener la menor noción de Astronomía, solía estarse la mayor parte de la noche extática, contemplando el numeroso ejército de radiantes astros con que el Criador adornó la bóveda azul del firmamento. Era su natural muy inclinado á la contemplación, y su alma pura, criada

para el Cielo; nada podía apartarla de registrar muy despacio aquellas celestes lumbreras que arden sin cesar en el zaguán del Palacio del Rey del Universo. Confesó ella misma muchas veces que, *contemplando las lucientes estrellas, descansaba y reparaba todos sus afanes;* y así persuadía á sus confidentes á que practicasen este ejercicio. La razón que daba era que la vista del firmamento se ha de contar entre los más eficaces motivos que dispiertan el espíritu y lo elevan hacia Dios, según lo que cantó el Profeta Rey: *Los cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la grandeza de la obra de sus manos* (1). Siempre ha sido noble ocupación de almas grandes el dedicarse á la contemplación de los grandiosos espectáculos de la naturaleza, y servirse de las criaturas para remontarse á la contemplación del Criador; es ésta la sublime filosofía de los Libros Santos, en los cuales hallamos escrito (2) *que las perfecciones invisibles de Dios se hacen visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas.*

Los que conocían el afecto y devoción con que Rosa asistía en los templos á las funciones sagradas, se maravillaban de verla con tanto apego á su celdilla, de forma que rara vez se la veía en la iglesia los días de trabajo. No faltó quien movido de esto, le preguntase *¿cómo podía sufrir su corazón tan devoto el no dejar su retiro para oir Misa todos los dias, siquiera por la mañana, pudiendo regresar luego á su ermita?* Mas ella, llena de cordura y cándida simplicidad, contestó: Que *no la detenía el cariño de la celda, sino las muchas ocupaciones de su madre;* que *atenta á los cuidados domésticos no podía salir todos los días á oir Misa;* y que, *según se lo tenían mandado sus Confesores, jamás debía salir de su casa, aunque fuese para asistir al Santo Sacrificio, sin ir acompañada de su madre.* Por la bondad divina ocurría á este inconveniente oyendo cada día desde su retiro no una, sino muchas Misas. Preguntada del modo, explicó que *por privilegio especial,*

(1) Carta á los Rom., cap. I, v. 20.
(2) Psal. XVIII.

estando ausente de la iglesia respecto al cuerpo, no lo estaba en cuanto el alma, por cuya explicación quedó confusa la curiosa preguntona. Algún consuelo tenía que experimentar nuestra Rosa, enterrada en sepulcro tan estrecho que sólo cogía en él con gran mortificación é incomodidad (1).

Reducida ya la Virgen á su peregrina soledad, gozó de singular privilegio con los mosquitos, privilegio que mejor sería llamarle obsequio. Estaba muy húmedo el sitio de la ermita en que nuestra Santa vivía vida de anacoreta, por ser mucha la espesura de matas, cañaverales y frondosos árboles que la rodeaban por todas partes; por consiguiente era indefinida la multitud de mosquitos que se criaban, fuera de los que atraía la fresca sombra de que naturalmente son muy amigos. A enjambres y ejércitos numerosos se entraban en la retirada celdilla, especialmente en los ardientes rayos del sol y al anochecer. Con todo eso no hubo uno que entre tan numerosas legiones jamás *se desmandase* á picar á nuestra Santa. Hervían las paredes pobladas por todas

(1) Realmente era muy estrecha la celdilla de que se habla en este capítulo y en el anterior. He aquí la nota que ha dejado escrita el Padre Capellán del Santuario en su *Compendio* otras veces citado, sobre este particular: «No contenta Rosa con un retrete que hizo en la recámara de su madre, superando muchas contradicciones de ésta y con el favor de su Divino Esposo y de su Santísima Madre del Rosario, único consuelo en todas sus necesidades, fabricó otro ayudada de un hermano en el platanal de su huerto; con el ámbito de sólo cinco pies de largo, cuatro de ancho y seis de alto, en cuya estrechez cabía muy bien con su dulce Esposo; como se lo contestó con donaire á su Confesor, que el día de la estrena le dijo por ironía, que estaba la celda muy grande. Existe el cuartito ó celdilla al lado del Evangelio, un poco detrás del altar de este su Santuario: y lo que más admira es, que en un lugar donde la polilla no perdona aún los cedros se mantenga incorrupto su techo, compuesto de carrizos y pedacitos de tablas de sauce, tan propenso á la carcoma. En este aposentito se hallan depositadas las cruces de su *Via Sacra,* como asimismo la sillita en que se sentaba para su labor, aunque ya desnuda de todos sus forros, por los hurtos devotos que ha sufrido. También está allí inclusa la puertecita de madera del mismo cuartito, que cuando la aforraron con rejas de plata, la arrancaron por desahogar un poco más la entrada que cubre otra puertecita del mismo aforro: y aunque la llavecita de dicho cuartito que manejaba la Santa estaba colocada en un Altar en el Santuario abajo, ya no existe; porque algún devoto ladrón se la llevó, y para que no se advirtiese el robo, substituyó otra que he cotejado, y desdice totalmente de su chapa, en tamaño, grueso y guardas, por lo que se ha desechado.»

partes de aquellos importunos y molestos insectos; la puerta con el continuado zumbido semejaba la entrada de una colmena; bullían por la ventana los enjambres y las avenidas de los que salían volando; cautelábanse, empero, todos de hacer asiento en la Virgen solitaria, perdonando á la piadosa dueña, como si se hubiesen concertado en pagarle así el hospedaje.

Aconteció alguna vez entrar en el jardín su madre ó algunas otras personas, que con licencia del Confesor venían á visitar á Rosa, para hablar de cosas espirituales; mas en sentándose junto á la puerta ó á la ventanilla las acometían furiosamente. Admirábanse las personas que la visitaban, viendo que ella se estaba días enteros quieta y sin moverse en medio de ellos, y subía de punto su admiración cuando advertían que ni en las manos ni en el rostro tenía señal alguno de sangriento combate con tan impertinentes insectos. Sonrióse ella, y respondió á la madre y á las personas que la acompañaban: *Cuando entré en este aposentillo trabé amistad con estos animalicos, é hicimos pacto sobre que no me turbasen ni afligiesen, que yo en nada les causaría daño. Hemos respetado al pie de la letra estos pactos, de forma que no sólo gozamos con sosiego y sin hostilidades este techo común, sino que ellos también á su modo me ayudan á cantar alabanzas divinas.* Y era ello así; porque al amanecer, cuando Rosa abría las puertas de la celdilla y quitaba las aldabas de la pequeña ventana, decía á todos los que allí habían pasado la noche: *¡Ea, amigos, levantarse y dar alabanzas á Dios!* Y ellos salían obedientes á la voz de Rosa, y repartidos como en coros sus escuadrones, comenzaban á entonar con blando susurro los unos, á que respondían los otros como en coro aparte, haciendo con el bronco sonido de sus zumbidos música tan concertada y apacible cual si tuvieran uso de razón. Ella, al ver que aquellas criaturas alababan á su modo al Criador, rebosaba de júbilo; luego les mandaba que fuésen por la comida; por lo que suspendían los coros y la música, y se iban. Volvían al entrar la noche, y decíales entonces: *¡Ea, amigos, bueno será alabar conmigo al Señor antes de recogeros, porque os ha sustentado hoy y nos está sus-*

tentando á todos! Formaban sus coros de la misma manera que por la mañana, y comenzaba la música sonora en lo que permitía el confuso ruído de los zumbidos, pero tan á compás y con tanto concierto, que parece cantaban con emulación para hacer más apacible la armonía. Mandábales que callasen: obedecían los dóciles insectos, y se recogían observando en toda la noche el más respetuoso silencio.

CAPÍTULO XXIV.

Prosigue la materia del capítulo anterior. Nuevas maravillas en la celda del jardín.

En el estado de inocencia todos los animales estaban sujetos al hombre. Mereció la inocencia de nuestra Santa gozar sus privilegios; porque con su ferviente oración y continuas alabanzas que á la Divinidad tributaba, había trocado su solitario albergue en ameno paraíso de delicias. Allí, como hemos visto, la obedecían los molestos insectos, y hacía que la obediencia de semejantes seres se convirtiese en alabanzas á Dios; como también lo hacía el Serafín humanado, San Francisco, mandando á los pájaros que cantasen alabanzas al Criador.

También su madre y D.ª María Usategui gozaban de este privilegio, como si conociesen la sangre que participaba Rosa de su madre, y el singular afecto que á D.ª María profesaba; no obstante al entrar en el jardín, si bien no las ofendían, no dejaban de cercarlas algunas veces para que se viera que no en todo les guardaban el mismo respeto que á la buena Rosa.

Fué cierta vez á visitar á nuestra solitaria Virgen una anciana señora, noble y virtuosa, llamada D.ª Leonor de Castro, y con ella una Religiosa del mismo hábito llamada Sor Catalina de Santa María. Sentáronse junto á la venta-

na de la celda, y al punto los mosquitos acudieron. Llegó uno, y de una picada le sacó sangre. Y esto no parecerá extraño al que supiere que los mosquitos que se crían en América, y especialmente en el Perú, en el cuerpo, picadura y dolor por ellos causado son muy distintos de los de España. Como este mosquito fué el primero en acometer á la hermana, fué el primero también que pagó con la vida su atrevimiento. Rosa que lo advirtió, se quedó pasmada, y dijo: *¿Qué es lo que haces, hermana carísima? ¿así matas á mis huéspedes y amigos?—¡Amigos, dices!*—repuso Sor Catalina—*llámalos más bien crueles enemigos: ¡mira la sangre que me han sacado!—Pues ¡válgame Dios!* dijo Rosa, *¿tan duro será sustentar con nuestra sangre á un animalito, cuando Dios nos alimenta cada día con la suya? ¡Ea! no los mates, yo haré que hagan paces contigo, como conmigo tiempo ha las han hecho.* Mandóles la Santa que se quietasen; y en ajustando las paces, ni la Religiosa intentó matar á uno, ni ellos dieron pie á que lo hiciera.

Otro caso sucedió digno de la mayor consideración. Fué á visitar á la Santa otra Religiosa de su hábito, que se llamaba Sor Francisca de Montoya. Esta, mientras estaba en dulces pláticas espirituales y santos coloquios con nuestra Rosa, vió venir sobre sí un verdadero enjambre de mosquitos; y temiendo á los hambrientos insectos, se asustó un poco. Pero Rosa, cayendo en ello, le dijo: «No temas, carísima hermana; yo te aseguro que solos tres te han de picar este día en honor de la Santísima Trinidad; y desde hoy en adelante quedarás libre de esta molestia, como yo lo estoy.» Sucedió tal como Rosa había dicho: aquel día recibió tres picaduras, y en adelante, estando á la presencia de Rosa, quedó libre de esta mortificación. Bien está que el solitario retiro por dispensación divina gozase del privilegio de esta inmunidad admirable; pero que pudiese Rosa comunicarlo á todos los que allí asistían, es sin duda alguna cosa muy singular.

Los favores que Rosa recibió de la mano del Señor en aquel solitario lugar, la impulsaban tanto á dar gracias á su Majestad, que quisiera no sólo que los Angeles y hombres

la ayudaran á ello, sino que las piedras y plantas, si ser pudiera, también le alabaran. Así lo deseaba para dar gloria á Dios; y así se verificó. Ya hemos dicho que Rosa estaba en su solitario lugar todos los días desde el amanecer hasta media noche, que entonces su madre ó Mariana iba á buscarla para que se fuera á recoger en su aposento. Dormía dos horas, como queda dicho en el cap. XX; y luego se levantaba para la oración, que duraba hasta que despuntaban en el horizonte los primeros albores de la mañana. Cuando, pues, rompía el alba el negro manto de las nocturnas sombras y despuntaban los rosados crepúsculos por el Oriente, Rosa abría las puertas del huerto para ocupar como anacoreta su estrecha celdilla. Al dar los primeros pasos, viendo los árboles que en aquellas horas están con verdor más lozano favorecidos con el fresco rocío de la mañana, los convidaba en alta voz como también á las verdes hierbas y matizadas flores para que la ayudasen á alabar al Criador del Universo, dirigiéndoles aquellas palabras de los tres mancebos del horno de Babilonia: *Bendecid al Señor todas las plantas que nacéis en la tierra: loadle y ensalzadle sobre todas las cosas, por todos los siglos* (1). Obedeciendo al punto como si tuviesen natural discurso, comenzaban á mover sus ramas como á compás de música y á balancear suavemente sus elevadas cimas; seguían las hojas hiriéndose unas á otras con blando y apacible ruído, como cuando se mueven y agitan al soplo del aura suave, ensalzando así al Señor con dulce susurro. Movíanse reverentes las cabezas de las pequeñas plantas, las legumbres más humildes; las flores más ufanas matizadas de ricos y variados colores, parecía que se animaban con agradables movimientos. Y no sólo esto, sino que los más copudos árboles inclinaban reverentes sus frondosas ramas, mostrando ademán humilde de abatirse á besar el suelo en obsequio de su Supremo Hacedor.

Una mañana cuando entraba en su huerto, iba con Rosa cierta persona de mucho crédito y autoridad. Apenas había dado algunos pasos, cuando pronunciando la Virgen la in-

(1) Daniel; III, 76.

vitación acostumbrada, se vió que, humillándose á competencia, barrían lentamente el suelo con sus empinadas copas adorando profundamente á Dios. Maravillada quedó la persona que acompañaba á Rosa, y como era tan notorio el prodigio ni procuró encubrirlo ni pudo negarlo nuestra Santa; así es que con notable emoción le dijo: *Mirad, Señor, si el admirable Artífice del mundo es digno de que le amemos. Mirad si aquella eterna Majestad merece que le alabemos, reverenciemos y adoremos; pues estas plantas, estos troncos y todos estos vegetales le rinden culto y le entonan cánticos de alabanza á su manera.*

Otro prodigio debemos consignar aquí antes de poner fin á este capítulo. El último año que vivió Rosa, toda la Cuaresma al ponerse el sol aparecía cerca de su aposento y en frente de la ventana posado en una rama de un frondoso árbol un bonito ruiseñor, y batiendo allí graciosamente las alas parecía que esperaba de la Sierva de Dios la señal para dar principio á su canto. Entonces Rosa dejando sus ocupaciones comenzaba á cantar en alabanza del Señor algunos versos compuestos por ella. Quedaba callado y atento entretanto el ruiseñor; y en acabando Rosa un pie de su canción ó haciendo pausa, entraba al instante el pajarillo con su canto, imitando en lo posible el graciosísimo de la venerable Virgen: luego pausaba algún tanto, mientras Rosa seguía la segunda parte de sus versos, para volver de nuevo á su cometido. De este modo y durante una hora alternadamente cantaban y celebraban á su manera las glorias del Creador.

Los *versos* que cantaba Rosa, eran los siguientes:

¿Cómo te amaré, mi Dios,
Siendo yo tu criatura,
Y Tú mi Criador?
Pajarillo ruiseñor
Alabemos al Señor:
Tú alaba á tu Criador;
Y yo alabaré á mi Redentor.

Cuando, acabada la hora del dulce canto, veía Rosa que se iba volando el ruiseñor; entonces ella con voz tierna y

delicada entonaba los que á continuación transcribimos, á los cuales les sobra el tema del amor que ardía en su pecho:

Aunque se va y me deja,
Volando el pajarillo;
Mi Dios conmigo se queda,
Por siempre sea bendito.

Con estas y otras consolaciones espirituales le parecía á nuestra Santa que en aquella soledad se había encontrado un Paraíso.

CAPÍTULO XXV.

Admirables preámbulos de los desposorios de Rosa con Cristo, siendo madrina la Augustísima Reina de los Ángeles.

Sabía Rosa por haberlo leído en la vida de Santa Catalina de Sena que, viviendo ésta en carne mortal, con maravilla grande se desposó con Jesucristo. Corría ella también por la misma senda, siguiendo los pasos de tan gran Santa; mas como su humildad era tan profunda, no tenía alientos para aspirar al glorioso título de *Esposa* de Aquel que tiene escrito en la orla de su vestido *Rey de los reyes y Señor de los señores*. Contentábase con ir en pos de El y contarse en el número de las doncellas que le sirven en su Real Palacio. Con todo eso eran grandes los tesoros de virtudes que había granjeado su industria, ayudada de la gracia. Descollaban en Rosa una pureza virginal y un abismo de profunda humildad, que son las disposiciones próximas y más propias para conseguir el divino desposorio y aumentar el dote debido; por lo cual, cuando el Divino Esposo se digna celebrarlo con las almas más queridas y perfectas, preside el acto la serenísima Reina de los An-

geles, la Virgen María. Y es la razón porque ella es por excelencia Virgen singular que goza del privilegio de pureza suma después de Dios, y su humildad es la más profunda que habrá jamás entre puras criaturas; no teniendo en estas dos virtudes como ni en las demás primera que la aventaje, segunda que perfectamente pueda seguirla, ni igual que con ella competir intente.

Acerca de la profunda humildad de nuestra Santa hablamos ya en el cap. XI. Respecto á la pureza, á cualquiera se le alcanza que éste es su propio lugar; claro está que se debe tratar de ella antes de narrar lo referente al divino desposorio con que la honró el mismo Dios. Mas para reducirlo á breves palabras, basta decir que los Confesores de la Santa—seis de la Orden de Predicadores, y cinco de la Compañía de Jesús—testificaron unánimemente en el examen jurado contenido en el proceso: que el candor virginal de Rosa brilló siempre con tal pureza, que jamás fué mancillado por culpa alguna. Por lo cual tan raro don de honestidad, virginidad tan pura consagrada á Dios desde su tierna infancia, era á la verdad flor y dote para el futuro desposorio con su amante Jesús. Rosa, empero, cuanto amaba con más veras y ternura el cándido lirio de su pureza cercada por las espinas de la mortificación, tanto más bajamente sentía de sí. Por este motivo fué necesario que Dios se sirviese de prodigios con que muy de antemano la fuese preparando para el místico desposorio. El primero de los que se tiene noticia, es el que ponemos á continuación.

Cuando aquella mariposa listada de los colores blanco y negro, de la cual hablamos en el cap. X, posóse sobre Rosa, advirtieron los que estaban presentes que después de movimientos varios é inciertos llegó á ponerse sobre su corazón. Allí la vieron detenerse por más tiempo, y que al modo de industriosa abeja ocupada en fabricar su panal, revoloteaba cual si con pincel delineara alguna imagen. Acabada la obra desapareció, y al punto vióse sobre el vestido de Rosa un agraciado y elegante dibujo de un corazón muy perfecto. Esto vieron y observaron las doncellas que estaban haciendo labor con ella en la misma pieza, aunque no comprendían lo que indicaba. Ella sola era la que percibía,

aunque entonces entre sombras, la misteriosa voz del Esposo que en su interior le decía: *Dame tu corazón*. Bien conjeturaba que la mariposa con la librea de sus colores no sólo la incitaba á que vistiese hábito conforme el que vistió su Maestra Santa Catalina de Sena, sino que la señalaba y distinguía con la divisa del corazón que en otro tiempo con el Esposo Eterno había trocado la esclarecida y Seráfica Virgen. Eso no obstante no eran bastante claras estas señas para que concibiera Rosa esperanzas firmes de llegar á la gloria de tan alto y dichoso tálamo; eran simples preludios de lo que mucho más tarde aconteció.

Más claro y manifiesto estuvo el prodigio que vamos á contar. Una noche entre sueños, tiempo después de tomado el hábito de la Tercera Orden, se le apareció un muy hermoso mancebo en traje de maestro de cantería. El corazón le decía ser éste cortesano del Empíreo, y aun quizás el mismo Señor de cielos y tierra. Y á la verdad era el mismo amable Jesús que venía como fino amante á solicitar el consentimiento de nuestra Rosa. Esta á quien ni en sueños había pasado jamás por la cabeza el más leve pensamiento que á desposorio tirase, sentía sin embargo en su interior que si éste se efectuara, no podría caberle mayor dicha en toda su vida. Eran estos ocultos atractivos de la gracia que le enseñaban á querer los misterios que no alcanzaba. Arrebatada, pues, de secreta inclinación la casta Virgen, asintió al matrimonial concierto que el mancebo le ofrecía. Despidióse luego con mucha finura el celestial Amante, diciéndole que le era forzoso partirse al momento; y que mientras volvería de su viaje, labrase y puliese cierto número de mármoles que le dejaba. Y porque es muy común en los recién desposados dejar el padre y la madre para vivir en más íntima unión, advirtió el Novio á su querida Rosa que dejase á su cargo el alimentar á sus padres, pues El procuraría que no les faltase lo necesario.

Durante la misma visión nocturna vió que volvía el Esposo de su jornada, y no habiendo dado fin á la obra de cantería que le había encomendado, llena de confusión procuraba disculparse con lo poco experta en oficio más propio de los hombres. Sonriéndose entonces el Esposo, dijo: *No*

creas, amada mía, que eres tú sola entre las mujeres á quien he ocupado en este duro trabajo. Y sin más rodeos abriendo las puertas de un magnífico salón, mostró á Rosa un espacioso lugar donde sólo trabajaban hermosísimas doncellas muy empeñadas en desbastar varios mármoles, y que en vez de aguja y huso ocupaban sus delicadas manos la escoda, el martillo y el cincel. Aserraban mármoles, pulían jaspes, alisaban piedras; y para que las herramientas pudiesen vencer su dureza, ablandábanlas con copiosas lágrimas. Lo que más admiraba era que no obstante los montones de piedra basta, no obstante el polvo y fragmento en que abundaba el taller, el vestido de aquellas doncellas no era común y plebeyo como lo pedía semejante oficio, sino muy rico y adornado.

Pasmada estaba nuestra Santa durante su visión al ver aquellas bien apuestas doncellas en oficio tan ajeno á su condición; pero entendió que esto significaba la virtud heroica que siempre se emplea en lo más arduo y dificultoso. Miraba á todas partes, y veía que los mármoles tarea de cada una, estaban ya perfectamente labrados y puestos aparte. Vióse también ella vestida con el primor y aliño que miraba y admiraba en las otras vírgenes, entendiendo que se le había dado la investidura de oficiala de cantería para que trabajase como las demás.

Cuántos y cuán grandes misterios fueron los que en esta visión se manifestaron á Rosa, después y á su debido tiempo se descubrirán más por menor; ahora sólo describiremos el admirable y dichoso desposorio que celebró nuestra Virgen con su Esposo celestial. Débese, empero, saber entretanto que Rosa quedó muy favorecida con los regalos que le hizo su Esposo Jesús, y muy regalada con las promesas empeñadas. Procuraba con toda su alma disponerse para el desposorio que había pasado en sueños; y el Soberano Señor que tanto la amaba, quiso también que fuese una realidad y celebrarlo á la vista de todos, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXVI.

Celebra Rosa el místico Desposorio.

Después de tan misteriosos preámbulos, sólo faltaba que se declarase el celestial Esposo y que la convidase al tálamo nupcial, dejado el misterioso dizfraz de cantero. Así lo hizo; el modo fué como á continuación se expone.

Llegó el Domingo de Ramos, en que después de bendecirlos el Preste con los Ministros, es costumbre repartirlos á las personas que hay en el coro y en la iglesia mientras se dispone la procesión. En el ínterin Rosa, arrodillada en la capilla del Rosario, esperaba la palma con las demás Terciarias. Mas se quedó sin ella, cosa que jamás le había sucedido en los años anteriores; y pensó que quizás alguna culpa la había hecho indigna. No dejó por esto de asistir á la procesión en compañía de los demás fieles, pero iba triste y pensativa. En acabándose la procesión, fuése á la capilla del Rosario, que era su puerto y refugio en todas las penas. Postrada allí á los pies de la Virgen Madre, derramó copiosas lágrimas; luego volviendo sus ojos llorosos á la Santísima Virgen, y viendo su rostro propicio y risueño, volvió sobre sí y quietóse su espíritu. No trocara ya su suerte con los que habían ganado palma; y así llena de segura confianza, dijo: *No quiera Dios, Reina mía, que yo reciba palma alguna de los mortales: Vos, Señora, que sois la palma que se exalta en Cadés, Vos me daréis un ramo que nunca se marchite, y con esto quedaré rica y feliz.*

Al decir estas palabras Rosa, vió que la Reina celestial, con rostro afable y lleno de ternura, se volvía al tierno Hijo que tenía en sus brazos, y desde allí la miraba con más cariño, pudiendo fácilmente colegir de estas dulces miradas la buena suerte que le esperaba. Rébosando entonces el corazón de Rosa con gozo indecible, puso los ojos en el tierno

Infante, y vió que también la miraba con cariñoso y dulce sonriso. Otras muchas veces había favorecido esta Sagrada Imagen á nuestra Santa en oración con cariñosas demostraciones, según se verá en el decurso de esta *Vida;* mas nunca como en esta ocasión. Sentía nuestra Santa cierta cosa que no sabía explicarse; pero tenía certidumbre de que no estaba muy lejos el antiguo enamorado, aquel que en traje de cantero se le había aparecido en sueños.

Efectivamente: el Divino Infante con aquel amoroso cariño con que la estaba mirando, le dijo estas tiernas palabras: *Rosa de mi corazón, sé tú mi Esposa.* Al oir esto, rendida y sin fuerzas, cayó desmayada; mas vuelta en sí, quería hablar, pues no podía dejar de mostrarse agradecida; no hallaba términos, empero, para expresar el torrente de afectos que brotaban en su corazón. Rendida á tan altos favores, no hubiera sabido qué decirse si no le diera palabras la purísima humildad de la Reina de los cielos; pues, imitando su ejemplo, dijo con el mayor fervor: *Aquí tenéis, Señor y Rey de la Majestad, á vuestra esclava, siempre pronta á serviros: vuestra soy, vuestra me reputo y seré vuestra eternamente.* Más quería decir; pero como estaba fuera de sí por los soberanos favores y abismada en su profunda humildad, volvía luego á repetir las mismas palabras. En esto acudió amorosa la que en las bodas de Caná de Galilea fué la medianera para alcanzar gracias singulares á los esposos; y así en esta ocasión, haciendo el oficio de paraninfa, alentó á Rosa con estas dulces palabras: *Mira bien y atiende, oh Rosa, la merced grande que mi Hijo se ha dignado concederte.* A estas voces, conociendo con luz muy superior la grandeza del beneficio, quedó mucho más rendida; y así no pudo menos que abismarse más y más en su humildad, y dejar á los ojos que expresasen con la elocuente y expresiva voz de las lágrimas lo que sentía su corazón agradecido y no podía pronunciar su lengua. Abrasábase en incendios amorosos; y olvidando el ramo de palma que le habían negado los hombres, gozábase con la azucena de los valles tan hermosa, tan cándida, tan preciosa, que le robaba todo el alma. Siguiéronse luego dones dignos de un Esposo Dios. Vióse llena de incendios de amor divino con una

fe muy viva, esperanza firme, fortaleza segura y gran perseverancia: preseas de la riqueza inestimable con que dotó á aquella muy pura alma el tierno Infante, para poder llamarse Esposa suya.

CAPÍTULO XXVII.

Fabrican á Rosa un anillo para memoria de los desposorios celebrados con el Divino Jesús.

Lo que pasó en la capilla del Rosario el Domingo de Ramos entre Rosa y Jesús, siendo madrina la Virgen María su Madre, la llenó de tanto consuelo espiritual, que por algunos días casi siempre estuvo fuera de sí, pensando en el favor inestimable que le había hecho el amante Jesús en admitirla por Esposa. Se humillaba, se confundía revolviendo esto en su mente; y no cesaba de darle gracias por favor tan soberano. Mas para que la memoria de tan gran beneficio estuviese siempre presente en sus ojos, comenzó luego á tratar consigo misma de fabricar un anillo que ajustase al dedo del corazón y fuese testigo que siempre le recordase la dicha del desposorio. Con este fin llamó aparte á un hermano suyo, indicóle brevemente la idea, manifestóle su deseo, aunque le ocultó el misterio. El, por darle gusto, con un compás trazó el tamaño y la medida del anillo; describió el lugar do se había de figurar un corazón, y sobre él la cifra del nombre de Jesús en vez de esmeralda ó claveque (1). Sólo faltaba el mote con que había de esmaltarse la sortija por la parte de afuera. Aquí Rosa, suspensa, puestos los ojos en su hermano, esperaba su elección para no errar en la empresa y no descubrir su secreto. El, advirtiendo el cuidado de su hermana, sin detención ni em-

(1) *Claveque:* «Piedra, variedad de cristal de roca, que se halla en pedazos, comúnmente redondos.» *(Dic. de la R. Acad.).*

barazos, cual testigo llamado al desposorio, escribió estas palabras: *Rosa de mi corazón, sé mi Esposa*. Enmudeció entonces la Santa arrebatada de un repentino gozo, viendo que su hermano sin deliberación propia, movido de soberano impulso, había dado en el mote que era el blanco y punto propio del misterio, y que había escrito las mismas palabras pronunciadas por el celestial Esposo. Sabía muy bien que ni su hermano ni otro alguno de los mortales podía por vía ordinaria tener noticia de este secreto, y por consiguiente debía atribuírlo á dictamen superior; por lo cual absorta en tan raro prodigio, adoraba con ternura y reverente silencio el poder omnipotente de su Divino Esposo, que la favorecía de un modo tan singular y según ella deseaba.

Tomó su hermano por su cuenta que se fabricase el anillo del modo convenido, y se lo trajo el miércoles de aquella Semana Santa. Al llegar el siguiente día, tan lleno de misterios, se fué con él la Virgen desposada al convento del Rosario, y lo entregó al Sacristán, suplicándole con muchas veras que lo colocase en la Urna del Monumento en la cual había de estar el Señor encerrado todo aquel día hasta el Viernes al terminar la Procesión. Colocado el anillo en la Urna del Santísimo Monumento, quiso estarle velando; y así se estuvo en el sagrado templo desde el Jueves hasta acabados los Oficios del Viernes Santo, sin moverse un punto del sitio en que se acomodó. Constancia que sólo se concede á un mármol, y acción que continuó muchos años después, no sufriéndole su corazón amante el estar separada de su Divino Esposo ni un solo momento; pues si bien la Iglesia en aquellos días santos nos lo representa en el sepulcro, Rosa no obstante le gozaba vivo en lo más íntimo de su alma.

Antes que llegue el dia santo de Pascua de Resurrección en que sucedió otro admirable portento con este misterioso anillo, creemos que no será desagrable á los devotos de nuestra Santa el poderse formar una cabal idea de él, tomando prestadas las palabras al P. Antonio de Lorca, insigne biógrafo de la Santa. Dice así: «No he merecido tener en mis manos el anillo. Mostróme una estampa suya el

Sr. D. José de Avellaneda, que la trae consigo, hecha según el modelo del de la Santa, el cual estuvo en sus manos. El anillo es de oro, y en medio de él empieza diciendo: *Rosa de mi* IHS *sé tú mi Esposa.* Donde había de decir corazón, no lo dice; en lugar de la palabra está un corazón, y en él está grabada una cifra así: IHS, y con esmalte dorado. Y leído por cualquier parte hace un *laberinto* amoroso. Por una parte suena: *Mi corazón, sé tú mi Esposa, Rosa.* Leído desde el corazón, dice: *Sé tú mi Esposa, Rosa de mi corazón.* Y otros mil modos tiene para leerse, y en cualquiera hace misteriosa armonía, y en ninguno impropiedad. Es tan fácil de ver, como hacerle y grabarle, que se conocerán con facilidad los misterios.» Hasta aquí el Padre Lorca (1).

Llegó por fin el Domingo de Resurrección, y luego que amaneció fué Rosa con su madre á la Capilla de Nuestra Señora del Rosario á darle las buenas Pascuas y los plácemes del inefable gozo que tuvo en la Resurrección de su Santísimo Hijo. Postróse de rodillas delante de la Santa Imagen; y con gran fe y devoción, como si tuviese presente la misma que está gozando de gloria inefable en el cielo, le daba gracias por los favores tan singulares que con su valiosa intercesión le había impetrado de su Divino Hijo. Luego le pidió con humildad la gracia de que su Divino Esposo resucitase espiritualmente en su alma. Y volviendo de nuevo á ratificar la protesta de ser siempre su humilde esclava como se lo había prometido ocho días antes en el desposorio, quiso su Divino Amante confirmar con otro prodigio cuán gustoso le había sido el ofrecimiento y encierro

(1) «Este anillo estaba sin mayor vista en un nicho junto á la sacristía del Santuario, ensartado en una canilla peroné de la propia Santa: y se ha colocado con el anillo al pie de la canilla en el altar del Corazón de Jesús al lado de la Epístola, dentro de la vidriera, que en ochavo hace costado al soberano cuadro de la Santísima Virgen de Belén. Al otro lado para que haga simetría está colocada la otra canilla peroné de la misma Santa, con una rosquita de su pelo al pie. Así el anillo como el resalto que le sirve de piedra es de oro, en cuya circunferencia se lee grabado: *Rosa de mi* IHS *sé mi Esposa.*»

del anillo en aquel triduo de la Semana Santa; pues habiéndolo sacado de la Urna el sacristán lo entregó á su Confesor, quien después de haber celebrado la Misa, lo puso en el dedo del corazón de nuestra Santa. Esta imposición fué tan oculta y tan secreta, que pasó inadvertida á la madre que estaba de rodillas á su lado, aunque tan diligente en escudriñar las acciones de su hija. Con este nuevo fervor tan conforme con su profunda humildad no cabía en sí de gozo nuestra Santa. Con los seráficos incendios que el Señor Sacramentado comunicó al anillo el tiempo que lo tuvo junto á sí en el Monumento, eran tan notables los que sentía Rosa en su corazón, que casi todo el santo día de Pascua la trajo transportada en Dios y casi fuera de este mundo, gozándole en su gloria con rapto admirable. Estos efectos maravillosos se comunicaron, como se verá luego, á otras personas... ¡Cuántos experimentó el corazón de nuestra desposada, que lo llevó tantos años!

Después de la muerte de Santa Rosa quedó este anillo con otras prendas de la Santa en poder de D.ª María de Usategui, esposa del Contador D. Gonzalo. En el mes de Febrero de 1618 aconteció un caso digno de toda memoria en la casa de estos señores: Fuése allí una persona muy ilustre en virtud y santidad sólo con ánimo de tocar con la debida reverencia los instrumentos que habían servido para mortificar el cuerpo de nuestra Santa, á la cual profesaba singular veneración. Por darle gusto D.ª María le mostró el milagroso anillo y la corona con que nuestra Santa atormentaba su cabeza. Apenas tuvo la corona en sus manos, sintió un desusado incendio de amor divino con que se abrasaba y dulcemente se derritía en lo más interior de su espíritu con increíbles gozos é inefables delicias. Y al tomar el anillo de oro que D.ª María le dió envuelto en un papel y contemplarlo en su mano, transportado y fuera de sí apretó el puño como movido de un resorte, y comenzó á sentir impulsos más ardientes aún que los percibidos al contacto de la corona. Experimentó poderosas elevaciones que de lo alto le arrebataban con dulces y delicados sentimientos, con sublimes ilustraciones y ardores divinos que le derritían dulcemente el ánimo. Poco después no pudien-

do sufrir el siervo de Dios la avenida de consuelos divinos que le transportaban suavemente á regiones superiores, sin poderse contener prorrumpió en estas palabras: «¡Sea Dios bendito que tan admirable es en Rosa, su Esposa! ¡Sea alabada la Trinidad Beatísima ante cuya presencia asiste Rosa en la excelsa cumbre de su gloria entre los principales ciudadanos del Paraíso! ¡Rosa amada! ¡Rosa escogida! ¡Rosa, Esposa del candidísimo Cordero!... Grande eres, sublime, gloriosa, resplandeciente, y en el escuadrón triunfante de los Santos eres incomparable.» Otras muchas palabras llenas de afecto desahogaba aquel pecho lleno de suavidad espiritual y consuelos inefables, estando el cuerpo sin movimiento; porque el júbilo interior aunque había dejado libre la lengua para loar á Dios y ensalzar á Rosa, había embargado los demás miembros de suerte que ni podía levantarse de la silla ni mover los pies y los brazos envarados con el pasmo. La mano diestra que tenía asida el anillo, estaba apoyada sobre el brazo de la silla; pero tan fija como si estuviera enclavada. La siniestra la había puesto sobre el corazón, pues naturalmente acudió á templar la excesiva palpitación que le causaba aquel torrente de alegría sobrenatural; pero también estaba de tal modo que no podía apartarla del pecho por más esfuerzos que hiciese. Procuraba levantarse de la silla, extender siquiera las piernas ó por lo menos recoger los brazos; y nada de esto podía. Entretanto proseguía la lengua, que sólo estaba libre como antes queda dicho en alabar á Dios y á Santa Rosa, luchando entre tantas dichas con la vehemencia de los gustos interiores que experimentaba.

La mujer del Contador, disfrutado que hubo por algún tiempo de tan devoto y singular espectáculo, llamó á su marido para que saludase á su huésped, que era persona muy conocida y muy bien vista en aquella casa. Venido D. Gonzalo le saludó cortésmente, y vió, no sin asombro, que no le correspondía ni se levantaba; mas luego conoció que no era grosería, sino imposibilidad. Bien que intentaba por varios modos, aunque en vano, viendo que le saludaban, ó levantarse comedido ó excusarse á lo menos de no poder corresponder á tan finas atenciones; no obstante, lle-

vado de otro espíritu superior, volvíase á los primeros loores, engrandeciendo á Dios y alabando á Rosa; y con tiernos suspiros y dulces quejas declaraba la impetuosa avenida de gustos interiores y celestiales delicias que el anillo de Rosa producía en su pecho. Con mucho trabajo pudo el Contador sacarle el anillo de la mano que halló bañada en sudor frio como de un moribundo, y los dedos rígidos y el brazo envarado. Sacado el misterioso anillo, cesó aquel pasmo y aquel torrente de delicias, y se quedó aquel santo hombre cuyo nombre no tuvieron á bien revelarnos los antiguos biógrafos de la Santa, con la dulce memoria de lo que había pasado en la casa de su amigo; éste y su esposa, llenos de admiración por lo que habían presenciado. De todo lo cual puede muy bien inferirse que si este bendito anillo causaba efectos tan sorprendentes en mano ajena, ¡qué efectos tan maravillosos no causaría en el corazón de Rosa que lo llevó por tantos años!

CAPÍTULO XXVIII.

Admirable unión con Dios conseguida por Rosa con el continuado ejercicio de la oración.

Si como nos enseña el Apóstol San Pablo (1) el que está unido con el Señor se hace un espíritu con El, lícito nos será conjeturar el sublime grado de unión que tuvo Rosa con Dios; pues continuamente estaba á su presencia, tratandole con familiaridad por medio de la oración. Aun tierna niña, la unción interior del divino Espíritu la había enseñado á orar infundiéndole tal fervor, que muchas veces ni el mismo sueño pudo distraerla de este santo ejer-

(1) Qui autem adhæret Domino, unus spiritus est: «Quien está unido con el Señor, es con El un mismo espíritu.» (*1.ª ad Cor.*, cap. VI, v. 17).

cicio. De aquí provino que la oyeron repetir muchas noches cuando estaba durmiendo, el número de oraciones y devociones que había rezado durante el día. Crecía en ella con la edad la religión y afición á las cosas santas; con la estatura del cuerpo, la elevación del alma; y el ejercicio de sus años pueriles era frecuentar seriamente la meditación. Por lo cual no es de maravilla que llegase á un estado de contemplación sublime; de modo que cuando fué examinada sobre su modo de oración, se vió que á los doce años había ya llegado á aquel grado que llama *de unión* la teología mística.

Habíase acostumbrado á dos modos de oración: El primero y principal lo ejercitaba cuando libre de ocupaciones se recogía para hablar con su Dios; el otro, cuando haciendo labor y entre otras ocupaciones exteriores fijaba en Dios la atención de su espíritu. Al primer ejercicio dedicaba lo menos doce horas, como llevamos indicado en el cap. XXIII. El segundo era continuo en Rosa en cuanto puede sufrirlo la humana fragilidad; sólo admitía alguna tregua cuando tenía las visiones y desolaciones de que haremos mención más adelante. Fué don de la omnipotente diestra, raro y singularmente admirable, que en todas ocasiones, en todos tiempos; ya velase, ya durmiese: nunca se ausentaba de los ojos de su alma la presencia de su celestial Esposo. Cuando hilaba, tejía ó cosía; cuando bordaba las más preciosas flores; cuando conversaba con los prójimos; mientras comía, leía ó andaba; en el templo, en el huerto, en casa ó fuera de ella, en la plaza ó en la celda: estaba siempre mirando muy de cerca y como en un espejo la amable Majestad de Aquel á quien sirven y adoran los Angeles, de cuya hermosura el sol y la luna se pasman y maravillan. Y lo que excede todo discurso y ponderación es que esta presencia de Dios ocupaba las potencias interiores de Rosa sin embargarle los sentidos ni llamar la atención de los que trataban con ella; de suerte que mientras dentro de sí hablaba con Dios, podía juntamente sin impedimento tratar y conversar con todos; disponía lo que se había de hacer y obraba lo dispuesto con aquella facilidad, atención y prontitud que suelen observar los que están entregados á negocios exte-

riores. Ejemplo muy semejante había precedido en Santa Catalina de Sena, á quien Dios concedió esta gracia cuando obligada á las ocupaciones de la cocina no experimentó el menor estorbo en la íntima unión con Dios. Así Rosa, mientras se ocupaba en las cosas exteriores, gozaba allá en su interior de los dulces abrazos de su Divino Esposo; de aquí lo que observaron muchas veces las hijas del Contador: que cuando Rosa estaba trabajando en su labor, juntamente con el brazo parece que se levantaba el espíritu al levantar en alto la aguja con la seda; y estando un breve espacio de tiempo suspensa, proseguía luego su labor con tan acertado tino, que daba la aguja en el punto necesario para que no se observase la menor interrupción ó descuido.

Otra gracia no menos admirable se añadió á esta que llevamos referida; y fué que mientras estaba orando, no le movían fácilmente los objetos que no tenían relación con sus actuales ocupaciones, como si sólo por ellos estuviese arrobada y entorpecida la atención de los sentidos. En consecuencia de esto notaron muchas veces las otras Beatas: que si tomaba ella lugar en frente del Altar mayor para orar con más atención, aunque hubiese mucha gente en el templo, se estaba inmóvil por muchas horas, fijos los ojos en el altar, sin ver á los que pasaban delante de ella y sin volver el rostro aunque se oyese ruído cerca de donde estaba. Aun más, si algo directamente le hería los ojos, ni movía las cejas arqueándolas ni cerraba los párpados ni apartaba el rostro; de modo que bien podía pensarse que estaba ciega, cuando, por el contrario, cual águila, estaba mirando de hito en hito el Divino Sol oculto tras las cortinas de los cándidos accidentes. De aquí la inmovilidad del cuerpo de nuestra Santa cuando vacaba á la oración ora en la iglesia más principal, ora en la Capilla del Rosario ya en el Oratorio de su casa; porque en aquel mismo lugar en que al principio se ponía para orar, en el mismo se la hallaba después de algunas horas y hasta de un día entero sin haber hecho variación ni mudanza. La mujer de D. Gonzalo la halló puesta de hinojos á las cuatro de la tarde, en el mismo rincón que al medio día había ocupado para el santo ejercicio de la meditación.

Se observó también que cuando asistía en el templo estando de manifiesto el augustísimo Sacramento, se estaba sin moverse del mismo sitio hasta la tarde en el lugar que por la mañana había escogido. Cuando se encerraba Rosa desde el jueves por la mañana hasta el sábado y tal vez hasta el domingo en el Oratorio del Contador, suplicaba antes á D.ª María Usategui que en todo aquel tiempo no le llamasen, aunque se ofreciese ocasión muy urgente y aunque viniese á hablarle la persona más allegada. Preguntándole la causa de encerramiento tan inviolable, respondió cándidamente que quedaba inmóvil todo aquel tiempo, y que no podía ponerse en pie ni levantarse aun para abrir la puerta, si alguno llamase.

CAPÍTULO XXIX.

Aprovechamiento de Rosa en la oración. Como aconsejaba á todos que la tuviesen.

Dos admirables dones comunicados por el Señor tenía nuestra Santa: la pureza y paz interior; de ellos le nacía hallarse más dispuesta para recibir sus mercedes. Conocemos ya el grado eminente con que poseyó el primero: *su paz interior* la estaba publicando con su vida más de ángel que de criatura humana, con su aversión á las cosas del mundo y el negarse á todo lo caduco por lo eterno. De aquí también le nacía aquel recogimiento amoroso, aquella quietud y tranquilidad en la oración; pues apenas puesta de rodillas, solía suspenderse con una suavidad tan dulce, que era menester mucha cautela para encubrir su santa abstracción.

Tres horas tenía todos los días empleadas enteramente en dar gracias á Dios: una por la mañana, otra al medio día, y otra al ponerse el sol. En ellas con afecto tiernísimo traía

á su memoria los beneficios particulares con que Dios la había enriquecido, admiraba la benignidad que con ella usaba, adoraba la pródiga liberalidad de tantos dones, gracias y carismas; y á la verdad, hallaba cada día nuevos motivos y nuevas mercedes de que hacer memoria su atento agradecimiento. Usó también muy familiarmente cierto género de oración altísimo, luminoso, abrasado, con el cual repasando en su memoria los atributos de Dios, iba dando á cada uno de por sí especial culto de adoración latría. Y porque fiaba más del parecer ajeno que en su propio dictamen, fuése á un piadoso y docto Padre de la Compañía de Jesús, llamado Diego Martínez, y le pidió que le recogiese de la Sagrada Escritura un compendio en que estuviesen contenidos los nombres de los atributos divinos. Hízolo así el piadoso y venerable Padre, y recogió muchos, mas no tantos que satisfaciesen á la fervorosa Virgen; por lo que recurrió ésta á su sabio y santo director el Padre Maestro Lorenzana, quien se los aumentó hasta el número de ciento cincuenta. Ella los dividió con mucha oportunidad en quince decenas, añadiendo á cada una un *Gloria Patri;* afirmaba que esta forma de oración causaba gran espanto en los demonios, y no es de creer que tal dijera si no lo hubiese experimentado. Con esta contemplación de los atributos divinos respiraba su corazón, y llegó á tanto su aprovechamiento, que pudo alguna vez decir, aunque con la modestia que le era propia cuando hablaba de sus cosas, que cuando hacía labor, al dar cada puntada daba á Dios nuevos loores, alabándole con uno de sus atributos (1).

Fuera de esto advirtieron los que la trataban con más familiaridad que estaba tan asida á la oración, que aun las mismas palabras con que comúnmente trataba á las personas de más intimidad, se dirigían juntamente á su trato interior con Dios. Si alguna vez estando en el jardín de su casa acompañada de otras señoras, le alababan la frondosidad de los árboles, la amenidad de las plantas y la hermosura de las flores, respondía con agrado y atención: *Her-*

(1) Este ejercicio angélico se ha impreso muchas veces en nuestra España, y se halla en el Compendio de la Santa (pág. 97), impreso en París por los años de 1852.

moso está el jardín y vistoso; Dios dé mucho aumento á sus flores. Mas ella lo entendía del verjel de su alma, pidiendo floridos aumentos de virtudes; y así dando á una misma proposición dos sentidos, con el uno daba satisfacción á las personas que le hablaban, y con el otro hablaba con Dios.

Aconteció cierta vez que viniendo de la iglesia, y hallándose un poco indispuesta, para confortar el estómago pensó en tomar unos sorbos de caldo de agua pura y migas de pan. Para encender lumbre, fué por un tizón encendido; mas al volver con él, oyó que en la azotea vecina cantaba un pajarillo con mil graciosos quiebros. Paróse no desdeñándose de oir la avecilla, porque á su entender cantaba á su modo dulces motetes al Criador. Proseguía el pajarillo en su melodioso canto, y con bien acentuados gorjeos multiplicaba sus trinos y suaves melodías. Rosa entonces comenzó á dirigirse estas severas reprensiones: *Cómo se explica,* decía, *que una criatura tan débil, que un animalito sin uso de razón, se esté deshaciendo en alabanzas á su Criador, enteramente olvidado de su sustento; y ¿yo gastaré el tiempo en preparar caldo para mi cuerpo? ¿Qué monta lo que el Autor de la naturaleza comunicó á este pajarito en comparación de los inmensos beneficios que á mí me ha concedido? Y con todo eso ¡contemplad todas sus fuerzas empleadas en tributar alabanzas á Dios! y ¿yo ocuparé el pensamiento en comer, y no me dará cuidado el modo de corresponder á las grandes mercedes que me hace Dios todos los días?* Volviendo luego los ojos al tizón que llevaba en la mano, vióle del todo extinguido, y admiróse de haberse detenido tanto en la suspensión. Creía que no podía exceder de medio cuarto de hora el tiempo que había gastado en escuchar el canto de la avecilla, y acaso se habían pasado algunas, por lo cual recogiéndose dentro de sí, comenzó también nuestra Santa á alabar á Dios con tanto fervor, que poco á poco fué enajenándose, quedando extática hasta el anochecer, siendo así que comenzó á escuchar la melodía del pajarillo casi tres horas antes del medio día.

Y si mucho aprovechó nuestra Rosa en la oración, no

menos deseaba que todos lo hiciesen; por lo que á todos la aconsejaba. Esforzábase en reducir á su hermano Fernando, prometiéndole sazonados frutos é inestimables bienes á costa de poco trabajo. No dudaba él de lo que le prometía su santa hermana; pero creía que las dificultades eran más insuperables, y atribuía á meras hipérboles de nuestra Santa todo cuanto le decía para ponderarle y persuadirle la facilidad de este saludable ejercicio. No por esto desmayó la extática Virgen ni dejó de enseñarle el modo y método con que podía en medio de las ocupaciones del siglo tener fijo el ánimo en la contemplación de las cosas divinas. Con igual diligencia leía y persuadía que leyesen los escogidos libros de piedad que trataban de oración, cediendo el primer lugar á las obras del elocuente Padre Maestro Fr. Luís de Granada; y para leerlas con fruto, tenía puestos curiosos registros que le indicaban lo apropiado á cada día de la semana. Con no menor instancia rogaba á sus Confesores que persuadiesen con maña y eficacia á los penitentes el santo ejercicio de la oración mental: que les advirtiesen que es una oficina llena de antídotos contra el veneno del pecado; que con el uso de la oración se limpia y purga el espíritu, se curan las llagas de las almas y se abre puerta franca para entrarse en la recámara del Divino Esposo, donde están inefables dones é indecibles regalos para delicia de las almas puras. A todos los predicadores les persuadía y encargaba con todas veras que cargasen la mano y empleasen la eficacia de sus discursos y todo el raudal y esfuerzo de su elocuencia en aficionar á los fieles á que la tuviesen, proponiéndoles los aprovechamientos grandes de los que practican tan santo ejercicio.

Mucho se deleitaba con el rezo del Rosario de Nuestra Señora, especialmente en la forma con que lo introdujo en el mundo instruído por la Reina de los Angeles, el gran Patriarca Santo Domingo, conviene á saber: uniendo á cada decena la consideración de uno de los principales misterios de nuestra Redención; puesto que en él se hallan la oración vocal y la mental, y todas sus partes y afectos que son: petición, alabanza á Dios y hacimiento de gracias. Por lo cual siempre traía un rosario de menudas cuentas, y le

estaba rezando aún en conversación con otras personas. A muchos aprovechó la ardiente exhortación y el ejemplo de Rosa para acostumbrarse á frecuentar la oración y divinas alabanzas.

CAPÍTULO XXX.

Desamparos y sequedades de espíritu de nuestra penitente Virgen.

Lo que es el crisol para el oro es la tribulación para los escogidos; mucho más cuando es necesaria, para que la grandeza de las revelaciones y favores espirituales no les desvanezca (1). Mortificó mucho el Señor al Doctor de las gentes con estímulos de la carne, ángel de Satanás de que daba tiernos sentimientos el Santo Apóstol. Después de él vemos en las vidas de los más grandes Santos que el Señor les purificó de diversas maneras: A San Jerónimo con los recuerdos de Roma; á San Agustín con los de la vida pasada; á San Antonio Abad con horribles tentaciones y crueles luchas con los demonios; á San Pedro mártir y al B. Enrique Susón con falsos testigos; á las Catalinas de Sena, Teresas de Jesús y Magdalenas de Pazzi con desolaciones de espíritu y espantosas sequedades... á nuestra Rosa con desamparos y sequedades de espíritu tales y tan grandes, que clamando en ellos, como en último desconsuelo, fué necesario que le diera fuerzas el Divino Esposo, diciéndole como á San Pablo: *Bástate mi gracia, porque mi poder brilla y se manifiesta en tu flaqueza* (2).

(1) Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meæ angelus Satanæ, qui me colaphizet: «Y para que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca, se me ha dado el estímulo *ó aguijón* de mi carne, *que es como* un angel de Satanás, para que me abofetee.» *(Epist. II á los Cor.*, cap. XII, v. 7).

(2) Sufficit tibi gratia mea: nam virtus in infirmitate perficitur: «Bástate mi gracia, porque el poder mío brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza.» *(Epist. II á los Cor.*, cap. XII, v. 9).

A los doce años de edad se había remontado Rosa en alas de la oración hasta el supremo grado de perfecta unión con Dios, habiendo echado por el atajo más breve, conviene á saber: pureza de vida y profunda humildad. Allí gozaba las dulzuras del amor divino que alumbra con luz vivísima el entendimiento, y enciende con llamas y ardores seráficos la voluntad, creciendo el gozo con la contemplación de aquella inmortal hermosura siempre antigua y siempre nueva, según frase del gran Agustino. No puede encontrarse en esta mortal vida estado más feliz, porque la última felicidad de la criatura racional es el cielo, y la última felicidad del hombre en esta vida es el trato y unión con Dios, fuente de todas las perfecciones y objeto de la visión beatífica en la otra. Cuando nuestra Santa gozaba de esta paz y tranquilo sosiego, fué Nuestro Señor gustoso de probarla con densas tinieblas que ofuscaban su entendimiento y la trabajaban con todo rigor. Hallábase en estado tan miserable, que no sabía si estaba en la penosa cárcel del purgatorio ó en la eterna del infierno. Faltábale la memoria de su amantísimo Esposo, perdía el gusto de la presencia divina, y en nada encontraba consuelo divino ó humano. Tenebrosa noche cercada de tinieblas y desmayos, profunda sima de infelicidad, abismo sin fondo donde se perdía, sombras de muerte la rodeaban. Estaba tan apartada y lejos de sí como apartada y lejos de Dios, á su parecer. Lloraba sin consuelo, abrumada con el grave peso de tan densas tinieblas, sin poder levantar el discurso á pensar cosa ninguna del cielo. Podría llamarse este penoso estado de Santa Rosa idiotismo espiritual; porque tenía aprisionada la voluntad, aniquilada la memoria y apagada toda luz del discurso. Quería discurrir, y no se le ofrecía cómo; movía la voluntad, y la hallaba dura y fría; se esforzaba para que la memoria le recordara algún favor de los muchos que de Dios había recibido, y... ¡todo en vano!

En este laberinto de espesas tinieblas y obscuras sombras, le rayaba una confusa luz sobre que conocía á Dios y que le había amado; pero no sentía en sí que le conociese ni tampoco que le amase ó tal hubiese. Concebíalo con una confusión tan peregrina como de cosa que parecía haber

sido y que no era, ó que quiso parecer y no parecía; con una noticia tan turbada y revuelta, que le servía más de tormento que de consuelo. Mirábase no sólo ausente y desamparada de su Esposo, sino también olvidada y arrojada de su presencia. Solícita procuraba si por lo menos podría hallarlo informándose en las criaturas, pero tampoco encontraba vereda; y para colmo de aflicción, hallaba que todo era mudo en su alrededor. Y entretanto el espanto y casi agonía hacían diligentes su oficio en atormentarla; daba voces el corazón afligido, y clamaba diciendo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado* (1)? Pero en los vacíos del alma ni aun los ecos respondían compasivos. Volvía luego á la lucha por salir del obscuro abismo; pero estaba embotado el discurso, amortiguado el calor de los afectos, y todo sentimiento piadoso sumergido en letargo profundo. ¿Qué hacer la Virgen cercada por todas partes, cuando se hallaba privada de todo consuelo interior; y lo que es más triste, arrojada de la presencia de su amado Esposo? Pero lo más terrible de estas angustias y aflicciones de espíritu era representársele duraderas para siempre, no mostrándole casi nunca resquicio alguno que descubriera al menos la salida de tan intrincado laberinto. Solamente alguna vez llegó á servirle de algún consuelo el parecerle que no podría durarle mucho la vida con tormento tan grande; pero al punto se le ofrecía que su alma era inmortal: que ninguna pena, por consiguiente, podrá acabarla, ningún infierno extinguir, ningún tormento aniquilar. Viéndose, pues, apurada entre tantas confusiones, estaba muchas veces para dar voces y gritos desordenados pidiendo alivio y socorro; pero reprimía aquellos ímpetus, recordando que no había criatura que pudiese librarla, ni palabras que pudiesen de ningún modo declarar á los hombres su triste desventura. Estaba muy persuadida de que en todo el mundo no se hallaría hombre tan docto, discreto y profundo que pudiese medir ó abarcar con su talento lo grave y acerbo de su pena.

(1) Palabras de Jesucristo antes de espirar en el sagrado madero de la Cruz: Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» *(Evang. S. Math.,* cap. XXVII, v. 46).

Por espacio de quince años, cada día una hora entera á lo menos y muchas veces más, se hallaba Rosa sepultada en este abismo de obscuridad interior y sequedad de espíritu; y pasaba todo este tiempo temblando, temiendo, palpitándole el corazón, como el que está luchando con los últimos estertores de la agonía. Estuvo tan lejos que la costumbre de repetirle cada día mitigase los rigores de este tormento, que antes la misma experiencia los aumentaba; porque cuando al día siguiente se hallaba abismada en este caos, volvían los mismos temores de que habían de ser eternos, sin recordar que el día anterior había salido de aquel abismo de penas.

Alguna vez, empero, como por rendijas le hería alguna luz ó débil crepúsculo que le daba esperanza de que acabaría aquel tormento; y entonces aquella pena más bien le parecía participación del purgatorio que del infierno. Pero eso mismo la atormentaba con más crueldad por la porfiada ausencia de su amado Esposo; la afligía por lo prolongado de tan triste destierro; y para colmo de aflicción, no podía conocer ni amar á Dios por más que para alcanzarlo se esforzase. Hallaba ciego su entendimiento, empedernida su voluntad; buscaba camino para salir de aquel intrincado laberinto, y no le hallaba. En aquella profunda obscuridad de sus potencias cada paso que á tientas daba era un tropiezo ó caída en profundo abismo: gemía triste su atribulado espíritu, y no era oída; llamaba, y no le respondían, sordo el cielo á sus quejas, su Divino Esposo á sus lamentos. Habíase secado enteramente su corazón y marchitado el vigor todo del ánimo, no tenía vital aliento; y así el afecto interno estaba totalmente destituído del gusto y sabor de las cosas divinas. Finalmente, fué tal el horror de estas representaciones, tanto lo acerbo de su dolor, que si bien el espíritu de Rosa estuvo desde sus primeros años valiente é intrépido para cometer y perseguir con tesón penalidades y mortificaciones sin cuento; con todo desmayando su agigantado espíritu, pidió con veras á Dios que no le diese á beber cáliz tan amargo por ser superior á sus fuerzas. ¡A tal colmo llegaron las penas interiores de nuestra Santa!

CAPÍTULO XXXI.

Consulta Santa Rosa sus desamparos. Piensan que es enfermedad, y tratan de curarla.

Rendida Santa Rosa con el peso de tanta desolación, se vió forzada á pedir al Señor que se dignase llevarla por el camino ordinario por donde andan los demás justos y escogidos, y que, pues la amaba, no la dejase despeñar en este hondo y obscuro abismo, do parece que el alma pierde su ser, sus fuerzas y su substancia. Y á la verdad, aunque es cosa dura para el alma el separarse del cuerpo, sin embargo lo es mucho más el estarlo en cierto modo de sí misma, y durísimo el estar alejada de su Dios después de haber experimentado la unión mística y los dulces y suaves abrazos de aquella suma bondad é infinita hermosura; pues según enseña el S. P. San Agustín, lo que es para el cuerpo el alma es para el alma Dios, y así viene á ser menor pena dejar de animar el cuerpo que el alma amante de amar á Dios. Con todo, conociendo Rosa que era agradable al Señor que así padeciese, abrazóse con espíritu varonil á los tormentos, diciendo resignada: *¡Señor! hágase tu voluntad, y no la mía* (1). Así se preparaba con provecho para el martirio del día siguiente, sin saber á que hora vendría; y aunque estaba firme el ánimo, temblando esperaba el cuerpo por ser de suyo flaca naturaleza.

Verdaderamente era tan rara y desconocida la calidad de estas desolaciones y penas interiores, que hasta mucho tiempo después no se hallaron perspicaces y expertos teólogos que pudiesen resolver tal cúmulo de dificultades ni definir su esencia y naturaleza. Rosa no dejaba de consultar á varios confesores por ver si le daban remedio, alivio

(1) Palabras de Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto, preparándose para la Pasión. *(Evang. de S. Mat.,* cap. XXVI).

ó consejo; pero ni ellos acababan de entender lo que quería decir la afligida Virgen, ni se hacían del todo capaces de las peregrinas especies de tan intrincados enigmas. Unos decían que eran delirios y sueños; otros que era cosa de duendes y fantasmas; no faltó quien sustentara que eran desvaríos, ilusiones del diablo y vanos espantos. Los más lo atribuían á melancolía, y á que debilitado el cerebro con los ayunos y las vigilias, estaba muy expuesto á padecer asombros fantásticos y representaciones tristes nacidas de la debilidad é impureza de la sangre. Rosa, cierta de que la calamidad que padecía no tenía su origen en la mala disposición de su cuerpo, se afligía mucho más con estos dictámenes; porque no hallaba médico que acertase á curar las dolencias de su espíritu, ni hábil piloto que guiase la frágil barquilla de su alma por el tempestuoso mar de sus desolaciones. Gemía, echaba la culpa á su rudeza, pensaba que era falta de ingenio y cortedad de palabras, y que el no saber explicarse era la causa de sus penas.

Anegada en este mar de angustias quedábale un solo consuelo, aunque bien pequeño por cierto, y era que su madre vivía ignorante de semejante estado; pero esto mismo fué después aumento de sus penas, porque como algunas veces á ciertas horas del día se le demudaba el rostro y quedaba casi helada por un sudor frío que le corría por todo el cuerpo y le palpitaba con fuerza el corazón, le preguntaba con insistencia qué género de enfermedad era la que padecía. Y cuanto más lo disimulaba Rosa, porque realmente no sabía cómo explicarlo, tanto la apretaba su madre y con gran porfía. Excusábase la afligida y paciente Virgen, diciendo que aun no entendía el mal que le afligía el alma; mas su madre, sospechando por las palpitaciones que era mal de corazón, llevada de este parecer por ser también el de algunos Confesores, llamó al médico y puso en cura sin fruto ni utilidad ninguna á la pobre de su hija, tan lastimada ya con tantas penas. Protestaba la inocente Virgen que perdían el tiempo y el trabajo, que su mal no estaba en el cuerpo, sino en su espíritu; pero no era oída ni se le hacía caso siquiera. Viendo, pues, que resistía en vano y que no daban fe á sus palabras, calló y se sujetó humilde á lo que dispusiera el

médico, aunque conocía que en nada le había de aprovechar. ¡Sólo le faltaba, para que llegasen á su colmo los trabajos que padecía, ver que la obligaban á tomar medicinas como si estuviese mala en el cuerpo, cuando en realidad lo estaba en el alma!

Hubo alguno que pensó que el Señor llevaba á nuestra Santa por el escabroso camino de San Antonio Abad, á quien tanto persiguieron los demonios en el yermo. Mas el combate con que el grande adalid y padre de los solitarios resistía á las huestes infernales y las ponía en vergonzosa fuga con sola la señal de la cruz, era exterior; al paso que el de nuestra Santa, interior. Se cree que Santa Catalina de Sena padeció alguna vez estas penas interiores; y así parece que se colige del cap. XIX, libro primero de su *Vida;* del Beato Enrique Susón nos lo afirma su historia. Algo se asemejan estos dolores á las ansias mortales que experimenta una alma tierna y muy temerosa de Dios, cuando le parece que el cielo está cerrado para ella, teniéndola Dios olvidada y dejada de su mano y estando el infierno abierto para tragarla.

Podríamos quizás formarnos una idea del terrible estado de nuestra Santa, si procuráramos representarnos á nuestra manera el rostro de Jesucristo al pronunciar la tremenda sentencia: *Id, malditos, al fuego eterno* (1); toda vez que efectos parecidos experimentaba nuestra Rosa en la hora de desamparo. Y así después de varias comparaciones á cual más expresivas, no se le ofrecían palabras más acomodadas que las del Real Profeta: *Los dolores del infierno me han cercado por todas partes; estuve á punto de caer en lazos de muerte* (2).

Dos veces obligaron á la Virgen los que podían mandarla á que dijese como acostumbraba ver radiante el divino Sol, después de tan densas tinieblas y de tempestad tan deshecha; porque no les parecía creíble que el dulcísimo Esposo no se manifestara radiante de hermosura después de tan tenebrosa eclipse, y no se esmerara en acariciar á un alma

(1) Evang. de S. Mat., cap. XXVI, v. 41.
(2) Dolores inferni circumdederunt me: præoccupaverunt me laquei mortis. (*Psalm.* XVII, v. 6).

tan duramente y con tan acerbos dolores humillada. Al oir estas palabras, más bien quisiera callar nuestra humilde Rosa ó distraer la conversación con arte y disimulo, que hablar; pero viendo que no podía excusarlo, ingenua y cándidamente confesó en cuanto pudo (atendido la falta de palabras propias y adecuadas para declarar cosas tan altas) las grandes misericordias que Dios usaba con ella después de desolación tan penosa. Decía que *en un momento se hallaba restituída á la dulce y suave unión que ella pensaba haber perdido;* que *al punto y sin saber cómo, sentía su alma libre de aquel peso que la oprimía; y disipadas las espesas tinieblas que la ofuscaban, se veía inundada y bañada de luz sobrenatural.* Mucho diremos sobre esto en los tres capítulos siguientes, últimos de esta PRIMERA PARTE, al tratar del examen que acerca del espíritu de Rosa verificaron varones santos y doctos. Séanos permitido entretanto, admirar el modo con que la eterna Sabiduría dirige las almas de sus escogidos para mayor aprovechamiento, y como las humilla para levantarlas con gloria y unirlas á sí más íntimamente.

CAPÍTULO XXXII.

Riguroso examen á que se sujeta nuestra Rosa para que se vea si su espíritu es de Dios.

La secreta luz de la divina gracia que guió desde su niñez los pasos de nuestra penitente Virgen por los senderos de la más elevada santidad, mostróle que era Dios quien la llevaba, y que caminaba sin error y sin peligro por sendas ciertas y seguras, aunque poco trilladas y donde apenas se veían huellas que seguir, por ser muy pocos en número los que habían andado por este camino. Aunque estaba cierta de su interior, con todo humilde no quería parecer lo que era; por lo que no rehusó el examen á

que en diversos tiempos la sujetaron para calificar su vocación y apurar si iba seguro su espíritu. Los principales explotadores del estado interior de nuestra Santa fueron el V. Dr. Fr. Juan del Castillo y el P. M. Fr. Juan de Lorenzana, que ejercitó la dirección de su alma hasta que la muerte la llevó á mejor vida. Hubo también algunos que escudriñaron los arcanos de su espíritu con mucho cuidado y atención, aunque sólo por estar ausentes sus Directores ordinarios (1).

(1) Para que puedan hacerse cargo debidamente nuestros lectores del crédito que merece el maduro examen del Dr. Castillo y reverendo P. M. Fr. Juan de Lorenzana, diremos algo de sus biografías.

En la obra del P. Meléndez, titulada *Tesoros del Perú,* etc., y á la página 192 del tomo III encontramos lo que á continuación transcribimos: «El Venerable Hermano Fr. Juan del Castillo es el mismo que con nombre del Dr. Castillo hemos nombrado en la maravillosa Vida de la gloriosísima Virgen Santa Rosa de Santa María en el libro II de nuestro 2.º tomo, cap. 31. Allí dijimos como este Siervo de Dios fué médico de profesión, celebrado y aplaudido por aquella su facultad, en la grande Universidad de Lima, y que supo aprovecharse tanto de lo sutil y delgado de su ingenio para aplicarlo á mayores lucimientos de la altísima medicina con que se curan las almas de los achaques nocivos de los vicios y malas inclinaciones, que entregándose todo á la oración y á la Teología Mística se hizo tan consumado en esta santísima facultad, que si antes con los aforismos de Hipócrates y Galeno curaba los más graves achaques y enfermedades del cuerpo, ahora con los de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres de la Iglesia meditados y contemplados en el continuo ejercicio de su oración, que es la verdadera escuela de materias tan sagradas, curaba los más graves achaques y dolencias del espíritu. Trujo siempre tan bien concertada su vida con los santos ejercicios de oración, abstinencia, humildad y mortificación, que era ejemplo de toda la ciudad, que admiraba en un seglar virtudes tan admirables que pasmaran en el más observante Religioso y en el más retirado anacoreta. Tuvo don de discreción de espíritus, y por mandato de sus Confesores, que lo fueron los hombres más doctos y prudentes de la ciudad de Lima, escribió un libro de revelaciones que había tenido, que viéndolo nuestro Arzobispo de Mira, hombre de singular erudición y doctrina de nuestra Religión y varón de muchos siglos, le pareció digna joya de presentarse al Pontífice Romano, Padre universal de la Iglesia; y así se lo remitió á la Santidad del Papa Urbano VIII, de feliz recordación, que le estimó y agradeció, reconociendo en él el poder de las misericordias de Dios y de su gracia, cuando quiere comunicarse á los que le sirven.

«Fué este insigne varón el Caleb de los secretos del espíritu de nuestra Santa Rosa, cuando por orden de nuestros Prelados quisieron examinarle, comprometiéndose en su parecer y voto de lo que descubriese y examinase en la Santa los varones más doctos de la ciudad, á quienes se había encomendado el examen; y después de haber aprobado los caminos admirables por donde Dios llevaba el espíritu di-

Para mayor autoridad y decoro asistieron al primer examen de Rosa su madre y D.ª María de Usategui. A su vista y por espacio de tres horas y en la celdilla del huerto en el

---

choso de la santa Virgen, se hizo tanto caso en Roma en la Sagrada Congregación de Ritos, para su Beatificación y Canonización del dicho jurado de este varón admirable, que casi fué el todo para aprobar las virtudes de la Santa en grado heroico, y la verdad de sus éxtasis y revelaciones. Y después de muerta la gloriosa Santa, se apareció muchas veces á nuestro V. Dr. Juan del Castillo, cercada de luces y resplandores, sembrando el manto de flores y con un ramo de rosas y azucenas en la mano, y llegaron á ser cincuenta las veces que se le mostró la Santa, y conversando con él le descubría altísimos misterios de la gloria. Tanto que en la deposición que hizo en el proceso sumario de la vida y virtudes de la Santa, declaró que por espacio de seis meses, que fué Nuestro Señor servido de llevar su espíritu á la gloria, siempre vió en ella á la virgen Santa Rosa, y que cesando la frecuencia de estos favores le enviaba la misma Santa un ángel á que le visitase y diese alguna noticia de lo que no pueden comprender en carne mortal los hombres.

«Llegó este venerable varón á una edad muy madura, y adoleciendo de la ultima enfermedad llegó á tal extremo, que habiéndole desahuciado los médicos y recibido los Santos Sacramentos y pedido el hábito de nuestra Orden y la profesión, que uno y otro se le concedió, estimando que un hombre de tanto crédito y virtudes quisiese morir fraile de Santo Domingo. Vivió después muchos días sin comer ni beber cosa alguna más que recibiendo todos los días el Santísimo Sacramento del Altar de manos de un Religioso que con licencia le decía Misa en el mismo aposento en que yacía en su cama. Cosa que, á juicio de todos, se tuvo por maravilla soberana, así porque el achaque corriendo todos sus términos tenía supeditada á la naturaleza, como porque cuando en ésta hubieran quedado fuerzas para conservar la vida de nuestro enfermo, uno y otro no podía suceder naturalmente, faltándole por tantos días, que fueron más de veinte, totalmente el alimento. En este tiempo estuvo siempre en su juicio, hablando y discurriendo de Dios y de la vida del alma maravillosas sentencias; con singular edificación de los Religiosos y otras personas que le asistían, hasta que entre actos fervorosos de amor de Dios y esperanzas de su salvacion rindió el alma y fué sepultado con grande aclamación de todo el pueblo en nuestro Capitulo á los pies de Santa Rosa.

«El Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pedro de Ortega y Sotomayor, Prebendado que fué de nuestro metropolitano de Lima, Catedrático de Prima de Sagrada Teología por oposición en nuestra Real Universidad, y Obispo después de las iglesias de Trujillo, Arequipa y el Cuzco, escribió la vida de este gran Siervo de Dios, pero por diligencias que hice no la he podido haber á las manos para ingerirla en la Historia, contentándome con lo poco que se ha dicho entretanto que Dios se sirve descubrir lo demás. Las palabras con que estas Actas del Capítulo Provincial de que estamos hablando celebran su dichoso tránsito, son las siguientes: Murió en Lima Fr. Juan del Castillo, que en el último vale de su vida por el ardentísimo amor que siempre tuvo á

cap. XXII descrita, le dirigió el Dr. Castillo muchas preguntas para probar su espíritu. Preguntóle primero: *¿Desde qué tiempo comenzó á experimentar en su alma interiores impulsos y estímulos del cielo, y á tener quietud y tranquilidad en la oración?* A lo que respondió con santa sinceridad que *no se acordaba, porque desde el primer uso de la razón se halló muy inclinada á orar y elevado su espíritu á la atenta meditación de las cosas divinas; de suerte que nada le parecía más dulce y más deleitable que hablar con Dios, pensar en Dios y aspirar con ansia á las cosas de Dios*. Preguntada *del provecho que había sentido en el santo ejercicio de la oración, si tuvo siempre igual aplicación de ánimo, facilidad y recogimiento*

---

nuestra Sagrada Orden recibió su santo hábito y profesó en él; fué varón de feliz recordación, aclamado del pueblo por hombre santo, y singularmente dado al ejercicio de la oración.»

Mueve á extrañeza que el Ilmo. González de Acuña, Procurador de la causa de la Beatificación y Canonización de Santa Rosa, no nos diga que el Dr. Castillo hubiese profesado la regla del gran Patriarca Santo Domingo de Guzmán, ni en el Sumario impreso en Roma en el año 1665 ni en su vida de la Santa impresa en la misma ciudad en el año de 1671; no obstante habla con mucha alabanza del Dr. Castillo, como era debido por su doctrina y santidad. Solamente nos dice en el catálogo de los testigos al n.º 9, *que murió en Lima con públicas aclamaciones de Santo, y que después de su muerte se tomaron informaciones sobre sus virtudes y fama de santidad por autoridad Apostólica.*

Debemos añadir, por fin, que el famoso Maestro en la vida espiritual el P. Diego Alvarez de Paz, Provincial entonces del Perú, varón á todas luces eminente por sus profundos escritos sobre Teología Mística, que publicó en tres tomos en folio, muchas veces le consultaba cuando escribía el tomo tercero que trata de la contemplación.

Diremos algo del P. Maestro Fr. Juan de Lorenzana, de la Orden de Predicadores: Era tenido comúnmente por casi igual en virtud y santidad al Dr. Castillo. Señalábanse en él la perfección de la vida y la profundidad de la Teología, y competían estas dos prendas sobre la primacía. Concurría para hacerle grande un ardiente estudio de oración y contemplación en la que se ocupaba de continuo, y en este sagrado retiro descansaba de los trabajos que le ocasionaban las prelacías, en las que de continuo le ocupó su Religión. Fué Catedrático de Prima en la Universidad de Lima; Prior del convento de la misma ciudad; Vicario General de la provincia de San Juan Bautista del Perú, y finalmente su Provincial y Visitador. A él pedían consejo los Obispos, consultaban los tribunales y las ciudades las dudas que se ofrecían en el foro externo y en el interno de la conciencia, porque sentían todos que tenía admirable don de consejo.

sin turbaciones ni sequedades; respondió que *hasta llegar á la edad de casi doce años habia experimentado á tiempos algunas dificultades en la oración, aunque siempre breves y pequeñas.* Añadió que *las más veces solía dejarse llevar de la contemplación de los divinos misterios, con ánimo libre, quieto y sosegado;* que *también le fué forzoso más de una vez luchar con la flaqueza de su tierno y poco robusto cuerpo;* que *tenía sus combates con las distracciones y con el sueño, pero que desde aquel tiempo en adelante se halló con grande facilidad en la oración, porque en poniéndose á orar sentía que Dios tiraba admirablemente hacia sí toda el alma con todas sus potencias; y que de tal suerte se fijaba el entendimiento, la memoria y la voluntad con indecible gusto en la divina hermosura, que, por más que quisiera desasirse ó distraerse con la inquietud de la fantasía y las ocupaciones de las cosas exteriores, no podía soltarse de aquel abrazo ni de la suavísima admiración de la soberana Deidad que sentía presente en su alma.*

Instaba el Doctor sobre *si se veía obligada á hacerse alguna fuerza y sofrenar la imaginación, mientras sus potencias interiores estaban en esta unión, saboreándose con la inefable dulzura de Dios:* mas nuestra Rosa le contestaba que *por su parte no tenía que esforzarse;* que *con mucha facilidad se dejaban llevar las potencias hacia Dios, como á su centro; centro del cual se derivaban al corazón calores y ardores gustosísimos tales, que ni sabía ni podía explicarlos.* Añadía que *con esto comenzaba á restablecer en el fondo de su alma serena, amable y propicia la presencia de la Divinidad;* y que *con toda certeza sentía que estaba allí, no pudiendo ya deleitarse en otra cosa sino con la certeza experimental de tener á su Dios dentro de sí misma.*

No quedó satisfecho, empero, el venerable Doctor, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXIII.

El V. Doctor Castillo se llena de pasmo al oir las explicaciones de Rosa. Prosigue el examen.

Saben los devotos lectores de esta *Vida* que el Dador de todo bien dotó á Rosa de entendimiento claro para percibir las cosas más sublimes y abstractas; que con la profunda meditación se daba cuenta de los fenómenos místicos que pasaban en su interior; y que temerosa y humilde, todo lo consultaba con sus Directores y con docilidad admirable se sujetaba á su decisión. Acostumbrados á tratar con ella asuntos muy importantes y á oir de sus labios con ingenuidad y candor infantil cosas misteriosas y admirables, no se admiraban de esto, porque tenían bien conocidos los grandes dones que Dios había depositado en su alma venturosa. El Dr. Castillo, empero, como la trataba por primera vez, quedó lleno de asombro al oir cosas tan raras; y así, como prudente y sabio, entró en sospecha de que ella dotada de gran ingenio revelado por la claridad de sus respuestas, y de fuerte memoria, habría podido aprender en la lectura de libros místicos aquella fraseología de que tan á propósito y con tanta oportunidad usaba. Así, pues, para salir de dudas, le preguntó *si había leído libros de* Teología Mística *que le hubiesen dado á conocer el arte y método de este modo de oración, ó que declarasen la naturaleza, propiedades y efectos de este interior recogimiento;* mas contestóle nuestra Rosa, diciéndole que *lo escaso de su caudal no le había dado lugar para tener á mano semejantes libros,* que *en estas materias sólo la experiencia y la práctica le había servido de libro,* y que *por eso no hallaba palabras á propósito para explicar como quisiera los íntimos sentimientos de su espíritu.* Añadió que *era tal su rudeza, que aun no había llegado á su noticia si había algún nombre propio que significase esta oración*

intuitiva que ella practicaba. Entonces el V. Doctor, como versado en esta escuela de la oración y tan profundo en *Teología Mística,* le declaró en breves palabras que el género de contemplación que ella tenía y había declarado era el que llaman los místicos *oración de unión;* le ponderó la grandeza y sublimidad de los dones y gracias de que le había colmado el Altísimo, que fuese agradecida, y que sirviesen para avivar más y más en su corazón la llama del amor de Dios; le declaró también los grados de contemplación con que Dios favorece á sus escogidos y los efectos admirables que causan en las almas; y expúsole doctrinas altísimas acerca del abismo de luces divinas con que Dios adorna el entendimiento y le manifiesta sus secretos, sobre los santos ardores con que enciende la voluntad y los gozos inefables que inundan el espíritu del contemplativo. Trató también de la fuente de la vida que es Dios, de otras cosas muy singulares que agradaron mucho á Rosa, tan capaz de percibirlas y penetrarlas, y le aprovecharon para que en adelante supiese explicarse con sus Directores. Llena de agradecimiento nuestra Santa, levantó los ojos al cielo, y dijo: *Señor, dadme luz para saberos amar, y pagad por mí la caridad que me ha hecho quien me ha enseñado que para saber lo divino y lo humano servís Vos de libro; todo lo sabré cuando os lea, y cuando os atienda nada se me encubrirá.*

Pasó adelante el V. Doctor, y tocó de improviso lo que tiene relación con la vía purgativa. Preguntó con advertencia y cuidado á Rosa: *Cuánto tiempo se había detenido en hacer cruda guerra á las inclinaciones desordenadas y en descubrir las emboscadas de los vicios y de las pasiones indomitas y desordenadas;* además, *de qué medios usó, y cuánto fué el sudor y la fatiga que le costó la empresa.* Respondió nuestra Santa que *apenas conservaba recuerdo de estas luchas, porque por la misericordia de Dios desde la primera infancia había sentido en sí propensión é inclinación á la virtud fácil y sumamente natural sin experimentar tumultos y rebeldías en las pasiones;* que *desde la primera noticia que tuvo de Dios cuando le amaneció el uso de razón, se halló poseída de temor y horror al*

pecado; y que *si algún indeliberado movimiento de las pasiones se atrevía á levantarse contra la razón, al mismo instante le desbarataba y rendía sin grande esfuerzo con sólo pensar que Dios la miraba y que estaba presente.* Preguntada sobre *el consuelo que hallaba en las criaturas, si alguna vez le acontecía querer recrear algún tanto el ánimo fatigado con la profunda contemplación de las cosas divinas;* contestó que *no podía hallar alivio ni recreación en ninguna;* que *todo su entretenimiento y deleite consistía en sentir con certeza que tenía á Dios presente en su alma;* y que *si un solo momento le perdía de vista, ésta era su mayor pesadumbre y pena para ella más intolerable que el mismo infierno.*

Preguntó más el V. Doctor, que *supuesto que no puede subir el alma á este alto grado de quietud si no es por abrojos y espinas, ¿si por otros principios había tenido persecuciones y trabajos?* Dió á entender Rosa que sí; mas como su madre estaba presente, no bajó á especificar en particular, contentándose con decir así en general que *los de su casa la habían mortificado con alguna pesadumbre por tener por singular su trato y modo de vivir.* Y luego con una digresión muy oportuna pasó á decir algo sobre lo mucho que padecía con las visiones, desolaciones y espantos que pasaba cada día, de lo cual hemos tratado en los capítulos anteriores; rogando con mucho ahinco al V. Doctor que tuviese á bien, según sus luces, el explicarle la propia significación, la naturaleza, el origen y las señales de aquella desolación y desamparo. No rehusó Castillo decirle su parecer, según se le alcanzaba: *Cuando entre aquellas tinieblas te parecía,* le dijo, *que podías esperar salida y que había de tener fin el molesto ahogo, has de saber que fué en cierto modo gustar las penosísimas dilaciones de las almas del Purgatorio que gimen en aquella cárcel, viendo lo que se dilata el Sumo Bien que esperan. Pero cuando por ningún lado ni camino descubrías luz para esperar libertad y remedio, y se introducía en tu alma la obscuridad y horror envuelto en el pensamiento de que aquellas penas habían de durar para siempre, entonces se te ofrecía una viva imagen de las penas del In-*

fierno. Con este ejercicio se va amaestrando el alma hasta adquirir el conocimiento de sí propia, y con esta sucesión varia de luces y tinieblas aprende con la experiencia de su nada qué es lo que recibe de Dios y cuánta es la distancia que hay de uno á otro. Con este contrapeso, aunque molestísimo, está el alma en perfecto equilibrio sin desvanecerse con los dones del Altísimo. Esta alternativa de luz y tinieblas enseña á tener la debida estimación y aprecio de la merced que Dios nos hace cuando se deja tratar familiarmente; y el don de temor nos refrena y nos humilla. En este crisol se apura el oro, resplandece la hermosura de la caridad, cobra fuerzas y robustez el amor varonil, acostumbrándose á amar á Dios como es en sí mismo sin poner los ojos de la afición en las caricias, gustos y delicias que se gozan amándole. Acuérdome haber leído, prosiguió el V. Doctor, *de algunos grandes siervos y amigos de Dios á los cuales les sucedía lo mismo que á tú, que por ser santísimos están ya canonizados. Entre ellos no faltaron algunos que pidieron al Señor con gran instancia que los excusase y librase del tormento atroz de estos asombros interiores, ofreciéndose á padecer con gusto cualquier otro género de penas. A esto parece que se refería el Real Profeta, cuando clamando al Cielo, decía con gemidos:* Y YO QUEDÉ ANIQUILADO SIN SABER POR QUÉ; *ó bien* YO FUÍ ANIQUILADO Y NO SUPE (1), según traducción de San Juan de la Cruz en el cap. VIII del LIBRO SEGUNDO de su afamada obra «NOCHE ESCURA DEL ALMA.»

(1) Et ego ad nihilum redactus sum et nescivi. *(Psal.* LXXII, v. 22). Estas palabras están declaradas de un modo admirable por el extático Doctor San Juan de la Cruz en la obra arriba citada, y en otros lugares de sus admirables escritos tan llenos de celestial sabiduría. Mucho aprovechará la lectura atenta de sus obras para entender de algún modo el estado en que se hallaba Santa Rosa en la *noche obscura* de su desamparo ó de sus purgaciones del espíritu. Los Teólogos y Directores espirituales pueden consultar con fruto á López: *Lucerna mystica,* tratado 6.°, cap. 8 y siguientes; al P. Scaramelli, *Directorio Místico,* trat. 5.°, cap. 18, etc.; y al P. Miguel Godínez, *Práctica de la Teología Mística,* lib. 3.°, caps. 4.° y 5.°

CAPÍTULO XXXIV.

Concluye el examen el V. Dr. Castillo, y lo comienza el P. Lorenzana: Ambos aprueban el espíritu de nuestra Santa.

Así le estuvo dando á entender á la Virgen Rosa este gran siervo de Dios el tormento de sus desamparos con textos de la Escritura tan á la letra, que sólo su alumbrado espíritu y profundo conocimiento especulativo y práctico de las cosas espirituales pudo encontrar con tan clara inteligencia. Concluyó preguntándole: *cómo le iba después de aquellos horrores y tinieblas, imagen de las penas del Infierno.* Aquí, espantada, enmudeció, perdió la color, dejó el lugar do estaba como si hubiera pisado una serpiente; pues conocía que el responder era cosa difícil, puesto que si bien sobraba qué decir, le faltaban, empero, palabras para declararlo. Entretanto la apremiaba el doctor Castillo; la instó dos y tres veces, mas no pudo sacarle palabra. Finalmente, con rostro severo le dijo: *Advierte, oh Rosa, que no es tiempo ni lugar de callar nada, ni rehusar decir cuánto te ha pasado; pues se trata de un negocio que enteramente te atañe. Si disimulares ó callares algo en este examen, entiende que negarás los beneficios que has recibido de Dios; y si no me respondes llanamente á cuánto te preguntare, ni será posible que yo te entienda ni menos que tú me entiendas como deseas para quedar tú asegurada y yo satisfecho.* Al oir estas severas palabras, obedeció humilde Rosa; y pidiendo perdón por si como ruda se le escapase alguna menos conveniente, empezó de la siguiente manera:

Cuando me hallo como fuera de mí en aquel deshecho torbellino de obscuridades y sombras, he aquí que de repente me veo restituída á las luces de medio día y á la antigua unión con Dios, como si reposara en los brazos de mi amado Esposo con tanta seguridad como si nunca hubiese caído de aquel felicísimo estado. Siento en mí an-

siosos ímpetus de amor al modo que un caudaloso río rompiendo las presas ó diques con que suelen atajar sus caudalosas corrientes, se precipitan atropellándose sus aguas, llevándose con facilidad las compuertas que antes la detenían y cerraban el paso. Aspiro luego el aura suave de los divinos favores y espárcese la deliciosa fragancia de las aromas por el campo de mi alma. Esta se ve sumergida en el piélago inmenso de la bondad divina, y con transformación inefable se une íntimamente con el Amado y se hace una misma cosa con Él. Aquí hizo pausa la Virgen. Mandóle el V. Doctor que continuase su narración, y ella volvió á turbarse, sonroseó sus mejillas el rubor, titubeó el labio al articular las palabras; mas al fin prosiguió, diciendo: *Entre estos favores me parecía que había echado hondísimas raíces en Dios y que estaba innoble en Él, segura de su amistad y confirmada en gracia. Sentía también cierto don inexplicable y muy raro, en virtud del cual me parece que me hace impecable; de modo que puedo decir con toda confianza con el Apóstol:* ¿QUIÉN ME APARTARÁ DE LA CARIDAD DE CRISTO? CIERTA ESTOY QUE NI LA MUERTE NI LA VIDA... NI LA ANGUSTIA NI LA HAMBRE PODRÁN SEPARARME DE MI AMADO JESÚS. Al decir esto protestaba la Virgen que nunca se había atrevido á descubrir este secreto á ninguno de los mortales; y que tampoco ahora lo hiciera, si no se viese obligada con el rigor de este examen; y que si acaso había errado en el modo de hablar, viéndose necesitada á decir todo lo que sucedía, con toda sumisión le pedía que la corrigiese y enseñase.

Alabó el V. Doctor la cándida sencillez de la obediente Virgen; mandóla que no temiese, porque hasta ahora no había errado en nada; y que no dejase de decir cumplidamente hasta el fin lo restante. Prosiguió Rosa, y con sumisa y humilde voz dijo: que *muchas veces después de aquellas horrorosas tinieblas se le mostraba con mucha claridad la humanidad de Cristo hermosa y afable, ya en forma de varón perfecto, ya de infante, ya de tierno niño:* añadió que *muchas veces veía á la Santísima Virgen bellísima, amable y dulcemente cariñosa.* Preguntada del modo y calidad de esta visión *si era imaginaria ó intelec-*

tual, si duraba mucho ó era muy breve; respondió que *los nombres de aquellas visiones sobre que era preguntada no habían llegado hasta entonces á su noticia; pero que la humanidad gloriosa de Jesucristo se le manifestaba como pasando muy cerca, no viendo claramente toda la persona augusta sino sólo el rostro hasta los pechos. La majestad de la Sagrada Virgen,* dijo nuestra Rosa, *suele detenerse más á mis ojos, regalando más mi vista.* De esto infirió el V. Doctor Castillo que estas visiones eran imaginarias. Luego le preguntó *en qué forma percibía la forma de la Divinidad que tanto encarecía;* mas Rosa sólo pudo darse á entender de algún modo con términos negativos, diciendo: que *Dios es una luz sin figura, sin medida, incomprensible y que no obstante comprende todas las cosas; una luz sutil, estable, limpiísima, con suma unidad y multiplicidad, sumamente distante y sumamente cercana, íntima y todo lo circunda; noble, excelsa, y que ni de mil leguas puede compararse á ninguna de las criaturas; y que mejor se conoce en esta vida mortal por medio de los admirables é inmediatos efectos con que se comunica á las almas, que en su misma substancia.* De toda esta larga y clara manifestación infirió el V. Dr. Castillo que esta visión era puramente intelectual. Prosiguió, pues, preguntando á Rosa, é inquirió de ella cuáles eran los efectos por donde conocía aquella íntima presencia de Dios de que se trataba. Ella contestó que *sentía afectos tiernos de amor; un firme y dulce gozo sobre todos los gozos imaginables; un parentesco de la filiación divina; una renovación interior del hombre viejo en la misma esencia del alma; un lleno que ocupa todos los senos de la voluntad, y la deja enteramente satisfecha; y por fin una vida y alegría firme, santa, bella y de todos modos inefable que se halla en todos los afectos.*

Pareció al V. Dr. Castillo que Rosa había satisfecho plenamente en lo que pedía más sutil investigación, como quien sabe muy bien que en materia de unión con Dios cuanto más se dice menos se significa; pues son cosas que se sienten en lo más íntimo del alma y no pueden declararse. Por lo cual, en prudente digresión á cosas más fáciles,

le preguntó cuáles eran sus ejercicios de mortificación y penitencia. Rosa, porque á su juício era muy poco y muy vulgar lo que obraba, dijo muy de paso de sus ayunos, cilicios, disciplinas y otras austeridades; y esto no estando presente su madre. Dijo también que *en esto nada obraba por capricho, sino tal como se lo permitían sus Confesores*. Por fin, después de haberse tratado por una y otra parte de la desconfianza de sí, del ardor de la fe, de la seguridad de la esperanza, de los estímulos del amor divino; y después de haber explorado el V. Doctor con gran sagacidad toda la vida de nuestra Santa, concluyó diciendo que *el camino que llevaba era llano y seguro*; que *no podía recelarse ningún engaño del demonio*; que *tales afectos y efectos, y tales luces no podían tener origen en ilusiones del príncipe de las tinieblas*. En adelante muchas veces vino el V. Dr. Castillo á visitar á la Virgen, no ya para examinarla, sino para tratar puntos de espíritu, hallando siempre en ella mucho nuevo que admirar.

Lo mismo sintió el P. Maestro Lorenzana luego que con toda atención y diligencia exploró su espíritu. Fuera prolijo contarlo todo por menor; baste añadir á lo dicho que al examinarla en la vía iluminativa y sobre los más augustos misterios de la Religión, se asombró al oir las respuestas que daba una sencilla doncella y sin letras sobre el misterio de la Santísima Trinidad, sobre la unión hipostática del Verbo hecho carne, sobre el Augusto Sacramento de nuestros altares, la gloria de los bienaventurados, el libro de la vida y la predestinación. Sobre estos misterios de la fe y otros puntos que apenas pueden vislumbrar los más profundos teólogos, emitía conceptos tan altos y sublimes, sentencias tan claras, breves y concisas, y palabras tan propias, que no pudo menos que confesar el sabio examinador delante de muchas personas que *nunca había visto ingenio tan iluminado y perspicaz*; y así alababa al Padre de las luces porque revelaba á los humildes é indoctos tantos misterios que se ocultan á los más sabios y experimentados. Esto mismo admiró después observando el método de que usaba Rosa cuando se confesaba; pues había en él tal distinción de palabras, tal propiedad y circunspección, que le parecía oir no á una mujer sin letras, sino á teólogo

muy consumado. ¡Tanta era la gravedad y medida de sus palabras, sin rodeos, sin confusión ni superfluidad!

Lo mismo notó en Rosa el Maestro Fr. Luís de Bilbao, también catedrático de Prima, al confesarla; pues examinando su espíritu quedaba asombrado de las maravillas que en ella descubría. En fin, entre las personas de Lima tenidas por célebres en santidad y perfección, prevaleció que Rosa obraba dirigida por el espíritu de Dios y que estaba llena del don de sabiduría por tener ciencia infusa; por lo cual Luísa de Melgarejo, mujer muy piadosa, tenía tan alto concepto de nuestra Virgen, que siempre la saludaba hincada de rodillas por más que ella lo repugnase; si la veía pasar no se satisfacía sin besar las huellas de sus pies; y si ausente tenía que escribirle, siempre lo hacía de rodillas. ¡Tan alto concepto tenían de Rosa las personas más doctas y experimentadas en las vías del espíritu, por su eminente santidad y heroicas virtudes!

El Dr. Castillo y el Maestro Lorenzana, tratando algunas veces de la perfección y seguridad con que caminaba Rosa, uniformes admiraron en ella dos cosas muy singulares. Es la primera que en brevísimo tiempo, echando por el atajo y casi de un salto había llegado al grado de la vía iluminativa y unitiva, sin haber tocado apenas en la purgativa; porque habiéndola prevenido desde su infancia la divina Misericordia con bendiciones de dulzura, siempre la habían asistido unos afectos tan puros, que nada había en ellos terreno; y por consiguiente, nada que purgar. Fué la segunda que en sus purgaciones del espíritu era tan admirable la fortaleza, constancia y ánimo de Rosa, que no sólo no desfallecía en la prueba, sino que con gran resignación y conformidad casi se ponía á luchar con Dios para ver si podía ser afligida con más trabajos, con tal que quedase siempre la victoria y el triunfo por la voluntad divina. Este modo de negación de sí misma es de los más altos y seguros, y juntamente es lo más dificultoso para quien ama con tal extremo que tiene por mayor felicidad dejar de existir que dejar de amar. Es fuerza confesar, en conclusión, que *es* ROSA *que no puede marchitarse la que no ahogan tales zarzas y malezas.*

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I.

Admirable perseverancia de la virgen Santa Rosa. Cómo el Señor se le aparecía en forma visible.

El admirable don de la perseverancia con que Dios adornó á su Esposa, claramente se manifiesta por haber conservado la blanca túnica que recibiera en el Bautismo y de no aflojar en sus penitentes ejercicios y austerísimas mortificaciones. Jamás desfalleció Rosa; antes con heroica fortaleza y perseverante constancia se fortificaba cada día en nuevos ejercicios. Es la perseverancia virtud que corona la perfección, siendo el sostén de nuestra instabilidad; no hará la debida estima de esta gloriosa virtud el que no considere cuán ligeras son las inclinaciones de nuestra flaca naturaleza y cuán poco firmes los propósitos que hacemos, pues casi siempre se reducen á no cumplir ninguno. Nada importa llegar á la cumbre de la perfección, si la perseverancia final no corona el remate del suntuoso edificio; pues es cosa sabida que el comienzo es para muchos y

dar fin de pocos; y no obstante, escrito está que *el que perseverare hasta el fin, será salvo* (1). Emprendió y prosiguió Rosa el camino de la virtud con fervor muy singular, como se ha visto en la PRIMERA PARTE; y llegó á la cumbre de la perfección, recibiendo regalados favores de su Divino Esposo y coronando el sublime edificio de su heroica santidad con la perseverancia final, como se verá en esta SEGUNDA PARTE que comenzamos á gloria de Dios y honor de nuestra Santa. Su vida, como se ha visto hasta aquí, consistió en estar siempre unida con Dios, á quien miraba como á su centro y blanco de sus amorosos afectos, ejercitándose por amor suyo en las más heroicas virtudes y emprendiendo las más excesivas mortificaciones, despreciando las cosas de la tierra y suspirando de continuo por las del cielo. Ahora veremos cómo se verificó en nuestra Santa, que el alma á quien amargan las cosas de la tierra le son dulcísimas las del cielo.

Algunas veces acostumbraba leer entre día libros espirituales, y escogía con cuidado los capítulos más acomodados al tiempo que corría y al afecto que más le predominaba. El modo como aprendió á leer fué singular y portentoso, como toda su vida. Juzgaron sus padres que entrando en edad de doce años era bien supiese leer y escribir; comenzó la madre á enseñarle las letras del *Abecedario*, y con facilidad tuvo conocimiento de ellas. Comenzó á deletrear, y pareciéndoles que sería bien dar maestro á la hija, se le buscó quien le diese lección todos los días. Sintiólo en extremo Rosa que huía comunicaciones extrañas; mas el respeto debido á sus padres la sujetó á que tomase la primera lección. Después de ella se recogió interiormente y se volvió á su amado Esposo, diciéndole: «Vos, Señor, sois mi Dueño y Maestro; no permitáis que mi enseñanza dependa en lo natural de otro que de Vos, que para lo sobrenatural los Ministros de vuestro Evangelio son los necesarios para gobernar en vuestro nombre mi alma; en ellos quiero resida mi enseñanza y que á su cuidado sólo esté mi dirección.» Vino

(1) Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. *(Evang. S. Mat., cap.* x, *v.* 22).

segunda vez el maestro á cumplir su obligación; mas se excusó con humildad. Queriendo la madre obligarla á que obedeciese, la reprendió á presencia de su confesor; ella respondió que si el intento era enseñarla á leer y escribir, ambas cosas sabía ya. La madre juzgando imposible lo que oía, le dió un libro y recado de escribir; mas ella con rostro risueño y mucha modestia leyó y escribió con toda perfección, dejando á su madre confusa y maravillada, á su alma en la dulce tranquilidad de su retiro; soledad en la cual podía gozar de la íntima unión y trato con Dios, único objeto que deseaba su enamorado corazón.

Siguiendo, pues, su loable costumbre de ocupar cada día algún rato en lectura espiritual, deteníase algún tanto en las líneas donde hallaba escrito el dulcísimo nombre de Jesús; porque en cada una de sus letras sentía amorosos y ardientes estímulos. No paraba aquí su dicha: sobre la página que estaba leyendo el amante Niño se le aparecía algunas veces en forma y tamañito de un dedo, y allí daba algunos ligeros pasitos, y con rostro sereno y tierno la miraba y la prodigaba tiernísimos cariños. Y como es Verbo, palabra eterna del Padre, introducíase allí como objeto dignísimo de la atención y lección de Rosa Aquel en quien están escondidos todos los tesoros de la esencia y sabiduría de Dios.

Más familiar fué todavía el regalo y favor que sigue: Mientras Rosa se ocupaba en hacer labor, otra vez el amado Jesús se sentaba sobre la almohadilla, como si allí lograse especial quietud y descanso. Con silenciosas señas hablaba al corazón de su amada, se reía con ella, le daba miradas tiernas y amorosas que le flechaban el corazón, extendía hacia ella sus bracicos en ademán de pedirle abrazos, y le protestaba el amor que le tenía en todas sus acciones, movimientos y ademanes. Cuáles fuesen los sentimientos vivísimos que con estos favores se despertaban en el espíritu de Rosa al experimentar tan singulares finezas, podrá ponderarlo el que más detenidamente pueda discurrirlo, que... á mí más me roba la admiración el ver que Rosa atendiese realmente á la labor que hacía, pues estos favores le dejaban el alma libre para las obras exteriores. Que estas delicias con su

Divino Esposo en figura de tierno infante las gozase Rosa frecuentemente y acaso cada día, es argumento más que probable; pues si alguna vez tardaba este favor y no venía Jesús al tiempo acostumbrado, solía lamentarse santamente diciendo: «¡Ya ha llegado la hora en que mi Amado suele favorecerme, y no se acerca! Ya dió el reloj las doce, y aun no ha venido! ¡Oh, infeliz de mí, que entre tantas penas carezco de su presencia! ¡Feliz el alma que con mayores méritos le detiene ahora en sus brazos!» Y como el amor *hace poetas,* Rosa ardiendo en el amor de Jesús, redujo al metro sus tiernas quejas de este modo:

Las doce son dadas,
Mi Esposo no viene;
¿Quién será la dichosa
Que lo entretiene?

CAPÍTULO II.

Prosigue la materia del capítulo anterior, y se refieren nuevos favores del amante Jesús para con nuestra Rosa.

Aconteció cierta vez enfermar nuestra Rosa de la garganta, y luego El que por su divina hermosura es dulce imán de los santos corazones, como tierno amante se apareció á la Virgen, y para entretenerla armó un juego y la convidó á ser competidora. El premio quedaba al arbitrio y elección del que ganase. Echóse el dado por una y otra parte; y como la suerte favoreció á la Virgen, pidió ésta al dulce Niño jugador que le mitigase los dolores de la garganta. Y teniendo con que pagar, pues es riquísimo por ser Señor de cielos y tierra, hizo que le desapareciera el dolor; mas no satisfecho por la adversa suerte, volvió á echarlo de nuevo y con más feliz mano, pues le corrió el

dado: Por lo cual quiso cobrar de contado en la paciencia de la vencida; y así aumentaron de repente en ésta los dolores de tal suerte, que le privaron el sueño toda aquella noche, aunque no estuvo mal entretenida en apurar si salió más gananciosa en el prim r lance que en el segundo, toda vez que el amor la tenía más apasionada y más de parte de la gloria del amado Esposo que de sí misma; de modo que tanto gozo le ocasionaba el salir vencedora como luego vencida, admirando juntamente la dignación asombrosa de la eterna sabiduría que se holgaba en tomarla como un pasatiempo y en confirmar que *todas sus delicias son estar con los hijos de los hombres* (1). La madre, viendo que volvían á aquejar á su hija y con creces los mismos dolores, temió que la enfermedad fuese de peligro; pero sosególa con prudencia la paciente Rosa; y para que del todo perdiese el temor, con blandura y modestia descubrió el secreto, diciéndole que todo era *juego* del Divino Esposo. Y en tanto que con palabras humildes refería lo que había acaecido, vióla su madre transformado el rostro y bañado de luces semejando el de un Angel, como sucedió en otra ocasión al protomártir San Esteban.

Deteniéndose cierta vez más de lo acostumbrado en la solitaria celdilla del huerto (casi hasta la media noche), con la fatiga le sobrevino de repente un desmayo y falta de fuerzas. Confiaba la Virgen en que le pasaría presto el accidente; pero advirtió que le duraba más de lo acostumbrado. Sentía agravársele la indisposición, pero era tan entrada la noche, que no juzgaba prudente llamar al médico ni se determinaba á inquietar la casa llamando en su ayuda quién la socorriese. Conocía la necesidad de unos sorbos de caldo para reforzar el estómago y cobrar otra vez las fuerzas perdidas; pero era sábado, había de comulgar la mañana siguiente, y no sabiendo de cierto si era ya media noche, no se atrevía á quebrantar el ayuno que se requiere para llegarse á la Sagrada Mesa. A cualquier parte que volviese los ojos se hallaba atajada; porque si aquel des-

(1) Deliciæ meæ, esse cum filiis hominum: «Siendo todas mis delicias, el estar con los hijos de los hombres.» (*Prov. c.* VIII, *v.* 31).

caecimiento continuaba ó tomaba para combatirlo algo con que alentarse, no podría comulgar. Acudió entonces Rosa á su amado Esposo, pues socorre á tiempo las necesidades de sus siervas. Fióse de este Médico celestial, pidióle remedio; y lo halló en el herido costado de donde en otra ocasión ya muy á su sabor había libado Santa Catalina de Sena dulzuras celestiales. Este divino costado de donde manó aquella misteriosa fuente de sangre y agua aplicó Cristo benignamente, no á la boca, sino en el corazón de Rosa. Aquí halló el reparo de su flaqueza, aquí el vital jugo de salud y regalo. Que esta visión no fué vana y sin fruto ni puramente imaginaria, comprobólo bien el efecto; pues Rosa convaleció luego, y su cuerpo recobró del todo las fuerzas perdidas; así pudo á la mañana siguiente ir á la iglesia á satisfacer del todo el hambre y deseo que tenía de recibir á Cristo, y volverse después á casa sana y robusta como si no hubiera padecido accidente alguno (1). ¡Gran dignidad por cierto la de nuestra Santa Rosa de Santa María! pues no sólo fué hija y discípula de la gran Madre y Maestra Santa Catalina de Sena, sino también llegó á ser su hermana de leche. Pero pasemos ya á otras cosas no menos admirables que las que llevamos referidas.

Después de haber pasado algún tiempo en santos coloquios en casa de una ilustre señora, pidió Rosa según costumbre licencia para retirarse un rato en el Oratorio á su trato secreto con Dios. Aquélla por atenderla, mandó que la acompañase una niña de siete años, hija de una de las esclavas de la casa, la cual al ver á Rosa abismada en la meditación, se fué hacia su madre que estaba trabajando en una pieza cercana al Oratorio; á la hora volvió á donde es-

(1) El Padre Capellán del Santuario, en la nota XVI, pág. 89 de su Compendio *de la* Vida *de* Santa Rosa ya citado, refiere este caso del modo siguiente: «Una noche que Rosa estaba con una fatiga mortal de debilidad, no habiendo recurso humano ni queriendo ella buscarlo por no privarse de comulgar, pues eran más de las doce de la noche, mereció que un Crucifijo le diese á beber de su soberano costado, con lo que quedó enteramente fortalecida: y es el mismo (según una constante y antigua tradición) que estaba en el altar del sitio de su nacimiento, y al presente está colocado en un nicho al lado del Evangelio en el presbiterio de este Santuario, conocido desde tiempo inmemorial con el nombre del Señor de los *favores*.»

taba la Virgen, y vió que el Niño Jesús estaba junto á ella, vestido con una túnica de color azul, muy vistoso y lleno de hermosura. No atreviéndose á interrumpir la buena dicha de Rosa que conversaba con el Divino Infante rodeado de claridad y celestiales resplandores, quedóse parada y contentóse con que se le permitiese gozar, aunque algo lejos, tan dulce espectáculo cuyos misterios no alcanzaba en edad tan temprana, y cual hecho no descubrió en vida de la Santa. Que le aconteció lo mismo en casa de D.ª Isabel Mexía, refiriólo la hija de ésta que tuvo la dicha de verlo. Y fué el caso que por una retirada galería de su casa paseaba con el Niño Jesús, al parecer de ocho años de edad, rodeado de brillantes resplandores, trabados de las manos y paso y postura de finísimos amantes. Decíanse ternuras; parábanse á ciertos trechos, como olvidados y descuidados de cuanto no era gozar de la dulce conversación que los dos tenían. El modo de andar del Divino Niño era majestuoso; y donde quiera afirmaba el pie, vivos rayos de luz saltaban luego.

Los celos, pregoneros del amor y juntamente exploradores de la afición, son tan poderosos que hacen mal sufrido al Amante; tanto, que aun siendo celestial le ponen en cuidado. No admite competidor, y aun de una flor se recela, si en ella algo se divierte el amor de la querida prenda que estima. Rosa era flor en el nombre y en las obras; y así procuraba, poniendo en ello gran diligencia, que en ningún tiempo del año estuviesen los altares sin tal adorno. Para esto tenía en el jardín varios cuadros, y en uno de ellos multitud de albahacas. Ponía en cultivarlas todo su esmero, y porque algunos llaman *real* á esta planta, le parecía que era el tributo más á propósito para Aquel que es *Rey de los siglos, inmortal é invisible*. Respondían las plantas á los cuidados de la solícita jardinera; y cuanto más ufanas se presentaban, tanto se alegraba nuestra Rosa. Pero como el gozo de las flores es siempre fugaz, una mañana halló no sólo secas y marchitas sus vistosas albahacas; sino del todo muertas y arrancadas de cuajo. Sintiólo nuestra Santa, y salióse del jardín derramando copiosos raudales de lágrimas, y el corazón afligido. A los primeros pasos le salió al encuentro el amable Jesús en forma visi-

ble; y hablándola con afabilidad y ternura, le dijo: «¿Qué es lo que sientes? ¿qué dolor es el que penetra tu corazón? Acaso *Yo que soy la flor del campo* (1) ¿no soy mejor y más hermoso en tu aprecio que las albahacas todas y que todo el florido verjel del Paraíso? Y para que entiendas que Yo solo he de ser tu albahaca, Yo soy quien las arrancó; Yo quien les quebrantó las ramas. Eres tú flor vistosa, ¿y amas las flores? Vesme aquí, en Mí podrás emplear tus amores más gloriosamente.» Aprendió Rosa de esta mística lección la mucha voluntad que debía á su Divino Esposo, pues la amaba tan tiernamente que le atormentaban los celos aun de las albahacas; y á trueque de experimentar muchas veces tales finezas dejara arrebatar nuestra Rosa cuantas flores poblaban el ameno jardín de su casa. Estos admirables empeños de Cristo hacen muy creíble la visión de cierta religiosísima mujer y de gran espíritu, á quien afirmó el mismo Señor en un rapto, que traía á Rosa en lo más íntimo del corazón y que ella también le tenía siempre en el suyo.

CAPÍTULO III.

La Virgen Santísima se aparece á Santa Rosa, y le concede favores muy singulares.

Si el amor divino admitiera competencia de celos, pudiéramos discurrir que los hubiese entre el Hijo del Eterno Padre y la Madre del Eterno Hijo en orden á Santa Rosa. Y aunque la amaban igualmente y la amante Rosa igualmente les correspondía, parece que se adelantó en los favores la Reina de los Angeles; pues en la admirable visión con que la regalaba, veía toda la presencia de

(1) Ego flos campi: «Yo soy la flor del campo. (*El Cant. de los cant.*, II, 1).

esta amabilísima Señora, y no cuando se le aparecía el Amante, según dijimos en el cap. XXXIV de la PRIMERA PARTE. Que las visitas de la Augustísima Emperatriz de los cielos fuesen con afabilidad tiernísima y muy frecuentes, fácilmente puede colegirse de que jamás faltó á Rosa el consuelo precioso de continua familiaridad con María, desde los once años de su edad hasta lo último de su vida. Avecindóse la Virgen en la capilla del Rosario, por decirlo así; y allí estaba días enteros sin poder apartarse, allí recibió el hábito de su Orden, allí gozó la dicha del desposorio con el tierno Infante Jesús: y así no era mucho que no pudiese apartarse un instante de aquel lugar. Era todo su empeño componer cuidadosa el altar; y donde era cotidiano el ministerio y servicio de Rosa tenía trato y comercio con la Reina de los cielos.

Hasta fabricar su angosta celda no faltó jamás ni de día ni de noche; porque si faltaba con el cuerpo en las horas que puntual acudía á sus obligaciones, tenía su espíritu, su vida y su corazón siempre ante los ojos de tan celestial Señora. Todo su amor, sus coloquios, sus pensamientos y sus mayores delicias eran su milagrosa Imagen venerada en la ciudad de Lima. Conocía Rosa que, como dijo el Señor, nadie puede llegar al Padre sino por el Hijo; y de esto ella dedujo que el mejor medio para llegar al Hijo es la Madre. Y siendo puerta del Cielo esta clementísima Señora, ¿cómo podrá entrar en él quien por ella no entrare? Nunca habló de esta amabilísima Madre sin lágrimas de la más tierna devoción; porque se rendía á los sentimientos del alma sin poderlo excusar. Siempre traía el Rosario en las manos, y no se la hallaba ni de día ni de noche sin este consuelo. Son las armas con que nos defendemos y ofendemos al enemigo común, y prendas de María, Señora nuestra, que para no perder su memoria en todo tiempo y estar dándole siempre nuestro corazón son el medio más dulce y á propósito que tenemos en esta vida mortal. No adolecía Rosa sólo del amor que tenía á la Virgen clementísima, pues sentía que en todos no hubiese tan amorosa y santa devoción; y así á todos persuadía que le fuesen muy devotos. Rezaba todos los días el Santísimo Rosario con la

más tierna piedad, y obsequiaba por todas las maneras posibles á su divina y amada Madre; mas no quedaron sin recompensa estas finezas, porque se las pagó muy largamente la amabilísima Señora, y la ocasión de merced tan crecida fué la siguiente:

Los muchos ayunos y mortificaciones le habían robado el sueño de tal manera, que por algún tiempo se le pasaban las noches sin poder dormir, con manifiesto peligro de su vida si no daba lugar á que le aplicasen remedios. Fué para esto necesario el precepto de los Confesores que le mandaron tomase por la noche lechugas y semillas á propósito para llamar el sueño; le señalaron también el tiempo que había de gastar en dormir y la hora en que por la mañana había de levantarse. Procuraba obedecer la enferma Virgen; pero con la continuada costumbre de largas vigilias no se mostraba puntual el sueño en acudir á la hora señalada ni en despedirse al tiempo en que se le había mandado levantarse. Por la mañana principalmente, cuando instaba la hora de dejar el lecho, comenzaban entonces á obrar algo los medicamentos, viniéndosele encima un blando y perezoso sueño. Afligíase Rosa con grandes escrúpulos porque no podía despertarse como quisiera al punto fijo que sus Confesores habían determinado; quejóse á la Reina del Cielo, verdadera *Estrella de la mañana;* y le expuso su angustia; y le pidió con todo encarecimiento que le prestase ayuda y socorro para vencer tan importuno enemigo. María que es todo amor, no sólo la oyó gustosa, sino que Ella propia determinó llamarla cada día, diciéndole á la hora de levantarse y con meliflua voz: *Levántate á la oración, hija mía, levántate, que ya es hora.* Despertaba alegremente nuestra Rosa, y veía cerca de sí y cara á cara aquel astro de gloria graciosísimo, aquel hermosísimo rostro lleno de majestad, aquel paraíso de amenidad y bienaventuranza; conocía lo dulce de su voz, veneraba su majestuosa presencia, y consideraba despacio aquello de la madre del Bautista: *¿De dónde me ha venido esta dicha, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?* ¡Oh agradable y admirable Dispertadora!

Cierta vez encontró la Señora á nuestra Virgen profun-

damente dormida. Estaba en su primer sueño, porque le había tardado mucho en llegar; y oyendo casi entre sueños la voz conocida, y diciendo casi dormida: *Ya me levanto, Señora, ya me levanto luego*, incorporóse en la cama; pero cargando el sueño con todo su peso, le cerró los párpados y la venció. Volvió otra vez la Dispertadora augustísima, y acercándose extendió su blanca mano (favor que hasta entonces nunca le había hecho), dióle un golpecito en la espalda, movió el cuerpo con familiaridad y cariño, y volvió á decirle: *Levántate, hija mía, no tengas pereza; hasme pedido que te dispierte, y vesme aquí que te llamo á la oración. Levántate, hija mía, levántate, que ya ha dado la hora*. Mucho más suavemente sonaba á los oídos de la Virgen que tal Madre le diese el nombre de *hija*, que el de *Rosa*. Cedió el sueño á la dulzura de esta voz, y juntamente se marchó la suavísima Dispertadora. Al despegar los párpados y abrir los ojos, sólo pudo darla alcance la vista por las espaldas; mas ¡ay! ¡cuánto bien perdieron los ojos por haber permitido tan breve licencia al sueño! ¡Cuánta angustia costó á Rosa que la Reina de los Cielos le negase aquella vez su maternal rostro! Pero no es mucho: que los favores del Cielo son muy delicados; si se pierde la ocasión, de entre las manos se deslizan.

Escarmentada nuestra Santa, aumentó sus fervores, y fué creciendo más y más cada día en su pecho el amor á la Divina Madre. Como el corazón de Rosa era tan generoso, suplía con sus ardientes deseos y santas industrias donde no llegaban sus facultades; pues ya hemos dicho en el cap. VII de la PRIMERA PARTE de esta historia, que lo mucho que ganaba con la labor de sus manos, todo lo empleaba con gran afecto de caridad para el sustento de sus padres y demás de la familia. Así, pues, á la par que era pobre de bienes temporales, estaba muy rica de bienes espirituales, y sobre todo llena de amor y cariño hacia su amantísima Madre la Reina de los Angeles. Para corresponder á tan singulares favores y visitas como de continuo le hacía, hubiera querido vestirla de seda y oro; mas como esto no estaba á sus alcances y como el amor es de suyo ingenioso, pensó con-

feccionarle y adornarla con un precioso vestido espiritual, cuya *memoria* se encontró después de su muerte entre varios papeles, coleccionados todos en los Procesos de su Canonización. Su contexto es el siguiente:

«Memoria que para el vestido que yo Rosa de Santa María, indigna esclava de la Reina de los Angeles, comienzo á fabricar con el favor del Señor á la Virgen Madre de Dios. Lo primero: la túnica interior se ha de hacer de seiscientas *Ave Marías,* con otras tantas *Salves* y quince días de ayuno, en reverencia del purísimo gozo que tuvo con la nueva que le trajo el Angel de que en sus castísimas entrañas había de vestirse de carne el eterno Verbo del Padre. Lo segundo: el paño de este vestido se ha de tejer con seiscientas *Ave Marías,* otras tantas *Salves,* quince Rosarios y quince días de ayuno, en reverencia del gozo singular que tuvo visitando á su prima Santa Isabel. Lo tercero: Las guarniciones para orlar este vestido serán de seiscientas *Ave Marías* y otras tantas *Salves,* en reverencia del altísimo gozo que tuvo en el parto de su Hijo, mi Señor Jesucristo. Lo cuarto: las hevillas se harán de seiscientas *Ave Marías* con otras tantas *Salves,* en reverencia del íntimo gozo que tuvo cuando ofreció su bendito Hijo en el Templo. Lo quinto: se hará la gargantilla de seiscientas *Ave Marías* con otras tantas *Salves* y quince días de ayuno, en reverencia del felicísimo gozo que tuvo cuando después de tres días que había perdido á su Hijo le halló en el Templo, disputando entre los Doctores. Lo sexto: el ramillete que ha de llevar en sus manos virginales se compondrá de treinta y tres *Padre nuestros* y otras tantas *Ave Marías* con *Gloria Patri;* tantos Rosarios de alabanzas divinas y otros tantos de alabanzas de la Virgen, en reverencia de los treinta y tres años que mi Señor Jesús vivió en la tierra.» Y un poco más abajo: «Ya está acabado este vestido; bendito sea Dios, y su Santísima Madre con su gran piedad supla mis defectos y perdone mi atrevimiento. *Laus tibi, Christe.*»

Otro vestido semejante á éste comenzó á fabricar á la excelsa Virgen el primer día del año de 1616; y para que fuese más costoso, no se contentaba con centenares de *Pa-*

dre nuestros y *Ave Marías,* sino que los contó por millares. Pero no es posible referir por menor sus ejercicios de devoción, habiendo llegado los menos á nuestra noticia, siendo innumerables.

CAPÍTULO IV.

Tiene Santa Rosa familiar trato y conversación con su Angel Custodio.

Fué Santa Rosa devotísima de su Angel Custodio, y le ofrecía *memorias* muy agradecidas. Desde sus tiernos años le comunicaba sus penas y le consultaba sus dudas; de esto nació que fuesen tan acertadas sus resoluciones. Sólo el Angel de Guarda es en esta vida verdadero amigo; porque no hay en su amistad interés, ni en su compañía embarazo, ni en sus consejos recelo, ni en sus avisos engaño. Sólo sus finezas aprovechan para una y otra vida; porque en ésta nos favorece con su asistencia, y con las gracias que nos alcanza nos facilita la vida eterna. Elegido por Dios para que sea nuestro fiel compañero en el camino de la vida, jamás nos deja ni de noche ni de día, ni nos abandonará hasta los umbrales de la eternidad que sin duda alcanzaremos, siguiendo sus consejos.

Tuvo Rosa á su Santo Angel no sólo por custodio, sino también por compañero y amigo; y lo que es más, por medianero y agente y secretario de su pecho. De aquí nació tan estrecha amistad con él y tanta confianza y llaneza como si fuera de los domésticos y familiares de su casa ¡hasta llegar á tenerle por correo que llevara sus recados! cuantas veces su Esposo se detenía sin venir á visitarla á la hora acostumbrada, pues entonces le hablaba con familiaridad, despachábale en busca de su querido Dueño, y en unos versos que había compuesto le decía:

Angel de mi guarda,
Vuela y dile á mi Dios
Que ¿por qué tarda?

A veces le enviaba el memorial de sus amorosas quejas por medio de estas coplas:

Joven celestial,
vuela al Criador,
dile, que sin vida
por El viviendo estoy.
Dile de mis ansias
el último rigor:
pues vive quien espera,
y espero y muero yo.
¿Por qué á Rosa flor suya
(inquirirás veloz)
si es flor del Sol, sus rayos
tarde la muestra el Sol?
Ruégale que apresure
á mí su inclinación:
su rostro manifieste,
que me muero de amor (1).

Cierta noche, cerradas las puertas del huerto, velaba Rosa según costumbre en la angosta celdilla de su yermo. Sintió que de improviso le faltaban las fuerzas y se desmayaba, tanto que pudo temer un síncope (2) peligroso; por lo que determinó recogerse al cuarto de su madre, comunicando primero esta resolución con el Angel. Así que aquélla advirtió en el rostro de su hija señales ciertas de algún desfallecimiento grave y penoso, dió dos reales á la criada y mandó que fuese con toda prisa á la tienda más cercana por azúcar y chocolate, cuya bebida es muy saludable para

(1) Estas *Coplas compuestas por Santa Rosa de Lima,* las tomamos del compendio de su *Vida* en 68 paginitas, compuesto por un Religioso de la Sagrada Orden de Predicadores, impreso en San Gervasio, en 1881.

(2) *Síncope:* «Pérdida repentina del conocimiento y de la sensibilidad, debida á la suspensión súbita y momentánea de la acción del corazón.»

reforzar el estómago. La hija rogó con mucha instancia á su madre que no hiciera por su causa aquel gasto, que no faltaría chocolate; mas replicóle: *¿Piensas que hay en casa ni siquiera una pastilla?* *Así es*, respondió Rosa; *pero yo sé que muy presto me la enviarán de casa del Contador*. Enojóse al oir semejante respuesta, y dijo: *O sueñas, ó te burlas de mí. ¿A estas horas de noche quieres que haya quien te mande chocolate, y preparado para beberse? ¿Y por dónde ha de haber noticia en casa del Contador, que como sabes está tan lejos, que te ha sobrevenido este accidente y que necesitas de este reparo? Tú, cerrada en el huerto, no has tenido á quien dar el aviso, ni de esta casa ha salido quien notifique al Contador tu necesidad y aprieto. Y así, moza, vé y haz al punto lo que te mando*. Suplicó otra vez que no mandase por él, y le aseguró que muy presto llegaría un criado del Contador. Así fué, porque en el entretanto llamaron á la puerta, y era el criado del Contador que pedía abriesen, pues que de parte de su señora traía un recado para Rosa. Y luego vieron que descubría una chocolatera de plata llena de chocolate, quedando la madre llena de asombro. Rosa despidió cortésmente al criado, y le mandó que de su parte dijese á la señora que el presente había llegado muy á tiempo; y no contenta con enviarle las gracias, al día siguiente le escribió una carta dándoselas por socorro tan oportuno (1).

Confusa con esto la madre, preguntó á su hija *cuál pudo ser la causa que movió á la esposa de D. Gonzalo á enviar un criado desde su casa y á tales horas; quién pudo dar noticia á aquella señora de lo que ocurría, y quién decirle que vendría el criado con chocolate*. Añadió que *por obediencia le mandaba que dijese claramente lo que había*. Entonces sonriéndose ella, dijo: *No te maravilles, carísima madre, que mi Angel Custodio muchas veces se*

(1) Esta carta, escrita de su puño sin haber aprendido á escribir, existia en una lámina de un ochavo del Arco Toral del Santuario, y ahora se ha colocado con ella misma impresa al pie para la inteligencia de todos, dentro de la pilastra del altar del Corazón de Jesús, al lado de la Epístola. Así lo refiere el Padre Capellán del Santuario en la nota XIX del *Compendio* citado, página 91.

digna hacerme tamaño servicio. Al instante que sentí el desfallecimiento de estómago en la celdilla del huerto, envié á mi Angel que diese á entender de mi parte á doña María de Usategui que necesitaba de este socorro. El cumplió al pie de la letra lo que le dije, y yo estaba muy cierta que no había de faltar al empeño. Con esta confianza y seguridad dejé la celdilla, vine á tu cuarto y sentéme para esperar el criado del Contador, y para partir contigo el regalo del chocolate. Admiróse la madre de que tan brevemente y tan á punto hubiese venido el obsequio, y mucho más advirtiendo que esto mismo no ponía en admiración á su hija: argumento claro de que estaba muy acostumbrada á recibir de mano del Angel semejantes favores.

En la misma celdilla y pasada la media noche esperaba cierta vez nuestra Virgen á su madre, que solía á las once bajar al huerto é irse luego á su aposento con su apreciada hija; mas viendo que esperaba en vano, puesto que su madre sea por lo que fuese no parecía, dudando qué determinación tomar, miró por la ventanilla por ver si llegaba, y vió cerca de sí una sombra blanca que con admirable agilidad se movía, muy agradable á la vista, y que le hacía señas para que la siguiese hasta la puerta de la casa. Por los indicios y exteriores señales que había aprendido de Santa Catalina de Sena, fácilmente conoció que era su Angel Custodio oculto en aquella sombra; y así con toda confianza la fué siguiendo. Llegaron entrambos á la puerta del huerto que se abrió luego con sólo tocarla la sombra; y ya delante del aposento de la madre, desapareció.

El tratar en este capítulo del Angel Custodio de Rosa pide que se enlace aquí la historia siguiente, de la cual se colige que vió nuestra Santa obsequiosos á su arbitrio no sólo á su propio Angel, sino también á los tutelares de otras personas. Cierta persona que había de acompañar á un Prelado por muy largos y ásperos caminos, representó su necesidad á la Virgen y pidióle sus oraciones para que Dios le librase de peligros en tan dificultoso viaje. Y como era tan pronta en socorrer á sus prójimos, prometió encomendarle á Dios, como lo hizo y con muchas veras, pidiendo además

á su Angel que guardase al caminante de todo mal. Partió el Religioso muy consolado y muy seguro con la promesa; porque sabía lo que valían las oraciones de Rosa. No se vió burlado en sus esperanzas, porque en el discurso de 350 leguas que median de Lima á Potosí, tuvo muy buen viaje, y esto que el camino era áspero, inculto y bien peligroso; pero de allí en adelante sintió que faltándole las oraciones de la Virgen, no parecían la tutela y cuidadosa asistencia del Angel; porque caminando las 80 leguas adelante desde Potosí á Trujillo, corrieron tantos peligros, que estuvieron muchas veces para desandar lo andado. Al fin le dieron cima; pero con muchas zozobras y trabajos, y dando la vuelta á Lima fuése el Religioso en busca de Rosa, y quejósele amargamente porque si hasta Potosí tuvieron felicísimo viaje, en las sólo 80 leguas restantes padecieron mil trabajos y penalidades. *Hasta Potosí,* decía, *parece que iban con nosotros millones de Angeles, según tuvimos feliz el viaje; mas hasta Trujillo evidentemente nos dejaron, por lo que se colige de los trabajos que padecimos;* á lo que respondió nuestra Santa: *Así es, Padre, Angeles les acompañaron; pero no hasta Trujillo, toda vez que no merecieron este favor por los motivos que V. sabe.* Y prosiguió revelándole lo más secreto de su corazón, todo cuanto en el viaje le había acontecido, y que vinieron á darle cuenta los Angeles de la poderosa razón porque no continuaron en su compañía.

CAPÍTULO V.

Santa Rosa sufrió crueles persecuciones de los demonios; mas con la asistencia del Altísimo siempre salió vencedora.

Cuanto más amaban á esta Virgen de costumbres angelicales los Santos Angeles, y más la agasajaban y servían, tanto la aborrecían las furias infernales, y procuraban dañarla oculta y abiertamente.

La angosta celda que servía á nuestra Santa de alivio y consuelo, era tormento y martirio para sus implacables enemigos. Rabiaban furiosos, movidos de mortal envidia, viendo á los Angeles asistirla y servirla, y que una joven tan delicada y sin fuerzas tuviese valor para resistir constante los embates de tales furias y vencer todos sus engañosos acometimientos. Es muy fácil con la gracia de Dios burlar todo su poder; pues por mucho que quiera acreditarlo, si á la gracia divina acompaña nuestra humildad, sólo puede ladrar, no morder. Una noche tomó el demonio la figura de un corpulento y fuerte perro alano, negro en el color y fiero en el aspecto, que con fuertes ladridos despedía por los ojos y narices fuego y humo, sirviéndole esta luz para que se viera mejor su abominable y fea catadura. Estaba Rosa en su oración acostumbrada; volvió los ojos, llamada del ruído, miróle y no le hice caso, prosiguiendo con mucho sosiego su oración. Fuésele acercando, y abriendo la fiera boca descubría sus largos y agudos colmillos, jadeaba como de fatigado, erizaba su suave pelo, aguzaba sus caídas orejas y meneaba su larga cola en ademán de acometer. Llegóse tan cerca que le tocaba el hábito; y viendo que la Santa proseguía en su oración con el mismo sosiego, hizo presa del hábito con los dientes, y ya que no podía hundirle los colmillos, la trajo arrastrando por el suelo, hasta que volviendo nuestra Santa los ojos á su amado Esposo, le dijo tiernamente: *No entregues á las bestias, Señor, las almas que te confiesan y alaban.* Y sin más armas ni defensa que estas palabras, le fugó avergonzado y vencido. Levantóse del suelo la Virgen sin haber recibido lesión ni daño alguno, volviendo con mucha paz á su oración.

Saliendo cierta vez del Oratorio de D. Gonzalo para entrarse en una pieza algo más retirada, de improviso le salió al encuentro el cobarde y maligno espíritu, que la estaba esperando como en celada. Dióle una bofetada con cuanta fuerza pudo, si bien fué mayor el ruído que el daño, pues ella sin sobresalto ni turbación quedó pronta y dispuesta á ofrecer la otra mejilla para segundo golpe, si á tanto se atreviera. Otra vez estando en casa de D.ª Isabel Mexía, no teniendo ánimo el vil y cobarde enemigo para acometer-

la cara á cara, por las espaldas y de lejos le tiró una enorme piedra con tanto ímpetu y fuerza que la derribó en el suelo. Ella sin turbarse se levantó al punto con más alegría que había caído, haciendo burla al demonio de su cobardía; pero el enemigo, confuso y corrido, viendo el brío de la triunfante Virgen, desahogó la rabia que contra ella tenía, y despicóse haciendo estrago en los libros espirituales en los cuales hallaba sus delicias. Entre éstos prefería un tomo de Fr. Luís de Granada, con cuya lección dividía el tiempo que en la oración no ocupaba; pues bien, en éste se vengó particularmente el sañudo enemigo; rasgólo y lo arrojó muy lejos en el lugar más inmundo, pensando ¡menguado! haber llevado á cabo una memorable hazaña. Mas no salió con ello, porque después la Virgen recuperó el libro y avergonzó al ratero, y para mayor desprecio la llamaba el *sarnoso y mala gata*... ¡lindos nombres para su orgullo!

En otra ocasión después de haber dado fin á la oración en el mismo Oratorio, subió la Virgen al ponerse el sol á un secreto aposento que estaba en lo más alto de la casa, para considerar despacio con reflexión y madurez lo meditado en el Oratorio al tiempo que se había ocupado en la oración. Halló una infinidad de ratas que saltaban, mordíanse y chillaban por lo alto y bajo del desván y discurrían por todas partes como si anduvieran á caza: de modo que no había que esperar quietud; porque el lugar solitario y el crecer las sombras de la noche convidaba á tan repugnantes animales cuyo natural es huir de la luz y habitar en lugares sucios y tenebrosos. Con esto Rosa mudó de parecer, y determinó retirarse á otro aposento donde hubiese más quietud. Así lo hizo, y se retiró á uno en donde guardaban instrumentos de la vendimia, calderas, cestas, cuévanos y otros enseres. Al entrar vió que le estaba esperando *el sarnoso* para pelear con ella; y no queriendo rendirse al miedo, suplicó á una criada que por allí pasaba que le encendiese un candil, que á nadie dijese donde quedaba y que no la llamasen para cenar hasta que saliera, pues debía de estar ocupada largo rato. Habíase ya alejado aquélla cuando Rosa ajustó la puerta; mas el demonio tuvo á bien echar el cerrojo por defuera, y dejarla como presa y cautiva. Reparó

luego en que el *tiñoso* estaba metiendo grande ruído en una espuerta (1) donde estaba escondido. Parecióle á Rosa falta de valor trabar batalla con tan cobarde enemigo, aprovechando la luz del candil; y así apagado que fué, provocóle á singular batalla, diciéndole: «¡Hola! ¿tú, sarnoso, puerco, estás ahí? Pues aquí te aguardo; sal si te atreves; veremos tus valentías en qué paran. Ejecuta en este vil cuerpecillo todo lo que el Señor te permitiere, que contra mi alma bien sé que no tienes poder, porque tengo muy segura confianza de que me la guarda mi esposo. Ea, sal, bestia abominable y fiera; sal, cornudo, que aquí te espero.»

Apenas dió fin á este discurso, salió el demonio en forma de gigante imponente con tanto impetuoso coraje que parecía venirse todo abajo. No tembló Rosa, que le estaba esperando á pie firme; pero el demonio, con permisión de Dios, asiéndola por los hombros comenzó á apretarla de modo tal que parecía querer estrujarla entre sus diabólicas manos, y para acrecentarle los temores, hizo que experimentara cuán poblados estaban sus brazos de ásperas y broncas cerdas. Empleó contra nuestra Santa toda su fiereza; golpeóla con furor y saña; parecía que le había molido los huesos, descuadernado los hombros y desatado los nervios. Cuanto, empero, quedaba el cuerpo más maltratado, el espíritu estaba valeroso y el corazón fijo en Dios, de suerte que se reía del enemigo y le despreciaba y burlaba. Duró esta terrible lucha algunas horas con gran afrenta y descrédito del fiero enemigo que, desvaneciéndosele la esperanza de la victoria, se contentara con sacar un solo gemido del pecho de la Virgen, ó al menos una ligera señal de miedo; y ni esto pudo lograr (2).

(1) *Espuerta:* «Especie de cesta de esparto, palma ú otra materia, con dos asas pequeñas, que sirve para llevar de una parte á otra cualquiera cosa.»

(2) El Padre Capellán del Santuario pone esta *nota* al lance que se lee en el texto; dice así: «Vencido el demonio huyó furioso introduciéndose por entre un limoncito que Rosa cultivaba en su huerto, dejando su tronco hueco y quemado de arriba abajo, pero siempre verde y fructífero, aunque nada dicen de esto los escritores de su *Vida;* y verdaderamente pasmaba á todos, y me pasmó á mí ahora pocos años que lo alcancé fructificando, no obstante su ruína, como se ve su tronco que existe, pero ya partido en dos trozos y arrancado de su centro

Entretanto la mujer del Contador, preguntando por Rosa á los criados, supo de la muchacha el lugar en que la había dejado, y la voluntad de nuestra Santa de que no la llamasen á cenar. Fué entonces al lugar indicado; y no divisando luz, se retiró con tiento á esperar el fin de tanta tardanza y la causa de tanto ruído. La media noche puso fin á tan empeñada batalla, y de resultas salió nuestra Virgen todo descalabrada, por decirlo así, pero con semblante tan alegre, que bien indicaba que había logrado el lauro de la victoria en tan singular aventura. El día siguiente la mujer del Contador alcanzó de Rosa con alguna instancia que le refiriese todo el suceso; y de ello pudo colegir que semejantes peleas no eran extrañas á la constante Virgen, y que nunca salía de ellas ni con mucho acobardada.

En cierta ocasión entraba en el huerto para orar, cuando vió que de la espesura de los árboles le salía al encuentro su antiguo competidor, no ya terrible y fiero, sino hermoso y casi transformado en ángel de luz; su traje y maneras eran de muy bello y agraciado cortesano. Comenzó desde luego el enemigo, algo apartado, á tentarla con señas y ademanes descompuestos, fingiéndose enamorado. Viendo esto la castísima Rosa, volvió apresuradamente las espaldas; porque en materia tan delicada más bien debe buscarse el triunfo y la victoria en precipitada fuga, que en hacer rostro al enemigo. Y no contenta con esto, al llegar al portal del jardín se dió una valiente disciplina con unas cadenas de hierro que lastimaron sin piedad sus delicadas espaldas, y á cuyo ruído huyó avergonzado el infernal tentador. Entre los golpes daba amorosas quejas á su Divino Esposo, y entre raudales de lágrimas y arroyos de sangre le decía *por que en lance tan apurado se hallaba ausente; pues no era de esperar que se atreviera el enemigo, estando El presente.* No tardó en consolarla el Divino Amante; puesto que se le apareció al momento radiante de gloria y hermosura, y con

---

por algún majadero que no supo conservarlo radicado, aunque estuviera árido. Se han colocado los dos trozos en un nicho cuadrilongo con puerta embutido en la pared de un corto espacio del huerto que ha quedado para memoria.»

voz dulcísima le dijo: *Oye, Rosa, ¿piensas tú que si Yo no te asistiera presente, pudieras haber conseguido tan feliz victoria?* Grande fué el consuelo que recibió Rosa; y no menor la lección que aprendió, llena de enseñanza. Muy poco distan estos lances de los de Santa Catalina de Sena, en batalla parecida, y en la cual á semejantes quejas respondió el Señor: *Mientras peleabas, mientras vencías, dentro de ti estaba y en tu corazón, mirando la pelea y dándote socorro y fortaleza.*

Entre los muchos dones con que nuestra heroína estuvo adornada, sobresalía, como testificaron sus Confesores, una gracia admirable para distinguir las visiones verdaderas de las que son ilusiones del demonio, y además un tacto especial para distinguir las santas inspiraciones de las terribles sugestiones de la astuta serpiente. Esta gracia, según frase del Apóstol, á quien siguen todos los místicos, se llama *Discreción de espíritus.* La dotó el cielo con este don tan singular desde sus primeros años, y le sirvió de gran provecho; pues no hubo tentación que no descubriese á primera vista, confundiendo y desarmando así á tal enemigo. Mueve á admiración el considerar cuántas y cuán brillantes victorias alcanzó con esta poderosa alma del testarudo é infernal enemigo de las almas puras.

Muy niña aún, examinada por el Confesor, dió con mucho acierto su dictamen sobre el modo de distinguir por los efectos las revelaciones verdaderas de las falsas. Decía que aquéllas son ilustraciones divinas que dejan en el alma mucha humildad, afecto de reverencia, conocimiento de la propia vileza, orden en el corazón y gozo en Dios; mas por el contrario, que las sugestiones del demonio dejan soberbia, confusión y desorden en el corazón, complacencia de sí é inquietud en orden á las cosas divinas. Esta era la misma doctrina que Cristo había enseñado á la Seráfica Maestra, y de ésta aprendió nuestra Santa.

CAPÍTULO VI.

Del mucho amor que tuvo á Dios la virgen Santa Rosa; y de los muchos indicios con que lo manifestó.

Para que todo el mundo conociese el incendio de amor divino que abrasaba el pecho de Rosa y cuán grande era, quiso Dios manifestarlo con señales públicas y visibles, ordenando que cuando estuviese en oración saliesen rayos de su rostro y brillase por modo admirable. No pudo excusar la Virgen el dormir una vez con otra doncella muy amiga suya en un mismo aposento. La compañera despertando después de media noche, vió que en la obscuridad centelleaban muchas luces. Asustóse de pronto, y mirando llena de miedo á una y otra parte, vió que todo aquello tenía origen en el rostro de Rosa, recogida en oración. Apenas conocía que su amiga había cogido el sueño, dejaba con todo tiento la cama, y se ponía en un rincón á orar; y cuando ella creía que por lo obscuro de la noche estaba más oculta, venía á estar más en público, porque la descubrían los fulgores de su rostro. ¡Incontestable testimonio del amoroso incendio que abrasaba su amante corazón! Y es cosa averiguada que no fué sola esta vez, sino muchas las que á la presencia de varias personas le acaeció este portento, estando ella ignorante de las luces que despedía su rostro cuando más gustosamente se abismaba en profunda meditación.

No eran testigos menos abonados de estos ardores los fervorosos suspiros que lanzaba en la oración, antes bien le daban á entender mejor que los rayos; pues con ellos por una parte templaba el calor insufrible de su corazón que estaba como horno encendido, y por otra avivaba y hacía crecer más la llama. No se le salían por la boca más que estas afectuosas palabras: *Señor y Dios mío, ¿cómo es posible que haya quien deje de amaros? Pero yo, mi buen Jesús, ¿cuándo comenzaré á amaros como merecéis? ¡Ay*

de mí, y qué lejos estoy de aquel amor perfecto, íntimo y robustísimo que os debo! Aun no he aprendido á amaros como conviene. ¡Oh, qué me avergüenza mi tibieza! ¿De qué me sirve este corazón que tengo, para qué le quiero, si hasta ahora no se ha deshecho en cenizas á puro amaros?

Es accidente muy propio del amor divino el tener una sed insaciable de unirse al objeto amado. Para acrecentar su amor, recogió de la flamante aljaba del amor divino algunas oraciones jaculatorias en forma de deprecación, que ponemos á la letra porque han agradado á todos y aprovechado á muchos, jaculatorias que están hirviendo en vivos estímulos de amor divino. Dicen así: «Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador y Redentor mío; el alma se me quebranta por haberos ofendido, por ser Vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas. ¡Oh! Señor, Vos sois verdaderamente mi Dios, el Esposo de mi alma y toda la alegría de mi corazón. Yo, yo soy la que ansiosamente deseo amaros, benignísimo Jesús, con aquel amor perfectísimo, con aquel amor eficacísimo, sincerísimo, inefable, intensísimo, incomparable, incomprensible, irrefragable, invictísimo, con que juntos os aman los cortesanos del Empíreo. A más de esto deseo amaros, Dios de mi corazón y de mi vida, Dios que sois todas mis delicias, gusto y consuelo, quisiera amaros con todo aquel amor con que os ama vuestra Madre Santísima, Señora mía, Virgen purísima. Y no satisfecha con esto, á Vos ¡oh salud y gozo de mi alma! á Vos digo os deseo amar tanto como Vos, mi Dios, os amáis á Vos mismo. Abráseme yo, desfallezca yo, consúmame yo con el fuego de vuestro divino amor, ¡oh mi Jesús benignísimo!» Inculta y ruda parecerá esta retórica á los oídos mundanos; pero la escuela del amor divino tiene su fraseología y habla su natural lenguaje.

Rosa, valiéndose de su ingenio, sabía encubrir muy bien las demás virtudes; no sabía, empero, esconder la caridad, porque es llama y fuego ardiente. Y así en su trato social, en el modo de saludar y en el responder siempre la mostraba; puesto que lo sazonaba todo con hacer mención del amor divino en todas las ocasiones que se le presentaban. Si

tenía que hablar á los de casa, si con señoras ó con doncellas amigas, lo primero que se le oía decir era: *Amemos mucho á nuestro Dios, amémosle.* Si se ofrecía alabar á alguna persona ausente, concluía todo su elogio diciendo: *Amaba á Dios con mucho fervor, y muy de veras.* Siempre que se ponía á los pies del Confesor para reconciliarse, después de haberse persignado, prorrumpía en estas fervorosas palabras: *El Señor sea con V., Padre mío. Sea Dios todo nuestro amor. ¡Oh quién pudiese hacer que todos le amásemos! ¡Ay! los que no le aman, no saben lo que es bondad.* En cualquier conversación era todo su gusto y consuelo oir ó hablar algo del amor divino, repetir la obligación estrecha que de tal amor para con Dios tenemos, ya que tanto nos amó y nos ama, y distinguir sus varios títulos, modos é incentivos. Procuraba torcer cualquier otra plática, con cortés destreza hacía un tema del amor para con Dios. En llegando á conseguirlo era cosa admirable oir á la Virgen, que de suyo era muy callada y muy amante del silencio, con qué palabras tan selectas, tan vehementes y fervorosas se complacía en ponderar lo que debemos á Dios, la afabilidad grande de su bondad, cuánto no se desdeña de ser amado de las criaturas, la hermosura de aquella Majestad tan compasiva. Sólo tratando de esta materia se mostraba Rosa elocuente: corríale un raudal de palabras, se encendía el espíritu, vibraba su voz, despedían rayos sus ojos, brotaba fuego el corazón; ninguno de los presentes podía abrigar duda alguna de que movía sus labios el exceso de amor que totalmente la abrasaba.

Más, cuando estaba sola y recogida en la angosta celda de su jardín, ó cuando ella creía que nadie podría escucharla, con mayor libertad y ternura ya en prosa ya en verso desahogaba el seráfico amor que ardía en su pecho. En cierta ocasión el Contador D. Gonzalo con su mujer é hijos en un lugar oculto de su misma casa escuchaban á Rosa, que retirada á estancia solitaria celebraba con desusado fervor sus divinos amores. La suma de su música se reducía á esto: Convidaba por orden á todas las criaturas al amor del dulcísimo Criador. Nombraba los elementos, los cielos, los Angeles, las plantas, los animales; y al nombrar á cada uno,

repetía: *Amemos á Dios, á Dios amemos; amor es Dios, Dios es amor*. Y no se contentaba con decirlo de paso; dos y tres horas se le pasaban recogida en un lugar mirando al cielo y repitiendo estas palabras con tanto fervor, que sin saberlo ella pudo conmover los corazones de los que la escuchaban. La razón es muy obvia: como estaba abrasada del fuego del amor divino, este ardor soberano centelleaba hasta abrasar á los circunstantes.

CAPÍTULO VII.

Fervoroso celo de Santa Rosa en que se tratasen las cosas de Dios con reverencia, demostrando así su ardiente amor.

Como suelen mitigarse los dolores al distraerse el doliente que los padece, así procuraba la venturosa alma de nuestra Santa Virgen amortiguar este fuego de amor en que ardía y se abrasaba; porque no podía el corazón con tanto incendio, como de sí decía San Felipe Neri. Divertíalo las más veces cantando con muy sonora y suave voz; y no sabiendo tañer vihuela, le sucedió que encendido cierta vez su espíritu en estos vivos resplandores, para templarlos y desahogarse, descolgó una que por acaso estaba pendiente de un clavo, y tocó acompañando el canto como el más diestro músico y consumado maestro, sin saber música ni haberla aprendido siquiera. Mas ¿qué no sabrá quien sabe amar mucho á Dios y está ardiendo en celo de su gloria? Tañendo, pues, el instrumento daba á su Divino Esposo dulces quejas de que se estaba abrasando y de que no podía con tan amoroso incendio. Y como la música es la que anima las voces y da más sentido á las letras, cantaba para dar más aliento á su voz y más alma á sus sentimientos. Alguna vez le aconteció hallar la vihuela sin ninguna

cuerda, y no obstante tañó como si las tuviera todas con manifiesto milagro. Con tan tiernos afectos daba treguas á los dolores con que le estaban atormentando las flechas que el divino Amor le disparaba.

Tan abismada desahogaba su espíritu que, por más que hubiese personas que la oyesen, para ella era como si no hubiese quien la observase; así es que cierto día, arrebatada de esta dulzura, ni aun atendió á los que entraban y salían, y por esto la oyeron cantar estos versos:

¡Ay Jesús de mi alma,
Que bien pareces
Entre *Flores* y *Rosas*
Y *Olivas* verdes!

Con ellos reconocía los beneficios que el Señor hacía á su casa, diciéndole mucho en pocas palabras bien sentidas y mejor cantadas. Llamábase su padre Gaspar Flores, su madre María Oliva, y llamándose Rosa la Santa Virgen parecíale muy bien su Esposo entre *Flores, Rosas* y *Olivas,* por quien pedía, por quien rogaba y á quienes el Señor con pródiga mano favorecía, no desdeñándose de bajar á su tan humilde casa. Ponderó este singular favor en prosa y en verso con admirable erudición en ocasiones que compuso algunos para cantarlos dulcemente.

Es el celo testigo inseparable que da á conocer los grados y la vehemencia del amor; ni podía la Virgen disimular la ardiente inquietud que le causaban tales ardores. De aquí nacía el estarse abrasando y consumiendo si sabía que pública ó secretamente se cometían acciones que en lo más mínimo violasen la honra de Dios. Abominaba tanto de las pláticas ociosas en el templo que, aunque era de natural encogido y sumamente parca en palabras, no podía dejar de encarecer la reverencia que al lugar sagrado se debe; pero hacía esto con tal moderación, humildad y prudencia, que más parecía rogar que corregir. En cierto modo había convertido su casa en un convento: todos tenían su ocupación decente y en ella se divertían sin murmurar, ni censurar, ni hablar palabras ociosas temiendo la entereza de Rosa. Co-

nocían que, aunque pacientísima para sufrir sus injurias por crecidas y repetidas que fuesen, le era intolerable cuánto pudiese ofender á su Dios. Este santo tesón tuvo desde sus primeros años; porque cuando los otros hermanos siguiendo el genio parlero de aquella edad, decían sin conocerlo palabras poco decentes, ó repetían cantares de amores que oían á otros; lloraba Rosa, huía por no oírlo, acusábalos ante su madre, querellábase porque Dios era ofendido, y lo que no podía castigar por otro camino vengábalo en sí misma con amarguísimo llanto.

Las mentiras que rara vez se apartan de las burlerías y locuacidad de los muchachos, aborrecíalas tanto Rosa, que era común sentencia en ella: *Ni por el cielo ni por la tierra se ha de mentir, porque Dios es suma Verdad.* Y así cuando alguno en su presencia refería, aunque de buena fe, algún falso suceso, Rosa le corregía con apacibles palabras, diciendo cortésmente lo que había sucedido respecto al dicho ó hecho que se contaba. Cerca de una hora antes de espirar llegó á su aposento un Religioso (sacerdote) á quien ella deseaba ver antes de morir. Una de las mujeres que allí asistían dijo con sencillez y buena fe: *Oportunamente viene, Padre, pues ya Rosa había mandado se le llamase.* Oyólo Rosa que estaba ya moribunda, y solícita entonces con más escrúpulo de que sólo se dijese la verdad, recogiendo el desmayado aliento, dijo con voz inteligible: *No erremos, señoras: Yo, Padre mío, deseaba verle antes de mi muerte; esto dije solamente, y no más.* ¡Tanto era el cuidado que tenía en decirla, porque Dios es Verdad suma!

Como sabía que las lágrimas pertenecen únicamente al erario de Dios, deseando que solamente se reservasen para tributo propio de la Majestad Divina, no podía llevar con paciencia que se derramasen inútilmente por otra causa; por lo cual viendo en cierta ocasión llorar á su madre, arrebatada del celo de la gloria de Dios, como si fuera ministro del tesoro divino, dijo: «¡Oh madre mía! ¿qué hace? ¿Así desperdicia pródigamente las riquezas reservadas solamente para el tesoro de Dios? Mire y acuérdese que este precioso licor es debido á solo Dios para lavar nuestras culpas.» ¡Tanto fué el desvelo de la celosa Virgen cuidando

que no disminuyese en nada lo que se debía únicamente á su celestial Esposo!

Efecto de este amoroso celo era aquel inmenso gozo con que parece reverdecía y se hermoseaba esta Rosa, cuantas veces sabía que se acrecentaba con algún insigne suceso la honra de Dios ó su mayor servicio. Era fama en Lima que cierta Religiosa profesa, quebrantando el yugo de la clausura se había venido fugitiva de Vizcaya á América; y que en traje de hombre había estado mucho tiempo vagabunda en la ciudad de Guamanga: mas que por especial merced del Cielo había tomado de nuevo el hábito en la ciudad, y vivía reducida á clausura en un convento de Religiosas. Encontrados afectos experimentó Rosa á la noticia de semejante suceso. Increíble era el dolor que atravesaba su corazón por la injuria sacrílega cometida contra su amado Esposo, viendo que se había violado el amor divino con tan feo y tan público pecado; pero juntamente le saltaba el corazón de placer, celebrando la victoria de la divina gracia. Compadecíase de la miserable que así se deslizó por la pendiente del vicio por no mortificar sus mal domadas pasiones; y juntamente se alegraba viendo que todos públicamente alababan la bondad y misericordia divinas en aquella nueva Magdalena. Mezclándose los afectos ora temía, ora esperaba la perseverante constancia de la recién convertida; mas para que fuese colmado su consuelo, se dignó el amable Jesús revelar á su Esposa que podía estar segura de la penitencia de la Religiosa convertida, y que no sólo perseveraría, sino que alcanzaría también un eminente grado de santidad.

Nada bastaba á satisfacer el deseo de atestiguar el amor que debía á su Esposo; y así casi siempre se acusaba ante sus Confesores de que era ingrata en corresponder á la bondad que en sí experimentaba de tan suave Señor; añadía que ignoraba el modo de celebrar y reverenciar bondad tan excelsa; y en orden á esto creía que en nada adelantaba. Sucedió cierta vez que uno de sus Confesores cayó enfermo de peligro, y en tiempo muy importuno, porque se acercaba el día en que había de predicar un importante sermón. Mandóle el Confesor recado de su repentina dolencia, y le

añadió que hallándose sin fuerzas para predicar, experimentaba mucha pena; porque teniendo que asistir lo más escogido de Lima, no podría coger el fruto que esperaba. Rosa, contristada con la novedad, respondió: «Supuesto que este negocio es del servicio de Dios y toca en punto de su honra, id luego y decid al enfermo que sin duda alguna ha de predicar el sermón que tiene encomendado, y que á su tiempo se hallará con fuerzas, aunque no será esto sin costar alguna pesadumbre que yo me sé.» Y era que había pactado con Dios que ella padecería las calenturas de su Confesor para que pudiese predicar, como había ya sucedido á Santa Catalina de Sena. Y no dudó la Virgen en celebrar este convenio; porque tenía por menor inconveniente abrasarse con el ardor de las calenturas, que no que la fiesta que se celebraba para mayor gloria de Dios tuviese por falta de sermón el más mínimo deslucimiento. Cumplióse como lo había dicho; convaleció el Padre Predicador pocas horas antes del tiempo del sermón, predicando con gran fruto y aplauso. Entretanto sufría ella una ardiente calentura; no lo dejó, empero, porque el celo fervoroso de la gloria de Dios podía más que la fiebre más molesta.

CAPÍTULO VIII.

Prepara Santa Rosa un vestido espiritual al Niño Jesús, pobre y desnudo en el portal de Belén.

La fuerza del amor, que si reina en el corazón está inquietísimo y jamás descansa, obligaba á nuestra Virgen á que no dejase piedra por mover en orden á servir al Esposo á quien tanto amaba. Había llegado á entender por la historia de Santa Catalina de Sena que esta gran Santa había dado de limosna hasta el mismo hábito á Jesús vestido de pobre. Emulando Rosa tan gloriosa hazaña, discurrió un nuevo modo de vestir á Cristo con sólo tejerle

una tela de ejercicios espirituales. Nunca le parecía más pobre que en el portal de Belén, donde le miraba reclinado en un pesebre, pequeñito en el cuerpo, tiritando de frío y envuelto en pobres pañales. Aplicaba Rosa todo su ingenio para acertar á cortar y coser un vestido muy á medida del *Amor infante* á costa de obras piadosas, que es preciosa ofrenda para este Divino Señor.

Sin duda alguna será agradable á los devotos lectores de esta *Vida*, que pongamos aquí copia del papel que escribió la Virgen, en la cual va apuntado todo el coste, las hechuras, los recados y la tela del vestido. Vamos, pues, á transcribirlo:

«Jesús. Año de mil seiscientos dieciséis, con el favor de Jesucristo y de su bendita Madre comienzo á preparar los vestidos á mi dulcísimo Jesús que ha de nacer temblando, pobre y desnudo en el portal de Belén. La camisita ha de ser de cincuenta Letanías, nueve mil Rosarios y cinco días de ayuno en reverencia de la santísima Encarnación. Los pañales se harán de nueve estaciones al Santísimo Sacramento, nueve partes de Rosario y nueve días de ayuno, que corresponden al número de los meses que habitó en las entrañas purísimas de su Madre. Para mantillas cinco días de ayuno, cinco estaciones, cinco Rosarios enteros á honor de su Nacimiento. Para fajas cinco coronas del Señor, cinco días de ayuno y otras tantas estaciones en reverencia de su Circuncisión. Para flecos y randas con que se adornen las mantillas y fajas, treinta y tres Comuniones, oir treinta y tres Misas, treinta y tres horas de oración mental, treinta y tres *Padre nuestros* y *Ave Marías*, y otros tantos *Credos* con *Gloria Patri* y *Salve Regina*. A más de esto, treinta y tres partes de Rosario, treinta y tres días de ayuno, tres mil golpes de disciplina en veneración de los años que vivió el Señor en la tierra. Finalmente, para dijes y juguetes que se han de presentar al tierno Niño, ofreceré mis lágrimas, suspiros, actos de amor, y juntamente con esto, toda mi alma y corazón, sin reservarme nada, porque así conviene que yo no posea nada y que todo se lo ofrezca.»

Maravillosa traza de vestir al tierno Niño, pobre y desnudo en el portal de Belén, que es el misterio que más ale-

gra las almas en la humanidad de Cristo Nuestro Señor; porque es de su dulcísima Infancia, y por estar esta santa meditación llena de ternura. Habíala conmovido la devoción á Jesús tierno Infante, desde que la comenzó á favorecer con su amabilísima presencia; porque ¿á quién no enternece ver á Dios no sólo hombre, sino Niño y en un pesebre, desnudo y llorando? Movida de tan tierna consideración, se alentaba á servirle, se obligaba á amarle y socorrerle.

Hubiera querido tener los sentimientos de la Virgen María, los tiernos afectos de su dulcísimo corazón para ofrecerlos todos á su querido Jesús, tierno Infante en el portal de Belén. ¡Qué horas tan deliciosas pasaba nuestra Santa en la contemplación de los grandes misterios que se obraron en el santo portal! ¡Con qué ternura miraría al tierno Infante recién nacido, que levantaba los tiernos bracicos hacia su bendita Madre, como si pidiese socorro para que lo levantasen del suelo! ¡Cómo se llenaría de pasmo viéndole en este estado, cuando la fe le decía que era un Dios que con su brazo omnipotente sostiene millares de mundos! ¡Considerarle desnudo y pidiendo con tierno llanto á su cariñosa Madre que le envolviera en blancos pañales, siendo El quien viste de rico plumaje las pintadas avecillas, y esmalta de flores los prados y los bosques, y de brillantes estrellas la bóveda azul del firmamento, y de abundantes riquezas todo el ámbito de la creación! ¿Qué sentiría en su corazón nuestra Santa que tan tiernamente amaba á Jesús, al verle llorando en el pesebre, pidiendo á su amorosa Madre con la expresiva elocuencia de sus lágrimas que le alimentase con la leche virginal con que El mismo había dotado sus pechos, siendo así que el Divino Niño en aquel mismo instante extendía su manecica y llenaba de bendiciones á todo ser viviente, y alimentaba con solícita providencia los pájaros que vuelan por el aire, los peces que nadan en las aguas, las bestias del campo y las fieras de los bosques? ¡Cuántas ternuras!... ¡Qué delicias, qué celestiales arrobamientos causarían en su espíritu tan bien dispuesto y tan enamorado de Jesús, estas contemplaciones de la santa Infancia!...

Ya hemos dicho especialmente en el cap. I de esta SEGUNDA PARTE al hablar de las apariciones del amable Jesús á su Esposa en figura de tierno Infante, que le sonreía y extendía hacia ella sus tiernos bracicos en ademán de abrazarla amorosamente. La humildad de nuestra Santa nos ocultó las delicias que gozaba su espíritu en estas apariciones, que sin duda debían abismarla en un mar de aquéllas. Nos parece, empero, éste lugar muy oportuno para levantar una punta del velo que oculta estos misterios, y con los devotos de nuestra Rosa forcejar por penetrar el significado de las sonrisas de Jesús en las diversas apariciones con que se dignó visitar á su casta Virgen. Sí, Jesús sonreía á Rosa como un tierno esposo sonríe á su amada; como Salvador victorioso que la había redimido con el precio inestimable de su sangre; como Criador Omnipotente que miraba con complacencia la obra de sus manos, como el fin último y la beatitud de aquella que quería glorificar y tener consigo por una eternidad de eternidades... sonreía como Dios y esta sonrisa es inefable. Sólo ella nos la podía indicar; su profunda humildad, empero, nos la ocultó. Nosotros si imitamos las virtudes de nuestra Rosa y somos fieles á la gracia, podemos esperar con fundamento que esta sonrisa nos llenará un día el corazón de alegría sempiterna.

Estas sonrisas de Jesús á su amada Santa Rosa, como todas las miradas de Dios, llevaban en sí un mundo de gracias. Eran substanciales como lo son siempre las visitas de Dios, y producían substancialmente en su alma lo que expresaban. ¡Cómo deberían elevar á Rosa, por tanto, cada vez más en santidad, y ser para ella en cierto modo una nueva creación!... Una mirada de Jesús convirtió á Pedro; ¿qué obraría una sonrisa á Santa Rosa?... ¡Qué ternezas, qué dulzuras, qué torrente de delicias inundaría su corazón!... Ya no debemos maravillarnos de que fuese tan tiernamente devota de la santa Infancia, y que al ver una imagen de Jesús infante, el corazón le diese saltos de alegría. He aquí porque tenía una hermosa estatua del Niño Jesús, labrada con sumo primor, con quien consultaba todas sus dudas, la que todavía se conserva y venera en su Santuario de Lima con el nombre de *El Mediquito:* y he

aquí porque cuando estaba en el Oratorio de D. Gonzalo, no podía quitar los ojos de un cuadro primorosamente pintado en el cual se representaba la Virgen María amamantando al tierno infante Jesús dormido; cuadro conocido con el nombre de *Cuadro de la Virgen de Belén*. A Rosa le parecía que cuanto veía en este cuadro era vivo y no pintado, y repetía muchas veces lo mucho que le estimaba por las muchas mercedes, consuelos y regalos que de su Imagen había recibido. Le parecía que aquel apacible sueño del Divino Niño y los desvelos de la Virgen Madre disparaban á su pecho flechas encendidas que le pasaban el alma; de suerte que ni se atrevía á interrumpir el dulce sueño del tierno Infante, ni dejar de ayudar á velar á la Divina Madre, acompañándola con amorosos cantares hijos de su abrasado corazón. En esta lucha de encontrados afectos se le derritía dulcemente el alma, pareciéndole decir al Divino Niño lo que á la Esposa de los Cantares. *Yo gozo de apacible sueño, y mi corazón está en vela* (1).

Sucedió, pues, un día que estando D.ª María de Usategui en su Oratorio con nuestra Virgen y otras dos personas muy familiares tratando de cosas espirituales, versó la conversación sobre los grandes beneficios que concede á sus devotos la excelsa Reina del Cielo, viniéndose poco á poco á hablar de los milagros que la divina Omnipotencia se digna obrar por medio de la santísima Imagen de nuestra Señora de Atocha que se venera en la villa de Madrid, de lo que estaba muy enterada D.ª María, porque con su esposo eran naturales de dicha metrópoli. Rosa, fijos los ojos en la Imagen de María, escuchaba gustosamente la plática; pero observando que la señora se iba divirtiendo á otras cosas, la interrumpió contra su costumbre, y con singular énfasis le dijo: *Pase adelante, Madre mía, pase adelante; y díganos todo lo que sabe á este propósito*. Así lo hizo D.ª María, y acabó de contar todo lo que sabía acerca de los portentos que había obrado Nuestro Señor por medio de la portentosa Imagen de Nuestra Señora de Atocha. Llamó mucho la atención de D.ª María el que la hubiese inte-

(1) Cant. de los Cant., *cap.* v, *v.* 2.

rrumpido nuestra Virgen, y bien conoció que entre la Imagen y Rosa mediaba algún misterio. Así, pues, despedidos los familiares que había en el Oratorio, se quedó sola con ella, y la obligó á que le dijese claro con que fin ó por que motivo había interrumpido la plática, advirtiendo que prosiguiese el primer asunto. Rosa para atribuir el prodigio no á sus merecimientos, sino á D.ª María por el mérito de su plática, respondió: «Mientras V. refería los milagros y portentos de la ausente Imagen de la Virgen de Atocha, ésta que tenemos presente daba señales de singular alegría, y el Divino Niño que tiene en los brazos y que estaba mamando y dormido, soltó el pecho y volvió el rostro á oir las alabanzas y excelencias de su Madre.» Durante la interrupción el Divino Niño volvió á tomar el pecho; por lo que Rosa instó que siguiese hablando de la Señora para gozar la repetición de dicha maravilla, caso que se verificó (1).

(1) De lo que queda expuesto se ve claro que el P. Hansen en el capítulo XX de la *Vida de Santa Rosa*, seguramente por malos informes ó por no comprender bien el contexto español del Proceso, equivocó las circunstancias del caso, pues hace decir á Santa Rosa hablando del portento con D.ª María estas palabras: «Mysterium suberat, nam interea dum tu miracula narrabas absentis Imaginis de *Atocha*, hæc præsens edebat signa inusitatæ lætitiæ, movebat in nos columbinos suos ocellos, attollebatur novo corpulentiæ typo extra telæ superficiem, velut inde ad nos exitura cum sopito filiolo, spargebat arcanas dulcedines, radiabat angustior, nunc parvulo suo nunc nobis materne adblandiens. Et nonne sub tanta gratia dignum, erat Reginæ nostræ laudibus diutius immorari?»

Lo mismo dice el P. Jacinto Parra en la Vida de Santa Rosa publicada en Madrid (1670), pues siguió á la letra el P. Hansen, que publicó la suya en 1664 y la dedicó al Papa Alejandro VII Lo propio dicen también el P. Ferrer de Valdecebro en su *Vida* dada á luz en 1666, y el P. Meléndez que la adoptó no obstante que éste era natural de Lima, y podía haber visto el cuadro muchas veces ya en el Santuario, ó si por aquellos tiempos no estaba allí, en casa de D. Gonzalo, pues todavía no se había fundado allí el convento de Santa Rosa. Las palabras de este último, tal como se hallan en su tomo II, pág. 257, dicen así: «Cuando se hablaba de la Virgen de Atocha, esta Imagen santa que está aquí con el Niño dormido nos estaba mirando con sus bellísimos ojos de paloma con risueño y amoroso semblante, y parece que hacía ademán de sacar el cuerpo del lienzo para venirse hacia nosotras con su Hijo dormido, resplandeciente, hermosa y agradable, con cariños de Madre, repartiéndonos dulzuras suaves á nuestros corazones. ¿No había de desear con tantos favores como nos hacía, que prosiguiese la conversación de sus alabanzas?»

En vista de esto, hemos adoptado en el texto el modo con que lo refiere el Padre Capellán del Santuario en la nota XVI, pág. 89, seguros de que es tal como lo narra, pues tenía el portentoso cuadro á la vista.

Por lo dicho se colige fácilmente que nuestra Rosa debe contarse entre las más insignes devotas de la santa Infancia. Este cuadro portentoso de que acabamos de hablar y que en el día se conserva con mucha veneración (1), lo convence plenamente; y si esto no bastase se podrá leer en el cap. X de esta SEGUNDA PARTE otro caso semejante que no dudamos confirmará hasta la evidencia lo que llevamos tratado en este capítulo. Es, pues, cosa probada, según los más celebrados biógrafos, que era tan tierna la devoción que tenía Rosa á la santa Infancia, que de esta oficina sacó muchas veces vestidos para cubrir su desnudez en el Pesebre del modo indicado al principio de este capítulo. Y aun se supo que solía repetirlos y cederlos á algunas devotas personas muy amigas suyas para que los ofreciesen y vistiesen á Jesús desnudo en el portal de Belén todo su amor. Agradó tanto á Dios este fervor y este celo ardiente, que quiso honrar con un célebre milagro la solicitud que ponía en propagarlo; mas por ser tan singular el caso y llevar casi demasiadas páginas este capítulo, lo narraremos en el siguiente.

(1) De tiempo inmemorial se venera en el Santuario de abajo; hoy está colocado en el de arriba bajo del óvalo en el nuevo altar del Corazón de Jesús, con la sola diferencia que antes estaba la Señora con el pecho descubierto, y por honestidad se ha puesto de modo que se vea solamente el pezón.

CAPÍTULO IX.

Para persuadir á todos y con más eficacia el amor de Dios, alcanza nuestra Rosa que sude una Imagen de Cristo con manifiesto milagro.

Entre las apreciables obras de arte que tenía en su Oratorio el Contador D. Gonzalo, se contaba una Imagen del Salvador que representaba su venerable rostro en edad varonil, hechura de uno de los célebres pintores de aquel tiempo llamado Angelino Medoro, italiano de nación. Teníala con mucha reverencia, siendo objeto de la tierna devoción de toda la familia. Estábale Rosa muy aficionada, y cuantas veces entraba en el Oratorio, corría la cortina que la cubría y fijaba en ella los ojos, mirándola con tanta ternura, que parecía querer robarla é introducirla en el corazón á fuerza de contemplación fervorosa. Y no era mucho; pues todo el tiempo que se detenía en mirarla, sentía en lo más íntimo de su corazón ardores muy divinos.

Corría el año de 1617. El sábado 15 de Abril y cerca del toque de oraciones, estaba en el Oratorio como de costumbre nuestra Rosa y la mujer del Contador con sus hijas para meditar sobre el punto que habían leído. Habíase corrido la cortina á la Venerable Imagen, ardían dos velas puestas en el altar para mayor culto y veneración, y una tercera que había alumbrado para leer el punto estaba en una mesita aparte lejos de ella. Comenzó la Virgen en esta ocasión á sentir más que otras veces vivos y vehementes estímulos de amor. No pudo contenerse, y poniéndose en pie en voz alta y fervorosa y como si estuviera sola en el Oratorio, comenzó á hablar con la Imagen, y desahogando sus afectos dijo en suma estas palabras: «Oh Señor, ¿cuándo os amarán todos como merecéis? ¿Hasta cuándo habéis de sufrir que os pierdan el respeto y os irriten los pecadores? ¡Oh! ¡quién pudiera hacer que todos conociesen cuán dig-

no sois de ser amado, y que acabasen de entender que merecéis ser amado por ser quien sois, y no por el servil temor de las penas, ó por interés de los premios! Ea, Señor, haced, haced que os amen como es razón; sacad de la aljaba, librad por todas partes flechas encendidas de vuestro purísimo amor, broten por todas partes en los corazones las llamas y los incendios. A Vos, Señor; á Vos sirvan todos; ríndanse los corazones á las violencias suaves de la caridad; destilen en obsequio vuestro fragantes bálsamos de piadosos afectos. A Vos, amabilísimo Jesús; á Vos se ofrezcan estos olores, á Vos que tan abrasado estáis, y tan inquieto os tiene el amor inmenso de los hombres.»

Oyendo estas voces que fuera de sí pronunciaba Rosa, la mujer del Contador se salió del Oratorio con sus hijas, por no interrumpir ni impedir con su presencia estos amorosos ímpetus; pero una de las hijas, sopretexto de limpiar el pábilo de las velas, entró sin que su madre se lo estorbase; y al punto comenzó á llamar á Rosa, diciendo: *¿Qué es lo que veo? ¿No advertís en el rostro de Cristo que está cubierto de sudor?* Oyólo la madre que estaba fuera, entró al momento en el Oratorio, y vió claramente que corrían por el rostro de la Imagen copiosas gotas que semejaban granos de perlas. Iban cayendo unas después de otras, y encontrándose corrían á hilos por los cabellos y barba del divino retrato. Atónita estaba la piadosa señora con espectáculo tan nuevo y admirable; y no atreviéndose á acercarse, mandó llamar al Contador, su marido, que estaba á la sazón fuera con ocasión de ciertos negocios con el Secretario Juan de Tineo, que acababa de llegar á Lima de vuelta del puerto del Callao. Vinieron los dos á casa ignorantes del suceso, y apenas pusieron los pies en el Oratorio donde sin hablar palabra le esperaba su esposa con Juan de Benavides y Pedro Chiandro, familiares de la casa, vieron, no sin causarles mucha ternura y reverencia, que la Sagrada Imagen estaba por todas partes bañada de menudas gotas de sudor muy semejantes al rocío de la mañana, que llegaban ya hasta el marco de la pintura; y además que por la frente, mejillas y ojos iban brotando de nuevo copiosos raudales.

Si se precipita el juício indiscretamente y la credulidad

ligera se adelanta, muchas veces embaraza el debido crédito á los verdaderos milagros. Importa tal vez la duda circunspecta, para que con la severidad del examen salga más á luz y quede más fundada la verdad del hecho. Así aconteció en este caso; porque D. Gonzalo lo primero que hizo fué llamar á Angelino Medoro que había pintado la Imagen, para que investigase solícito si el sudor procedía del barniz y los colores. No tardó en venir, y admirado de la luciente claridad de las gotas que corrían por el lienzo, quitó algunas con el dedo y las deshizo con el pulgar, aplicólas al olfato, y no percibiendo olor alguno ni de aceite, concluyó *que cuanto allí sucedía debía de ser sobrenatural y divino; pues,* decía, que *la experiencia del color, el olor y el tacto junto con ciertas circunstancias no podían engañarle, y que la naturaleza y la industria del arte no alcanzaban á obrar este prodigio.* No satisfecho con esto el Contador, llamando aparte á Andrés López, varón de toda su confianza, mandóle que llegándose al Colegio de la Compañía de Jesús que estaba muy cerca, preguntase por los Padres Diego Martínez y Diego de Peñalosa, sin darles á conocer el motivo de llamarles. Vino el último trayendo por compañero al Hermano Francisco López, porque el P. Martínez estaba ocupado, y eran ya cerca de las nueve de la noche. Entraron ambos, y después de una breve oración, acercóse el Padre á la Imagen, y mirando y remirando el rostro de Cristo que aun estaba sudando, pidió finalmente algodón y comenzó á limpiar cuidadosamente el sudor de la sagrada Efigie. Pero mientras más recogía, más manaba: por lo que volvió otra vez á aplicar el algodón por la parte que estaba seco, y volvieron á sucederse otra vez gotas á gotas y raudales á raudales; echó mano después de un papel para experimentar si aquel licor dejaba señal de barniz ó del aceite que se mezcla en los colores; pero se secaba en breve tiempo sin dejar señal alguna; con lo que llegó á conocer que el sudor era puramente humor áqueo ó líquido. Cuatro horas y algo más duró tan raro portento; y admiró á todos que sudor tan copioso no deslustrase la pintura ni los colores, quedando el rostro más hermoso aún. No se evaporó el sudor de suerte que no quedase señal debajo de la barba de

la Sagrada Imagen hacia la orilla del marco. Sólo faltaba el fallo del Ordinario; y no se hizo esperar. El Arzobispo de Lima D. Bartolomé Lobo Guerrero autorizó al doctor D. Juan de la Roca, Párroco y Arcediano Metropolitano. Este tomó los dichos á los que habían presenciado el prodigio, ante D. Diego Blanco, presbítero y notario; y mandó que se formase el proceso, rubricándolo luego para dar fe del hecho como Ministro público.

Interin era grande el desasosiego de D. Gonzalo, de su mujer y familia, temiendo que aquel portentoso sudor de Cristo no fuese sentida demostración contra algún delito que él ó alguno de sus domésticos hubiese cometido, ó amenaza de la justicia divina. Mas á estos vanos temores acudió Rosa, sabedora del misterio; y así con rostro alegre y apacible voz, les dijo: *Que no temiesen y que estuviesen seguros de que aquel prodigio no era pronóstico de desdichas ni desgracias, sino que el Salvador de los hombres solamente intentaba dar al mundo un testimonio auténtico de lo mucho que desea que le amen y le sirvan. Que esto y no más decía aquel sudor que admiraban, indicio claro de que era abrasado volcán el pecho amante de Dios, todo fuego de amor. Que le pagasen en demostraciones de amor sus finezas, y que le amasen con todas veras, pues con todos los poros les decía: amad á quien tanto os ama.* Y verdaderamente cuantos vieron el prodigio experimentaron sus efectos; puesto que todos los que se hallaron en el Oratorio sintieron ardientes deseos de amar á Dios. Esto era lo que la Virgen con vivas ansias había pedido al mirar la Sagrada Imagen. Los que así aman piden de continuo á la Majestad divina que las llamas de la caridad crezcan, y que su ardor encienda á los prójimos.

CAPÍTULO X.

Prodigio que sucede á la virgen Santa Rosa con los algodones con que limpiaron el sudor de la Santa Imagen.

No paró en esto el milagro; pues nuevas maravillas dieron mayor crédito á la explicación de Rosa. Pocos días antes del suceso referido dió una caída y se lastimó en gran manera el brazo. Los cirujanos, por la hinchazón y cardenales que la caída le había ocasionado, entendían que había de quedar algo manca, ó que á bien librar sería prolija y molesta la cura. Decían más: que fuera menor riesgo el que se hubiese quebrado el brazo ó salido á fuera el hueso. Rosa, acostumbrada y deseosa de padecer, oía tales palabras con rostro sereno, como si el brazo no le fuese propio; no obstante, cierto día platicando y confiriendo familiarmente con la esposa de D. Gonzalo sobre el prodigioso sudor de la Santa Imagen, sintió interiormente que la movían de improviso á tener firme esperanza de recuperar la salud, si se le aplicara al brazo el algodón que había recibido en sí el sudor milagroso. Deteníase la Virgen, temerosa de perder tan prontamente la ocasión de padecer, para corresponder con ello al fino amor de su amante Jesús; mas la mujer del Contador, percibiendo algo de los impulsos de la Virgen, fué en busca de los algodones, y así que los hubo traído, mandó que le soltasen á Rosa las vendas con que tenía liado el brazo, y que le aplicasen aquel eficaz remedio. Esta se excusaba con decir que no era razón empeñarse en nada sin comunicarlo al Confesor, pero á fin de que no pareciese que tenía en menos el remedio, fuese con toda prisa á la iglesia de Santo Domingo para consultarlo, expuso con su natural candidez á su Confesor el asunto de que se trataba, y esperó humilde su parecer. El respondió *que no había por qué detenerse; que apresurase el paso,*

que aplicase el algodón y se dejase llevar del divino favor. Obedeció Rosa puntualmente; y luego que hubo llegado á casa de D. Gonzalo, D.ª María de Usategui por sus propias manos desnudó el brazo de Rosa, puso encima el algodón y atólo con una venda. Hecho esto, entróse Rosa en el Oratorio; y saliendo de allí después de dos horas, mostró el brazo del todo sano y flexible. Inexplicable gozo experimentó D.ª María; y le preguntó cómo fué esto. Atendió nuestra Virgen á pregunta tan piadosa, y en breves palabras le dijo: «Apenas hube entrado en el Oratorio me compuse y recogí para estar en oración delante de aquella Santa Imagen, cuando sentí que tiraban del brazo con violencia y se volvían al lugar natural los nervios torcidos; que cesaba la hinchazón y se desataban los músculos. No quise salir luego sin dar las debidas gracias al Médico celestial, y en esto me he detenido hasta ahora. Bien se puede ya quitar el algodón, las vendas y ligaduras; porque ya está bueno el brazo.»

Tan repentino favor de la poderosa mano del Omnipotente llenó de alegría y contento, de parabienes y gozo la casa del Contador. Maravillábanse todos, y más los cirujanos, que el día antes tenían casi perdidas las esperanzas de salir de aquella cura con acierto; porque viendo que se resistía el brazo á todo remedio, habían declarado que estaba incurable.

No pasó mucho tiempo sin que tuvieran que sosegarse D. Gonzalo y su familia con los socorros de Rosa. Andaba de boca en boca que la milagrosa Imagen había de sacarse del Oratorio de D. Gonzalo, y ser colocada en lugar decente y público donde todo el pueblo pudiese venerarla, porque lo portentoso de tal Efigie pedía como de justicia lugar más digno que un oratorio privado. Este rumor, aunque sin fundamento, traía muy afligidos al Contador, á su mujer y á las hijas; toda vez que llevaban muy á mal perder tan rico tesoro, instrumento de gracias y de favores, salud y remedio de la casa—según testimonio de Rosa. Como ésta honraba á D. Gonzalo y á su mujer cual otros padres, luego que echó de ver el desasosiego é inquietud que se habían apoderado del ánimo de D. Gonzalo, le tranquilizó con estas

palabras: «En nada dude, Padre mío, le repito que no tema; pues el Salvador del mundo benigno y favorable no ha obrado estas maravillas para irse luego de casa: El se ha de servir de estarse muy despacio con nosotros; esté V. de esto muy cierto. Pues que si este nuevo milagro había de ser causa para quitar de aquí la Santa Imagen, todo el Oratorio y todas las imágenes que tiene es fuerza que se llevasen; pues muchas de ellas compiten en hacernos beneficios, y obran secretos prodigios.»

Estaba en el altar, entre otras, la pintura del Niño Jesús muy agraciado y obra de un buen pincel, la cual le llevaba amorosamente los ojos. No obstante ser tanta su cautela y su modestia, no podía disimular los íntimos y vivos afectos que en su corazón despertaban. Doña María de Usategui con mucha prudencia alcanzó de Rosa el misterio que estaba escondido en aquella Imagen; toda vez que después de mil rodeos logró de nuestra Santa que con ingenuidad le dijera lo siguiente: Que *siempre que la miraba se encendía y abrasaba con nuevas llamas de amor y de gozo increíble;* que *el corazón le daba saltos alborozado y se le inflamaba el espíritu; porque le parecía que aquel Divino Niño con blanda sonrisa la saludaba;* que *le arrojaba como flechas y rayos suaves que le traspasaban el alma,* y que *le parecía que sacaba los pequeñitos brazos fuera de la pintura, haciéndole ademán de salirse del cuadro para echárselos al cuello y abrazarla estrechamente.* Diciendo esto, ardía en fervores; y sin poderse contener levantaba la voz exhortando á D.ª María, diciendo: «Ea, madre mía, estime en mucho este Niño celestial, sirva muy de veras á este Señor, déle veneración y culto, tribute amores á este Rey de la gloria, que sin cesar desde esta pequeña Imagen nos concede tantos dones y tan crecidas mercedes; dispuesto á darlas mayores, si queremos recibirlas.»

Tratando del sagrado rostro de Cristo, de que antes hemos hablado, decía que *era todo su deleite y gusto,* que *al mirarle le daba nuevo ser y nuevas fuerzas,* que *experimentaba en sí afectos muy semejantes á los que comunica Cristo en el Santísimo Sacramento,* y que *ella los sentía en el cuerpo y en el alma.* Arrasada en lágri-

mas, se lamentaba de que fuesen tan pocos los que aman con verdad y con afecto á un Señor tan bueno; añadía que *este dolor le parecía intolerable*, y que *deseaba no ser mujer, otras fuerzas, ser varón fuerte y elocuente para predicar y persuadir á todo el orbe sólo el amor de Jesús*. Estos mismos sentimientos había tenido en otro tiempo su Seráfica Madre y Maestra Santa Catalina de Sena.

No obstante ser tan conocidos estos excesos de amor, reprendía Rosa su tibieza, porque no amaba más á su Dios y Señor. En esto se cifraban los deseos de Rosa: *Amar á Cristo Nuestro Señor;... amor, amor y más amor.*

CAPÍTULO XI.

Devoción de nuestra Rosa á la santísima Cruz: Singular caso que le sucedió.

Entre las muchas devociones con que se santificó nuestra esclarecida Virgen debe contarse y en primer lugar la devoción á la santísima Cruz; porque desde sus primeros años comenzó á seguir al Señor cargado con ella. Constituía todo el ornato de su solitaria celdilla una cruz de madera, porque así se le representaba más al vivo el suplicio del Calvario. Los de su casa observaban por las quiebras y resquicios de la puerta con cuanta ternura imprimía suavísimos ósculos en el sagrado madero... Era de ver con cuantos suspiros y ardientes ansias adoraba la santísima imagen de la Cruz, que sirvió para lograrnos la redención y abrirnos las puertas del cielo.

Si veía en los templos, en las capillas ó en las casas la imagen de la Cruz, la saludaba con mirada triste y fuertes gemidos. En toda conversación, en todo concurso y compañía, si veía una Cruz, érale una encendida flecha de amor por considerar que en ella y por ajenos delitos padeció afrentosa muerte el Señor de cielos y tierra. Las más visibles

demostraciones de afecto se le revelaban en la Cuaresma, cuando la Iglesia la presenta á la veneración de los fieles. El Viernes Santo, desde que la descubrían hasta que la llevaban, le tenía clavados los ojos y traspasado el corazón; se estaba junto á ella inmóvil, y á medida que iba quedándose á solas, acercábase más y más, y deshacíase dándole muy tiernos besos. Toda su contemplación, su amor y sus delicias eran la Cruz; ni hablaba más que de la Cruz, ni quisiera que todos tratasen más que de amar y adorar la Cruz; de modo que bien pudiéramos darle el nombre de *Rosa Esposa de la Cruz*. Miraba y veneraba con especialísimo amor y devoción las que le salían al paso; aunque no fuesen de las que ordinariamente veneramos, sino que sólo las semejasen algo en la forma, como las que hacen las listas de las puertas y rejas de las ventanas, las vigas ó las paredes, las pajas ú hojarascas. Parece que con disposición más que humana obra naturaleza en este punto... Apenas se ve obra suya en que no se represente la Cruz y dispierte la memoria de los hombres para que sepan agradecer la vida que tienen por virtud del sagrado Madero.

Al encaminarse á la iglesia, solía acompañarla uno de sus hermanos llamado Fernando. Cuantas cruces nuestra Virgen veía en el suelo (ya fuesen de paja, de serojas ó de otra materia), otras tantas se bajaba á deshacerlas para que con su hermano no las pisasen. Eran sinnúmero las que encontraba; resultado que perdían mucho tiempo detenidos en la calle por esta santa veneración. Con esto su hermano, enfadado, díjole cierto día: «¿Piensas tú que es decente que una doncella se quite el manto de la cara y se abaje al suelo tantas veces para deshacer con necio trabajo las pajuelas que están atravesadas? ¿No ves que es ocioso y ridículo afán el que has emprendido, y que el premio de esto será que te tengan por simple y necia, haciendo burla y risa de ti?» Mas todo grave y modesta respondió nuestra Virgen: «¡Ay, hermano! ¡qué me atormenta mi corazón el ver que esté en el suelo despreciada y pisada la imagen de la Cruz, aunque sea en tan ruda materia, cuando en ella con el precio inestimable de su vida nos redimió el inocente Cordero! Bien sé que sin escrúpulo y sin culpa, porque es sin reparo

si la pisan los que pasan; pero no quisiera que les molestara mi devoción. No me importa nada que se rían, hagan burla de mí y piensen lo que se les antojare, que en cuanto yo pudiere he de procurar que ninguno pise lo que fuere sombra de la Cruz de mi Señor. Fuera de que, aunque te parezca á ti y á los demás que es esta ocupación pueril é impertinente, á mí me mueven unos ardores tan vivos, unos estímulos interiores de amor tan grandes, que no me puedo ir á la mano en no hacer esto que ves, y he menester desahogarme y templar este fuego de mis afectos que descansan con esta veneración y obsequio.»

Consecuencia de esta devoción, le sucedió un hecho verdaderamente milagroso. Había plantado en su huerto tres pies de romero que con varios céspedes dispuso en forma de Cruz, semejando al pie el monte Calvario con los terrones que rodeaban las matas. Era gran consuelo para la Virgen ver entre las hermosas flores y odoríferas plantas que se le ofrecía continuamente á los ojos la Cruz de su Redentor. Fué agradable vista para muchos devotos el nuevo artificio de amenidad que había felizmente crecido regándole la gracia del Señor, y asistiéndole el diligente cuidado de tal jardinera. Mas de estas tres plantas solamente le quedó una; puesto que la Virreina pidió una, y su Confesor el P. Maestro Fr. Alonso Velázquez otra. Aunque procuró cultivar en su jardín y con singular diligencia la planta de Rosa; mas como faltaba la propia jardinera, marchitóse á los pocos días. Sintiólo con extremo grande la Virreina; súpolo el Padre Velázquez, quien lo dijo á la virgen Rosa, lastimado de la pesadumbre de tal señora. Sonrióse nuestra Virgen, y le dijo: «Estas cruces no pueden medrar entre las vanas pompas de palacio ni en el comercio del mundo, y por eso se malogran y marchitan; pero aunque esté así, haga V. P. que no la arrojen, sino que me la traigan.» Hízose así, trajéronsela, volvióla á su huerto; y á los cuatro días que en él estuvo, reverdeció y arrojó hermosos cogollos y flores, copándose de verdes y olorosas hojuelas; correspondiendo agradecida á la nueva cultura de Rosa. Adornó la Virgen la renovada Cruz con particular cuidado, rodeándola de muchos Angeles formados de corazón de higuera, dispuso artificiosamente

una pequeña imagen de la Magdalena postrada al pie de la Cruz, y así aliñada y vestida de verdores, la volvió á remitir el Confesor á la Virreina, la cual no acabó de admirarse al ver que su romero antes marchito y seco, había vuelto en manos de Rosa y tan brevemente á su primer estado. La Virgen, empero, atribuía todo lo que con singular maravilla se había obrado á la virtud y gloria de la Cruz, acordándose de que también Santa Catalina de Sena solía usar de esta traza para excusar vanidades.

CAPÍTULO XII.

Singular devoción de nuestra Santa al Santísimo Sacramento.

Las dichosas almas entregadas á la vida espiritual viven con este Sacramento, no sólo porque es vida del alma, sino también porque es Sacramento de amor. Y aunque el amor suele hacer á los amantes iguales, y cuando es grande engendra cierta libertad y llaneza en el trato; sin embargo, tratándose del amor de la criatura para con su Criador, y considerando el alma por amante que sea la grandeza de Jesucristo en el augustísimo Sacramento del Altar, no puede dejar de ver la inmensa distancia que media entre ella y Jesús, y sentir por consecuencia santo temor de acercarse á Majestad tan grande. Penetrando con las luces de la fe y de la religión en los dos grandes pensamientos: *¿Quién sois Vos? ¿Quién soy yo?* queda el alma abismada en lo más profundo de la humildad, viendo su miseria y pequeñez; y al mismo tiempo concibe una grande idea del amor de Jesús, quien, no obstante nuestra miseria, impulsado de su amor hacia nosotros quiere venir á socorrernos y enriquecernos con sus divinos dones. De aquí aquellos afectos de profunda humildad con los cuales el al-

ma amante de este divinísimo Sacramento se reconoce indigna de acercarse á la Sagrada Mesa; de aquí aquellos afectos tiernos de amor para unirse íntimamente con el amable Jesús que tanto nos ama, y al mismo tiempo aquella reverencia y sagrado temblor al ver tan cerca de sí á la Divina Majestad, porque precisamente requiere este augusto Sacramento para que lo recibamos: *Humildad, reverencia y amor.*

Preparó Dios este divino manjar para los pobres de espíritu, esto es (según expone el Santo Padre San Agustín), para los humildes y temerosos de Dios, depositando en El toda su dulzura. Aunque quiere que traigamos á la memoria lo que dijo á San Agustín: *Soy alimento de grandes; crece, y me podrás comer;* con todo, Rosa aun no había pasado más allá de los años pueriles y ya se alimentaba con este Pan de los Angeles, porque ya experimentaban sus Confesores que el espíritu de su penitente estaba ya muy crecido en virtud y santidad. Así pudo tomar asiento en tan sagrado Convite; y hasta con la competente aprobación alimentarse dos veces cada semana con este divino manjar. Quisiera ella que fuese con más frecuencia; pero no daba lugar el no serle entonces permitido ir á la iglesia sin que la acompañase su madre. ¡Bien! exclamó el melifluo Bernardo en espiritual júbilo: *Los que te gustan ¡oh manjar del Cielo! siempre quedan con hambre;* pues en Rosa crecía esta hambre cuanto más se alimentaba con este celestial bocado, obligando á los Confesores á que en mayor edad le diesen licencia para comulgar tres veces cada semana. Ni esto bastaba á satisfacer sus ardientes deseos; pues en las fiestas de mayor solemnidad ó en los días de particular oración ó rogativa se lo permitían cuatro ó cinco veces durante la semana. Cuanto más los Confesores apreciaban los quilates de su espíritu, con más facilidad le concedían el permiso, del cual ella se hacía cada día más merecedora, como lo atestigua el que depusieron unánimes en el Proceso, que *siempre habían hallado tanta limpieza en su conciencia, tanta pureza, tanta hambre de la Sagrada Eucaristía y tan robusto fervor de devoción, que no se atrevían á dilatarle las Comuniones.* Además le concedieron que se

llegase á la Sagrada Mesa todos los días de la octava de la Resurrección y del *Corpus*. Y entonces por huir del aplauso humano variaba todos los días las horas de la Comunión por no ser notada de singularidad; y ponía en eso grande atención y cuidado, teniendo muy presente el consejo de San Gregorio el Grande, que *para no perder el celestial tesoro es necesario esconderle*, y que *el que obre lo que es poco frecuente causa admiración en todos.*

Y aquí es muy digno de notarse que cuantas veces nuestra Virgen se llegaba al divino Convite, otras tantas se confesaba sacramentalmente, no por cumplimiento, no apresuradamente, sino con aquella solicitud de examen, con aquellos estímulos y sentimientos de contrición verdadera, con tales gemidos y lágrimas, que no hiciera otro tanto á no haberle frecuentado de mucho tiempo. El día antes de la Comunión mortificaba con más aspereza el delicado cuerpo con disciplinas y riguroso ayuno, para que á la venturosa hambre del espíritu acompañase la del cuerpo. A fin de recibir dignamente á su Divino Esposo, adornaba el secreto tálamo de su espíritu con fervorosos afectos de reverencia, humildad y ardientes deseos; encendía resplandecientes antorchas de piadosas meditaciones, sirviéndose del libro de oración del V. P. Luís de Granada; perfumaba el retrete de su corazón con preciosos olores de abrasadas aspiraciones, y recogía todas sus fuerzas y potencias para que se ocupasen en servir y agasajar al amado Huésped que al día siguiente había de visitarla. En estos santos ejercicios empleaba tanta diligencia y cuidado, como si en todo el discurso de su vida sólo aquella hubiese de comulgar. Al llegarse, empero, á la Sagrada Mesa, eran tantos los ardores de devoción de nuestra Virgen, atentísima en tratar dignamente al Divino Sacramento, cuanta la composición y modestia con que se acercaba. Cuán grande era el incendio de su espíritu ferviente, no se puede significar, sino delineando y trasladando aquí la historia que describe el modo que observaba Santa Catalina de Sena cuando recibía este altísimo Sacramento; mas para conseguir esto con el estilo que pide la materia, sería necesario manejar la pluma y pincel de un Angel. No permitió el Altísimo, empero, que esto

quedase del todo oculto; pues efecto de los volcanes de amor en que ardía nuestra Virgen, al recibir la Sagrada Hostia se vió muchas veces que su rostro despedía vivos destellos de luz, dando claros indicios de la viva llama que ardía en su pecho.

Un día, segundo de Pascua del Espíritu Santo, celebrando la Misa en la capilla del Rosario el P. Antonio Rodríguez, estaba Rosa de rodillas junto al comulgatorio para recibir con otros fieles á Cristo Sacramentado. Cuando llegó á ella el Sacerdote con la Santísima Hostia, vió el rostro de la Virgen despidiendo llamas; causóle pavor y recelo caso tan peregrino, porque no alcanzaba por entonces lo que podía significar tan admirable y súbito portento. Repetidas veces al contacto del Divino Sacramento se encendía de repente en el interior de la Virgen una hoguera de amor tan vivo, que hasta lo exterior del rostro convertía en lucero resplandeciente, arrojando vivos rayos de luz. El Maestro Fr. Luís de Bilbao, comulgando á Rosa en la misma capilla después de la Misa, advirtió muchas veces que tenía el rostro bañado de celestiales resplandores, de tal manera, que no pudiendo sufrir los ojos tan vivos destellos, le temblaban los párpados como si tuviera el sol á la vista, viendo su rostro maravillosamente transformado en angélica belleza. El Maestro Fr. Juan de Lorenzana (Director de la Santa), por haber visto estos resplandores comulgando á la Virgen, determinó penetrar su espíritu con más intimidad, y dirigirla hasta la muerte por la senda de la perfección. El P. Fr. Bernardo Marqués, siendo novicio y ayudando á Misa en la capilla del Rosario, llevando el vaso para dar la ablución á los que habían comulgado, como era allí costumbre, veía que cada vez que lo daba á Rosa salían llamas de su rostro como de un horno encendido, de tal suerte que alguna vez temió que no se abrasara la mano al entregárselo ó tomarlo luego de usado. Pero entonces, ignorante del misterio por sus pocos años, se contentaba con admirarse y callar; quince años después de la muerte de nuestra Santa, ya sacerdote, refirió con juramento el prodigio. Y dijo más: que *de tan sagrados ardores iba también entrando en fervor, participando de él su corazón, aunque tan jo-*

ven y rudo en la vida espiritual, concibiendo especial y maravillosa veneración al Santísimo Sacramento que tenía presente, viéndolo recibir con tanto fervor y religión.

CAPÍTULO XIII.

Nuevos fervores con que proseguía Rosa en el amor al augustísimo Sacramento.

Quiso Dios por estas señales exteriores y sensibles que quedan dichas en el capítulo anterior, que de algún modo llegase á la noticia de los hombres cuán crecida era la llama que ardía en el pecho de nuestra Santa. Cuando entraba en ella corporalmente aquel Señor que vino al mundo con el fin de prender fuego en los corazones, parecíale que estaba entre Serafines, que son puro incendio de amor; de aquí los admirables efectos que hemos referido, propios de este Divino Sacramento, y tan singulares que sólo los conoce la venturosa alma que se dispone para recibirlo dignamente. Por mandato de sus Confesores, la obediente Virgen ponía no pequeño conato en dar á entender algunos de los muchos y admirables afectos de que gozaba, pero al querer explicarlos no hallaba palabras que pudiesen representarlos como ellos eran: alegaba la pobreza del lenguaje humano; disculpábase con que no le ocurrían voces dignas de las obras que produce en las almas puras, y no sabía hablar de estas materias sino afirmando que eran del todo inefables. Mas para no ocultarlos del todo, decía que *de la virginal carne de Cristo se difundía en su alma cierta admirable mansedumbre del celestial Cordero, y juntamente se fortalecía su espíritu con desusados bríos infundidos por tan santo alimento;* que *sentía nuevas fuerzas, y se hallaba saciada y satisfecha, transformán-*

dose su espíritu por amoroso afecto en el de Jesucristo con modo inaudito, por ser sustento suave, poderoso y eficaz para convertirla en sí; y que *durante esta dicha le parecía que amanecía en su corazón una apacible serenidad de más alta y encumbrada esfera que la que podemos imaginar; una paz y tranquilidad libre de borrascas y tormentas tal y tan subida, que no hay comparación con que pueda explicarse.*

En llegando á tratar de la inmensidad del gozo que resulta en el alma de la estrecha unión con el Esposo amantísimo, de la eminencia altísima, de la fruición, del sabor espiritual de dulzura verdadera de este Maná soberano cuando se gusta en su misma fuente; cuando trataba de la riqueza de este fruto del cielo, de la abundancia que en sí contiene, del regalo y de las delicias que sólo allí se hallan juntas, excediendo á cuantas acá gozamos: estimaba por poco significativas cuantas voces tiene nuestro rico idioma, y avergonzábase de echar mano de palabras, pareciéndole que lo más acertado era enmudecer ó sólo insinuar que no hay gozo, alegría ni júbilo en este mundo, que ni por sombra se asemeje al gusto que se percibe en el delicioso Convite del Altar. *Allí,* decía, *es donde la infinita hambre del alma puede saciarse completamente; pues se halla puesta la mesa, y en ella un Convite y alimento digno del mismo Dios. Éste es un manjar de hijos; como á niño tierno le aplica la boca á los pechos y corazón el Verbo encarnado, que sólo llena de todo bien á los espíritus hambrientos.* Todas estas altísimas razones había oído de la Virgen su Confesor el P. Maestro Lorenzana, quien administrándole en la última enfermedad el Sagrado Viático, cuando arrobada en éxtasis pasaba la Forma poco á poco, díjole estas breves razones: «Goza ahora, hija mía, de tu Divino Esposo, y á solas con Él recibe á manos llenas las delicias de su presencia, que sin duda es dulcísima; pídele que, como otras veces suele, te llene ahora de sus bienes con mano liberal.»

También otro Confesor de la Virgen refirió que solía decir nuestra Santa que *al comulgar le parecía recibir en su pecho el mismo Sol,* y que *este divinísimo Sacramento cau-*

saba en su alma los mismos efectos que causa en la tierra el sol que ilumina nuestra esfera. Con su calor y con su luz se sentía su alma adornada de flores y frutos de virtudes, del mismo modo que el sol con su calor vivifica las plantas, las hace crecer, que rompan las flores y sazonen los frutos. El sol, decía, *alegra las aves que con sus trinos le saludan cuando nace, vivifica los animales y plantas, enciende en ardores y dora los más remotos ángulos del globo: nada puede esconderse á la influencia de su calor.* Todo esto y mucho más obraba en el alma de nuestra Santa la real presencia del verdadero Sol de Justicia, Jesucristo Nuestro Señor; y acaso por esta causa le fué concedida por especial privilegio que las especies sacramentales se conservasen muchas veces en su estómago siete y á veces ocho horas, para que en aquel prolongado tiempo el devoto pecho cobrase calor con la presencia de este Sol divino, y se vivificase con la unión estrecha de este Sacramento que es todo vida.

Para que estos admirables efectos no quedasen del todo ocultos, proveyó Cristo de fortaleza y hartura al cuerpo de nuestra Santa. Su madre tuvo ocasión de verlo muchas veces. Cuando iba á la iglesia á comulgar, efecto de los ayunos, disciplinas y vigilias con que se preparaba, quedaba nuestra Virgen tan flaca y desfallecida, que no podía dar un paso sin perder el aliento, y así se veía obligada á pararse y sentarse en los portales para cobrar fuerzas; mas regresando del templo después de haber comulgado, venía tan otra, eran tantos sus alientos, aceleraba el paso de tal suerte, que dejaba atrás á su madre y la animaba á que la siguiese, como si hubiese de caminar hasta el monte Horeb cual otro Elías... ¡Tal era la fortaleza y virtud que el divino manjar le comunicaba!

Respecto á hallarse saciada y satisfecha corporalmente, no podemos abrigar duda alguna; puesto que la misma Virgen lo manifestó no sólo á sus Confesores, sino también á los de su casa. En volviendo á ella después de haber recibido la Sagrada Comunión, una vez quitado el manto, se iba en derechura á un aposento secreto, y en él meditaba hasta muy entrada la noche y muy despacio la grandeza

del beneficio que había recibido, sin salir á que nadie la viese ni menos que la hablaran. Rogándole tal vez que comiese un bocado, atendiendo á que el ayuno con que se disponía el día antecedente, la tenía debilitada y sin fuerzas, y que necesitaba repararse, y que siendo domingo no debía ayunar; respondía que era tanta la hartura que había percibido en la Mesa divina, que no podía su estómago admitir otros manjares, de tal modo que sin hacerse mucha fuerza no podía pasar un bocado de pan ni una gota de agua. Diéronle licencia los Confesores para que en una octava entera comulgase todos los días... Pues bien; todos los pasó sin comer ni beber, quedando enteramente satisfecha con el Augusto Sacramento; porque no sólo le quitaba el apetito de otros manjares, sino también hacía incapaz el estómago para recibirlos.

Algo tocamos acerca de la gran veneración que tenía Rosa al Divino Sacramento, cuando se consagraba en la Misa ó cuando en alguna iglesia estaba de manifiesto. Oía todas las que se celebraban en el templo de los Padres Predicadores; estábase allí hasta el medio día con tal recogimiento y quietud como en su centro; y no hay duda que lo era para ella la Sagrada Hostia. Donde quiera que podía descubrirla su vista, allí se le iba el corazón, llevado de dulce atractivo del amor; de modo que se le pasaban horas enteras, suspensa en mirar á Jesús en el Sacramento del Altar. Conocidos y los que no lo eran pasaban por delante de la Virgen casi tropezando con ella; mas á nadie miraba, sólo atenta á los Divinos Oficios. En las *Cuarenta Horas* obraba de la propia suerte; desde la mañana hasta la tarde se estaba de rodillas, olvidada de comer y beber y contentándose con las delicias y júbilo de que gozaba su espíritu con la presencia corporal de su amante Esposo. Así también pasaba en la iglesia los ocho días de la octava del *Corpus,* causando grande admiración á sus Confesores, que no alcanzaban como un cuerpo tan extenuado con vigilias y penitencias pudiese tener fuerzas para genuflexión tan prolija, tan continua y tan penosa, sin arrimar el cuerpo á ninguna parte; y esto con estar todo el día en ayunas.

En los últimos cuatro años de su vida, todo el tiempo que

se adora el sacratísimo Cuerpo de Cristo encerrado según costumbre en el Monumento, ni aun de noche se ausentaba Rosa del sagrado túmulo, estando siempre de rodillas hasta el Viernes Santo, según dijimos ya en el cap. XII de la PRIMERA PARTE. En este intervalo, olvidada de todo, no pensaba ni en el hambre, ni en la sed, ni en el cansancio. Toda su ocupación era con el Amado; y con tal veneración y reverencia, que en aquellas veinticuatro horas ni se atrevía á sentarse en su presencia ni á descansar un punto, arrimando á la pared el fatigado cuerpo.

CAPÍTULO XIV.

Prosigue el asunto del capítulo anterior, y como Santa Rosa deseó padecer martirio por la defensa de la fe en el Santísimo Sacramento.

No era menos diligente nuestra Santa en rendir culto reverente al sagrado misterio de la Eucaristía cuando estaba en el templo, que cuando fuera de él. Si oía las campanas al azar en las Misas ó su repique en las solemnidades, no podía disimular la alegría ni los saltos que le daba el corazón, sintiendo efectos admirables con la memoria del Dios vivo que se ofrece en el altar sagrado. Aparecían en su rostro los colores más vivos, y regocijábase su espíritu en Dios su Salvador. No podía verse harta de oir alabanzas y sermones panegíricos de este inefable misterio, y los que una vez oía, repetíalos después de algunos años casi con las mismas palabras con admirable felicidad de memoria. Por esta causa ningún trabajo de manos le era más gustoso que el que empleaba en adornar el altar, el tabernáculo ó el monumento. Ponía gran solicitud en componer y limpiar los corporales, las cortinas de seda de los altares, los tafetanes para cubrir el cáliz, los manteles y cuanto sir-

ve para el incruento Sacrificio; y esto con tanto afecto de devoción como primor de su habilidad é ingenio; y no contenta con las flores naturales, arreglaba ramilletes de flores artificiales muy costosos y de delicado gusto. No llevaba á bien la madre esta devoción; pues quisiera que gastara menos tiempo, y que lo emplease en hacer labor con que se fuesen ayudando y aliviando las necesidades de la familia. Atendiendo á esta queja, Rosa hurtaba por la noche algunas horas al descanso para gastarlas en el ornamento de los altares. Mas esto tampoco pareció bien á su Padre espiritual, acaso porque se lo insinuó la madre, temiendo que las fuerzas de su hija no podrían sobrellevar tanta carga; por lo que respondióle con grave mesura: «No quisiera me tuviera en opinión de tan delicada, que gastar una noche en servicio de mi Esposo piense que es demasía ó que me ha de hacer daño. ¿Qué mujer hay tan dejada ó tan perezosa que haga melindres de pasar una noche en pulir las galas de su marido, para que el día siguiente salga lucido á la plaza y decente á los ojos de sus conciudadanos?»

Finalmente, tal era el afecto que tenía al augusto sacramento de la Eucaristía, que más quisiera gastar la sangre de sus venas, derramándola en su defensa, que ofrecerle flores ni ramos artificiales.

No tardó mucho en llegar ocasión. Descubrióse una formidable armada de Holandeses el año 1615, por el mes de Julio, poniendo en cuidado y temor á los habitantes de las costas del Perú por tan inopinado arribo. Llegaron los buques á dar fondo á vista del puerto del Callao á los 22 de Julio. Reconocieron los nuestros las velas enemigas; dieron al punto aviso á Lima, y con santo acuerdo mandó el Arzobispo que se descubriera el Santísimo Sacramento en todas las iglesias para implorar del Señor de los ejércitos oportuno auxilio contra los enemigos de su *Dios,* de su *Patria* y de su *Rey*. Tocó al arma la ciudad, y repartiéronse los escuadrones entre sacerdotes y seglares, porque era hereje el enemigo; las mujeres y los niños se fueron á los templos á pedir misericordia.

Rosa, que había acudido al Convento del Rosario, á donde concurrió tanto tropel de mujeres que apenas cogían en la

iglesia, estaba discurriendo que si aquellos herejes llegaban á Lima, no habían de guardar la menor reverencia al Santísimo Sacramento, antes bien, como mortales enemigos de este Augusto Misterio, llegarían con sus sacrílegas manos á arrojarle en el suelo, y á pisar al Señor que reverencian los Angeles, á quien obedecen los cielos y dan gloria los elementos. Llegó en esta ocasión la triste nueva de que ya habían desembarcado, y que venían á Lima en bien ordenados escuadrones. Desmayaron con natural cobardía las mujeres; y unas dando gritos y otras huyendo á sus casas, salieron de la iglesia llenas de terror, pareciéndoles que ya el enemigo estaba á las puertas... ¡Sólo Rosa estuvo con ánimo invencible esperando, pareciéndole que ya llegaba la deseada y venturosa hora de padecer martirio! Entróse en la capilla de San Jerónimo, llevando consigo algunas amigas con las demás Beatas; y allí con la misma constancia y valor les dirigió una breve y discreta plática, animándolas y exhortándolas al martirio, para ser víctimas cruentas por la Víctima incruenta de los altares. Hecho esto, con notable fervor y denuedo se levantó y recogió el hábito con la correa hasta dejar descubiertos los talones, arrojó los chapines, y se puso en ademán de esperar al enemigo, mirando ora á su dulce Esposo, ora á la puerta de la iglesia.

Sus amigas, que atónitas la estaban observando, le preguntaron á qué fin hacía estas prevenciones; mas la Virgen respondió: «Pongo faldas en cinta, disponiéndome á la pelea; no quiero que me embarace el vestido, pues he de luchar y morir por el Divino Sacramento. Así mas ligera y expedita subiré sobre el Altar, y allí expondré mi cuerpo como un escudo, para que reciba los golpes y heridas que tiraren los herejes al cuerpo de mi Señor Jesucristo, sin apartarme un punto, hasta que con las lanzas y espadas de los impíos enemigos de la fe, pasado por muchas partes el cuerpo, caiga muerta en el altar. Yo rogaré á los herejes que no me quiten de un golpe la vida, sino que poco á poco y con lenta crueldad me vayan dividiendo cada miembro en pequeñas partes, para que todo el tiempo que en esto se ocuparen, se detengan en ejecutar las injurias que temo ¡ay de mí! han de hacer después á mi dulce Esposo que

está presente.» Del centellear de los ojos, de lo grave de su rostro, del tono brioso de su voz heroica, y del gesto y disposición de la animosa Virgen, se podía colegir fácilmente que por defender al Cordero Eucarístico del Altar daría toda su sangre, toda su vida. Las amigas que la rodeaban, aunque lo veían por sus propios ojos, no acababan de creer que era doncella tierna y delicada y vivo dechado de mansedumbre la que con tanto ánimo las había hablado. Admirábales ver que joven tan modesta estuviese en público con tan santo desembarazo, terciando el manto á los hombros, puestas de corto las basquiñas, arrojados los chapines, desembarazados los brazos y armada sólo con las cuentas del Rosario; y con esperanza viva del martirio, que había de unirla con su amado Esposo.

Pero mientras estaba esperando el combate, y animaba á sus compañeras con palabras y ejemplos, llegó aviso de que el enemigo se había retirado de la playa y engolfado en el Océano; porque el Almirante, acometido de pronto por mortal accidente, había dado señal de recoger. Murió á pocas horas, y le enterraron los suyos en una peña que hace frente al puerto del Callaó.

Faltó, pues, según lo que llevamos dicho, no el ánimo de Rosa al martirio, sino el martirio tantas veces deseado. Lloraba en varias ocasiones amargamente, considerando que por la condición de su sexo no podía buscarle en las regiones más remotas y más bárbaras; era grande el sentimiento que tenía por no haber nacido en tiempos ó lugares donde la persecución de los tiranos bañaba de sangre los anfiteatros y las plazas; parecíale inestimable la felicidad de los que alcanzaron aquellos tiempos, y pudieron firmar con la última gota de su sangre las verdades católicas de la fe que profesaban; decía muchas veces, despidiendo tiernos gemidos, á D.ª Francisca Hurtado de Bustamante, con quien trataba familiarmente: *¡Oh! si tuviéramos alguna traza ó modo para hacer una fuga á las provincias de los bárbaros, y que los idólatras nos quitasen con crueldad la vida por amor de Cristo;* finalmente, cuando no podía más, entretenía sus deseos imaginando varios géneros de tormentos que deseaba padecer por su celestial Esposo. ¡Así in-

tentaba con San Ignacio Mártir ser pan puro de Cristo después de verse como trigo molido con los martirios (1), para corresponder de su parte con la caridad y amor que obligó á Jesús, que es Pan de los Angeles, á hacerse pan y alimento de los hombres!

CAPÍTULO XV.

De lo mucho que Santa Catalina de Sena favoreció á su gran devota Santa Rosa.

Siendo tan favorecida nuestra Virgen de aquel Señor que es la misma bondad y la fuente de todo bien, y siendo tan cordialmente devota y fiel imitadora de las virtudes de su Seráfica Maestra Santa Catalina de Sena; nada más natural que, viendo ésta en nuestra Rosa su vivo retrato, interpusiese á su favor su valiosa intercesión para favorecerla. Así es que se le aparecía frecuentemente y trababa con ella tan familiar conversación, como solía serlo la de Moisés con el Señor; y aunque por sus virtudes era voz común en Lima que era otra Catalina, los que con cuidado en todo la reparaban, lo confirmaban más y más. Mientras estaba leyendo su Regla se le apareció tan grande Santa, y departieron ambas en amigable compañía. Merecía estas finezas la virgen Rosa por el mucho amor que le tuvo, por haberla escogido por Maestra, por haber hecho más célebre su nombre y por haberle servido con mucho trabajo y asistencia.

Hay en Lima una ilustre Cofradía de Santa Catalina de

(1) Cuando oyó San Ignacio Mártir rugir á los leones, deseoso de padecer, decía: «Trigo soy de Dios; debo, pues, ser molido entre sus dientes, para llegar á ser un pan puro de Cristo.» (Patrología de D. Miguel Ius).

Sena en el Convento del Rosario, que tiene muchos años de fundación y una hermosísima imagen de la Seráfica Santa. Tres veces al año la sacaban en solemne procesión, vistiéndola y adornándola con ricas joyas. Tuvo á su cuidado el vestirla y adornarla la virgen Rosa, porque no se halló quien con más ingenio y aseo lo hiciera, y con más cuidado; pues durante muchos años que tuvo este cargo, jamás se perdió nada... cosa que á todos pasmaba y se creyó singular prodigio. Todo este cuidado nacía de su tierna afición á la Santa, y le fomentaba y aumentaba su amor para con tan Seráfica Maestra. La acompañaban para vestir la Santa Imagen dos ó tres amigas suyas y Beatas de la misma Orden, y al vestirla Rosa todo su cuidado era estar cerca de la Imagen; y al ponerle las tocas, el hábito y las joyas, le besaba las manos y los pies con mucho cariño y decíale muchos amores, como si la tuviera viva á su presencia.

Cierta vez dijo, aunque en bajo tono y entre ardientes suspiros, las siguientes palabras: *Bien sabéis, dulcísima Madre mía, que si mi caudal fuera de quince ó dieciséis pesos, os vistiera yo según mi genio con un hábito más nuevo, más jarifo y más blanco.* Poco después de haberlas pronunciado y cuando menos pensaban sus compañeras, llegó una criada de la ilustre señora D.ª Jerónima de Gama con la cantidad de dinero que deseaba y con un billete que decía así: «Mi querida Sor Rosa: Considerando que ahora es el tiempo en que estás todo empleada en vestir y adornar la imagen de Santa Catalina de Sena, te remito estos dieciséis pesos con que al presente me hallo, para que los gastes en lo que más gustares para adorno de la Santa Imagen. Dios te guarde.» Leyólo Rosa, y levantando los ojos al Cielo dijo: *Oh suavísimo Jesús mío, y qué fiel amigo sois.* Compró al punto tafetán doble que competía con la nieve en su blancura, y además lo necesario para vestirla de nuevo. Entre tanto y mientras se ocupaba Rosa en coser y pespuntar el escapulario, envió á Felipa de Montoya á la pieza donde estaba la Sagrada Imagen, para que trajese un ovillo de seda. Fué ésta con diligencia, y vió que el rostro de la Santa Efigie resplandecía con vivos rayos de luz; entonces volvió apresuradamente, para dar

noticia á Rosa del nuevo prodigio. No le admiró, antes respondió muy sosegada: «¿No echas de ver, hermana, con que señas tan claras se digna de aprobar nuestra Seráfica Maestra el pequeño obsequio que le estamos haciendo? Agrádale mucho que las dos nos ocupemos con tanto gusto en componer y aliñar su escapulario.»

Otra vez para vestir también la imagen de Santa Catalina de Sena, había llamado Rosa en su ayuda con otras amigas á María Eufemia de Pareja, viuda, en ocasión en que una ama que le criaba un hijo no podía darle el pecho por temor de que no se pegasen al tierno infante unas fuertes calenturas que padecía. Con todo fué á acompañar á Rosa, porque la había llamado; vistieron la Santa Imagen, y quedaron con tanta fatiga, que Rosa les dijo: *Bien pueden, señoras, ir á tomar un poco de aliento y dar un paseíto, porque verdaderamente se han cansado.* A lo que respondió con mucha tristeza la señora afligida: *¿Descansar, me dices, con el pesar que tengo y que me aguarda en casa? Antes quisiera yo que pidieses á la Seráfica Madre, pues tanto puedes con ella, la salud de mi ama, que importa mi vida, porque importa la de mi hijo.* Vino en ello Rosa, y volviéndose á la Sagrada Imagen le dijo: *Y dime tú, gloriosa Madre mía, ¿por ventura no estás mirando el amargo desconsuelo de esta señora, tu devota? Yo te ruego que socorras esta necesidad, y no dilates el consolarla; ahora sabré yo lo que estimas las llagas del Redentor, pues por ellas te suplico y pido con todo encarecimiento que le alcances la salud á la enferma;* y dijo luego á la viuda que tuviese mucha confianza en Dios y en que la Santa Madre alcanzaría lo que le había pedido. Así lo hizo ésta, porque habiéndose despedido se fué llena de confianza á su casa, y al entrar visitó luego á la enferma, y la halló en estado de poder dar al día siguiente el pecho al niño, verificándolo así por orden de los médicos.

Ocasión hubo en que Francisca de Montoya estuvo toda la noche ayudando á Rosa en el oficio de vestir la predicha Imagen, porque al día siguiente habían de sacarla en procesión. Se recogieron un rato al romper el alba: Francisca á tomar un breve descanso, y Rosa á encomendarla á la Santa para que la librase de un peligro que la amenazaba;

por lo que durmiendo una y orando otra llegó la hora de la procesión. Fueron á ella, y en el curso se desvió uno de los cohetes que disparaban, y fué á parar á la cara de Sor Francisca; centelleando se le arrimó á un ojo, donde estuvo el tiempo necesario para cegarla, si no hubieran evitado sus efectos los ruegos de Rosa. De Francisca pasó á una mujer que estaba al lado, y le abrasó el manto, la basquiña y las enaguas, dando á entender lo que hubiera podido antes en los ojos de Francisca. Agradecida ésta, porque sabía que los ruegos de Rosa la habían librado de tan grande peligro, le dió las gracias con mucho rendimiento; á lo que respondió la Virgen: *No es mucho que nuestra Seráfica Madre te atendiese con especial cuidado todo este día, después que tú has pasado en su servicio toda la noche. De aquí puedes colegir cuán agradecida es y qué bien paga lo que se hace en su honor.*

Santa Catalina que tan liberal se mostraba con las que ayudaban á vestirla, no se mostró menos generosa con nuestra Santa. Había ésta vestido la Santa Imagen para el día de Santo Domingo de Guzmán; y acabada la fiesta, la llevaron á casa del Contador para quitar las ricas joyas con que la había adornado. De tres días le aquejaba un grave dolor en los artejos de la mano derecha, dolor que se le aumentó con el trabajo, y con él apareció una fuerte hinchazón que alarmó á todos; ni los dedos al fin le dejó libres para moverlos. Víspera de San Lorenzo vino el doctor Castillo; le ordenó un parche para que se descubriese la malicia que ocultaba la hinchazón, y que al día siguiente se sangrase. A todo esto estaba atento D. Gonzalo, escuchando el peligro del accidente con mucho dolor de su corazón; pero mucho mayor le tenía Rosa por ser día en que cumplía años su profesión, hallándose impedida de desnudar la imagen de su Santa Madre. Con este desconsuelo se postró delante de ella, y estuvo un breve rato en oración; luego levantóse en pie, y con rostro alegre pidió á D.ª María que le diese unas tijeras para comenzar el trabajo. Esta, tomándolo á risa, preguntó á Rosa con cuál de las dos manos había de manejarlas, pues tenía los dedos tan hinchados, entregándole al fin las más pequeñas. Comenzó entonces con mucha facilidad y soltura á cortar hilos, quitar joyas,

desprender perlas, deshacer lazadas, desatar nudos y poner cada cosa en su respectivo lugar hasta desnudar del todo la Sagrada Imagen.

Al principio pensaron que no hacía nada, ó bien que con vanos esfuerzos procuraba jugar las tijeras, lastimándose más y más la mano inútil para el trabajo; y así le dieron voces, diciéndole: *¿Qué haces, Rosa? ¿no ves que esa pobre mano la tienes para perder? Deja eso que nosotros lo haremos, que para eso estamos aquí tantas.* Ella, empero, prosiguió cortando y desatando, hasta que por fin la madre y las hijas se fueron al Oratorio, y viendo que tenía la mano sana y buena, se quedaron admiradas y suspensas. Rompió entonces el silencio la devota Virgen, y les dijo: *El que me dió dedos para vestir hasta ahora á mi Santa Madre, me ha sanado la mano para que la desnude.* Vino el Contador, refiriéronle el suceso, y dijo á Rosa que le mostrase la mano, la que vió tan buena y tan sana como la izquierda. Quedóse atónito con tan grande prodigio, y le pidió que le contase como había sucedido; á lo que no se hizo de rogar la agradecida Virgen, y tomando la palabra dijo: *Que en aquel breve rato en que había hecho oración delante de la Imagen, había sentido se le restituía á los artejos el vigor antiguo, y se deshinchó su mano sintiendo que subía por los dedos una respiración violenta al modo que sale el aire de una vejiga llena de viento cuando la aprietan, desvaneciéndose á un mismo tiempo junto con el tumor todo el dolor.*

Vinieron los médicos al día siguiente, halláronla sana y buena sin hinchazón ni huella alguna de haberla tenido; contáronles el suceso, y alabaron al Señor por tan grande prodigio. No paró en curarle sólo el accidente por entonces, pues nunca más sintió el dolor de la gota que solía tener muy de ordinario. Además, al sentir el alivio de la hinchazón un suavísimo gozo se le derramó en el corazón desparramándose por todas sus potencias y sentidos.

Es muy digno de admirar, empero, que estos tan raros prodigios no causasen novedad en Rosa; y es que como tenía por Madre amantísima á Santa Catalina de Sena y la trataba familiarmente, le serían muy frecuentes estos consuelos.

CAPÍTULO XVI.

Grandes sentimientos que tenía nuestra Rosa de los que estaban en pecado mortal.

El mayor peligro de las almas en esta vida es el pecado mortal; porque según la Justicia divina si mueren en él, se condenan eternamente. Las almas del Purgatorio, aunque padecen gravísimas penas y tormentos inexplicables, están muy seguras de que algún día verán á Dios á quien tanto aman. Ha discurrido la piedad cristiana medios eficaces dictados por la caridad, para que se alivien de estas penas y vayan á gozar más pronto eterno descanso en la gloria; aumentándose esta católica devoción de manera, que hay en la Iglesia muchas Cofradías consagradas á ayudarlas en sus penas. Las de los que están en pecado mortal tienen con la misma necesidad mayor peligro, y por esto es obra heroica de caridad rogar de continuo por los que están en tan infeliz estado. Redimidas unas y otras con la sangre preciosísima del Cordero sin mancilla, están en bien desigual estado; pues las del Purgatorio han de ir precisamente al cielo, y las que mueren en pecado mortal han de caer en lo profundo del infierno. Hay sufragios y obras pías por las almas del Purgatorio; haya oraciones, ruegos incesantes y obras pías para que se conviertan y vivan los que estén en pecado mortal. ¿Quién tan justo que no traiga consigo, atendida su fragilidad y miseria, la fatal inclinación de caer en tan miserable y peligroso estado? Y ¿quién tan tirano y cruel que, viendo á su hermano en peligro, no le favorezca, pudiendo? ¿Puede haber mayor calamidad en esta vida que estar un alma en desgracia de Dios, siendo su imagen; y ser su enemiga, siendo su criatura? ¡Hundirse para siempre jamás en los profundos abismos de los infiernos aquella para quien se hizo el cielo! ¡Quedar por una eternidad de eternidades condenada la que podía ser bienaventurada para siempre!...

Una Congregación ó Cofradía que se ordene á hacer bien por las almas que estén en pecado mortal, es el servicio más agradable á Dios; porque mira á ejecutar lo más ardiente de la caridad para con nuestros prójimos. La célebre *Archicofradía del purísimo Corazón de María para la conversión de los pecadores,* no tiene otro objeto que apartar almas de tan infeliz estado. ¡Basta abrir sus Anales para ver las conversiones que se han obrado, mediante las oraciones de los asociados, por la intercesión del purísimo Corazón de María Inmaculada, que como Madre amorosa no puede permitir que ninguno de sus hijos esté privado de ella, siendo esclavo de la culpa mortal. Las almas en quien está vivo el fuego de la caridad y el honor de la gloria de Dios, nada toman tan á pechos como que ésta se aumente de continuo y cese la culpa que tanto le ofende; por esto es tan grande el número de asociados á la sobredicha Archicofradía y otras análogas, bien seguros de que dan á Dios muchas almas, á los Angeles mucho gozo, á los cielos muchos moradores y á los demonios mucho tormento. Esta fué una de las más estimadas devociones de Santa Rosa, lastimándose mucho de los que estaban en pecado mortal, encomendándolos muy de veras á Nuestro Señor, para que de aquel estado los llevase á verdadera penitencia.

Consideraba nuestra Santa el precio infinito con que habían sido redimidas y lo mucho que valían; pues costaron no menos que la sangre de un Dios, que con ella las había comprado. Con tierna consideración se deshacía en lágrimas; ponderaba luego cuán innumerables almas traía el demonio aprisionadas con el pecado de la ciega idolatría, en las sierras y gran cordillera de los Andes que atraviesa toda la meridional América; lloraba sin consuelo por el reino de Chile, pues rayando las luces del Evangelio tan de cerca, estaban ciegos en sus errores, llegando hasta á sacudir con indómita fiereza el suave yugo de la fe que los había traído al gremio de la Iglesia. No sólo se dolía de los indios occidentales que estaban más vecinos á Lima, sino también de las muchas naciones que en sus términos contiene el dilatado Imperio de la China, y los populosos reinos de la India Oriental y el Imperio del Japón. Al considerar tantos reinos y provincias privadas de la luz de la fe y entregadas á la

más torpe idolatría, era para Rosa motivo poderosísimo para renovar siempre el llanto; y de tantas lágrimas derramadas por la conversión de los pecadores, infieles y herejes, ni una se perdió ante la presencia de Dios, sino que todas sirvieron para llenar los tesoros de la divina Misericordia. Traspasado tenía el corazón por los muchos indios que entonces estaban entre los cristianos, obstinados en sus errores; y por los muchos católicos que ¡ingratos! ofenden á su Dios y están en desgracia, sin acordarse de su miserable estado ni procurar volver á El con medio tan fácil... el arrepentimiento.

Eran tan grandes el dolor y sentimiento que tenía, que de buena gana hubiera dado sus entrañas hechas pedazos para que de ellas se tejiese una red y se pusiese en el camino del infierno, á fin de que cayendo en ella todas las almas que se condenan, se enredasen y no cayesen en los abismos eternos. Su espíritu y sentimiento fueron muy semejantes á los de su Seráfica Madre Santa Catalina de Sena, que en este particular intentó una cosa la más extraña que puede haber sucedido, y que sólo el amor con que quería abrasar á todo el mundo aquella gran Santa puede explicarla. Solía rezar las Horas con el Señor, y díjole un día después del rezo que quitase el infierno y que no hubiese más condenados; mas respondióle el Señor que *¿cómo castigaría á los pecadores que mueren en pecado mortal, si quitaba el infierno?—No quiero yo que queden sin castigo,* replicó la Santa; *pero mirad como he pensado que se castiguen: Yo me pondré á la puerta del infierno, y todas las penas con que tuviereis que castigar á los condenados dádmelas á mí, que yo las padeceré gustosa para dar satisfacción á vuestra Justicia ultrajada, con tal que ninguno se condene y vaya á gozar de Vos.* Un corazón tan generoso y lleno de caridad y compasión tenía su fiel discípula Santa Rosa por los pobres pecadores; por esto, como antes hemos indicado, quería que de sus entrañas se tejiera una red para que cayendo en ella las almas que se condenan, nunca llegasen al infierno y todas cantasen alabanzas y más alabanzas por toda eternidad de eternidades al que sacó de la nada los cielos y la tierra.

CAPÍTULO XVII.

Celo ardiente de Santa Rosa por la salud de las almas cuya salvación estaba en peligro.

Como Rosa amaba tanto á Dios, sólo quería lo que El quiere; y como Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, rogaba incesantemente para que no muriese en pecado, y se convirtiese al Señor.

Trataba con Rosa en cierta ocasión uno de sus Confesores de predicar el Evangelio á los bárbaros convecinos, diciéndole al propio tiempo que la Misión estaba en buen estado. En oyendo esto la Virgen con grandes ansias comenzó á persuadirle, á instarle, á importunarle y rogarle con palabras abrasadas en amor de Dios, que *no temiese;* que *apresurase el viaje*, que *socorriese á las almas que estaban en peligro de salvación;* añadía que *no podría hacer obsequio más grato á Nuestro Señor*. Decíale que *era éste empleo propio de pecho apostólico, al cual no puede faltar la asistencia de la divina Providencia*. Finalmente, que *bastaba para premio y consuelo del sudor y trabajo que había de costar esta noble y piadosa empresa, si á un solo infante moribundo de los infieles le franqueaba las puertas de la gloria el sacramento del Bautismo.*

El cauto Confesor, por el contrario, para experimentar si era espíritu de Cristo el que hablaba en la Virgen, haciendo del perplejo y del dudoso, comenzó á pintar que sus fuerzas estaban muy extenuadas, y que él era poco á propósito para ministerio tan alto. Exageraba las dificultades que presentaba: el hambre, la sed, el peligro de las fieras que poblaban los bosques, el calor sofocante de la región, el cansancio, el alejamiento de la patria, los venenos de que usaba aquella gente inhumana é intratable con especialidad para quitar la vida á los ministros del Evangelio. Con todo, le dijo, que *fiaba mucho y fundaba gran parte de su esperanza en sus oraciones y ayunos, y en las demás obras*

con que quisiese ayudarle. Aquí la Virgen, aunque sentía tan bajamente de todo cuanto obraba, no obstante su profunda humildad fué superada por la ardiente caridad y celo que demostró en favor de las almas; y así para animar al Predicador, cobrando ánimo y confianza grandes, le prometió ayudarle en tan santa empresa con todos sus ejercicios, bajo condición de que él quisiese hacerla participante de toda la ganancia espiritual que lograse en la conversión de infieles. Vino en ello con gusto el Confesor; pues sabía muy bien cuán grata era la Virgen á los ojos de Dios, y conocía lo que le interesaba este convenio; por lo que entre los dos ajustaron que *Rosa cedería á su Confesor la mitad de los frutos que esperaba de los Ejercicios espirituales durante el tiempo que ocupase en predicar á los infieles;* y que *del propio modo él aplicaría en favor de Rosa la mitad del caudal que resultase de la conversión de las almas que redujese con su predicación al camino de la verdad y salud eterna.* Cerrado este pacto, partió el Padre para las Misiones; y cogió en ellas maravillosos frutos por las oraciones de Rosa.

Con el mismo fervor de espíritu trabajaba la piadosa Virgen por empeñar y encender á los que parecían aptos para este ministerio. Decía que, *si no fuese mujer, su primer cuidado sería, en acabando sus estudios, darse toda á las Misiones y predicación del Evangelio;* que *desearía ir á las más salvajes regiones, á las que se sustentan de carne humana... sólo por salvar á los indios á costa de su sangre y sudores, con la predicación y catecismo.* El gran afecto de conmiseración para con los pobres infieles no dejaba sosegar á la Virgen; por lo cual discurrió su ingenio un nuevo modo con que desempeñar este ministerio apostólico por tercera persona, ya que no podía por sí misma. La muerte que Dios le envió en edad temprana, le impidió poner por obra este santo deseo, aunque no quedó sin galardón delante de Dios. Era la traza que su caridad había inventado: buscar un niño huérfano, pobre y sin humano amparo, educarle como á hijo en letras y buenas costumbres con limosnas que sin duda alguna le proporcionarían ricas amigas suyas; irle desde su niñez inclinando poco á poco, y

plantar en su pecho vivos deseos del ministerio apostólico que fuesen creciendo con la edad, cuidando mucho de irle preparando con virtud y santa enseñanza hasta que pudiese ordenarse de sacerdote y se le pudiese confiar la conversión de infieles. Y en llegando á este tiempo habíase propuesto Rosa sólo pedir á su ahijado, en compensación de los alimentos con que le hubiese asistido y del amor de madre con que le hubiese criado, que emprendiese el viaje y se emplease todo en instruir gentiles y librar de las cadenas del demonio todas las almas que le fuera posible. ¡De esta suerte pensaba Rosa satisfacer de algún modo el generoso ardor y la ardiente sed que sentía de la salud de los prójimos!

No fué menos fervoroso su celo en orden á la salvación de los cristianos perdidos. Si llegaba á su noticia que por alguna culpa mortal estaban en desgracia de Dios ó en ocasión de algún vicio capital, cada día se daba una rigurosa disciplina hasta bañar la tierra con su sangre; gemía, suspiraba ante el acatamiento de la Divinidad ofendida, y no perdonaba lágrimas á trueque de alcanzarles de Dios verdadera penitencia y enmienda de su vida. Sucedió cuando Rosa habitaba en casa de su madre, que un mancebo más noble en sangre que en buenas costumbres acertó á tener su habitación en la plaza, no lejos de la casa de Rosa. Admirado de la peregrina belleza de nuestra Virgen, y justamente cierto de que no había que tratar con ella de casamiento, buscaba ocasiones para verla y apacentar libremente sus ojos en su honesta y recatada hermosura. Determinóse á entrar en casa de su madre con pretexto de unos curiosos cuellos de Holanda de que, dijo, necesitaba, y que él gustaría que Rosa los confeccionase; pues en esta labor se ocupaba para sustentar á sus padres, según era notorio. Estaba la Virgen sentada aparte con otras doncellas, sólo atenta á su trabajo, cuando le indicó aquélla que atendiese á lo que decía el caballero, y concertase la obra. El mancebo entonces, tomando asiento más cerca de Rosa, como lo disponía la madre, preguntóle por su salud con toda urbanidad y finura; díjole que venía á encomendar alguna cantidad de cuellos, y preguntó cuántas varas de las mejores holandas que se hallasen en Lima serían necesarias. Interrogóla

también sobre cuánto tiempo necesitaría para acabarlos, y sobre otras cosas á este tenor, dirigido todo á pasar tiempo.

Entre tanto Dios, á quien no se ocultan los más recónditos senos del corazón humano, manifestó á Rosa el estado interior de D. Vicente (que así se llamaba el mancebo), sus ocultos sentimientos y malos deseos. A los ojos de Rosa se presentó aquella pobre alma llena de hediondez por estar estancados en ella deseos impuros, propios de la juventud libre y desordenada. Levantando al cielo los ojos, dijo: «Oh buen Jesús, ¡oh, qué largo y detenido eres, Señor, en tu paciencia! Y tú, noble mancebo, perdóname y permite que tenga lugar en tus oídos la verdad que he de decirte. Otros pensamientos muy distintos de los que aquí has propuesto son los que trata tu corazón: ¿quieres que te diga ingenuamente el motivo con que has venido á esta casa? Mas no quiero afrentarte, y me lastima el grande empacho que te ha de costar si hablo claro. Obras de mozo, y dame gran dolor el modo desacertado de tu vida: duélate á ti también, y trata de enmendarla. Todo lo que no es servir á Dios y vivir ajustado es manifiesto engaño, y quita la vida al alma cuanto lisonjea el apetito desenfrenado. Conoce tu peligro, D. Vicente, corrige el ánimo distraído en andar á caza de gustos vanos y deleites caducos. Aprende á vivir de aquí adelante con más cautela y reducirte á seguir las estrechas sendas de la ley divina si no quieres perecer en la flor de tu juventud lozana. Ves aquí, que por más que quieras ocultar tus depravados intentos, no se esconde á mi Divino Esposo tu torcida intención.»

Herido D. Vicente con la fuerza de las inspiradas palabras que tan de improviso brotaron de los labios de Rosa, bajó los ojos, ruborizóse, y dando una mirada á su interior, enmudeció por buen espacio de tiempo. Finalmente, ya muy otro de lo que era antes, recobrándose algún tanto, dijo así: «Siento que habla por tus labios el mismo Jesucristo; pues sólo El pudo descubrirte mi interior y darte luces para penetrar lo más íntimo de mi corazón depravado con lascivos deseos. Yo me rindo á tu exhortación piadosa; no me resisto á las palabras abrasadas con el fuego del amor divino que he merecido oírte. Seguiré de aquí adelante la voz

de Dios, que me llama á lo más acertado. Tú te has de empeñar en aplacarle, pues le tengo tan ofendido, para que lleve adelante la mudanza de vida que hoy ha comenzado en mí.» Prometió ella asistirle con sus oraciones, y despidióle cortésmente.

Don Vicente de allí adelante, dando de mano á las mocedades, trató de vivir vida ejemplar y reformada, confesando y comulgando á lo menos cada ocho días, alegre de haber caído en manos de Rosa, la que no sólo por revelación divina había conocido el estado infeliz de aquella alma, sino que muy á tiempo había sabido compungirle y herirle el corazón con saludables estímulos de verdadero arrepentimiento.

El Rdo. P. Leonardo Hansen en su *Vida de la Venerable Rosa* dedicada á Alejandro VII, pone muchos más casos para manifestar el celo ardiente que tenía Santa Rosa por la salud de las almas; mas como este capítulo resultaría largo en demasía, para la satisfacción de los devotos de nuestra Santa y seguros de que quedarán edificados con su lectura, algunos de ellos serán asunto del capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVIII.

Otros casos en confirmación del asunto del capítulo anterior.

Lo expuesto en el capítulo que antecede manifiesta bien á las claras el celo ardiente de Santa Rosa por la salud de las almas cuya salvación estaba en peligro. Otros casos podemos citar, sin embargo, que lo confirman.

Decía nuestra Santa que *si le fuera permitido predicar al pueblo, lo haría cubriéndose de un áspero cilicio, desnudos los pies, desgreñado el cabello*. Que *de día y de noche por las calles y plazas de Lima con un Crucifijo en*

la mano diría á todos: «Arrepentíos, oh pecadores, arrepentíos, apartaos de los caminos perversos que seguís ciegos por donde el demonio os guía para despedazaros, como llevan las insensatas ovejas al matadero. Huid, torced los pasos del resbaladizo precipicio de una infelicísima eternidad. Mirad que sólo es un momento de vida y muy incierto y fugaz el que estáis distantes del infierno; conoced ya el peligro en que voluntariamente os habéis metido. Habed compasión de vuestras mesmas almas, ovejas perdidas á las cuales busca el buen Pastor para salvarlas entrándose por las espinas y abrojos, á costa de sudores de sangre, de llagas y de cruz. ¡Oh hombres! daos prisa á volver donde os llama el Redentor propicio y ganoso de perdonaros, á quien si menospreciáis ahora, no hallaréis remedio porque no le tiene el infierno.» Eran tan claras las señas del incendio de caridad que ardía en su pecho, tan inflamados los afectos del corazón, que no pocas veces movió á compunción y lágrimas á los que la oían. ¡No parecía que Rosa estuviese en conversación familiar, sino Jonás entre Ninivitas comenzando de veras el sermón de penitencia!

Estaba en cierta ocasión oyéndola el P. Antonio Rodríguez, Predicador general de la Orden. Dirigiósele la Virgen con no menos fervor que confianza, acompañada de suma caridad y modestia; y le habló en esta forma: «Advierta, oh Padre, que la divina clemencia dispuso que fuese predicador, para que reduzca á vida ajustada á los pecadores obstinados y perdidos. Y así guárdese de consumir inútilmente el rico talento de elocuencia que el Señor le ha confiado, en florecillas plausibles de conceptos que llama el mundo agudos y sutiles; huya los rizos y plumajes de vanas agudezas; deje el decir hinchado, culto y pulido propio de la farsa de los teatros. Tenga mucho en la memoria que el Señor le ha hecho pescador de hombres; suelte, pues, con vigor las redes para coger pecadores. Empléese en esto, yo se lo ruego; ponga en esto únicamente todo el estudio y el conato todo, y atienda á librar las almas estragadas y las más que pudiere del profundo abismo de la culpa. Ponga la mira como buen piloto en desviar los náufragos navegantes del mar tempestuoso de este mundo, de los es-

collos peligrosos en que podrían naufragar, y guiarlos al puerto seguro de verdadera y saludable penitencia.»

Su ardiente celo en la salvación de las almas no paraba aquí, sino que se dirige también, como hemos indicado en el capítulo anterior, á persuadir á los que parecían aptos para el sagrado ministerio á que se dedicasen á convertir infieles. A los Religiosos de su Orden, principalmente rogaba, amonestaba y protestaba que *á este fin debían ordenar con todas veras desde el principio todos sus estudios y desvelos:* y que *el glorioso y sublime blanco de sus tareas debía ser el reducir todo lo restante de la América á la fe católica, desterrando de toda ella la idolatría.* Que *tratasen de recoger haces copiosos de indios para llenar los trojes del Señor, y librar de los abismos de la eterna condenación á millares de millares de almas que se pierden para siempre.* Que *no es acertado estarse siempre asidos á las sutilezas filosóficas, ni se han de fatigar en inútiles controversias acerca del significado de algunas palabras.* Que *son mal empleados tan continuos trabajos en las escuelas,* añadía, *tantas noches en vela, tanto altercar con tesón y gritos en las disputas y argumentos, si la ciencia y la erudición adquiridas con tantos sudores no se emplean en la salvación de la almas y propagación de la fe, y peor si el fin fuese sólo el aplauso y vanagloria, parando en conseguir el grado de Maestro y la pompa hinchada de la laurea de Doctor, tirando sólo al descanso y al ocio perezoso y estéril.*

Si alguna persona dominada de alguna pasión llegaba á tratar con Rosa y no se hallaba mejorada, se tenía por singular prodigio. María de la Mesta, mujer del pintor Angelino Medoro (de quien hemos hablado en el cap. IX de esta SEGUNDA PARTE), se había hecho casi intolerable á sí misma: tal era su genio, su impaciencia y su ira arrebatada. Por un no nada levantaba una tempestad en su casa con sus clamores y destemplados gritos; tal vez volvía en sí y le pesaba de ser tan insufrible, pero esto después de haberlo echado todo á rodar con sus arrebatos. Entonces condenaba el no poder contenerse ni refrenar su iracundo carácter; porque su complexión biliosa y la costumbre de muchos

años hacía que no sintiera la fealdad de este vicio. No se sabe si por acaso ó aconsejada de otros visitó una vez á Rosa cuando estaba en la celdilla de que hablamos en el cap. XXII de la PRIMERA PARTE. No dejó pasar la ocasión nuestra Virgen, llena de celo por el bien de las almas; y así comenzó luego á discurrir con graves palabras sobre lo que importa tener el ánimo tranquilo y sosegado; le dictó breves y saludables reglas para adquirir la virtud de la mansedumbre, y le dió acertados consejos para ser paciente y sufrida; y luego que la hubo instruído, la despidió. ¡Raro portento! Aquella mujer desde aquel día apareció desconocida, viéndola todos sosegada y pacífica como si le hubiesen puesto el vestido de la mansedumbre; sufría con el corazón muy sosegado las molestias y enfados domésticos; y si de repente se encendía en su corazón iracundo volcán, con sólo acordarse de Rosa se aplacaba y reprimía fácilmente su enojo. En breve tiempo aprovechó tanto en el ejercicio de la paciencia, que ya pedía á Dios más y más trabajos y adversidades. ¡Es de maravillar que siendo Rosa encogida y callada, el celo de las almas la hiciese elocuente, ni que jamás le faltase fácil palabra para persuadir eficazmente el seguir la virtud y la fuga de los vicios!

Un caso de suma edificación, y concluímos este asunto á la vez que el capítulo. El P. Pedro de Loaysa que estaba bien enterado del celo y ardiente caridad de Rosa en orden á la salud de las almas cuya salvación peligraba, había indicado á la Virgen que cierto Religioso de su misma Orden, desahuciado desde el día antes de los médicos, estaba agonizando y con grandes temores y congojas luchaba con los últimos momentos. Le dijo también que atormentaban al enfermo graves escrúpulos y que le afligía no tanto el miedo á la muerte, cierto de que estaba cercana, como el incierto lance de salvarse por verse en aquella hora muy pobre de méritos; añadióle que temblaba y trasudaba acordándose de la severidad del justo Juez que dentro de poco tiempo había de tomarle estrecha cuenta de su vida, y que quizá el demasiado temor le reduciría al último riesgo. Hería esto profundamente el compasivo corazón de la Virgen, en que hallaba fácilmente entrada la conmiseración de los

peligros ajenos en materia tan importante; por lo que sin perder tiempo encargó al P. Pedro que fuese á visitar al enfermo y le dijese de su parte que *confiase mucho en la infinita misericordia de tan benigno Señor, pues ella haría muy especial oración porque Dios le diese una feliz muerte,* y juntamente que *desde luego ofrecía del corto caudal de sus ejercicios piadosos cuanto quisiese para llenar el vacío de buenas obras que echaba menos.* Que *entendiese que si ella había hecho alguna obra en el discurso de su vida que fuese agradable al Señor, liberalmente se la cedía para que la presentase en el acatamiento del Supremo Juez como propia, porque ella le hacía donación de todo con tal que entre tanto dejase de sentir baja y apocadamente de la grande clemencia del Altísimo.* Y para que fuese más cumplido el consuelo del moribundo añadió que, *si Dios fuese servido de ello, ella deseaba que después de muerto pudiese venir á reconvenirla, para que si necesitase de nuevos sufragios se los pudiese aplicar para su alivio.*

Fielmente refirió el P. Pedro al enfermo cuanto había dicho Rosa, y desvaneciéndosele al mismo instante el miedo, mostró el gozo de la más alegre esperanza. Aceptó el enfermo con agradecimiento tan magnífica largueza, no ignorando cuanta riqueza escondía la dádiva y libre donación de tantos méritos. Esforzado con esto, recibió devotamente los Santos Sacramentos; y habiendo concebido una gran confianza de su salvación, entregó en paz y tranquilidad el espíritu á su Creador, habiendo antes prometido que visitaría á Rosa y á él, si Dios le daba licencia después de muerto. Pasado algún tiempo, no pequeños cuidados molestaban al P. Pedro porque el alma del difunto no se le aparecía como le había prometido; mas quitóle todo recelo la virgen Rosa asegurándole que *el alma del difunto Religioso ya estaba gozando de eterna felicidad en la gloria, por lo que no necesitaba visitar ni á uno ni á otro para pedir sufragios.* ¡Tanto le había enriquecido al partir de este mundo la excesiva liberalidad de la compasiva Rosa, quien todo lo daba gustosamente por la salvación de las almas!

CAPÍTULO XIX.

Ardiente caridad de Santa Rosa en socorrer pobres y curar enfermos.

Con razón se llenará de asombro cualquiera que oyere cuán grande fué el llanto de los pobres de Lima en el entierro de nuestra Santa, siendo ella pobrísima. A gritos y con tristes gemidos decían que por suma desgracia faltaría su verdadera madre y único socorro... ¿Qué pudo repartir con los menesterosos una hija de padres pobres, la cual apenas alcanzaba con el sudor de su rostro lo necesario para su parco alimento y el de sus padres y familia? Con todo se quitaba á sí para socorrer á los pobres, y acordándose del celestial Cantero que había tomado á su cargo el alimento de sus padres (1), con licencia de su madre repartíales las limosnas que solía recibir cuando menos pensaba. Tuvo una vez noticia de una gran necesidad en que estaba cierta persona honrada, y no hallando á mano para socorrerla otra cosa que lo que había de comer en ocho días, pasólos á pan y agua.

Otra vez Gaspar Flores, padre de la Virgen, trajo una pieza de tela muy blanca para que su esposa María de Oliva dispusiese lo más conveniente para su familia. Ella, sabiendo que Rosa por sus frecuentes enfermedades había menester gran parte de la tela, dióle treinta y seis varas para que confeccionase velos, almohadas y otras cosas que fuesen de su agrado. Ella entonces, admirada, para dar con más humildad las gracias á su madre, le dijo: *¿Toda esta cantidad de lienzo me dais, madre?* A lo cual ésta respondió: *Sí, hija, todo este lienzo te doy; usa de él á tu albedrío, haz de todo él lo que quisieres.* Aprovechó Rosa estas últimas palabras, y sin más detenerse ni reservar para sí un solo hilo, envió ocultamente todo aquel lien-

(1) Cap. XXV de la PRIMERA PARTE.

zo á dos nobilísimas y virtuosísimas doncellas (aunque muy pobres), de quienes sabía que padecían necesidad extrema. Aquélla, viendo que su hija nada confeccionaba para sí, sospechando lo que era, preguntóle la causa, y obtuvo la siguiente respuesta: Que *ya estaba todo acomodado de suerte que nada podía mejorarse, antes bien comenzaba á estar con toda perfección blanco el lienzo, después que se dió de limosna;* á la que replicó: *Yo mandaba que se emplease en servicio de tu persona, cuidando de que no te faltase lo necesario en tus enfermedades.* Sonrióse la Virgen, y añadió: *¿Acaso no me dió V. expresamente licencia para que yo usase á mi gusto del lienzo? Usé de mi derecho, y no tengo miedo de que me falte nada cuando esté enferma, que Dios proveerá con toda abundancia.* Así sucedió; toda vez que yéndose después á vivir, consintiéndolo su madre, en casa de D.ª María de Usategui, no sólo no le faltó la ropa necesaria, sino que la tuvo muy sobrada.

Tenía la madre de Rosa dos mantos, uno de los cuales dejó olvidado sobre una silla. Viólo Rosa, y lo dió á una pobre doncella. La madre, echando menos su manto, después de haber buscado y revuelto la casa sin fruto alguno, entró en vehementes sospechas hasta juzgar temerariamente que algún vecino lo habría tomado á escondidas. La Virgen, solícita de que no se echase la culpa del hurto á inocentes, díjole con gracia: «No se desvanezca en culpar á nadie ni vaya haciendo juícios vagos, dudando si éste ó aquél se llevó el manto. Heme aquí, yo soy el ladrón doméstico, aunque no pienso he tenido culpa en el robo; porque le aseguro que ha de sacar así más provecho, que si le hubiera muy doblado y muy guardado en el arca. Entre tanto yo di este manto á Montoya, que V. sabe que es muy pobre, porque sabía que por no tenerle ni podía ir á la iglesia, ni asistir á Misa y sermón. A V. otro manto le queda nuevo y bien tratado, que antes que se rompa dará lugar á que el Señor disponga no sólo de otro, sino de muchos mantos que puedan servirle.» Sucedió tal como lo había predicho, pues dentro poco tiempo llegó á su casa un hombre que jamás nadie de la familia había visto, el cual preguntó por la madre de

Rosa, y dándole cuarenta pesos de plata para comprar un manto, se despidió sin darse á conocer; casi al mismo tiempo D.ª María de Sala, sin que nadie la hubiese hablado, envió un criado con un corte de seda bastante para un manto muy cumplido; finalmente, una persona devota había ofrecido al Convento de Predicadores de la ciudad de Lima otro corte de tantas varas cuantas eran necesarias para un manto; y el Convento lo dió á la madre de Rosa. Con lo cual dentro de poco espacio de tiempo recibió D.ª María de la Oliva del manto que su hija había dado de limosna á la pobre Montoya, tres mucho mejores; y comenzó á desengañarse, viendo que lo mejor era dar crédito á los vaticinios de su hija y tener más confianza en la Divina Providencia.

En los arrabales de la ciudad de Lima vivía D.ª Juana de Bobadilla y Azebedo, doncella ilustremente emparentada y más rica en virtudes que en hacienda. Vivía en extrema necesidad. A esto se añadía para aumento de su aflicción un contagioso cáncer debajo del pecho, que si no lo curaban con presteza le pondría en peligro de muerte. Doña Juana, tan falta de consejo como de aliento, no sabía que hacerse, pues no podía ocurrir á un riesgo sin caer en otro mayor: habitando lejos de la ciudad y pasado el río, era imposible que pudiesen visitarla cada día médicos y cirujanos; y venirse á la ciudad y alquilar casa donde curarse era imposible, siendo forastera y sin caudal bastante. No faltó quien le ofreciese su casa; pero no quiso fiarse la recatada doncella de quien no conocía, ni fuera acertado. Al fin salió del paso, pues estando Rosa en oración en el Convento de Santo Domingo se le manifestó lo que sucedía, y entendiendo que se reservaba á su piedad el consuelo de persona tan sola y tan sin remedio, pronto se le ocurrió el modo de socorrerla. Fuése muy de secreto á casa de D.ª Juana, y le dijo que *en su misma casa había una pieza desocupada, que se alquilaba;* que *se viese con su madre y la concertase por meses por ser muy á propósito para ponerse allí en cura;* que *no reparase en el precio, porque á su cargo quedaba buscar el pago del alquiler*. Siguió D.ª Juana el consejo, y agradecióle el beneficio que le ofrecía. Rosa estaba más contenta aún, pues había hallado tan á mano

ocasión en que emplearse toda su piedad; y así fiando de la Misericordia divina y de su Providencia, jamás le faltó dinero para que D.ª Juana satisfaciese el alquiler todos los meses;... sólo le ponía por condición al entregárselo, que guardase silencio. Pasados cuatro ó cinco meses, convaleció D.ª Juana; y pudo volverse con salud á su casa, pesarosa de no poder agradecer públicamente á nuestra Santa los beneficios que le había procurado; no obstante después de la muerte de Rosa, libre de guardar el secreto, publicó todo el caso.

Cuando sus padres la llevaron á Canta (1), enfermó una hermana suya; y pareciéndole á la madre que el mal era contagioso, le hacía fuerza para que no se llegase á ella. Instábale, empero, la caridad y amor de hermana; por lo que vencía á ruegos la prohibición impuesta por su madre. Curaba á su hermana en el cuerpo y en el alma, mezclando con las medicinas fervorosas jaculatorias, actos de contrición y algunas devociones; y procuraba la asistencia de Confesor, disponiéndola con auxilios espirituales.

Premió Dios la inocencia de la que moría y la caridad y méritos de Rosa que le rogaba; pues llegó la hora del tránsito, y al despedirse el alma del cuerpo entre las deprecaciones de la Iglesia, vió nuestra Santa que venían á la cama Santa Úrsula y sus gloriosas compañeras, que asistieron á la hermana y acompañaron luego su alma á la eterna felicidad.

Grande la obtuvo también la madre de ambas hijas, y muy feliz fué su muerte ayudada de ellas desde lo alto; la fama que en el monasterio de Santa Catalina dejó, fué no sólo de madre de Santas, sino también de santa Madre de aquella casa en la cual profesó el año de 1629.

(1) Cap. VI de la PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO XX.

Continúa la materia del capítulo pasado.

Era tan grande la caridad de nuestra Santa para con los pobres y enfermos, que sólo entre ellos hallaba descanso. Eran sus delicias, mientras sirvió en casa de su madre, tener personas pobres y enfermas para servirlas en sus dolencias con sus propias manos. Acudía á sus necesidades no sólo procurándoles cama y aposento, sino también medicamentos con que curarse. Si sabía que en casa de los vecinos ó en otra conocida había alguna pobre criada enferma menos asistida de lo que era necesario, luego se ofrecía á servirla, pidiendo que la dejasen á su cuidado; y suplicaba á su madre que la permitiese traerla á casa, para poder más y mejor servirla. Rehusábalo algunas veces, juzgando que, pues su hija enfermaba frecuentemente y rara vez estaba sin achaques, era razón que comenzara á ejecutar las obras de caridad en sí misma, mirando primero por su salud que por la ajena; con todo para no contristar el piadoso corazón de Rosa, una que otra vez le permitía algo de lo que podía sufrir la corta posibilidad de la casa. Conseguida esta limitada licencia, convidaba á la primera mendiga que encontraba enferma, limpiábale las cancerosas úlceras, ponía los parches y ungüentos necesarios, lavaba su ropa y le remendaba los vestidos. No hacía diferencia de naciones ni origen, con mirarse tanto esto en aquellas regiones: á todo el mundo servía con la misma caridad. Con el mismo afecto y cariño se portaba con las criadas de casa, que con las extrañas; con las conocidas, que con las que nunca había visto; con las rústicas, que con las ciudadanas: sólo pesaba más en su cuidado la que era más menesterosa y necesitada.

Aconteció cierto día que volvió á su casa, levantando por breve tiempo la mano de la asistencia para con una mujer

enferma. Su madre, que siempre la observaba, sintió luego que los vestidos de la Virgen olían no por cierto á almizcle. Miró con curiosidad la ropa, y vió algunas manchas que se le habían pegado al curar las llagas de la pobre enferma, sin que ella lo advirtiese. Indignada y haciendo muchos ascos, dijo: «¿Hasta dónde ha de llegar tu desaliño? No vestiste el hábito blanco para ensuciarte con ajenas inmundicias, ni te pusimos el nombre de Rosa para que vengas á apestar la casa con este mal olor. Cuando siendo más pequeña, quería yo que llevases guantes de ámbar, lo contradijiste con todo ahinco; ahora que eres ya mujer, si no gustas oler á almizcle, á lo menos no nos des con el mal olor de la podre ajena.» Recibió esta reprensión la Virgen con blanda y modesta sonrisa, y humilde respondió: «Cuando servimos á los enfermos, somos buen olor de Cristo; no es delicada la caridad ni tiene asco de las llagas canceradas de los prójimos, recordando que todos somos formados del mismo lodo y cieno, y que habiendo heredado la mortalidad de nuestros primeros padres, es propia cosecha nuestra la podre y los gusanos, pues no hay quien no traiga consigo la causa de su corrupción. Y así no haga caso, madre mía, de que se manchase el hábito con las materias de la enferma sin que yo lo advirtiese. Más feamente mancillaron el rostro de nuestro amable Jesús por nuestras culpas, las salivas asquerosas de los crueles sayones.»

Era íntimo y familiar amigo del Contador D. Gonzalo, ya por la comunicación de su oficio ya por virtud y mucho trato, D. Juan de Tineo y Almanza, Arquitecto Mayor de Cámara y Guarda Mayor del Tribunal de Quito, varón venerable por su mucha religión y piedad, que tuvo la dicha de presenciar el sudor de la Sagrada Imagen de Cristo de que hablámos en el cap. IX de esta SEGUNDA PARTE. Este, como frecuentaba la casa de D. Gonzalo, había formado alto concepto de la Virgen, como era justo; y más, sabiendo que por sus oraciones había escapado el Contador de gravísimas enfermedades. Acometióle cierta vez un agudo dolor de estómago que puso en peligro su vida, tanto que le pareció más que prudente... necesario llamar al Confesor para disponer su alma. En tal estado acordóse de las piadosas en-

trañas de caridad con que Rosa acudía á los enfermos, y rogó á la mujer del Contador que la trajese y la empeñase á encomendarle á Dios para que le librase de semejante peligro. Obstaba la honestidad de la Virgen á quien no le caía muy en gracia visitar hombres enfermos, aunque fuesen muy conocidos; pero prevaleció al fin la justa compasión que no sabía negar el consuelo á los afligidos, y la casi filial obediencia que tenía á la mujer del Contador. Por lo que dió palabra de ir en compañía de ésta á visitar al enfermo; pero le hizo anunciar que en oyendo Misa estaría en su casa. Al punto que el enfermo recibió el aviso, se sintió aliviado en sus dolores. Llegó al fin nuestra Virgen, entró en la pieza donde estaba el enfermo, y saludóle con tan dulce compasión, que ninguno de los circunstantes pudo poner en duda que Dios, Autor de toda consolación, hablaba por boca de la Santa. El doliente en especial advirtió en el semblante de Rosa una majestad angélica, señal de paz y de viva esperanza. Y fué así, pues pronto le desapareció el dolor de estómago y quedó en apacible sueño. Cuando el enfermo despertó sano y libre de toda dolencia, ya habían vuelto á su casa. Así la Virgen con tan pronto milagro ni faltó al consuelo del enfermo ni se detuvo mucho tiempo en la casa, dejando el acostumbrado retiro.

Daremos fin á este capítulo y asunto con un caso que no podemos pasar por alto por manifestar que su tierna compasión se extendía hasta á los seres irracionales. Había en el gallinero de su casa un pollo de admirable hermosura, en cuya espalda y alas se mostraban en agradable competencia vistosa variedad de colores. El cuello resplandecía, y el penacho de la cola estaba encantador: era la alegría y contento de la casa. Celebraban todos el buen gusto de María de la Oliva que le alimentaba con más cuidado, persuadiéndola que lo dejase para casta. Creció el polluelo, pero tan perezoso y lerdo, que casi siempre estaba reposando en el suelo sin jamás cantar. Cansada la madre de esperar sus gracias y creyendo inútil, casta de animal tan zonzo; determinó degollarlo al día siguiente, y prepararlo para regalo de su marido y familia. Oyólo Rosa, entonces de poca edad, y compadecida del ave, díjole con inocente sencillez:

Canta, pollito, canta, si no quieres morir. Apenas acabó de pronunciar estas breves palabras, el pollo se puso en pie, y sacudiendo con brío y alegría sus alas, erguido el cuello, repitió en un cuarto de hora más de quince veces alegre y sonoro canto, con admiración de todos. Ni quedó burlada la esperanza de María de la Oliva, pues vió nacer en breve tiempo pollos hermosísimos. ¡Tanto pudo en bien de una criatura irracional una sola palabra de Rosa compadecida!

CAPÍTULO XXI.

Firme esperanza de Santa Rosa en Dios.

Desde sus primeros años comenzó Cristo á prevenir á su amada Rosa con mil bendiciones de dulzura, enseñándole á poner toda su confianza en los auxilios del Altísimo; y así en lo restante de su vida fué grande la seguridad de que Dios la tenía bajo su protección y amparo. De aquí tanta afición y sentir tanta dulzura con las palabras del Real Profeta: *Oh Dios, atiende á mi socorro; acude, Señor, luego á ayudarme* (1). Casi nunca se le apartaba de los labios este versículo, cantándolo suavísimamente y en tono bajo mientras sus ocupaciones manuales; repetíalo devotísimamente cuando sentada ó en pie ó paseando, y no se veía harta de decirlo una y muchas veces desde que llegó á su noticia que este mismo verso eran las delicias de su Maestra Santa Catalina de Sena. Rogaba á los que conocían las sagradas letras que le declarasen el oculto sentido de dichas palabras; pero jamás halló intérprete que se lo explicase mejor que ella lo entendía, ó que le diese á sen-

(1) Deus in adjutorium meum intende: Domine ad adjuvandum me festina. *(Psalm.* LXIX, 2).

tir ya con la experiencia, ya con argumentos la oculta dulzura que en tan dulcísimo panal se encierra. Preguntándola cierta vez cuál era la razón por qué le había caído más en gracia este versículo, entre tantos como contiene el Salterio: respondió que en él se contenía todo el consuelo de la Seráfica Maestra; que todas sus sílabas estaban llenas de un misterioso vigor y que no respiraban sino la más familiar confianza en Dios; por lo que no se le ocurría otro que más sabrosamente y con palabras más propias satisfaciese el gusto y paladar de su alma.

La certidumbre nacida de la confianza que el Señor le infundía, no dejaba duda en la Virgen en orden á tres cosas: la eterna bienaventuranza, la continua amistad con Dios, y el socorro de tan Divino Guardián en cualquier necesidad ó peligro que le sobreviniese.

Buscaba ocasión la celestial piedad del Divino Esposo, para asegurarle con especial privilegio la felicidad eterna. Con este fin permitió que una vez la sobresaltase algo el temor de su predestinación, misterio que hace temblar aún á los más confiados. Angustiábase la inocente Virgen, considerando que podría perecer para siempre; y andaba á tientas temerosa, pensando en los ocultos juícios de Dios. Mas no tardó el Señor en socorrerla muy á tiempo, alentándole su corazón contrito y humillado; pues le dijo con ternura: *Hija, Yo á nadie condeno, sino á los que voluntariamente quieren condenarse; y así de hoy en adelante vive tranquila y segura.* Es indecible cuán sólida é invicta fué la confianza que imprimieron estas pocas palabras en el corazón de la Virgen, pues del modo de pronunciarlas entendió que se le significaba más que con ellas mismas; por esto no permitió el Divino Esposo que en lo sucesivo fructuase entre dudas la que estaba fija y asegurada con el áncora de su eterna salvación.

El V. Dr. Juan del Castillo preguntóle cierta vez *¿si por revelación divina tenía segura noticia de que estuviese predestinada?* Detúvose la tímida Virgen, no alcanzando la significación del vocablo *predestinación,* ni su etimología: sólo había oído que por él se significaba un misterio impenetrable que los hombres no deben escudriñar *temeraria-*

mente; y así, como temerosa y sencilla, dijo que *no había tenido noticia de tan alto misterio.* Mas después que el V. Doctor explicó más claramente la pregunta con rodeos convenientes para darse á entender, no pudo ya Rosa ni era justo negar la verdad; y así dijo: Que *ya desde mucho tiempo con soberana ilustración, había entendido que Dios desde la eternidad la tenía elegida para la gloria;* y que *por beneficio admirable de la bondad divina estaba tan firme en esto y tan cierta, que no le quedaba más que desear ni le parecía había más necesidad de más clara revelación.*

Constó esto mismo y se manifestó más patentemente en la última enfermedad de Rosa; pues estuvo tan cierta de que había de ser felicísimo el tránsito á la otra vida, que llegó hasta á conocer que ni un breve espacio de tiempo había de detenerse en el purgatorio. Y diciendo uno de los que estaban presentes que *ésta era gracia singularísima á pocos concedida;* que *era no pequeña dicha de las almas que partían de este mundo el ser purificadas en las llamas del purgatorio de la escoria que en esta vida se había mezclado con sus virtuosas obras;* y que *todo su deseo era gozar de esta suerte;* la Virgen cobrando nuevos bríos con la confianza que en ella reinaba, respondió animosa: *¿Qué viene á importar todo esto, si yo tengo un Esposo que puede hacer mercedes grandes y raras, de quien no es razón esperar menguados favores ó medianos beneficios con pusilanimidad y corta confianza?* Por lo cual esperaba la muerte con confiada alegría. Vióse esto cuando los médicos declararon que la naturaleza estaba del todo rendida, y que nada había que esperar sino *la última hora:* pues sin miedo ni turbación ningunas respondió que *se alegraba mucho con tan venturosa y agradable nueva;* y que *se maravillaba mucho de que no se lo hubiesen dicho mucho antes por temor de contristarla, siendo así que era lo que más deseaba.*

Más digno de memoria es aquel prodigio que aseguró á Rosa de su salvación, cuando habitaba la retirada celda del huerto de que hablámos en el cap. XXII de la PRIMERA PARTE. Estaba la devota Virgen en oración y arrobada en éxtasis, cuando vió alrededor de sí muchas rosas esparcidas por el suelo; y discurriendo por donde había venido

aquella primavera, se le apareció el Niño Jesús en brazos de su Purísima Madre, y llamándola amorosamente le mandó que las recogiese en la falda de la basquiña. Cogió la Virgen las que pudo hasta llenarla, y ofreciólas al Niño Jesús; mas Este le pidió sólo una, la que recibió con agrado diciendo: *Esta Rosa eres tú; de ésta se encarga mi Providencia para mirar por ella con especial cuidado. Tú podrás disponer de las demás como mejor te pareciere.* Entendió la prudente Virgen á que se ordenaban palabras tan preciosas y tan favorables del tierno y delicado Esposo. Gozábase su espíritu viéndose en la diestra del Salvador, donde se hallaba como rosa escogida: y acordábase entonces de lo que este Señor había dicho por San Juan: *Las almas que Yo guardo en mi mano nadie podrá quitármelas, y Yo les doy la vida eterna* (1). Llevada entonces Rosa por un raudal de gozos espirituales, sólo se le ofreció con pronta deliberación tejer una corona que puso reverentemente en la cabeza del Divino Infante, quien desapareció sonriendo suavísimamente á la Virgen y dándole su divina bendición. Pensó nuestra Santa que por las rosas esparcidas por el suelo eran significadas las piadosas doncellas de la ciudad de Lima, que luego habían de recogerse en el monasterio de Santa Catalina que había de fundarse en la ciudad, á fin de que atadas con el sagrado lazo de la profesión religiosa, formasen una vistosa guirnalda para el Esposo de las vírgenes, y le sirviesen con pureza para recibir después de su liberal mano la corona de bienaventuranza; y no pensó mal por lo que se verá en los capítulos XXV y XXVI de esta SEGUNDA PARTE.

Igual era el consuelo de que gozaba nuestra Virgen por la certeza de que estaba en gracia y amistad de Dios. Y á la verdad, fuera de aquellos desamparos y sequedades de que tratámos en los capítulos XXX y XXXI de la PRIMERA PARTE, todos los días volvía al estado de unión con su Divino Esposo, y con nuevas luces se hallaba confirmada en sus favores.

(1) Et ego vitam æternam do eis, et non peribunt in æternum, et non rapiet eas quisquam de manu mea: *Y yo les doy la vida eterna, y no se perderán jamás, y ninguna las arrebatará de mis manos.* (Evang. San Juan, cap. x, v. 28).

Muchas veces le prometió el Señor que no permitiría que cayese un punto de la dulce alianza de su amistad. Uno de los Confesores de la Virgen quedó pasmado, sin saber como explicárselo, oyendo que gozaba don tan inestimable. Era éste el P. Pedro de Loaysa, de la Orden de Predicadores, quien deseando saber con más cierta experiencia hasta dónde llegaba la firmeza que nuestra Virgen tenía en esta confianza; confesándola un día y tomando pie de una imperfección, comenzó á exagerarla diciendo que era cosa digna de mayor examen, por observar la impresión que en ella obraría. Admirábase la prudente Virgen por el desusado estilo del Confesor, que tan rígidamente censuraba la acción de que se había acusado; mas al fin vino en conocimiento del motivo á que se enderezaba la oculta industria con que el Confesor exploraba su espíritu y averiguaba los quilates de su confianza, y así pidiéndole licencia comenzó á decirle con la debida modestia y rendimiento: «No puedo negar que es justo y saludable el consejo, y que es bueno obrar siempre con temor en lo que toca á la salvación del alma; y quiera Dios que yo acierte á obrar en esta parte como estoy obligada. Pecadora soy, yo lo confieso; y para que no lo pueda negar permitió Dios que llegase al estado miserable en que me veo habiendo cometido esta culpa, y para confesarla estoy aquí postrada á sus pies. Mas con todo eso, es tanta la benignidad de mi Esposo, que siento dentro de mí prendas tan ciertas é inefables de que hasta ahora no se ha interrumpido su gracia, que me parece será más fácil persuadirme que soy un mármol ó una paja, que no que mi dulce Dueño se ha retirado de mi alma. Padre mío; antes se juntará el cielo con la tierra, que nadie me persuada ó haga creer que he caído en culpa mortal; porque sé muy bien las promesas, aunque indigna, que se sirvió de hacerme mi Divino Esposo. Yo vivo muy confiada en este Señor, no porque haya merecido que así me preserve, sino porque sé que es muy fiel en todas sus palabras y muy firme en sus promesas.» Con esto quedó seguro el Confesor, satisfecho de haber averiguado lo que deseaba.

CAPÍTULO XXII.

Por la gran confianza que Santa Rosa tenía, el Señor la asiste en varias necesidades.

La grande confianza que en Dios ponía desde los primeros años nuestra Rosa, la tenía armada y defendida contra cualesquiera dificultades: contra los temores, riesgos ó incomodidades que se le ofreciesen. María de la Oliva, madre de la Virgen, por ser de complexión pusilánime, rehusaba mucho estar á obscuras forjándose en su imaginación locas ilusiones y pavorosos fantasmas; y así en llegando la noche ni se atrevía á entrar en los aposentos retirados de la casa ni aun á bajar al huerto sin compañía. Casi lo mismo había heredado Rosa, y con todo para tener oración no reparaba en estar á obscuras á solas y en lugares muy remotos del concurso de la gente. Una sombría tarde, cuando casi ya se confundía con las lóbregas tinieblas de la noche, sucedió que Rosa se detuvo más de lo acostumbrado en el huerto de su casa, efecto de la dulzura de la meditación en la soledad de aquel puesto. Bajó su madre á buscarla; pero no sola, sino acompañada de su marido. Rosa, viendo desde lejos que sus padres venían, salióles al encuentro, y caminando le infundió el cielo un pensamiento que bastó para desterrar desde allí adelante todo miedo, enseñándola á tener firme confianza. *Ves aquí*, entre sí decía, *se atreve mi madre á bajar al huerto á estas horas y no teme como otras veces, y sólo con tener á su lado á mi padre ya viene animosa. Y yo que estoy asistida y defendida siempre y en todo lugar con la presencia de mi Divino Esposo; yo que no á mi lado, sino en lo íntimo de mi corazón tengo un compañero tan fiel, tan solícito, tan valiente, ¿tendré de hoy en adelante temor de los terrores nocturnos? Confía ella en un hombre mortal, y se ha reducido á perder el temor, sólo con asistencia tan frágil, aunque es tan cobarde; ¿y á mí no me da-*

rá aliento muy grande la confianza que debo tener en Dios que es mi Salvador, para no temblar ya de entrarme por las tinieblas y obscuridades más retiradas? Este animoso pensamiento hizo tanto asiento en Rosa (aunque bien joven), tan del todo desvaneció en su espíritu la natural inclinación al temor, que desde aquel punto se admiraba de sí misma, viendo que ni de día ni de noche, ni en casa ni fuera de ella podían causarle espanto los peligros, asegurada del socorro que se prometía del celestial Esposo, á quien en su corazón tenía presente.

No faltó ocasión en que se manifestase la heroica valentía del virginal pecho de Rosa en arduos y repentinos riesgos. Vivía con sus padres en la ciudad de Canta, según dijimos en el cap. VI de la PRIMERA PARTE, cuando al volver un día á casa con su madre y hermanos vió en un espacioso llano á un toro bravo que rápidamente se venía acercando; pues habiéndose libertado de las sogas con que estaba atado en el establo, corría furioso hacia el lugar por donde venían. La madre casi muerta de espanto, miraba á uno y otro lado buscando por donde pudiesen escapar sus hijos; sólo Rosa se estuvo firme, y amonestó á su madre y hermanos que hiciesen lo propio para no irritar á la fiera con la huída, prometiéndoles juntamente que pasaría el toro sin causarles daño. Aun no había acabado la Virgen, fijos sus ojos en el cielo, cuando el feroz animal dando un terrible bramido, torciendo la carrera como un nublado arrojado con la fuerza del viento, fué á acometer á la gente que estaba más distante, como si no hubiera divisado á Rosa y á su débil acompañamiento. Había pasado el peligro y palpitaba aún el corazón en su madre y hermanos; mas Rosa, sin la más leve mutación en la color de su rostro, les amonestó de nuevo que *tuviesen otra vez más firme esperanza en la ayuda y socorro del Altísimo, y en especial cuando por ser más inevitable el peligro cierra todas las puertas y los caminos para escaparse.*

Otra vez, en Lima, venía Rosa en coche con su madre y distinguidas personas de visitar un templo en el que se había celebrado una muy suntuosa fiesta. Fuéles preciso pasar por la anchurosa plaza de la Ciudad, donde á la sazón ha-

llaron multitud de gente que por miedo á un toro bravo y feroz huía temerosa, irritando unos su furia con gritos y silbos, y otros con tirarle piedras y cantos para que fuese más vistoso el espectáculo. Volaba á todas partes el furioso bruto amenazando con los agudos cuernos, llenando la plaza de confusión y miedo. Así que vió de lejos que venía el coche, partió furioso á encontrarse con él. Perdieron la color y los alientos cuantas señoras venían con Rosa; saltaron fuera con presteza las que hallaron salida, poniendo su esperanza en huir el inesperado lance; hasta el cochero miraba por donde podría apearse para escapar más fácilmente al riesgo... Sólo Rosa, levantando brevemente al cielo los ojos y restituyéndolos luego á su acostumbrada modestia, quitó el miedo á las que tenía rendidas el susto persuadiéndolas que no llegaría el toro al coche, antes se volvería por donde había venido. Apenas lo hubo dicho, cuando el suceso comprobó sus palabras, admirando á todos el invencible ánimo de Rosa y la inesperada retirada del toro. Rosa en los mayores peligros y tristes riesgos decía á su Divino Esposo con el Real Profeta: *No temeré los males que me amenazan, porque Vos estáis conmigo* (1).

Quien en los mayores peligros de la vida tenía tanta confianza en la protección divina, no la podía tener menor en esperar los socorros necesarios para el sustento. Faltó un día el pan en su casa á su numerosa familia, ni había tiempo para cocerle ni dineros á mano para comprarlo. Supo que no había siquiera un bocado en la despensa, maravillándose mucho de que tan presto se hubiese consumido el que un día antes habían amasado, siendo así que parecía bastar para dos días. Pero más certificada de la penuria, sin temor alguno, viéronle mover suavemente los labios para encomendar á Dios la necesidad que en su casa había; y luego con gran confianza y sin más dilaciones se fué á la arca del pan, abrióla, y la halló llena de pan blanco sin levadura y muy sabroso, dando á conocer su hechura y forma nunca vista y peregrina en aquella tierra, que no era

(1) Non timebo mala; quoniam Tu mecum es: *No temeré ningún desastre; porque Tú estás conmigo.* (Psalm. XXII, 4).

de los que solía tener de provisión la familia. En otra ocasión faltó también la miel, que es condimento muy usado y necesario en aquellas regiones, estando sin una gota y seca la tinaja donde solían tenerla. María de la Oliva, ignorante ú olvidada, mandó dos y tres veces á la bodega para que le trajesen miel; mas Rosa viendo siempre que contestaban que estaba agotada, compadecióse, y dijo á su madre: *Si usted lo manda, yo bajaré en nombre del Señor á la bodega, veré si ha quedado algo de miel y la traeré luego.* Bajó y halló la tinaja llena de miel reciente, quedando admirados todos los de la casa á vista de milagro tan patente, y mucho más cuando experimentaron que con raro prodigio fué suficiente la miel que concedió el cielo para el gasto cotidiano de la casa por espacio de ocho meses.

Una aguda enfermedad afligía el cuerpo de Gaspar Flores, padre de la Santa; y juntamente le angustiaba el ánimo una deuda de cincuenta pesos á que no alcanzaba su corto caudal. Congojábase también su madre sin saber que hacerse, apremiándola por una parte el importuno acreedor, por otra la necesidad de la casa, y más en particular la enfermedad del marido, faltando para todo dinero y ánimo en la apesadumbrada mujer. En sabiendo Rosa la pena de entrambos, determinóse á dar un tiento al rico tesoro del eterno Proveedor con la llave de que usaba otras veces, conviene á saber: cordial confianza en Dios. Al volver á casa regresando del templo donde pidió remedio para tantos males, se le presentó un mancebo modestamente vestido, cortés y afable en sus maneras, quien saludándola le dió juntamente una cantidad de plata, diciéndole que remediase la necesidad de sus padres con aquel dinero; y sin más, desapareció. Al parecer poca era la moneda, atendiendo al peso y al bulto; pero al entrar en casa desenvolvióla, hallando cabalmente los cincuenta pesos que su padre adeudaba. Se fué á la cama donde estaba su padre enfermo, y saludándole con mucho cariño le dijo: que *era muy conveniente tener mucha confianza en la Providencia divina; que Esta era la que ahora le enviaba el remedio por medios muy oportunos y el que era suficiente para desviar de sí el pesado acreedor.* Parecíale á Gaspar Flores que

Rosa le contaba sueños, hasta que descubriendo el lienzo contó los cincuenta pesos que le había dado el desconocido mancebo.

En muchas otras ocasiones experimentó su pobre casa los socorros del cielo en sus necesidades, no defraudándose jamás la firme y santa confianza que la hija tenía puesta en Dios. Esta era una de las promesas que el celestial Cantero había hecho á su Esposa, como dijimos en el cap. XXV de la PRIMERA PARTE, de tal suerte que la mujer del Contador que estaba en muchos de los secretos de la Virgen, cuando ésta le contaba algún socorro recibido, solía decirle: *¿Acaso el Cantero del Empíreo vuelve otra vez á aflojar la bolsa en virtud de tus ruegos y peticiones?*

CAPÍTULO XXIII.

Admirable don de profecía de que nuestra Virgen estuvo dotada.

No hay en esta vida cosa que declare más la virtud y perfecciones de una persona como el don de profecía, si la acompaña la caridad; porque sin ella nada es el hombre aunque le tenga y conozca todos los misterios (1). Tiene tanta aprobación en la *Ley de Gracia* este don excelente, que dijo el Señor que era santo el Bautista porque era Profeta; Zacarías, padre de San Juan, en su célebre cántico dijo: *Tú, oh niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor á preparar sus caminos;* y según vemos en el Evangelio, pasmados los ju-

(1) Et si habuero prophetiam, et noverim mysteria omnia... charitatem autem non habuero, nihil sum: *Y cuando tuviera el don de profecía, y penetrase todos los misterios,... no teniendo caridad, soy un nada. (Car. 1.ª á los Cor., cap.* XIII, *v.* 2).

díos por las maravillas que el Señor obraba, decían: *Un Profeta grande se ha levantado entre nosotros.*

Para que se confirmasen en Rosa, que ardía en caridad, su virtud y perfecciones, adornóla el Señor con el admirable don de profecía, como lo comprueban los casos que brevemente iremos refiriendo. El P. Juan de Villalobos, de la Compañía de Jesús, en calidad de testigo afirmó con juramento en el Proceso, que por experiencia propia había descubierto en Rosa espíritu profético; porque habiendo rogado á la Virgen que encomendase muy de veras al Señor un negocio de grande importancia, que no le convenía manifestar por lo mucho que importaba su secreto, Rosa fijando los ojos en el rostro del Padre por breve espacio de tiempo, cosa que no acostumbraba, se sonrió modestamente como si hubiera leído el caso en un libro, y con tal modo le respondió, que pudo colegir con toda facilidad que en aquel instante Dios le había revelado lo que él le ocultaba. Por lo cual, atónito del suceso, lo comunicó al P. Antonio de la Vega Loaysa, varón integérrimo de la misma Compañía, quien le aseguró que otro tanto le había sucedido con la misma al P. Felipe Tapia, rector del Colegio del Callao.

Doña Micaela de la Masa, hija del Contador D. Gonzalo, revolvía consigo ciertos pensamientos que á nadie había comunicado ni de ello tenía intento. Llegóse á ella Rosa con familiaridad y llaneza, y la refirió cuanto guardaba en su corazón, y le dió al propio tiempo saludables consejos para gobernarse en lo que quería emprender. Quedó su amiga con no pequeña admiración, viendo que ni aun los secretos ocultaban á nuestra Rosa.

María de la Mesta, mujer del pintor Angelino Medoro de quien hablamos en el cap. IX de esta SEGUNDA PARTE, había determinado con su marido irse á España y llevar cantidad suficiente de dinero para pasar la vida con comodidad y decoro. Fué á hablar con Rosa de otras cosas que de presente le convenían; mas Rosa torciendo poquito á poco la conversación, respondió también á lo que tan secretamente había tratado con su marido, como si á más le hubiese preguntado sobre aquel asunto. Dijo que era acertada resolución la que habían tomado; señaló la misma cantidad que

los dos habían convenido para pasar lo que les quedase de vida, y añadió: *Que era bastante, pues no tenían hijos.* Absorta quedó la mujer, oyendo á la Virgen; y confesó que no pudiera decirle más, si se hubiese hallado presente á la conversación.

Más admirable le pareció al P. Juan Miguel, religioso de la Orden de Santo Domingo, que Rosa le refiriese puntualmente lo que muy lejos de Lima le había sucedido, á la que había llegado después de una larga jornada; mucho más cuando no podía tener noticia por medios humanos, y no obstante hasta lo que en su corazón tenía más oculto le manifestaba.

Con virtuosas señoras estaba Rosa en la iglesia de Santo Domingo encomendando á Dios á María de Vera, que estaba agonizando en casa del platero D. Diego de Requena, cuando llegó la triste nueva de que había espirado; mas ella, levantando los ojos al cielo y volviéndolos de repente á los circunstantes, les dijo: *No hay que llorar: no es muerta nuestra amiga; sólo hemos de rogar á Dios que tenga buen suceso en la convalecencia.* Y así fué, pues luego convaleció y recuperó la salud perdida. Andando el tiempo escapó de las garras de la muerte por otro milagro obrado con una efigie de la Santa pintada en un lienzo, según veremos en el cap. XII, del LIBRO SEGUNDO.

Cierto Religioso de la Compañía de Jesús, varón verdaderamente apostólico y de gran virtud, estaba firmemente persuadido (no se sabe con que fundamento), de que aquel año de 1615 había de morir sin duda alguna. El, á la verdad, deseaba verse libre de las prisiones del cuerpo para reinar en la gloria con Cristo; por lo cual estando una vez hablando con la mujer del Contador y presente Rosa, les pidió con todo encarecimiento que encomendasen á Dios su partida. Admiróse la mujer de D. Gonzalo; mas Rosa sonriendo blanda y modestamente, le dijo: *No tenga miedo, Padre, este año no sale de este mundo; así se lo prometo con seguridad.* El Padre, por el contrario, estaba fijo en decir que *era muy cierto,* que *lo deseaba y esperaba con vivas ansias;* que *no podía sucederle cosa más feliz que en acabando de decir Misa entregar su alma al Criador.*

Y tanto creía que la última hora se le acercaba, que mudando el domicilio del Colegio al Noviciado, no sólo se despidió de los compañeros, sino también de los árboles, de las plantas,... de todo; lo que daba gran cuidado y pena á la mujer de D. Gonzalo, porque le pesaba mucho perder tan presto un Padre que con tanto acierto dirigía su conciencia. Por lo cual volviendo los ojos á Rosa, como asilo de consuelo, le preguntaba cada día mil veces y con dolor y angustia le pedía *que mirase bien si era cierto que su Confesor no había de morir tan presto.* Otras tantas respondía la Virgen afirmándose en lo que primero había dicho, y añadiendo: Que *perdiese todo cuidado y viviese segura.* La víspera de Navidad, yéndose D.ª María de Usategui á confesar con el Padre, díjole por encargo de Rosa estas palabras: «Que diese ya de mano aquella persuasión sin fundamento de que había de morir antes de entrar el año nuevo, porque le hacía saber que Dios le reservaba para que le hiciese mayores servicios; y que no moriría antes que con su diligencia y trabajo redujese á Dios muchas almas perdidas, y que entre ellas le estaban señaladas cinco de mucha cuenta, dignas de su ministerio apostólico, que había de convertir al verdadero Dios.» El tiempo con los sucesos comprobaron este vaticinio de Rosa; pues el Padre vivió aún nueve años después de la muerte de nuestra Santa, y cogió los admirables frutos que ésta había pronosticado. El fué el primero de la Compañía que predicó en el lugar que hoy se llama *Santa Cruz de la Sierra,* donde libertó á muchos indios del cautiverio del demonio, y finalmente acabó su vida en la *Ciudad de los Reyes* el año de 1626.

El P. Bartolomé Martínez, de la Orden de Predicadores, Prior del Convento de la Magdalena y Confesor de la Virgen, llegó á peligro de muerte por una gravísima enfermedad, teniendo que recibir á toda prisa los Santos Sacramentos. Mientras visitaba al enfermo el P. Maestro Lorenzana, asimismo Confesor de la Virgen, comenzó á concebir cierta confianza en la salud del enfermo, diciéndole que tuviese buen ánimo, pues esperaba del Señor que saldría libre de aquella grave enfermedad; toda vez que acababa de ver en la iglesia un cirio encendido por su salud ante el Santísimo

Sacramento, aludiendo con esta metáfora á Rosa que estaba ante El en ferviente oración por la salud del enfermo. Apenas había acabado de pronunciar estas palabras el V. Maestro Lorenzana, vino el Sacristán Fr. Juan Fernández diciendo que le enviaba Rosa, que quedaba de rodillas ante el Santísimo, para que de su parte asegurase al Padre Prior: «Que no moriría de aquella enfermedad, aunque gravísima; que tuviese buen ánimo, pues iba á convalecer más pronto de lo que podía esperar, por cuanto convenía que antes se emplease en una obra de la cual resultaría gran gloria á Dios.» Tenía éste bien conocido el espíritu de Rosa; así es que dió entero crédito á lo que de su parte le decían, quedando luego libre del temor y de la enfermedad.

El Maestro Fr. Luís de Bilbao, que también fué Confesor de la Virgen por espacio de catorce años, cediendo unas calenturas que padecía creyó que estaba del todo curado; mas de pronto le atacaron con tal violencia, que le redujeron á los últimos términos. Los médicos no sabían con que atajar el mal, y habían dejado ya de recetar medicina alguna, y el enfermo á quien la naturaleza había dotado de clara y potente voz apenas podía pronunciar palabra que se pudiese entender; mas ayudándose con señas mandó que diesen noticia á Rosa del peligro en que se hallaba, y que ella le dijese con toda claridad lo que acerca de su enfermedad sintiera. La Virgen, aunque penada de lo que padecía el Padre, con rostro alegre y breves palabras respondió al mensajero: «Que nunca era fuera de tiempo prepararse con todo ahinco, solicitud y cuidado para el último trance que tanto nos importa: que esta diligencia siempre era saludable y digna de alabanza; mas que con todo eso, esta enfermedad no era mortal. Convalecerá el enfermo y predicará con acierto y aplauso el día triunfal del Santísimo Rosario, que será muy presto. Entre tanto yo le enviaré mi *Médico* que asista á su cabecera. No aparte de El los ojos y no dude, que ha de sanar con brevedad y estar del todo bueno dentro de poco tiempo.» Envió luego al Padre una Imaginita del Niño Jesús en quien tenía puestas todas sus delicias, á quien llamaba su *Médico;* pero que al convalecer se la devolviesen, porque le causaba gran soledad el carecer de su

vista (1). Dió crédito el enfermo al vaticinio de Rosa; recibió el nuevo *Médico* como venido del cielo, y con admiración de todos recobró enteramente la salud. Sólo no concebía que hubiese de predicar él la fiesta del Rosario, toda vez que estaba á cargo del Padre Provincial Gabriel de Zárate; mas sucedió lo que había predicho Rosa, puesto que habiendo enfermado el Padre Provincial pocos días antes de la fiesta, ignorante del vaticinio de Rosa, encomendó el sermón al P. Luís de Bilbao.

Vamos á acabar este capítulo. Dos nobles doncellas amigas de Rosa, llamadas María y Juana Hurtado de Bustamante, en nada pensaban menos que en ser Religiosas. Un día, paseando con ellas en el huerto de su casa, llevada repentinamente de superior impulso, les habló así: «Sabed, buenas hermanas, que las dos juntamente con vuestra abuela Luísa habéis de ser Religiosas en el Convento de la Santísima Trinidad, y yo he de vivir en ese tiempo y tengo de verlo. Ellas tenían otra hermana llamada Francisca, tan aficionada á pertenecer á la Tercera Orden de Santo Domingo, que no sabía pensar ni hablar de otra cosa. Comunicando al fin sus intentos á Rosa, le respondió lo que después se vió por el efecto, y fué: Que *ni había de ser Religiosa de Santo Domingo ni de otra Religión, antes había de sujetarse al yugo del matrimonio.*

Sucedió tal como Rosa lo pronosticara; pues dos años antes de su muerte, que fué el de 1615, María y Juana con su abuela Luísa recibieron el velo en el Convento de la Santísima Trinidad, tomando la primera el nombre de María de la O., la segunda el de Juana de Jesús, y la abuela el de Luísa de la Cruz; Francisca casó con D. Jerónimo de Villalobos.

(1) «Las curaciones de Rosa eran siempre acertadas; porque no recetaba sola, sino en junta del Protomédico celestial. Tenía un hermosísimo Niño Jesús á quien llamaba su Médico, y con El consultaba sus medicinas para curar á los pobres enfermos. Este Soberano Médico estaba colocado en el Santuario de abajo; y al presente se le ha formado su altar en el de arriba al lado del púlpito, y es conocido con el nombre de el *Mediquito.*» (*Compendio* citado, pág. 93).

CAPÍTULO XXIV.

Continúa el asunto del capítulo pasado.

Había conseguido que le diesen el hábito en el Convento de Santo Domingo de Lima Juan de Soto, callando la enfermedad de epilepsia que padecía. Descubrióse en el año del noviciado, y sabido, fué causa de que el Padre Prior Alonso Velázquez reuniendo consejo con los más graves Padres, determinase en secreto que se le quitara el hábito y se le despidiera cual merecía. Estaba ya decretado el día en que esto debía ejecutarse, y habíase dado orden al P. Maestro de Novicios, Pedro de Loaysa, para que así lo hiciese; pero la Virgen el mismo día señalado al efecto fué á la iglesia muy de mañana, y rogó al Sacristán Fr. Blas Martínez que llamase al Padre Prior y al Padre Maestro de Novicios, ambos Confesores de la Santa, que les suplicase de su parte que bajasen en seguida porque tenía que hablarles de un negocio antes que lo pusiesen por obra. Vinieron ambos admirados, por no atinar qué podría querer Rosa á hora tan desacostumbrada; y oyeron de ella: que *venía á interceder por el novicio que querían despedir,* y que *les rogaba que revocasen tan riguroso decreto.* Algo amoscado por la súplica, respondió uno de los Padres: *No sabe Rosa á que mal tiempo viene la intercesión y que poco remedio tiene lo que ha determinado el Consejo de este Convento, y más siendo novicio inhábil por derecho para profesar.* No se inmutó ni alteró la Virgen por respuesta tan desabrida; oyóla con mucha mansedumbre, y dijo: *Aunque todo esto sea así, el tiempo dirá que es muy contrario el decreto del Altísimo y de más fuerza que el vuestro. Este novicio ha de profesar en la Orden y ha de ilustrarla con ejemplo de insigne piedad y religión.* Todo sucedió como Rosa había predicho.

Tres hermanas cuyos nombres eran Felipa, Catalina y Francisca de Montoya, con el trato y los ejemplos de Rosa

iban aprovechando de cada día más en virtud y perfección. Felipa y Catalina deseaban con veras dejar el mundo y vestir el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo; Francisca anhelaba vivir en él, pues desplacíale el traje religioso, dábale en rostro el vestir humilde y poco curioso de las Terceras, era su gusto vestir á la moda, y estaba muy pagada de sus blandos cabellos. Algunas veces la reprendía Rosa afeándole el demasiado punto que ponía en los rizos y adornos de su tocado, y le decía: *Estos tus cabellos en cuyo aliño tienes puesto todo el cuidado, yo he de verlos cortados; no dudes de esto.* Dijo más al cabo de algún tiempo: que *Francisca, aunque entonces de parecer contrario, y Catalina serían Religiosas de la Orden Tercera de Santo Domingo; pero que Felipa, que por entonces tanto deseaba este feliz estado, andando el tiempo casaría honradamente.* Cumplióse todo esto al pie de la letra; porque los ardientes deseos que Felipa tenía de ser Religiosa pasaron al corazón de Francisca con admiración de todos. Aquélla se colocó en matrimonio, y ésta con su hermana Catalina recibieron el hábito religioso, aborreciendo ya la hermosura de sus cabellos y la vana pompa del mundo, y abrazándose á su penitente estado con fervor y alegría indecibles.

Había determinado el Virrey del Perú encargar al Contador D. Gonzalo una comisión muy lejos de Lima en servicio del Rey; que aunque honorífica, pedía para desempeñarla con el debido acierto persona de gran experiencia y entereza. Para que con más facilidad asintiese D. Gonzalo, envió el Oídor de la Audiencia, el Fiscal y á su mismo Confesor; á fin de que la influencia y amistad de tales personas lograsen que aceptara el nuevo cargo. Sorprendido el Contador con su presencia, y conociendo la dificultad que el negocio entrañaba, pidió tiempo para deliberar, dando por excusa que la flota estaba de partida para España; por lo que las muchas cartas y el ajustamiento de sus cuentas le tenían ocupado de suerte que no podía faltar en casa ni un instante: pero á la verdad, se valía de este pretexto para ver si dando tiempo al tiempo podría descubrir camino por donde salirse de tan serio negocio. Partida ya la flota, fue-

ron varias veces y por separado á hablarle las personas citadas; porque urgía la gravedad del asunto y el buen servicio del Rey. Por fin á los 15 de Abril le dieron aviso de que al día siguiente se presentase al Virrey que le esperaba en Palacio. Con esto conoció D. Gonzalo que no había lugar á no aceptar lo que tanto rehusaba; por lo cual aquella noche, después de cenar explicó triste y preocupado el asunto sólo á su mujer y á Rosa. Aquélla perdió desde luego la color en oyéndolo; mas ésta encomendólo á Dios, y al salir al día siguiente del Oratorio cuando el Contador estaba para ir á conferenciar con el Virrey, con alegre rostro le dijo: *Tenga buen ánimo, no tema; más alegre volverá de Palacio, que ahora se va de casa. Y para no detenerle con palabras superfluas sólo le digo que esté seguro, que aquel arduo negocio que tanto recelo le cuesta y tanta tristeza, se encargará á otro, y V. quedará libre.* Salió de casa el Contador para la entrevista con el Virrey, y dudando su esposa del feliz éxito, Rosa se lo repitió dos y tres veces, y añadió: *Aunque vea á su marido con el pie en el estribo, y que está ya á caballo para partir, no crea que ha de hacer esta jornada. Quedará con V. en Lima, y no será enviado ni expuesto á los peligros de esta comisión que tanto les molesta.* ¡Cosa admirable! Entró D. Gonzalo en Palacio, y luego fué admitido en el gabinete del Virrey; detúvose con él hablando de varios asuntos por espacio de hora y media; y cuando esperaba, temeroso, el irrevocable decreto de su partida, le despidió con todo agrado, sin que todo aquel tiempo que con él se detuvo le hablase la menor palabra del asunto que tanto temía, pues había sido su constante pesadilla por espacio de cuatro meses. Después de largo tiempo se encargó el negocio á otra persona, como si no se hubiese hablado á D. Gonzalo.

Fernando Flores, hermano de la Santa, siguiendo la milicia á ejemplo de su padre, había penetrado en Chile, donde consiguió el grado de alférez. Alejado de Lima más de quinientas leguas, recibió una carta de Rosa (1) en que le

(1) Por revelación divina supo que su hermano se había casado en Chile.

persuadía que *aun en medio de la guerra, no olvidase las obligaciones de un padre de familias*; que *gobernase su casa, atendiendo á que todos viviesen con amor de Dios y ajustados á las divinas leyes*; que *procurase con toda diligencia criar bien á los hijos que Dios le diera, doctrinándoles y enseñándoles buenas costumbres*. Además le decía en ella: que *el primer fruto del matrimonio sería una hija que Dios señalaría en la cara con una encarnada rosa, carácter con que quería el Señor sellarla y escogerla para sí; por lo cual era santo consejo que desde su nacimiento la ofreciese y dedicase á Dios y á su Augustísima Madre, porque esta hija había de ser muy agradable al Altísimo con la pureza é inocencia de vida que había de observar*. Así sucedió puntualmente; porque después de pasados poco más de dos años fué el primer fruto que cogió Fernando del matrimonio una hermosa y robusta niña, en una de cuyas mejillas se veía una rosa graciosamente formada. Fué creciendo con esta señal la niña, causando admiración en cuantos habían visto antes la carta de Rosa. Concurrían á casa de D. Fernando Flores para ver con sus propios ojos esta maravilla y gozar de este devoto espectáculo, Diego González Montero, Cristóbal de Aranda, Valdivia y otros capitanes y oficiales de la milicia de Chile; y la niña, según el vaticinio de Rosa, se inclinaba maravillosamente desde sus primeros años á los ejercicios de virtud y piedad. En edad muy temprana quedó huérfana de padre y madre bajo tutela; y más adelante D. Francisco Lazo de la Vega, Gobernador y Presidente de Chile, movido de su devoción á la difunta Rosa, cuya fama se extendía ya hasta Chile, se encargó de hacer acompañar á Lima, donde y en el Convento de Santa Catalina floreció maravillosamente en compañía de su abuela María de la Oliva (1), dando singular ejemplo de virtud y observancia.

Doña Isabel Mexía, noble matrona, tenía á su servicio una criada de color, que por su antojo se llamaba Esperanza, no siendo bautizada. La habían traído á América del interior del Africa, embarcándola en el Cabo Verde. Había servido

(1) Ya Religiosa, como se dirá en el capítulo siguiente.

primeramente en Panamá, y últimamente hacía ya seis años que estaba en casa de D.ª Isabel. Le sobrevino una grave enfermedad, é interponiendo sus ruegos nuestra Santa logró de D.ª Isabel y de su madre permiso para traerla á su casa y asistirla con más puntualidad y cuidado. Una vez en ella, comenzó la Virgen á hablar consigo misma ciertas palabras que no se entendían, y al fin dijo claramente á su madre: *Yo tengo para mí que Esperanza no está bautizada.* La enferma, por el contrario, por defender con obstinación más perversa si cabe la culpable vergüenza que le causaba no ser cristiana, repetía que en Panamá había recibido el Santo Bautismo. Y para hacer más creíble su mentira, fingía los nombres de muchos que habían asistido—á su decir—á la ceremonia, nombraba padrinos que nunca habían existido, señalaba lugar, año y todo cuanto pudiera desearse. Fuéle muy fácil engañar á su señora, á María de la Oliva y á cuantos la oían, de modo que ya ponían de importuna é impertinente á la pobre Rosa; mas ésta lamentaba en secreto la mala suerte de Esperanza. Quiso el cielo que once días después llegase á Lima Francisco, criado de D. Gonzalo, quien acompañó á Esperanza de Africa á Panamá y de este último punto á Lima. Preguntado éste, respondió sin doblez ni ficción que *él siempre había creído que en los últimos seis años se le había administrado el Bautismo;* y que *tenía por muy averiguado que no lo había recibido en Panamá.* Convencida con esto Esperanza y cogida en mentira que hasta entonces había urdido con celo digno de mejor causa, admirábase no sabiendo por donde había podido haber llegado á oídos de Rosa la verdad de lo que decía; y así delante de todos, comenzó á divulgarlo con estas palabras: «Cuando yo caminaba desde Panamá á la casa de D.ª Isabel, mi señora, las otras negras que venían conmigo, por afrenta dieron en llamarme la *yegua,* dándome este nombre por decir que aun no estaba bautizada. Yo viendo esto, impaciente del oprobio y sin poder sufrirle, repliqué que era tan cristiana como ellas. Desde entonces por no quedar avergonzada, llevé adelante el embuste, procurando hasta el día de hoy defender mi mentira con pertinacia y porfía. Ahora confieso que no sé cómo Rosa ha descubierto

toda esta maraña, por lo que pido de corazón y con todo rendimiento el Santo Bautismo.» En acabando de decir esto la enferma, llamó Rosa al Licenciado Quijano, cura de San Sebastián; refirióle todo el caso, confirmándolo la enferma; bautizóla, y murió al día siguiente.

No había quien se atreviese á preguntar á Rosa, muy alegre con el feliz suceso de Esperanza, cómo había podido saber este secreto; porque todos tenían por muy averiguado que humanamente no podía conocerlo. Por otra parte sabía su madre que no era la primera vez que el cielo infundía á su hija noticias y conocimientos ocultos; pues le constaba por experiencia, según dijimos en el cap. I de esta SEGUNDA PARTE, que siendo la Virgen de no mucha edad, le había infundido el arte de leer y escribir para no tener que aprenderlo de humano maestro.

CAPÍTULO XXV.

Tiene Rosa revelación de que ha de florecer en Lima un Monasterio de Santa Catalina de Sena.

CINCO años después del feliz tránsito de la Virgen Rosa á la gloria celestial, esto es: por los años de 1622, fundó D.ª Luísa Guerra de la Daga, viuda rica y de ilustre prosapia, el célebre monasterio de Santa Catalina de Sena, de la observancia de Santo Domingo. Diez años antes lo había revelado el cielo á nuestra Santa ya por símbolos y figuras, ya poniéndole á los ojos su forma, planta y descripción; por esto tan á menudo y con tanta firmeza como si lo viera edificado, no dejaba de pronosticarlo. Sólo se le ocultó por algunos meses la circunstancia del tiempo, que por entonces reservó para sí la divina Sabiduría con fines superiores; no obstante vino á entender que no le vería con los ojos del cuerpo. Hasta pudo señalar muchas

personas que habían de verlo concluído y las que en él habían de servir á Dios, entre las cuales se contaba su propia madre; el número de Religiosas que había de sustentar el convento; el lugar donde había de fundarse. Delineó en una tabla toda la planta del edificio, é indicó por su mismo nombre el sacerdote que había de cantar en él la primera Misa... hasta conoció por el rostro la que había de ser primera Priora, infundiéndole su espíritu, como se dirá en el capítulo siguiente.

Como bien experto en revelaciones divinas, nos enseñó el profeta Daniel que *las visiones celestiales necesitan de especial inteligencia* (1). Que ésta no faltó en Rosa respecto á este punto se colige fácilmente de que en los símbolos y señales que Dios le presentó, nunca dejó de alcanzar su genuíno significado. Sentada estaba en cierta ocasión y sola en su huerto ocupada en coger flores y ya tenía la falda llena de olorosas rosas, cuando levantando los ojos al cielo, ilustrada interiormente con soberanas luces, comenzó no sin devotos suspiros á tirar á lo alto cada una de las rosas cogidas, como si con este ademán las ofreciera en sacrificio al celeste Jardinero. En este acto y consideración estaba empleada y entretenida, cuando llegó uno de sus hermanos; y pensando éste que era inocente divertimiento de su hermana, acercóse más y preguntóle *qué era aquello de tirar rosas*. Ella no queriendo dar á entender el misterio, respondió: *Esto es hacer lo que ves;* y prosiguió como antes. El hermano tomándolo á pasatiempo, replicó: *Yo también quiero arrojar rosas al aire; y podrá ser que las tire más altas que tú*. Calló la Virgen, pero los prodigios comenzaron á hablar por ella; porque las que el hermano lanzaba caían luego, mas las de nuestra Santa quedábanse fijas en el aire y poco á poco iban formando una cruz cerrada por un círculo con que otras la rodeaban con vistosa hermosura. Vió, es verdad, su hermano el símbolo, pero faltóle la inteligencia que no se escondía á la venturosa Virgen; porque preguntada después por los que supieron el prodigio

(1) Intelligentia enim est opus in visione: *Necesaria es para la visión la inteligencia*. (Daniel, *cap.* x, *v.* 1).

¿qué indicaba el quedarse las rosas en el aire de la manera sobredicha? respondió candorosamente que *todo esto significaba que en Lima, su patria, se había de erigir un nuevo Monasterio de Santa Catalina de Sena*, y que *á competencia habían de concurrir á poblarle muchas Rosas de excelente santidad, para que dispuestas con la observancia puntual y estrecha de su Regla, que es la Cruz del espíritu, apartadas de cuanto estima la tierra y elevadas en alto grado de perfección, habían de menospreciar el mundo estando éste crucificado por ellas, y ellas para él.*

Otra vez, estando Rosa en oración, le fué mostrado un prado de admirable amenidad, poblado por todas partes de cándidos lirios y purpúreas rosas, aunque esparcidas sin orden ni concierto. Agradaban á la Virgen la hermosura y gracia de tan vistosas flores; mucho más cuando con interiores luces llegó á entender que se reservaban para tejer una hermosa corona que ciñera las sienes de su cándido Esposo. Dábale, empero, mucha pena que tan ameno prado estuviese abierto y su entrada, por consiguiente, tan fácil, quedando expuesto á ser pisado y ajada su belleza; mas un súbito rayo de luz le borró todo temor, y le dió á conocer que *vendría tiempo en que aquella escogida cosecha de flores se redujese á cerrado Jardín de Santa Catalina de Sena, y con la debida clausura se separase del profano comercio del siglo.* También entendió que *en los lirios y rosas que había visto estaban significadas las almas puras y amadas de Dios de las doncellas de Lima, que entonces estaban esparcidas sin orden alguno por diversas partes de la ciudad*; y que *en llegando el tiempo que Dios tenía determinado se habían de reunir en Comunidad y guardar estrecha clausura, donde vivirían seguras de que no las hollase, ajando su verdor y entereza el pie de los seglares, reservando toda la fragancia de su precioso aroma para el Dios eterno, hasta tanto que trasladadas de la celda al Cielo se formase de sus almas una corona siempre florida con que ciñera sus sienes el celestial Esposo.* Mientras Rosa escudriñaba estos decretos ocultos y escondidos en Dios y escuchaba los divinos oráculos, parecíale tejer poquito á poco y con sus manos olorosa corona,

y ponerla en las sienes de su amado Esposo, y que en amorosa correspondencia le daba el Señor á entender que le era muy agradable el obsequio y muy ajustado á su gusto y deseo. Visión fué ésta que llenó á Rosa de gozo extraordinario, porque también por ella se le daba á entender indirectamente que todo esto era especial don que Dios concedía á la ciudad de Lima, atendiendo á sus méritos y obras; y que por su respeto quería honrarla en este Monasterio como con una joya de subido precio. Y así siempre que Rosa refería esta visión á las personas de su confianza, añadía al propio tiempo que se aventajarían mucho en virtud y se harían célebres en olor de santidad y vida heroica las venturosas almas que en él morasen.

El P. Maestro Fr. Luís de Bilbao, confesor de la Virgen, por más que hacía grande aprecio de la Santa, no confiaba mucho en el cumplimiento de este vaticinio, porque á su parecer eran humanamente insuperables las dificultades que descubría. Advirtió Rosa las dudas en que su confesor fluctuaba, y con gran confianza en Dios le habló de esta suerte: «¿Por qué duda, por qué está perplejo, Padre? Viviendo V. y viéndolo por sus ojos ha de acabarse de edificar en esta ciudad el convento de Santa Catalina de Sena, que tantas veces he prometido. Ponga argumentos y dificultades, puede suponer cuanto quisiere; diga que no vendrá facultad Real que permita el edificio, añada que ha de hacer contradicción toda la América, y si quisiese todo el mundo; junte á esto otra suposición, que todo el infierno se ha de conjurar y emplear todo su poder, sus artes y fuerzas para resistirlo; finalmente finja en su imaginación cuantos impedimentos pueda pintar: con todo eso antes que llegue la muerte de V., siendo testigo ocular y vivo, el Monasterio que he dicho se ha de edificar, ha de ser habitado y ha de florecer. Ya le he señalado el sitio que ha de ocupar; allí y no en otra parte ha de ser. Y digo más; que Dios con su eterno decreto le ha elegido á V. para que sea el primero que solemnemente celebre el santo sacrificio de la Misa, cuando con pompa y concurso se ponga la primera piedra del edificio. Entonces acuérdese que lo dijo una vil mujercilla.»

En otra ocasión, hablando familiarmente con los de la casa y tratando de las gloriosas prerrogativas y elogios merecidos de Santa Catalina de Sena, poco á poco vino á versar la conversación sobre el Monasterio que había de tener en Lima bajo su patrocinio. Confesó ingenuamente y protestó que ella no viviría ya cuando esto sucediese, mas que cuantos allí estaban gozarían de su vista. Oyéronlo todos haciendo burla del caso, y no faltaron algunos que lo atribuyeron á su entusiasmo por tan grande Santa; y mucho más se afirmaban en este juício viendo que el Procurador que había ido á Madrid para solicitar la facultad Real, había vuelto sin despacho alguno y sin traer esperanzas siquiera de poder conseguirlo.

Bastara esto para hacer desistir á otra que no fuera Rosa, de hablar tan confiadamente de este asunto; á la Virgen no se lo permitía la certeza firmísima de la divina revelación que había tenido; tomó á su vista una lisa y bruñida tabla, bañóla con cera, y con mano segura trazó el dibujo del convento con tal destreza, que admiró á los que lo vieron; tirando líneas, describía las cercas que al principio de la fundación habían de ocupar menor espacio, notaba por donde torcerían, en que lugar había de estar el templo, que sitio el de las puertas, en que parte se habían de disponer los claustros, las oficinas, los dormitorios;... ¡sólo se lastimaba de que no vieran todos, como ella, presente el diseño todo del Monasterio!

Indignábase con esto más que todos la madre de Rosa, y no podía llevar con paciencia que su hija á todas horas, dentro y fuera de la casa, hiciese mención de este Monasterio, asegurando á todos con toda certeza y con todas las señas que debía edificarse. No se descubría por entonces quien tomase á su cargo agenciar este negocio, ni quien quisiese ser fundador ni darse por autor que comenzase á mover los ánimos y persuadir la empresa, ó por lo menos patrocinarla; antes bien todos le daban de mano, teniéndolo por imposible á las fuerzas humanas y reprendiendo á la Virgen porque—á su parecer—daba crédito á las quimeras de su imaginación, ó estaba cegada por el afecto cordial que á su Seráfica Maestra profesaba. El mismo V. Dr. Castillo

ponía todo su esfuerzo en disuadirla, porque juzgaba insuperables las dificultades. Del mismo parecer era D. Gonzalo; ¿qué se quiere más?... ¡hasta lo propio opinaban sus Confesores! Todo esto la afligía mucho más; y temiendo la afrenta que de aquí podría resultar á su familia, no cesaba de reñir á nuestra Santa, diciéndole que *llevada de su capricho quería prevalecer contra el parecer de varones tan prudentes*, y que *no era buen consejo oponerse obstinadamente al consejo de todos los cuerdos*. Añadía que *dentro de pocos días, si perseveraba en aquel sentir, había de ser la mofa y la hablilla del vulgo como una vana profetisa;* que *en tales puntos más se había de atender á la razón que á la porfía y contumacia;* que *el monasterio que prometía, antes se vería edificado en los espacios imaginarios, que en la ciudad de Lima.*

La Virgen, empero, más alegre con tantas contradicciones, con humildad y buen semblante respondió á todo con decir: «Ea, pues, madre dulcísima; cesen ya las diferencias y disensiones de palabras: V. ha de experimentar con gran provecho suyo cuán difícil y dura cosa es dar coces contra el aguijón (1). En el Convento de Santa Catalina que estoy diciendo, V. misma ha de ser de las primeras que vistan el hábito blanco de la Religiosa; allí le han de dar el velo, allí ha de hacer profesión solemne; allí ha de acabar sus días en vida religiosa.» La madre entonces, pensando que su hija se burlaba de ella y que decía esto para más irritarla, la echó de sí diciendo á gritos: «¿Yo monja? ¿Yo á quien en todos los días de mi vida jamás ha pasado por el pensamiento serlo? Yo que no tengo con que pagar el dote; que no sé cantar ni jamás entendí en ello; que me he criado siempre enredada en los cuidados del siglo, sin devoción, sin espíritu, sin poder sufrir clausura, cargada de familia... ¿yo me habría de encerrar en el claustro? ¿En esta edad habría yo de recibir el velo y profesar una regla estrecha, rigurosa y tan difícil de observar? ¡Dios nos libre del demonio! ¡Jesús mil veces! ¡Basta de ensartar disparates! Cuando volaren los elefantes, verás esto cumplido. Bas-

(1) Durum est tibi contra stimulum calcitrare: *Dura cosa es para ti dar coces contra el aguijón.* (Act. Apost. *cap.* IX, *v.* 5).

ta, Rosa: hartos desvaríos has dicho; calla, y déjame á mí; no quieras hacerme creer imposibles...» El principio del año 1629 *no vió volar elefantes,* y sin embargo vió á María de la Oliva monja en el nuevo convento de Santa Catalina, donde después de la muerte de su marido, alcanzados ya los sesenta en edad con *devoción* y *espíritu* quiso ser agregada al número de las Religiosas hijas del gran Patriarca Santo Domingo, cuando con el hábito tomó el nombre de María de Santa María, y cumplido el año de noviciado profesó, y llena de años y virtudes murió santamente. No tenía la pobre viuda caudal para pagar cuatro mil pesos de plata, que era el dote consignado para las que fuesen admitidas al velo; mas para que no le fuese la pobreza estorbo, ya había proveído de antemano la Providencia, inspirando á la Fundadora que se admitiesen á su parecer algunas personas de buena vida y sin dote... Una de las que gozaron de este privilegio y obra pía fué la madre de Rosa.

CAPÍTULO XXVI.

Profetiza Santa Rosa quien fundaría el Monasterio de Santa Catalina de Sena.

Queda dicho en el capítulo XXII de esta SEGUNDA PARTE, y probamos con numerosos datos, que por la gran confianza de Santa Rosa en la bondad del Omnipotente, este tan rico y generoso Señor la había asistido en muchos lances; ya en sus necesidades, ya en las de su familia. Tan levantada idea tenía la Virgen de la bondad y poder de Dios, que todo de El se lo prometía: y así todo su afán era llevar á cabo grandes empresas á su mayor honra y gloria; y desconfiando de sí y poniendo toda su confianza en tan poderoso Señor, esperaba verlas realizadas. Tanto se prometía de la liberalidad y riqueza de su amado Esposo, que muchas

veces y en público llegó á decir que tomaría á su cargo edificar desde sus cimientos el nuevo Monasterio de Santa Catalina de Sena, si en sus días lograsen facultad real para dar comienzo á la fábrica.

Hablaba cierta vez en su casa con otras doncellas del nuevo Monasterio, como si le viera del todo acabado. Su madre, no pudiendo disimular el enfado que esto le causaba, la reprendió á la vista de todos, diciéndole estas palabras: «Acaba ya, necia, acaba ya de vender tus delirios y disparates; advierte que no es asunto de una mujer plebeya ni de patrimonio de poco caudal el fundar monasterios; y tú hablas con tanta confianza como si para los crecidos gastos de una fábrica tan grande tuvieras pronto doscientos mil pesos de plata.» Respondió humilde la modesta hija: «Si yo sólo atendiera á la posibilidad humana, si mirara á las manos avarientas de los hombres, yo lo confieso, cuanto digo es un imposible; pero ha de saber, madre mía, que pica más alto mi esperanza. Tengo por fiador de esta verdad aquel mismo Señor en cuyo poder están todos los tesoros, y no puedo dudar ni me es lícito desconfiar de su liberalidad infinita. El suceso lo verán esos sus ojos con gran alegría de su corazón; aún más, V. misma por experiencia verá que es cierto lo que digo.»

No era Rosa la que había de dar cima al grandioso proyecto del Monasterio de Santa Catalina de Sena: Dios se contentaba con sus deseos, y se los premió largamente como dirigidos á su mayor honra y gloria y á la Seráfica Maestra; ni hubiera obstado su pobreza para fabricarlo, si Dios así lo hubiese dispuesto... Mayores maravillas leemos en la vida de los Santos: no fué obstáculo en Santa Teresa para fundar más de treinta, ni menos en el Seráfico Padre San Francisco, no obstante ser pobrísimo, para fundar más de mil; puesto que á Dios nada le es imposible, sino lo que intrínsecamente repugna. Mas tuvo la dicha de que Dios le revelara quien sería la venturosa que había de llevarlo á cabo, de la manera siguiente:

Doña Isabel Mexía, de quien hablamos en el cap. XXIV de esta SEGUNDA PARTE, tenía una criada llamada Mariana. Habiendo ésta enfermado, asistíala con afecto de caridad

nuestra Rosa, por ser muy conocida y frecuentada la casa por sus padres. Con esta ocasión muchas nobles señoras, entre las cuales se contaba D.ª Lucía Guerrero de la Daga, señora ilustre en virtud y riquezas, venían á visita por ver á D.ª Isabel y enterarse del estado en que aquélla se hallaba. Viendo D.ª Lucía á nuestra Santa, de quien había oído decir grandes cosas, cuidadosamente ocupada en servir á la enferma, no dejando de la mano la ocasión que se le ofrecía, comenzó á trabar conversación con ella, suplicándole que la tuviera presente en sus ejercicios y oraciones. Rosa sintiendo que interiormente la movían, ofreció á la señora lo poco que pudiese; y porque instaba ésta y pedía que se acordase de ella muy en particular, le prometió encomendarla á Dios un día cada semana.

Doña Lucía, con este consuelo, apenas llegó á su casa no pudo sosegar ni se quietó hasta volver á verse con Rosa, que ya era toda suya; por lo cual estuvo otra vez de visita en casa de D.ª Isabel y volvió á hablar con Rosa, bajo pretexto de que encomendara á Dios á su marido y á una tierna hija, que quizás en aquel momento necesitaban de sus oraciones. Nuestra Virgen, como si estuviera leyendo en el corazón de D.ª Lucía, abrazóla amorosamente y, movida de secreto impulso, ofrecióle hacerle participante hasta de sus obras y ejercicios espirituales; y levantando los ojos que siempre solía tener fijos en el suelo, y poniéndolos en el rostro de D.ª Lucía, llena de gozo y con modesto regocijo, díjole estas palabras: *Gócese, Madre, y dése mil parabienes; pues Dios la tiene guardada para instrumento de una grande obra suya.* Y repitiendo esto, derretido el corazón en júbilos, la besó muchas veces con suavidad y cariño, sin que ella resistiese, porque estaba atónita y suspensa en admiraciones.

No puede explicarse con palabras el espíritu que recibió la venturosa señora del que en Rosa rebosaba. Sintió que con el aliento y palabras de la Virgen iban penetrando é introduciéndose por los más ocultos senos de su alma vivas llamas de amor de Dios que la obligaba á decir con San Pablo: *Señor, ¿qué queréis que haga?* (1). Afectada por modo

(1) Domine, quid me vis facere? (*Act. Apos. cap.* IX, *v.* 6).

tan extraordinario, volvió á su casa, diciendo entre sí: «Señor, si es vuestra voluntad y disposición eterna de vuestros decretos, si ha de ser para mayor gloria de vuestro santo nombre que yo del estado que tengo pase á ser Religiosa, proseguid, Señor, cumplid en mí lo que maravillosamente habéis comenzado. Veisme aquí que me ofrezco á mí misma con todo el afecto de mi corazón, y no sólo yo me pongo á vuestros pies, sino que también rindo á ellos mis hijos, toda mi hacienda y cuanto poseo. A vuestra soberana Providencia queda desviar los impedimentos con que sabéis que estoy por imposibilitada.» Desde aquel instante privaron en su corazón ardientes y eficaces deseos de ser Religiosa, y juntamente eficacísima esperanza.

No había cumplido aún treinta años D.ª Lucía, y ya un florido verjel de hijos (cuatro niños y una niña) la rodeaban, prometiendo al parecer largos años de vida á su buen marido. Los cuidados de la casa no fueron bastantes para borrar de su corazón ó entibiar al menos la certeza que de ser Religiosa tenía; de modo que solía hablar con los suyos de la ejecución de este santo propósito con seguridad tan firme, como si ya todo estuviese dispuesto para la pronta imposición del velo.

Acaeció en este ínterin que el Rdo. P. Juan de Villalobos, Rector del Noviciado de la Compañía de Jesús en Lima, fué también á visitar á D.ª Isabel; y trabando conversación con Rosa, díjole ésta después de hablarle de la certeza que tenía de que había de fundarse el Monasterio de Santa Catalina, que *el día anterior se había visto con doña Lucía de la Daga, joven señora, pero de juicio maduro;* y que *no quería alargarse más por entonces.* Entendió luego el religioso y prudente varón á que aludía Rosa con lo dicho y con lo que había callado de D.ª Lucía; disimulólo sin embargo, hasta que, muerta la Virgen, cierto día se vino á confesar con él según costumbre aquella señora. En la confesión comunicóle ésta que *estaba ocupada de la idea de emprender una grande obra, pues eran sus intentos fundar un Convento de Religiosas bajo el nombre y protección de Santa Catalina de Sena;* que *á esto le impelían divinos estímulos, á los cuales no podía ni debía resistir;*

y que *á este fin estaba resuelta á no perdonar todas sus fuerzas y riquezas.* El Padre Confesor entonces, acordándose de lo que le dijera Rosa, dióle á entender que esto era lo que le había prometido la Santa Virgen al decirle: Que *Dios la reservaba para una grande obra suya;* por lo que *no desconfiase de la profecía de una Virgen cuya virtud era tan conocida y ella misma había experimentado con gran provecho;* que *tan ardua empresa no podía dejar de tener muchas dificultades, embarazos é impedimentos,* mas que *con todo en lo más recio de la tempestad esperase con suma tranquilidad los divinos auxilios que sin duda alguna le alcanzaría Rosa, que ya estaba gozando de los amorosos abrazos de su inmortal Esposo.*

Así fué, porque poco tiempo después llamó Dios para sí al marido de D.ª Lucía, y luego por su orden á todos sus hijos; quietó y atajó todos los embarazos que podían impedir la nueva fundación, aunque eran muchos y de peso; trocó los corazones que endurecidos la contradecían, y los volvió favorables; lo cual se vió con el Fiscal de la Audiencia, quien consultado privadamente sobre la fundación proyectada, opuso serias dificultades; mas el día siguiente y ante el Virrey que presidía la Audiencia, dió el informe más favorable que pudiera desearse. Sólo faltaba vencer la resistencia que sus muy nobles parientes le oponían; pues atendiendo á la edad de D.ª Lucía, á su ilustre prosapia y á sus muchas riquezas, querían que admitiese segundo matrimonio. Pero ella, acordándose de la profecía de Rosa y constante en el primer propósito, resistió valerosa; y arreglado todo como deseaba y mejor de lo que podía esperar, ayudada por el Licenciado Juan de Robles, clérigo, quien le dió un magnífico solar donde emplazar el edificio, junto con una grande huerta y la mayor parte de su hacienda que casi igualaba la de D.ª Lucía: con sus grandes riquezas pudo levantar un suntuoso y magnífico monasterio.

Doña Lucía y su hermana D.ª Clara vistieron el santo hábito. Aquélla tomó el nombre de Sor Lucía de la Santísima Trinidad, y fué la primera Priora del nuevo Convento, propagando maravillosamente en sus súbditas con santas amonestaciones, consejos, ejemplo y vigilancia, aquel espíritu

que mucho tiempo antes le habían comunicado los dulces y amorosos besos de Rosa, y acabando por fin sus días en olor de santidad.

Este fué el feliz resultado de la predicción de Rosa; por lo que aquel Convento llevó indistintamente el nombre de nuestra Santa ó el de su Seráfica Maestra.

CAPÍTULO XXVII.

Cuenta nuestra Santa al V. Dr. Juan del Castillo una maravillosa visión.

Lo admirable de las virtudes de nuestra Santa, sólo el que tratare lo que ella trató lo podrá cuando mucho conocer, pero no explicarlo fácilmente. Sólo aquel amor divino que ardía y abrasaba dulcemente su pecho, pudo hacer que una criatura obrase tantos portentos y ejercitase tantas virtudes en grado tan heroico, enseñándonos de paso que este amor es el que alienta nuestros corazones, y según nos disponemos para recibirle, Dios nos comunica su gracia y fuerza especial para que nos empleemos en su servicio. El alimento de un espíritu y de un corazón encendido en las llamas del amor de Dios, son los trabajos y penas interiores y exteriores; y cuanto fueren mayores, de más fortaleza será el sustento. Alimentó Dios á la virgen Rosa con tantas enfermedades y penas interiores, y ella coadyuvó con mortificaciones tan extraordinarias, que bien puede considerársela como un dechado de paciencia. Esto hemos visto en el discurso de su vida, y esto nos toca ver en especial y muy luego al tratar de los últimos días de su vida. A la par que fueron muy grandes y extraordinarios los trabajos que padeció, fuéronlo también los favores, las gracias y los regalos con que la favoreció el amante Jesús.

Maravillosa fué la visión que tuvo por el mes de Julio

de 1617, casi un mes antes de su muerte, con la cual su Divino Esposo la fortaleció y encendió en aquel fuego de amor que de ordinario la estaba abrasando, pues no respiraba sino amor y más amor. Un amor infinito con que amar á su Esposo, le parecía limitado á no ser el mismo con que Dios se ama. Refirióla la Virgen al V. Dr. Castillo, poco antes de caer enferma, de este modo: «Suspensa estaba yo en la luz unitiva de contemplación quietísima, cuando vi un resplandor de admirable excelencia, decoro y majestad, que había esparcido por todas partes la sutil inmensidad que está presente en todas partes. En el centro de este resplandor apacible había un arco de muchos colores, resplandeciente y graciosamente adornado con reflejos de varias luces. Coronaba á éste otro diferente de la misma hermosura y majestad; y adornaba el vértice de los dos arcos la cruz gloriosa de nuestro Salvador bañada toda en sangre reciente, con los agujeros de los clavos bien patentes y coronada con el título triunfal del Crucificado. Mas el arco interior le llenaba la humanidad de mi Señor Jesucristo radiante, clara y resplandeciente y rodeada de tanta gloria, cual nunca vi jamás las otras veces que le había visto. Se dignó su dulce bondad darme entonces fuerzas extraordinarias y maravillosamente vivas con que pudiese por mucho tiempo y muy á mi gusto mirar de hito en hito á mi Rey magnificentísimo en toda su hermosura, y no como otras veces de lado ó sola la cabeza y pecho, sino que le veía todo, desde la planta del pie hasta la cabeza y cara á cara...»

Interrumpió aquí el V. Doctor á la Virgen, preguntándole el color de los arcos; lo que respondió que *eran muchos, muy raros y peregrinos todos; de calidad y hermosura tan extremada, que no hay color en esta vida el más vistoso y elegante, al cual ni en sombras puedan compararse; sino que sólo parece que la hermosura de aquellos arcos había reunido en sí toda la gracia y variedad de todos los colores posibles con infinita excelencia.* Luego continuó su discurso: «... De la sacratísima humanidad de Cristo que tenía tan cercana, sentí que corrían suavemente á lo más íntimo y secreto de mi alma encendidas llamas de fuego que no pueden explicarse, unas glorias y un bien tan

grande, que me parecía que ya no estaba en la tierra, sino que libre de los lazos de este mundo corruptible, me habían trasladado á los gozos bienaventurados de la fruición eterna. Después de esto, aquel Señor que en la hermosura excede á cuanta está repartida entre los hijos de los hombres, dispuso delante de mí un peso de dos balanzas, y no sé que pesas. Luego se acercaron numerosos escuadrones de Angeles, vestidos de gala y llenos de resplandor, y con decorosa reverencia se inclinaron ante el Señor de la Majestad. A estos espíritus hermosos se siguieron copioso número de almas dichosas, y con el mismo ademán y reverencia adoraron al Salvador y tomaron su lugar cada una. Los Angeles cogieron el peso y comenzaron á cargar las balanzas de aflicciones y trabajos, amontonando unas sobre otras, como que quisiesen averiguar puntualmente la molestia de cada una; y cuando en esto estaban más empeñados, se entró de por medio Cristo, y tomando para sí este oficio, por ser superior al arbitrio y júicio de los Angeles, con sus propias manos levantó la balanza y la puso en fiel, y de los montones que estaban puestos repartió aflicciones á las almas que estaban allí presentes, entre las cuales puso aparte para mí una porción de trabajos gravísimos. Después, poniendo de nuevo pesas en las balanzas correspondientes, se acumulaban gracias sobre gracias, y queriendo los Angeles hacer el peso, otra vez llegóse Cristo Nuestro Señor para hacer esta función con más cuidado, digna solamente de su brazo Omnipotente, y con gran cuenta dividió entre las almas que estaban allí presentes aquellos preciosos montones de gracias á proporción de las aflicciones que les había distribuído. No me dejó á mí sin mi parte, pues según el peso de la adversidad que me había concedido, también me pesó y comunicó inestimable riqueza de gracias sobreabundantes. Advertí que con el tesoro de gracias que se dió á cada una de aquellas almas estaban tan gozosas como llenas, que parece no les cabía en el pecho y les salía por los ojos y por la boca. Hecho esto, levantó el Salvador la voz sonora, y con majestad y mucha gracia, dijo: *Sepan y entiendan todos, que á la tribulación se sigue la gracia; sepan, que sin el peso de las aflicciones no se llega á los colmos de la*

gracia; entiendan que crecen las medidas de los dones, al peso y medida de las calamidades. Que nadie se engañe: esta es la única y verdadera escala del Paraíso, y fuera de la Cruz no hay otra por la cual se pueda subir al Cielo. Oídas estas cosas, me sobrevino un poderoso ímpetu que no puedo explicar con palabras, de ponerme en medio de la plaza para gritar públicamente con todos mis pulmones, diciendo á todos los hombres de cualquiera edad, sexo, estado y condición que fuesen: *Oid, pueblos, oid todo género de gentes; de parte de Cristo y con palabras salidas de su misma boca os aviso que no se adquiere la gracia sin padecer trabajos; es necesario que haya calamidad sobre calamidad y que se amontonen aflicciones para llegar á merecer aquella íntima unión de la naturaleza divina, la gloria de los hijos de Dios y la perfecta hermosura del alma.*

«El mismo estímulo me impelía con violencia á predicar la hermosura de la divina gracia; me congojaba, sudaba, anhelaba y me parecía que no podía ya el alma detenerse en la cárcel del cuerpo, sino de que dejándola sola y más ágil se había de ir por el mundo dando voces y diciendo: *¡Oh, si conociesen los mortales lo que es la gracia! ¡qué hermosa, qué noble, qué preciosa! ¡qué de riquezas y tesoros encierra en sí! ¡qué delicias, qué gustos y alegrías! ¡cómo quisieran padecer trabajos y calamidades por conseguirla! ¡cómo pidieran molestias, persecuciones, enfermedades, penas y tormentos para llegar á merecerla!... este es el premio y logro de la santa paciencia: ninguno se quejará de la Cruz ni de los trabajos que le caen en suerte, si considerara que le espera tan fiel peso y balanza de abundantes tesoros.*»

Deseando el V. Dr. Castillo penetrar más por entero los fondos de esta visión, preguntó á la Virgen *bajo qué forma ó figura se le había aparecido ó representado la gracia.* A lo que respondió prontamente: Que *la gracia nada tiene de común con las figuras corporales, y mucho menos con colores sensibles ni con otra belleza creada.* Que *su naturaleza es del todo divina, aunque bien había alcanzado que es cosa distinta de Dios, si bien contiene maravillosa-*

mente su imagen y hace el alma deiforme. Interrogóle por fin el V. Doctor sobre *con qué género de locución había Cristo pronunciado las palabras referidas, si era intelectual ó vocal:* á lo que respondió: Que *ella no sabía cuál era el nombre que dan los prácticos y entendidos en tales materias á estas hablas y locuciones; mas que el modo de hablar de Cristo fué:* que *de su boca salía claro y purísimo concepto de la sabiduría, que penetrando lo más hondo y secreto del alma, significaba y decía interiormente todo aquello que quería que entendiese.*

Esta visión tan singular fué la que previno y dispuso á la Virgen para tantos y tan grandes trabajos y dolores como había de padecer en su última enfermedad, á más de lo sufrido en todo el discurso de su vida; pues en ella le reveló el Señor todo el orden de excesivos dolores con que determinaba su Providencia prepararla y disponerla para la bienaventurada eternidad: Que *habían de ser tan agudos y tan diferentes de los experimentados, que comparados con aquéllos apenas si merecen el nombre de dolores;*—que *había de hallarse puesta como en un potro,* y que *cada uno de los miembros de su demacrado cuerpo había de sentir particular tormento, sin que el uno pudiese socorrer al otro ó participar al menos éste de aquél, aliviándole por este medio;*— que *la sed que había de atormentarla, sería muy semejante á la que sintió el Redentor desangrado en la Cruz;*—que *las medulas de los huesos habían de ser penetradas con ardores intolerables;*—y que *en la complicación de tantas enfermedades, todas mortales y espantosas, no se había de observar el acostumbrado orden de la naturaleza, sino que sería sin tregua, porque este colmo de tormentos mortales no había de regirse por leyes naturales, sino por disposición particular de la Providencia.*

Rosa, para no rendirse al miedo ni rehusar la bebida de cáliz tan amargo, en la Capilla del Rosario, como en otro Getsemaní, hizo su oración; y con ardiente espíritu se resignó á la voluntad del Eterno Padre, implorando el socorro de la Virgen Madre de Dios; por lo que esta celestial Señora se dignó manifestarle que se le acercaba el día.

Acertó á pasar cerca de donde oraba D. Juan de Tineo y Almanza, de quien hablamos en los caps. IX y XX de esta SEGUNDA PARTE. Saludó á la Virgen, y le dijo que le tuviera presente en sus oraciones; á lo cual ella contestó que *hiciese lo propio para con ella*. Tenía encendido el rostro, echaba al parecer llamas motivadas sin duda alguna del coloquio que había tenido con la Reina de los Angeles; y cuando pedía á D. Juan de Tineo que le correspondiese, adujo tales razones, que eran bastantes para que entendiera este virtuoso varón que en aquel punto había tenido revelación manifiesta del día de su muerte.

CAPÍTULO XXVIII.

No ocultándosele á Rosa el día de su muerte, entra con ánimo esforzado en la lucha, y sale en ella vencedora.

CUAL sea tormento más penoso: saber de fijo el día y la hora de la muerte ó ignorarlo y temerlo á cada instante, es problema aun por resolver; en lo primero aflige el fatal decreto; en lo segundo, el *¿cuándo será?* Sólo para aquellos que son amigos de Dios el morir es logro y ganancia, porque es descanso y corona; por esto el Señor descubre á veces á algunos de sus siervos el día y la hora de su tránsito, para que con la esperanza del galardón crezcan los deseos de recibir el premio de sus virtudes. De aquí nació el ser todos los años para Rosa tan agradable la fiesta del Apóstol San Bartolomé, pues sabía con luces superiores que en ese día había de pasar del destierro de este mundo á la Patria celestial; así es que lo celebraba con más devoción que los otros, y con muy singular cuidado lo festejaba, ayunando la víspera é induciendo á inocentes niños que la acompañasen, los cuales continuaron tan piadosa

costumbre después de la muerte de nuestra Virgen, sin dar más razón que *así nos lo enseñó Rosa*. Su madre, curiosa y amiga de saber las razones que tenía su hija para celebrar de un modo tan especial la fiesta sobredicha, sospechaba que en esto había algún misterio, hasta que por fin se le descubrió oyendo de la misma Virgen que *este día, andando el tiempo, había de ser para ella día de bodas en el cual había de ser llamada al florido tálamo por el Esposo celestial.*

Tres años faltaban para que la muerte con su inflexible guadaña cortara esta delicada y tierna Rosa, cuyo suave aroma embalsamaba y recreaba la antigua *Ciudad de los Reyes,* cuando el Señor para aumentar el cúmulo de sus merecimientos le envió una grave enfermedad que en pocos días la redujo á los últimos extremos, de manera tal que todos la lloraban por muerta, dudando muchas veces de si respiraba. Hallábase presente en el mayor apuro el Padre Maestro Fr. Luís de Bilbao, que la había confesado catorce años; y con voz conmovida comenzó á esforzarla con aquellas palabras y actos virtuosos con que suélese ayudar á los agonizantes. Oía Rosa los últimos consuelos que le prodigaba su Padre espiritual, y acomodándose á sus fervorosas exhortaciones hacía fervientes actos de contrición; pero advirtiendo que los presentes la daban por muerta y como tal la lloraban, y que su mismo Confesor no podía también detener las lágrimas, no pudo ella tampoco contener en su amoroso corazón los tiernos afectos de compasión y lástima que le causaba aquella escena; y así para consolarle, habló á su Padre espiritual de esta manera: «No se rinda, Padre mío, al miedo que tan pesadamente solicita su pecho; ataje esa avenida de tristeza que tan fuera de tiempo le aflige, y tenga por muy cierto que no he de morir de esta enfermedad, aunque á su parecer sea tan celebrada con lágrimas que no pueda escapar del riesgo. ¡Ay de mí, infeliz! más lejos está el término de mi carrera; llegaré á él con el tiempo, mas no ahora. Pues si ahora muriera, habría de morir dos veces, y está harto distante el día en que he de dejar el mundo, ni hay fundamento para entender que sea voluntad de mi Divino Esposo que haya de morir dos veces.» No

acababa el Padre Confesor de admirarse, viendo la seguridad con que la Virgen decía esto; pues sabía muy bien que no hablaba temerariamente y que no se atreviera á afirmar que no había de morir por aquel entonces, si de ello no hubiera tenido revelación.

El día 30 de Abril del año 1617 cumplió nuestra Rosa los treinta y un años de su edad, y comenzó el treinta y dos que sabía muy bien no había de acabar; y así cuatro meses antes de su muerte, sana y robusta, llamó aparte á la esposa de D. Gonzalo, y le habló en estos términos: «Ha de saber, Madre mía, que de aquí á cuatro meses he de hacer el viaje último que es forzoso á todos los mortales, y esto es muy cierto. Los dolores de la última enfermedad serán atrocísimos: ellos me acabarán la vida, pero el más cruel será el de una sed insufrible; y así desde ahora le pido por caridad y con todas las veras que puedo, que me socorra en aquel lance tan apretado. Acuérdese en aquella ocasión que la he tenido en lugar de madre; use, pues, de entrañas piadosas, como si lo fuera; y si le pidiere agua para templar el ardor de las fauces y la sequedad de las entrañas, no me la niegue por amor de Dios, porque será grande la necesidad que padeceré. Prométame, Madre mía, y déme hoy palabra de que no me dejará en aquel mortal incendio de la sed, sin darme agua cuando la pida.» Atónita quedó con estas palabras la buena de la señora, y mirando atentamente á la Virgen y advirtiendo las veras con que lo decía y la humildad y rendimiento con que se lo suplicaba, con sencillo afecto le prometió darle agua cuantas veces se la pidiese, causándole gran dolor que el día en que había de perder á Rosa amenazase tan de cerca.

Con no menor certeza había declarado á la misma señora un año antes de su muerte, el lugar en que había de acabar la vida. Cierta tarde, entretenidas santamente en pláticas espirituales, con rostro apacible y lleno de modestia y alegría, la interrumpió contra su costumbre con estas palabras: «Quiero darte noticia, Madre mía, que no he de pagar á mi Dios la común deuda de los mortales sino aquí, en esta casa y en este aposento. Y aunque vea que la última enfermedad me acomete en la casa de mis padres, no dude que aquí y

no allí he de librarme de las prisiones de la mortalidad. Desde ahora le ruego y suplico por las leyes del amor que me tiene y del afecto con que le correspondo, que en acabando de espirar no fíe de otras mujeres el piadoso oficio de vestirme y componer mi cuerpo en el féretro; sólo V. y mi madre han de tomar este cuidado, así se lo ruego por amor de Dios. A Vdes. solas dejo este último obsequio de piedad y misericordia cristiana; así se lo pido con todo rendimiento, si algo valen con V. mis humildes súplicas.»

Tres días antes de la última enfermedad que acabó con sus días, fué Rosa por última vez á casa de sus padres, acaso por despedirse ocultamente de la celdilla de que hablamos en el capítulo XXII de la PRIMERA PARTE, testigo de los regalos y delicias espirituales que en ella había recibido. Allí, pensando que nadie la escuchaba, comenzó á entonar las últimas endechas precursoras de su muerte; mas su madre estaba acechando escondida en un rincón del huerto, y oyó cantar á su hija tiernos y amorosos motetes á su Padre Santo Domingo y que la encomendaba á tan grande Santo; repitiendo muchas veces que en breve tiempo quedaría sola; y así que la tomase á su cargo, pues al fin y á la postre había de adoptarla por hija suya. Quedó trastornada y abatida y le ocasionó gran sobresalto el secreto que había escuchado; pero disimuló por entonces, creyendo que *desahogaba* así la penitente Virgen su melancólica imaginación.

El 1.° de Agosto, empero, declaró que no había tal *desahogo,* sino pronóstico de lo que ya comenzaba á verificarse. Sana y robusta, se recogió por la tarde nuestra Virgen en su aposento, esperando allí con ánimo invicto los dolores de su última enfermedad cuyos tristes síntomas comenzaba ya á sentir. Cerca de la media noche la oyeron dar voces lastimeras, que partían el corazón. Acudió al instante la mujer del Contador con sus hijas y criadas, y hallaron á la Virgen tendida en el suelo, el cuerpo yerto y envarado; sólo el palpitar del corazón, la respiración apresurada, la voz desmayada y quejumbrosa daban indicios de que había en la Santa un leve soplo de vida. Turbada la señora, preguntábale con instancia *dónde le dolía: qué le afligía más: cuál era su enfermedad;* mas ella, como estaba ya tan ren-

dida, no pudo responder cumplidamente, sino que con intercadente pausa en las palabras, dijo: Que *mal ninguno tenía; pero que la misma muerte, apoderada de los más retirados senos de las entrañas, dominaba libremente todo su cuerpo*. Volvieron á preguntarla, y le dijeron: *¿Llamaremos al médico?* y respondió: *Al del Cielo*, no hablando otra palabra.

Levantáronla del suelo y la metieron en cama: era su pálida frente fuente de frío sudor; esforzaba la respiración, como si tuviera grandemente oprimido el pecho; discordes los pulsos de las arterias y sienes competían en la vehemencia, y ora el temblor, ora la hinchazón dominaban el cuerpo en inciertos intervalos. Solamente sentía algún alivio al desahogar el aliento con pronunciar tiernísimamente el dulcísimo nombre de su amado *Jesús*. En amaneciendo los Confesores vinieron á asistirla, admirándose de ver en Rosa un vivo y mudo simulacro de todos los dolores. Se personaron también los médicos, quienes viendo la fuerte complicación de opuestas enfermedades, no sabían que recetar; y confesaban que tal cúmulo de males no podía ser contrarrestado por medios humanos, pues aquellos dolores no eran del todo naturales.

Parecido era este cáliz al que allá en el huerto de Getsemaní apurara el Esposo; cáliz aquél preparado para la Esposa en los eternos decretos, según ya se lo había revelado.

CAPÍTULO XXIX.

Prosigue el asunto del capítulo anterior.

Perplejos y confusos los médicos á vista de síntomas tan extraños, uno de los Confesores que asistían á la Virgen pensó que nadie mejor que ella podría saber en qué consistía su complicada y rara enfermedad; y así la obligó á que siquiera declarase lo que sentía. Rehusándolo

ella y deteniéndose en dar respuesta, la obligó con precepto, creyendo que causaba tanto silencio su humilde modestia. En oyéndolo estuvo su obediencia más fuerte y robusta que sus dolores; y aunque con el mucho padecer sabía casi todos los nombres de las enfermedades, no conociendo ésta por ser tan singular, echando mano de semejanzas explicó lo que sentía de esta manera: «Bien sé que merezco lo que estoy padeciendo; pero no sabía hasta ahora que pudiese caber en cuerpo humano tal cúmulo de penas, ó que podían repartirse por todos los miembros, sin quedar alguno libre. Paréceme que un encendido globo de hierro se me aplica á las sienes, y que un asador hecho ascua me traspasa desde lo alto de la cabeza hasta la planta del pie derecho, cuya vehemencia en cierto modo me levanta en alto. Con semejante ardor un puñal abrasado me penetra por el lado izquierdo en el centro del corazón.» *He aquí á Santa Rosa clavada en cruz de fuego.*

Prosiguió diciendo: «Paréceme también que tengo en la cabeza un capacete de llamas, y que le golpean por todas partes con un martillo, y que agudas puntas penetran el cráneo sin que haya un punto de reposo. Los huesos poco á poco se resuelven en polvo; las medulas se han secado y se van haciendo ceniza; en todas las junturas hay especial tormento, que ni le sé el nombre ni hallo dolor con que compararlo. Con éstos conozco que voy llegando al fin de mi vida; mas por cuanto dentro de poco sé que me ha de aumentar la intensión de mis dolores y que durarán algunos días, me compadezco mucho y me pesa del trabajo y molestia que he de dar en esta casa más tiempo del que yo quisiera. Cumpla el Señor en mí su santísima voluntad; yo no rehuso ni la muerte ni estos tormentos más horribles y fieros que la misma muerte.»

Esta relación traía fuera de sí á los médicos: fluctuaban perplejos, atónitos, confusos; por una parte la conocida santidad de Rosa no permitía poner en duda cuanto decía, y por otra faltaban las señales que indicasen que era mortal aquella dolencia, no manifestando calentura maliciosa el pulso ni dando muestras manifiestas la sucesión de tan opuestas alteraciones para formar juício de que hubiese allí

algunas de las enfermedades que conoce la medicina. Viendo esto la Virgen, declaró en secreto á su confesor el Padre Maestro Fr. Juan de Lorenzana, que *los médicos se cansaban en valde en averiguar la especie de su enfermedad, pues era fuera del orden natural y venida de fuera por muchos caminos*, y que *se dirigía de la circunferencia al centro;* y que *encontrándose unos con otros intercalándose los paroxismos, se variaban con opuestos efectos*. Añadía que *no le quedaba otro remedio que la paciencia del Santo Job, pues había de experimentar en algún modo en cada uno de sus miembros todos los dolores de su Esposo crucificado*. Así, pues, suplicó con gran encarecimiento á la esposa de D. Gonzalo que le permitiese estar así algunos días padeciendo sin que nadie la hablase, intentando con este silencio unir con más quietud sus íntimos é inexplicables dolores con los que acabaron la vida á su Amor crucificado, con quien tal se sentía en todos sus miembros. Mas interrumpió esta quietud de la Cruz su madre que vino á visitarla, y hallóla más enferma de lo que le habían indicado; y así con grandes ansias y no poca porfía, le rogaba que le declarase en qué parte sentía mayor dolor. Respondióle brevemente, diciendo: Que *era igual el dolor y tormento en todas partes, y sólo podía decir que eran verdaderos dolores de cruz*. No satisfecha la madre con esta respuesta, juzgando que el mucho silencio y paciencia de su hija era causa de que no se le aplicasen las medicinas convenientes, le mandó que muy por menor le refiriese lo que le afligía. Rosa, acordándose que en ninguna parte como en la cruz tiene más lugar la obediencia, cobró fuerzas con ella y refirió á su madre por medio de semejanzas, como había hecho con los médicos, los agudos dolores y atroces tormentos que le crucificaban. La afligida madre no pudo detener las lágrimas, llorando principalmente por no poderle mitigar los dolores; mas la Virgen, llena de compasión, procuraba atajarle el llanto, rogándole que las enjugase, como si con las palabras de su dulce Esposo caminando al Calvario, le dijese: *No lloréis por mí* (1).

(1) Nolite flere super me. (Evang. de San Lucas, *cap.* XXIII, *v.* 28).

Sumergida estaba Rosa en este amargo piélago de dolores, cuando amaneció alegre y claro el día 6 de Agosto, consagrado á la gloriosa Transfiguración del Señor; pero no la halló gozando en el Tabor, sino padeciendo en el Calvario. Parece que, como si no fueran bastantes los dolores que padecía, vinieron en su ayuda terribles enfermedades naturales para que á tanta paciencia ningún género de penas faltase ó á fin de que no pudiese ponerse en duda que aquella enfermedad era mortal. La primera que llegó fué una parálisis que le acometió el lado izquierdo, pasmándole mortalmente de alto á bajo todos sus nervios, para que comenzase ya á morir por alguna parte del cuerpo. Sólo le quedó libre hasta el último aliento por especial beneficio la lengua, para que pudiese emplearla en dar gracias á Dios y decir palabras de edificación. Los restantes miembros de aquel lado quedaron tan entorpecidos, que ya no le pudieron servir, por más que los estimularon con fricciones y ungüentos que aumentaron el tormento sin conseguirle alivio. Sólo por el peso conocía la enferma que tenía brazo y pie; en cuanto á lo demás, si era necesario incorporarla en la cama ó volverla de otro lado, tenía que valerse de manos ajenas, compadeciéndose mucho de tanta molestia como á los otros causaba. Sucedieron, ó por mejor decir, se agregaron luego á la perlesía ó parálisis otros síntomas y accidentes de no menor cuantía. A los 17 del dicho mes se le manifestó una aguda pleuritis ó dolor de costado. A esto se juntó poco á poco el asma ronca. Dieron fuerza y vigor al dolor de costado la aguda ciática que crecía por instantes, crueles latidos de los hipocondrios, y la gota que se le fijó en los nudos y coyunturas del pie derecho, confundiendo la distinción de las demás enfermedades el destemplado ardimiento de la calentura. Tan poderosos, varios y acumulados ardores fueron necesarios para que la frescura de esta Rosa singular se marchitase; pues parece un milagro no haberse rendido más brevemente á tan abrasado bochorno que ajaba sus verdores; pero es más glorioso martirio no morir de una vez, sino después de haber muerto poco á poco cada uno de los miembros. Así deseaba morir por la *Fe* á manos de los herejes, como dijimos en el cap. XIV de esta SEGUNDA PARTE.

Rosa, constante y serena, aceptaba con resignación y agradecía el colmo de tantos dolores y enfermedades que le medía la mano de su dulce Esposo con aquella admirable balanza de que se habla en la *visión* que refirió al Dr. Castillo (1), estando muy segura de que á tantas aflicciones correspondían otros tantos cúmulos de gracias, que es aquel inmenso y eterno golpe de gloria de que hace mención el Apóstol (2), y se llama *gracia consumada*. De aquí se originaba aquella plácida y suave tranquilidad de que gozaba su alma entre acerbas y casi insufribles penas; de aquí aquel valor heroico, aquella invicta constancia con una confianza y esperanza tales, que causaba admiración á muchos, con especialidad á sus Padres espirituales; de aquí aquellos soliloquios tiernos y festivos que tenía con su Amado: *Señor,* decía, *más, más; cúmplase el beneplácito eterno y digno de perpetuas adoraciones de vuestra justísima voluntad; llenad la balanza, acumulad dolores á dolores; mas acordaos también de aumentarme la paciencia.* Suspiraba algunas veces, y decía: *Atended, Señor, á mi socorro; pues sin él nada puedo hacer.* Cuando el dolor de los costados la provocaba á vómitos de sangre, hablaba á su Esposo con los versos que había compuesto para estas ocasiones, que le eran muy familiares por cierto, y decía:

No me den, Señor,
Tus iras el castigo,
Ni entre tu furor
Conmigo en juício;
Pues Tú, Señor, gustas
Que yo me lave
La mancha de mis culpas
Con esta sangre.

Oyéronla muchas veces que con amorosos cariños decía al Cristo crucificado que tenía entre sus brazos: «Mi dulce Jesús, cuando yo os pedía dolores, creía que me habíais de enviar aquellos con que me ejercitabais en mi primera ju-

(1) Cap. XXVII de esta SEGUNDA PARTE.
(2) Epist. II ad Cor., *cap.* IV.

ventud; mas ahora os ha parecido disponerlo de otra suerte: sea bendita la abundancia de vuestra misericordia tan liberal conmigo.»

Compadeciéndose cierta persona de los crecidos dolores que le ocasionaba la perlesía, con admirable sosiego de ánimo respondió que: «En tiempos pasados había tratado con el Señor de adoptar un niño huérfano y mendigo, que en edad adulta fuese Ministro del Evangelio y predicase á los bárbaros; pero ahora veía que le había dado dos hijos adoptivos, uno sobre la rodilla izquierda y el otro en el brazo que allí los alimentaba.» Con este gracejo daba á entender el peso del brazo y la rodilla pasmados con la parálisis.

Temía la prudente Virgen, y no sin gran fundamento, que la violencia continua de tan terribles enfermedades, destemplando el cerebro, la privasen del juício; mucho más al considerar tantos días y noches enteramente sin dormir, tanto ardor en la cabeza y en las sienes con sucesión continua de movimientos y accidentes mortales. Por lo cual la humilde Rosa con flébil y trémula voz rogaba con mucho rendimiento á los domésticos de la casa que *la ayudasen con oraciones á pedir á Dios que mitigase la fuerza de enfermedades tan complicadas, sólo por donde podía impedírsele el uso de razón.* Miró con buenos ojos la piedad divina á la humildad de su Sierva; y así le conservó, con especial prodigio, libre el juício y expedita la lengua hasta el último aliento.

Muchas veces privóle el uso de los sentidos ora la vehemencia de la enfermedad, ora el rapto de la contemplación, de modo tal que parecía estar trasportada en dulce sueño; y así algunos comenzaron á tener esperanzas de mejoría, creyendo que descansaba. La madre, á quien tanto interesaba la salud de su hija, se esforzaba en persuadirla á que quizás aún recobraría la salud perdida; mas ella sonriente, como que estaba bien cierta de su muerte, le dijo que «no era sueño, como pensaba, el sosiego que había visto, ni eran tales sus tormentos que diesen treguas ni un solo momento para poder disfrutar un poco de sueño; y que así no dudase que había de acabar muy presto la vida, si bien era necesario antes agotar hasta las últimas heces el amargo cáliz de su pasión por amor de su Divino Esposo.»

La sed atormentaba cada día con más rigor y vehemencia á la moribunda Virgen; por lo cual dirigiéndose á la mujer de D. Gonzalo con ojos llorosos y compasivos, le pedía con voz humilde y llena de dolor que le diese un poquito de agua para refrigerio y alivio de la sed ardiente que padecía; pues se encontraba de manera que tuviera por regalo la hiel y vinagre de que había usado cuando sana (1), si le hicieran la caridad de traérsela. La piadosa señora, aunque le traspasaban el corazón los ruegos de Rosa y se compadecía muy de veras de mirarla en aquel estado, tenía que negarse á ello, por prohibición de los médicos. Volvió Rosa á esforzar la súplica, y decía que *se acordase de la palabra empeñada hacía más de cuatro meses*, de lo cual hablamos en el capítulo XXVIII de esta SEGUNDA PARTE. Excusábase otra vez la señora, diciendo: Que *ya no podía cumplir la promesa, porque estaba de por medio la prohibición de los médicos;* por lo que no quedó otro alivio á la Virgen, viendo que se estaba abrasando, que exclamar como su Divino Esposo espirante en la Cruz: *Sed tengo* (2).

CAPÍTULO XXX.

Feliz muerte de Rosa.

LLEGÓ por fin el tiempo en que esta Rosa marchita y sin jugo por los incendios de amor y sobra de ardores de sed, ajóse para dejar con la vida las espinas y tormentos, renaciendo más ufana en el ameno Paraíso de su Amado. Ya no podían de ningún modo disimularse los síntomas mortales que se descubrían en la enferma con gran-

(1) Cap. XIV de la PRIMERA PARTE.

(2) Sciens Iesus, quia omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio: «Sabiendo Jesús que todas las cosas estaban *á punto de ser* cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Tengo sed.» (Evang. de San Juan, *cap.* IX, *v.* 28).

de alegría suya; porque así dejando aparte el cuidado del cuerpo, tendría lugar para ocuparse más en el del alma. Llamando muy á menudo á los Confesores, trataba de purificar su muy limpia conciencia, haciendo confesión general de toda su vida con mucho dolor y lágrimas de verdadera contrición (1). Alguna que otra vez se confesó más brevemente, pero siempre con tanto dolor y lágrimas, que fué ocasión de que muchos se compungiesen. Tres días antes de su dichoso tránsito, cruzadas las manos en ademán de hacer oración, pidió con voz llorosa el Santísimo Viático y la Extremaunción. Luego que oyó que le traían el Convite Eucarístico, su rostro se llenó de hermosura; y sin poder detener los raudales y avenidas de gozo que inundaban su espíritu, se arrobó en dulcísimo éxtasis, quedando atónitos cuantos allí se hallaron, viendo que con todo eso respondía á tiempo y con expedición á cuanto le preguntaba el sacerdote, teniendo en las manos la Hostia Sacrosanta. En recibiendo el Divino Sacramento se quedó tan suspensa y fija, que dudaron largo rato los circunstantes de si había pasado la Sagrada Forma. El P. Maestro Lorenzana, temeroso por tener ella tan secas las fauces, le preguntó lo que en esto había; mas ella volviendo repentinamente en sí á la voz del Padre Confesor, respondió que *había bajado ya al estómago*. Entonces el Padre Maestro, recordando los admirables efectos que causaba en el espíritu de Rosa este Divinísimo Sacramento, le dijo estas palabras: «Goza ahora, hija mía, de tu Divino Esposo, y á solas con El recibe á manos llenas las delicias de su presencia, que sin duda es dulcísima: pídele que, como otras veces suele, te llene ahora de sus bienes con mano liberal (2).»

Al paso que Rosa estuvo yerta é inmóvil en éxtasis al recibir el Sagrado Viático, estuvieron expeditos sus sentidos cuando moribunda recibió la Extremaunción. Fué para ella aquel Sacramento verdadero *Oleo de alegría* con el cual se

(1) Esta confesión general de toda su vida la hizo con el Rdo. Padre Antonio de la Vega Loaysa, de la Compañía de Jesús, que había sido Provincial; y apenas halló materia para la absolución.
Así consta en el *Sumario*, pág. 14. Edición de Roma de 1665.

(2) Quedan ya citadas en el cap. XIII de esta SEGUNDA PARTE; mas por ser tan propias de este lugar, las repetimos.

sintió animada más bien para el triunfo que para el último combate, como que estaba ya segura de su salvación. Muchas veces repitió delante de los circunstantes la *profesión de fe* con voz la más alta y clara que pudo, protestando no sin interior júbilo que: «Siempre había vivido y moría ahora confesándose por hija de la Santa Iglesia romana, universal Madre de todos los fieles, y que nunca se quería apartar, mientras tuviera uso de razón, de la firmeza solidísima de esta fe.» Siguióse á esto el cuidado de confesar pública y devotamente que era hija de su Padre Santo Domingo; y así quiso tener á la vista el blanco *Escapulario de su Orden,* extendido en la cama como estandarte bajo el cual había militado y merecido muchos laureles. Holgóse mucho oyendo decir á su Confesor el P. Maestro Fr. Juan de Lorenzana, que era costumbre en la Orden poner extendido el escapulario sobre la cama de los moribundos,—cosa que hasta entonces no había llegado á su noticia;—y así Rosa, estando para morir, con más ternura besaba el escapulario, que cual vía láctea le señalaba el camino del Empíreo.

Visitó á la Virgen en tan terrible trance el P. Bartolomé Martínez, Prior del Convento de la Magdalena, varón muy celoso de la santa observancia, Confesor que fué de la Virgen durante cinco años. Pidióle ella con humildes súplicas y gran rendimiento que le leyese el prontuario de perdonar agravios, para que pudiese en algún modo imitar al Divino Cordero que con tantas ansias rogó en la cruz por sus enemigos; á lo que accedió. Repetía la Virgen con un Crucifijo en la mano cada palabra que pronunciaba el Confesor, y enternecíase su espíritu y se le enardecía su corazón al repetir las del Divino Redentor en la Cruz: *Padre, perdónales* (1). Dióles rendidas gracias, y luego con gran humildad pidió *que llamasen á todos los de la casa de D. Gonzalo, para suplicarles que la perdonasen en todo lo que les hubiese ofendido ó molestado, ya obrando poco atenta, ya faltando á la puntualidad que debía tener en servirles, ya por su enfermedad, que aun había de durar dos días...*

(1) Pater, dimitte illis: «Padre *mío,* perdónales.» (Evang. San Juan, *cap.* XXIII, *v.* 34).

¡y no obstante á nadie había sido ocasión ni causa de pesadumbre, ni con palabras, ni con acciones, ni aun con el más mínimo ademán! Les rogó con mucho afecto que, *pues ya estaba tan cerca del término, no quisiesen perder el mérito y fruto de tan largo tiempo como habían empleado en asistirla*, y que *no malograsen el mérito de mucha paciencia que habían tenido en sufrirla. No está distante*, añadió, *la hora en que la casa de D. Gonzalo se verá libre del fastidio de una hedionda Rosa y del peso inútil de una criatura cual soy yo.* A ninguno de los presentes dejó de asomar las lágrimas al oir tan humildes palabras, porque para amar tiernísimamente á Rosa era poderoso motivo el haberla conocido y haber experimentado su santidad é inocencia, su profundísima humildad, el candor de sus costumbres y el deseo que de complacer á todos estaba poseída.

Atendiendo el Contador D. Gonzalo á lo mucho que deseaba la Virgen no tener sepultura fuera de su Religión, pues vestía el hábito y observaba la obediencia del gran Patriarca Santo Domingo; temía fundadas disensiones entre el señor Curapárroco y los Religiosos sobre llevar cada uno á su jurisdicción tan rico tesoro. Con todo, no se atrevía á hablarla claro, conociendo su humildad y lo que resultaba en su honor y estimación manifestarle la competencia que sin duda sobrevendría; mas, por fin, ocurriósele aconsejar á Rosa que rogase á los Superiores le hiciesen la limosna de enterrarla entre sus hermanas en Religión, y que así lo declarasen en una escritura que á este propósito llevaba ya preparada. Vino en ello fácilmente la Virgen, juzgando que era acto de mayor humildad y abatimiento pedir de limosna la sepultura, según costumbre en su Religión. Era tanto lo que la llevaba la humildad, que hasta pedía que con buenas razones y corteses pretextos despidiesen á las nobles señoras que venían á visitarla; y cuando arreciaba la molestísima ciática, solía decir repetidas veces: *Ea, Señor, apretad las cuerdas á los tormentos, no levantéis la mano por más que suban de punto; todo es poco para lo que merezco.*

Advirtieron muchos que á medida que el cuerpo de Rosa

iba desfalleciendo, se reforzaba su espíritu y cobraba nuevos bríos, seguridad y alegría, sin poder disimular el gozo ni con las palabras ni con el aspecto de su semblante. De hora en hora iba creciendo su esfuerzo y consuelo, como si tuviera en la memoria y hallara en sí lo del Apóstol: *Cuando estoy débil, entonces soy más fuerte* (1). Compadecido cierto Religioso de los terribles dolores que padecía, exhortábala á que *tuviese valor y ánimo, pues se le iba acercando el dichoso término de la jornada, y aquel ardor que la atormentaba era para sazonar su alma á fin de que fuese sabroso bocado para su amado Esposo:* á lo que ella respondió: *Eso es lo que estoy rogando á mi dulce Esposo, que no cese de purificarme con estos ardores tan raros, hasta que como fruta madura pueda partir de aquí en derechura, y merezca ser puesta en la mesa de la gloria.*

Al fin de su vida menudeaban más los dulcísimos raptos con que comenzaba á gustar las delicias de la gloria. Pocas horas antes de espirar, volviendo algo en sí de la santa embriaguez que estos gustos comunicaban á su espíritu, y casi sin poder sufrir tantos raudales de gozo, dijo en secreto y con infantil candor al P. Francisco Nieto y á los que la estaban velando: «¡Oh Padre! si el corto plazo que me queda de vida lo permitiera, ¡qué cosas tan dulces, tan preciosas, tan altas tendría que contar de la suavidad de Dios, de su alegre Corte, de la región amenísima de la eternidad! Ahora voy con indecible gozo á contemplar eternamente aquel rostro hermosísimo que busqué con afán en el destierro de mi peregrinación y siempre deseé con todo el ardor de mis deseos.»

Asistía á la moribunda hija su afligida madre: su padre no se hallaba allí por estar algo indispuesto; sin embargo, sabiendo que su hija quería recibir la paternal bendición antes de partirse al otro mundo, se hizo llevar á la casa de D. Gonzalo. En llegando, apenas vió á su hija tan desfigurada, rompió en amargo llanto, embargándole la voz los so-

(1) Cum enim infirmor, tunc potens sum: «Cuando estoy débil, entonces *con la gracia* soy más fuerte.» (II ad Cor. *cap.* XII, *v.* 10).

llozos, moviendo á todos á acompañarle con su amada esposa. Entre tanto, contenidas ya algo las lágrimas y reprimido un poco el acerbo dolor, Rosa con rostro apacible y suma reverencia besó la mano á sus padres, diciéndoles amorosamente, que *hallándose al término de la vida, les pedía humildemente que no le negasen la bendición.* Diéronsela, y la recibió ella con suma reverencia; luego volviendo los ojos á D. Gonzalo y á su esposa, quiso fortificarse también con la suya, pues los tenía en lugar de segundos. Después llamó á los dos hermanos que estaban presentes; y pidiéndoles que se acercasen, les encargó entre otras cosas que *atendiesen á honrar y servir con diligencia á sus padres,* como si á ejemplo de Jesús moribundo les dijera: *Veis ahí á vuestra Madre* (1). Hecho esto, llamó á las dos hijas del Contador, que eran de poca edad, á las cuales había amado mucho por su inocencia y buen índole, y les inculcó *el temor de Dios, el amor á la virtud y el cariño á sus padres, á quienes debían procurar tranquila y alegre vejez, siendo báculo de su ancianidad.* Con no menor espíritu habló por su orden á todos los de la casa, amonestando á cada uno que *no echasen en olvido la piedad cristiana;* y que *fuesen siempre buenos y amigos de la virtud.* Dijo todo esto con tal espíritu, que no parecía mujer moribunda, sino un nuevo apóstol predicando.

Al ver esto su Confesor, el venerable P. Maestro Fr. Juan de Lorenzana, persuadióse de que no moriría aquella noche; y como era ya bien entrada y víspera del apóstol San Bartolomé, determinó irse al Convento por no faltar á los solemnes Maitines, empeñando su palabra de volver muy de mañana. Sabiendo, empero, Rosa, que no tenía cuatro horas de vida, suplicóle con todo rendimiento que antes le echase la última bendición, dando á entender que muy en breve partiría de este mundo. Respondióle el Padre que sería mejor dilatarlo hasta mañana, porque habría lugar para ello, por tener intención de volver en amaneciendo; mas Rosa sonriéndose, con modesta gravedad le dijo: «Ha de saber, Padre mío, que esta noche cuando comience la fiesta

(1) Evang. de San Juan, *cap.* XIX, *vrs.* 26 *y* 27.

de San Bartolomé, he de partir para celebrar eternas fiestas en el Cielo. Ya estoy convidada desde allí para aquel espléndido y solemne Convite, ya está señalada la hora; ¿no quiere que vaya mientras están abiertas las puertas?» Esto decía con rostro tan sereno y agraciado, con quietud y tranquilidad tan alegre y segura, como si ya estuviese esperando á la entrada del Paraíso, con la lámpara encendida, que *al punto de media noche dieran la voz, diciendo: Mirad que viene el Esposo, salidle al encuentro* (1).

Y á la verdad era así, pues en llegando la noche á la mitad de su carrera, Rosa sintió que aquella voz la llamaba, y el Confesor hizo que le diesen la vela bendita de los agonizantes, para salir con luz encendida al encuentro de su amado Esposo; santiguóse é indicó por señas á su hermano que le quitase la almohada para reclinar la cabeza sobre el duro leño de la cabecera, á fin de imitar en algo á su Esposo Jesús, que murió en un Madero. Luego expeditos sus sentidos, claro el júicio, fijos en el Cielo los ojos, al pronunciar (mientras la recomendación del alma) JESÚS, JESÚS, JESÚS SEA CONMIGO, entregó su alma al Criador.

Fué á gozar en la celestial morada de los abrazos de Aquél con quien celebrara místicos desposorios acá en la tierra (2), el 24 de Agosto del año 1617, día de la festividad del Santo Apóstol Bartolomé, á los treinta y un años y casi cinco meses de su portentosa vida (3), felizmente empleada, para vivir con las Vírgenes prudentes por una eternidad de eternidades.

(1) Media nocte clamor factus est: Ecce Sponsus venit, exite obviam ei: «Llegada la media noche se oyó una voz que gritaba: *Mirad que viene el Esposo, salidle al encuentro.*» (Evang. S. Mat., *cap.* XXV, *v.* 6).

(2) Cap. XXVI de la PRIMERA PARTE del LIBRO PRIMERO.

(3) Decimos que murió en el año 1617 á la edad de treinta y un años, porque así consta en la célebre obra «Acta Sanctorum» de los Bolandistas, de la cual se han traducido muchos de los documentos que insertamos en el LIBRO SEGUNDO. Insistimos en esto por haber leído en el Compendio de la vida de la Santa, citado á la pág. 154 de esta humilde obra, que nació nuestra Virgen á 20 de Abril de 1586, y murió el día de la fiesta de San Bartolomé á la edad de treinta y dos años y poco más de cuatro meses, año de 1618.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

LIBRO SEGUNDO.



GLORIA PÓSTUMA

DE SANTA ROSA DE SANTA MARÍA.

CAPÍTULO I.

De lo que sucedió hasta el entierro de nuestra Santa.

Entregado que hubo su bella alma al Criador nuestra gran Rosa, según queda dicho en el último capítulo de la SEGUNDA PARTE del LIBRO PRIMERO, quedó su cuerpo cual si estuviera informado todavía. Persuadíanlo, al parecer, lo alegre de su rostro, sus encendidos labios, las rosadas mejillas y sus lucientes ojos. No pudo la naturaleza dispensar en aquellos tristes momentos dolorosas lágrimas en sus padres, hermanos, Contador y familia; pero ¡cosa admirable! pronto sintieron latir su corazón tan de alegría, cual si aquel fúnebre aposento fuese ya cámara nupcial. Tal era el cúmulo de gustos espirituales y consuelos divinos, que todos se admiraban viéndose dulcemente anegados en torrentes de alegría. Su madre más que todos; y era que viéndola nuestra Santa afligida y llorosa á la cabecera, com-

padeciéndose de su tristeza y acerbo dolor, logró favor tan singular de su celestial Esposo, y más cumplidamente de lo que podía esperar, pues en espirando la Virgen fueron tantas las avenidas de consuelo que desde lo alto inundaron su maternal corazón, que la obligaron á retirarse á un rincón del aposento donde acababa de morir su bendita hija, para desahogarlo libremente. A más de los de la casa de D. Gonzalo, á diecinueve personas principales de Lima que se hallaron presentes al dichoso tránsito de la Santa Virgen, una desconocida y celeste suavidad espiritual les obligó á trocar el llanto en alegría. Una de ellas, gran sierva de Dios, vió que rodearon la cama de la feliz Rosa numeroso coro de Angeles que cantaron dulces y festivos motetes al ponerla en el féretro; y dijo después muy en secreto á la mujer del Contador D. Gonzalo, que *había visto toda la pieza donde estaba expuesto el cadáver de Rosa bañada en luces de gloria.* Luego afirmó con juramento que *tres días antes del feliz tránsito, una persona religiosa había tenido revelación de que la muerte de Rosa sería admirable,* y que *la Providencia había dispuesto que en los funerales no hubiese colgaduras de luto, sino adornos de fiesta.* Era tanta la alegría que por todas partes el celestial Esposo derramaba, que hasta algunas devotas mujeres que velando la difunta esperaban que rayase el alba, no pudieron menos que cantar alternadamente espirituales motetes.

Muy de mañana apareció en los alrededores de la casa de D. Gonzalo una muchedumbre que pedía con grandes instancias que abriesen las puertas, admirando á los domésticos que tan presto se hubiese divulgado por toda la ciudad tan triste nueva. Así que se les dió entrada, invadieron el patio y las salas por ver á nuestra Virgen, que estaba en el féretro, adornada de flores, rodeada de blandones y velas, con su hábito blanco y negro, palma en la mano, corona de flores, é infundiendo alegría y veneración con su hermoso y risueño semblante en los ánimos de cuantos la miraban.

Llegó de los primeros el P. Maestro Lorenzana, que después de muerta su hija espiritual se había retirado al convento, mientras vestían el venerable cadáver su madre y la

mujer de D. Gonzalo cumpliendo sus deseos (1); y maravillándose de que Rosa estuviese en el féretro no como desfigurado cadáver, sino durmiendo al parecer reposado sueño, prorrumpió en estas palabras: «Bienaventurados los padres que te engendraron; bienaventurada la hora en que naciste; bendígate el Señor, hija felicísima de mi Padre Santo Domingo, que estás gozando ahora del rostro beatífico de tu Criador. Moriste como viviste; no perdiste la gracia bautismal en todo el discurso de tu vida, que fué siempre pura y limpia de culpa mortal. Al cielo has subido con inocencia inmaculada de vida, con pureza infantil de virginales candores; sigue ahora por doquiera que vaya al Divino Cordero por eternidades.»

Conmovióse entonces el numeroso gentío, arrebatando á porfía cuantas flores la adornaban, y repartiéndolas entre sí. Unos procuraban besarle los pies, otros se tenían por más dichosos si podían besarle las manos, y no faltaron quienes hiciesen necesario poner guardias á la Virgen para defenderla *de los hurtos devotos*. Los que no se atrevían á romper por la gente, quedaban como extáticos al contemplar algo apartados aquel agraciado rostro, ampo de la nieve, cuya belleza subía de punto con las flores de la guirnalda y la blancura del velo. Intentaron muchas veces las más amigas y familiares de Rosa cerrarle los ojos; mas resultaba en vano, porque volvían los párpados á su puesto, como si aun después de muerta no quisiese apartar la vista de sus conciudadanos.

Creció la multitud de los que acudían á visitar á Rosa, no bastando las anchurosas puertas para la entrada y salida, viéndose obligado D. Gonzalo á abrir la puerta falsa de su casa para que saliendo los que la llenaban, cediesen lugar á los que venían. A los primeros momentos todo fué bien; pero apenas se difundió la voz de la apertura, fué tanto el tropel de gente que acudió deseosa de ver el venerable cadáver, que el Virrey se vió obligado á poner guardias para evitar cualquier disturbio.

Admira ver una ciudad toda conmovida sólo por honrar

(1) Cap. XXVIII de la SEGUNDA PARTE del LIBRO PRIMERO.

el entierro de una pobre y desvalida Virgen, hija de padres humildes, que tanto había procurado verse olvidada de todos; pero no es de extrañar, toda vez que la Divina Providencia había dispuesto que tuviese célebre y gloriosa sepultura.

CAPÍTULO II.

Exequias á la virgen Santa Rosa, con solemnidad nunca vista en la noble ciudad de Lima.

Algunas horas antes de la fijada para el entierro de Santa Rosa, gran multitud llenaba las plazas y calles, con ser anchurosas y capacísimas. De la casa del Contador al convento de Santo Domingo mediaban unos mil pasos; y apenas cogió el numeroso gentío, que sólo la piedad llevaba. El ilustrísimo señor Arzobispo, desconfiando romper por la compacta muchedumbre que todo lo llenaba, desistió de honrar con su presencia el fúnebre cortejo, y fué á esperarlo á la puerta de la iglesia de Santo Domingo. En el entretanto, cual si hubiese procesión general, afluyeron á casa de D. Gonzalo sin invitación alguna diversas Cofradías, Comunidades de Religiosos con sus insignias y guiones, y el Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana, que sólo acostumbraba hacerlo en el entierro de su Arzobispo. Hasta parecieron todos los Magistrados y Oidores de la Audiencia, que sólo asistían á la muerte del Virrey.

No es dable fijar el número de los caballeros y nobles que concurrieron, siendo para todos estupendo prodigio el verse congregados donde no les habían invitado. Los balcones, ventanas, puertas, azoteas, etc., que daban á las calles y plazas por donde había de pasar tan solemne entierro, estaban literalmente tomados. ¡Tal era el concepto que de la santidad de una pobre Virgen, hija de obscuro militar, todos se habían formado!

Al sacar el féretro del salón donde tanta gente la había visitado, advirtieron que iba el venerable cadáver sin corona de flores con que adornar su cabeza, según costumbre en los entierros de doncellas, y fué que al echar mano algunos por pura devoción de las flores de que estaba sembrado el féretro, según dijimos en el capítulo anterior, y de parte del hábito y tocas hasta personarse los guardias, no perdonaron la elegante corona que habían acomodado en su cabeza. Olvidáronse de hacerle otra, y advirtiéndolo al salir echaron mano de la corona de espinas que llevaba puesta Santa Catalina de Sena, por haber sido fiel imitadora de esta Seráfica Maestra. Aprobáronlo cuantos sabían lo que había sucedido y la entrañable devoción que profesaba Rosa á su modelo, recordando el desvelo y cuidadoso aliño con que acostumbró adornar á la venerada Imagen. ¡Hasta el Cielo, después de su muerte, quiso mostrar cuán fielmente imitó á tan grande Maestra, coronándola con la espinosa diadema que la efigie de Santa Catalina llevara!

Al caer la tarde, abiertas de par en par las puertas de la casa de D. Gonzalo, tomó en hombros el féretro en que llevaban tan preciosa joya el Cabildo metropolitano; obsequio sólo usado con los Arzobispos difuntos. Después de haber pasado la primera plaza con grave y lento paso, al llegar á un lugar do se cruzaban cuatro calles, hubo descanso, cargando luego con el venerable cadáver los Magistrados de la Audiencia, y sucediéndoles cuando lo estimaban oportuno los Prelados de las Religiones. Iban á los lados de escolta y llevando el paso los soldados de la guardia del Virrey, que desviaban á la gente no sin mucho trabajo, é impedían á la multitud, oponiéndole un muro con sus lanzas y alabardas, que cortase los hábitos de la Virgen ó mutilase su cadáver; pues á tanto quizá hubiese llegado... ¡tal era el fervor de obtener alguna reliquia de la que ya aclamaban Santa! No pudo evitarse, empero, que al entrar en la iglesia de Santo Domingo le quitasen parte de los vestidos, la palma y la corona, siendo necesario hacerse con otros adornos para ponerla en el túmulo.

Parado el féretro á las puertas del templo (cuyos umbrales tantas veces había pisado en vida) para que le echasen

agua bendita, pareció á muchos que su virginal rostro estaba bañado de nueva y singular alegría, aumentando su nativa belleza; y observando todos la flexibilidad de su cuello y demás miembros, poco faltó para que no prorrumpiesen con aquellas palabras que se leen en el Evangelio: *No está muerta la doncella, sino dormida* (1). Recibióla un majestuoso túmulo, y con prodigioso portento parece que le daba la bienvenida la Reina de los Angeles, pues vieron cuantos allí estaban que el rostro de la Imagen del Santísimo Rosario despedía grandes resplandores. Al rededor del túmulo se pusieron los más graves Padres del Convento, para que ni despojasen el venerable cadáver, ni faltase lugar para acercarse los enfermos, que con esperanzas bien fundadas esperaban recuperar la salud. Poco más apartada estaba la guardia del Virrey, que apenas pudo contener las oleadas de la muchedumbre, que hasta impidió á los músicos cantar con holgura. En lugar distinguido había el ilustrísimo señor Arzobispo de Lima, los Magistrados y Oidores de la Audiencia, el Cabildo Metropolitano, el Cabildo Municipal, los Prelados de las Religiones y numerosa nobleza.

Dispuesto todo para comenzar el Oficio de sepultura y llevar el santo cuerpo al sepulcro abierto en el Capítulo del Convento, fué tanta la confusión que se armó, que no hubo otro remedio que correr la voz de que no se enterraría hasta el día siguiente. Con esto se quitaron muchos y dieron vuelta á su casa para volver al tiempo señalado, dando lugar á la nobleza y á lo más lucido de Lima para acercarse al cuerpo de la Sierva de Dios y besar sus inocentísimas manos. Interin concurrió otra vez la curiosa muchedumbre, amontonándose, por decirlo así, junto al túmulo; viendo lo cual el señor Arzobispo con acciones y señas, porque la voz no podía ser oída, ¡tanto era el tumulto y la confusión que reinaba! mandó á los Religiosos que la llevasen á la sacristía; y como todavía no quedase bien librado, lleváronle al Noviciado, y por fin al *Oratorio del Noviciado,* donde quedó seguro, velándole durante la noche los Religiosos que señaló el Prelado. Aquí, puesto de rodillas el señor Arzo-

(1) Non est mortua puella, sed dormit. *(Mat., cap.* IX, *v.* 24).

bispo, tomando con sus manos las de la Virgen, se las besaba con mucha reverencia, ternura y devoción, hallándolas del todo flexibles, cual si estuviera dormida. Algunos Oidores de la Audiencia que estaban presentes, tuvieron á gran dicha besar las fimbrias del hábito, puestos también de hinojos sin poder retener las lágrimas, por más que procuraban disimularlo.

CAPÍTULO III.

Prosigue la materia del capítulo pasado.

Apenas los primeros crepúsculos anunciaron el nuevo día, por orden del Prior restituyeron la preciosa Prenda á la Capilla del Rosario donde había estado la tarde antecedente, los Religiosos que velaron el venerable cadáver de Rosa. Luego de abiertas las puertas del templo, entraron numerosas oleadas de gente que á toda priesa escogieron lugar, viéndose ocupados los más pequeños rincones apenas se oyó el anticipado doblar de las campanas, pues hasta de seis y ocho leguas concurrieron. La guardia del Virrey acudió á tomar la entrada, pero ni le valieron fuerzas ni amenazas para despejar debidamente.

Verdadera confusión reinaba en aquellos momentos: Este rogaba desde lejos que de mano en mano procurasen que sus Rosarios tocaran el cuerpo de la Santa; otros, los agnus, medallas; aquél, coronas y cuanto tenía á mano. Por una parte una turba de enfermos y baldados, cojos y mancos pedía como de derecho que hiciesen lugar para pedir medio á Rosa y conseguir la salud, con sólo tocar las andas; por otra los niños cual menudas culebras pasaban por entre la gente para llegar al venerable cadáver, á fin de que, decían, con sólo tocarlo quedasen guardados de todo mal. Con ser tanta la vigilancia de los soldados y de los

Religiosos que lo defendían, no pudieron evitar que algunos muy listos cortasen parte de su hábito, velo y cabellos, dividiéndolo después en menudos trozos y repartiéndoselos entre sí por ser, decían, verdaderas reliquias. ¡Seis veces fué necesario volver á vestir el venerable cadáver antes de enterrarlo, tan destrozado estaba ya su hábito! por lo cual todo el cuidado se puso en guardar el santo cuerpo, pues era tanto el tropel y el fervor para obtener reliquias, que ya no reparaban en destrozarlo: ¡un dedo ya le faltaba! no se sabe si cortado con hierro ó con los dientes.

Mientras tanto recogiéndose los Religiosos al Coro, se dió principio á la Misa con toda solemnidad, asistiendo de pontifical el Ilmo. Sr. D. Pedro de Valencia, obispo de Guatemala, quien introducido por un postigo de la sacristía, porque era imposible romper por la gente que llenaba la iglesia, quiso hallarse presente en el Oficio de sepultura. Con tal esfuerzo en la voz la aclamaba SANTA la muchedumbre que llenaba la iglesia, que ni se oía el canto de los Religiosos que estaban en el Coro, ni ellos podían oir al Preste y Ministros que estaban en el altar. Resultando hasta en vano la señal con campanillas, no hubo otro remedio que bajarse los cantores al altar mayor y ponerse muy cerca para oir y ser oídos de los que oficiaban: y así entre tan ruidosa vocería dióse fin al incruento Sacrificio. Después el señor Obispo, dejando su sitial, se acercó al túmulo para incensar y rociarlo con agua bendita mientras se cantaban responsos y salmos y se disponían para el entierro.

Otra vez la confusión ejerció su imperio; todos se empujaban, todos se atropellaban por tocar ya el santo cuerpo de Rosa, ya para besarle al menos la fimbria de su hábito, ya para darle la última vista, aunque fuera de lejos. Y no paró aquí, pues no se contentaron con hacer que tocasen el sagrado cadáver rosarios, cruces, medallas, etc.; sino que ya cortaban reliquias de su hábito. Al ver esto el prudente Prelado, y temiendo que la devota violencia pasase más adelante, volvióse al Prior y á los más graves Padres y les amonestó que evitasen el peligro con diferir otra vez el entierro; toda vez que temía fundadamente que no llegase entero al sepulcro el venerable cadáver de la Santa, teniendo que

romper por tanto tropel de gente y defenderse de tantas manos como lo acometían para llevar reliquias. Siguieron los Padres este consejo, y dieron á entender como les fué posible que por orden del señor Obispo no se sepultaría hasta tiempo más á propósito. Recibió esta nueva con gratos oídos el pueblo, y persuadióse de ella viendo que el señor Obispo se desnudaba de las vestiduras pontificales y salía luego.

Era eficaz argumento para confirmar la credulidad del pueblo la hermosura del cadáver y la milagrosa fragancia que despedía; cosas ambas que publicaban la ausencia de todo peligro, aunque se dilatase la sepultura por algunos días. Treinta y seis horas habían transcurrido desde su muerte, y perseveraba el mismo gracioso sonriso en la boca, el mismo coral en los labios, en los ojos medio cerrados la misma brillantez de antes, la misma blancura y flexibilidad en las manos y el mismo carmín en el rostro.

Desocupado el templo y cerradas ya las puertas, pareció muy oportuno y conveniente dar casi secreta sepultura al venerable cadáver; por lo que se dispuso la procesión sin ruído de campanas y rezando los Religiosos en voz baja. Lleváronse al Capítulo las preciosas reliquias de la Virgen, donde puestas en una bien labrada arca de cedro, quedaron bien guardadas por haber clavado fuertemente la cubierta del ataúd. Llenóse de tierra la sepultura, y cubrióse de argamasa y ladrillos. Puestos así en cobro tan ricos despojos, y cumpliendo las ceremonias y rezos que prescribe el Ritual de la Orden, se fueron los Religiosos al refectorio.

No tardaron en aparecer los devotos de la Santa; pues apenas dió la hora de Vísperas y abrieron las puertas de la iglesia, llenóse toda de gente. Hallaron menos el tesoro que buscaban; y así cargaron en tropel sobre la puerta del claustro, quebrantaron el pestillo y entraron en el Capítulo, diciendo á voces: *¡Santa Rosa, acuérdate de nosotros delante de Dios!* Celebrando con unánime aplauso su santidad, y no pudiendo valerse de otra cosa, lleváronse por reliquias tierra del sepulcro. Con singular veneración visitaron también la casa de su madre por ver la humilde celdilla en que había habitado tanto tiempo, la del Contador por ha-

ber muerto en ella; buscando siempre alguna reliquia para guardarla con singular reverencia.

La frecuencia del pueblo en visitar el sepulcro de Rosa iba cada día en aumento, porque cada día crecían también los beneficios; por lo que no parecía haberse honrado lo debido á Virgen tan extraordinaria. El Virrey prometió asistir á las muy solemnes exequias que se preparaban, y como estaba tan abrumado por tantos negocios, señalóse el 27 de Agosto, tres días después de su feliz tránsito, día en que estaba libre de tantos quehaceres; mas por ser domingo, día en que no es razón mudar fácilmente el Oficio y hacerle fúnebre si no hay cuerpo presente, por consejo del señor Arzobispo se eligió el más inmediato que no estuviese impedido. El Virrey, empero, no pudo asistir por sus muchas ocupaciones; hasta que por fin, después de haber dilatado de un día para otro, convino el señor Arzobispo con el Virrey en que se celebrarían las honras fúnebres el 4 de Septiembre, día dedicado, según después observaron con especial regocijo de entrambos, á Santa Rosa de Viterbo. Asistieron el señor Arzobispo, el Virrey, los Magistrados y Oidores de la Audiencia, ambos Cabildos, y todo lo más escogido de la ciudad con innumerable pueblo. Hubo sermón á cargo del ℞. P. Maestro Fr. Alonso Velázquez, que era Prior del Convento, Director que había sido de nuestra Santa desde que tuvo uso de razón. La extraordinaria pompa que se desplegó en esta solemne función, y las elocuentes palabras del orador ponderando la vida admirable y heroicas virtudes de tan casta y penitente Virgen, templaron el dolor de los oyentes por no estar de cuerpo presente nuestra Rosa, á la cual mientras el sacerdote ofrecía el incruento Sacrificio todos se encomendaban, pidiendo á voces que les fuese intercesora.

Prontamente se difundió por todo el Perú la fama de tan feliz tránsito, celebrándolo con repique general de campanas, grandes luminarias y transportes de regocijo, por la íntima persuasión de que tenían una compatriota SANTA, que rogaba ya por ellos en la mansión de los Bienaventurados.

CAPÍTULO IV.

Revela Dios á muchos de sus siervos la gloria de nuestra Santa. Apariciones de ésta.

Grande era el amor que á su Dios tenía la venerable Rosa, por lo que quiso pagárselo llevándola á su compañía y revelando á muchos de sus siervos que la tenía ya entre los coros de las santas Vírgenes. Mientras, según hemos visto en los dos capítulos anteriores, la coronaban en la tierra, con muy parecidas y aun más excelsas demostraciones lo hacían en el cielo la Corte de los Bienaventurados, como lo manifiesta el siguiente caso:

Una persona de gran fama y santidad vió en éxtasis á la virgen Rosa, que acompañada de millares de Angeles y gloriosos coros de Vírgenes iba á los cielos á presentarse á la Santísima Trinidad. Resplandecía en medio de ellas, llevando en la mano la palma del triunfo y vestida con rozagante ropaje más blanco que la nieve, echándose menos el no ir también coronada. Al pie del majestuoso trono estaba la Virgen Madre del Verbo, teniendo en la mano derecha una vistosa corona para ceñirla á Rosa en tan glorioso triunfo. Suspensa estaba esta señora, íntima amiga de la Santa, llamada Luísa Serrano, esperando la coronación de tan gloriosa Penitente, cuando de pronto desapareció la visión. Rosa, empero, como fina amiga de D.ª Luísa, apareciósele al día siguiente rodeada de hermoso coro de Vírgenes vestidas como si asistieran á fiesta nupcial, empuñando su diestra vistosa palma y ciñendo inmarcesible corona. Al volver en sí de este rapto tan devota señora como humilde, no pagándose de su parecer, consultó y sujetó al juício de sus Padres espirituales entrambas visiones, quienes viendo los efectos que en ella obraron, convinieron en que no eran pura fantasía.

Un varón muy entendido en Teología Mística, celebrado

en aquel tiempo por su altísima contemplación y experiencia en las cosas del espíritu—dice el P. Hansen (1),—refirió en secreto al Contador D. Gonzalo de la Masa, quien lo testificó de palabra y por escrito en el Proceso que formaron los Jueces Apostólicos, que *por espacio de tres semanas desde el día de la muerte de la virgen Rosa, se le había manifestado unas veintidós veces ya en visión intelectual ya imaginaria la gloria de que gozaba*; y que *tuvo una puramente intelectual, en la cual se le manifestó el candor de su pureza, con sus inestimables dotes y floridísima aureola, sin que eso se representase con imágenes corpóreas, sino por simple irradiación que ilustrando el entendimiento le daba noticia quieta y sosegada.*

El mismo V. Dr. Juan del Castillo (2) juró quince años después de la muerte de la virgen Rosa, en el Proceso que formaron los segundos Jueces Apostólicos, diputados por la información de la santidad de la Sierva de Dios, que *en visión imaginaria se le había aparecido Rosa en medio de una lúz muy resplandeciente, que tenía semejanza con la claridad de la Divina Majestad;* que *en su centro aparecía Rosa vestida con el hábito de su Padre Santo Domingo, que despedía maravillosos rayos, y era la blancura del hábito singular y rara por estar retocada con luces celestiales;* y que *confesaba no poder explicar con palabras su incomparable hermosura.* Añadió que *el rostro de la Virgen resplandecía con una gracia y hermosura casi infinita;* que *tenía sembrado el cuerpo de blancas y purpúreas rosas sin número;* que *ocupaba su diestra un ramo, indicio manifiesto de su pureza;* y que *así del ramo como de las rosas centelleaban densos fulgores de gloria.* Además que *no contentándose de favorecerle con estas visiones, le habló muchas veces, declarándole altísimos misterios acerca de la sublime gloria y felicidad que gozaba, que no puede explicar con palabras el lenguaje humano.*

Uno de los Confesores de la Virgen oyó de la boca del mismo Dr. Castillo, que *más de cincuenta veces había go-*

(1) Debe de ser el V. Dr. D. Juan del Castillo.
(2) Decimos el *mismo*, por lo dicho en la nota anterior.

zado por especial favor del Altísimo de las apariciones gloriosas de la bienaventurada Rosa. El año de 1631, cuando por su propia voluntad se presentó á los mismos Jueces, afirmó con juramento el mismo venerable Doctor, que *por espacio de seis meses enteros de día y de noche había sido admitido por permisión divina á contemplar la gloria inmensa de que gozan los Bienaventurados;* y que *cuantas veces en determinadas horas levantaba su espíritu á lo más recóndito de la contemplación, siempre se le manifestó la virgen Rosa entre los coros de los Bienaventurados.* Aunque poco á poco fué cesándole esta agradable frecuencia de apariciones, con todo no faltó Rosa á las leyes de la más fina amistad, enviándole en su lugar por algunos días un celeste mensajero. Se le aparecía éste en forma de hermosísimo niño á la edad de los doce años, y le visitaba cada día en nombre de Rosa, dándole noticias de su gloria y comunicándole siempre cosas nuevas y celestiales.

A muchas devotas personas concedió Nuestro Señor Jesucristo que viesen á Rosa en el paraíso, rodeada de vistosas y olorosas rosas y coronada con diadema de oro. Se apareció especialmente á una matrona viuda, celebérrima entonces en virtud, presentándose asistida de millares de espíritus angélicos entre resplandores de luces celestiales. Una vez le habló en visión imaginaria, diciéndole: *Necesario es, Madre, trabajar mucho; porque es grande el premio que se da en el cielo: yo lo he recibido muy colmado por lo que trabajé.* Dijo esto Rosa con risueño semblante, agraciándoselo mucho la blancura del hábito que en aquella aparición vestía. Algunas veces vió esta misma persona á la Virgen paseándose con Cristo en los huertos del Empíreo; otras la vió divertida entre claveles y azucenas, compitiendo sobre cual excedía en fragancia y hermosura.

No es razón pasar por alto el mucho afecto y solicitud que mostró Rosa á su patria en algunas de estas apariciones. Esta venerable viuda de que en el párrafo anterior hemos hablado, pocos días después de la muerte de Rosa, orando en la iglesia la había visto muchas veces entre los

coros de los Bienaventurados, gozando de inmensa gloria. Acordóse de encomendar á su intercesión la ciudad de Lima y el Perú; arrebatada luego, vió en visión intelectual á Rosa, resplandeciente y llena de luces divinas, y oyó que le respondía con afabilidad y cariño: *Así se hará como me lo pides, hermana, y estoy muy cierta que cuanto fuere en servicio del Señor dulcísimo de cuya vista gozo, me concederá su bondad inclinada á mis peticiones. Tengo en la memoria cuanto me has encomendado, y no dejaré de rogar á Dios que se cumpla como deseas.*

Concuerda con esta visión otra que se refiere en el Proceso, y consta de la deposición jurada de Sor Catalina de Santa María. Apareció muchas veces entre sueños la feliz Rosa á cierta persona, dándole á entender el dichoso estado de que gozaba. En dos ocasiones aparecíósele con más gloria y resplandor de lo acostumbrado. *La primera* para consolarla de grandes adversidades y tribulaciones; *la segunda* dejándose ver sobre su sepulcro puesta de rodillas, intercediendo con Dios por su amada patria la ciudad de Lima. Y no es de maravillar que estas dos veces apareciese más gloriosa que de costumbre; pues en *la primera* era justo que se mostrase como su Seráfica Maestra Santa Catalina de Sena, hermoseada con especial privilegio de paciencia; y en *la última* era necesario que brillase en Rosa con mayores luces el amor ardiente que á su patria tenía. De que estas revelaciones merecen entero crédito no hay que abrigar duda alguna, pues los expertos en la materia hallaron en esta mujer los caracteres que acompañan á revelaciones semejantes, conviene á saber: profunda humildad, conocimiento de su nada, tranquilidad y sosiego de espíritu, y gozo espiritual inflamado con nuevos incendios de amor divino.

CAPÍTULO V.

Prosigue la materia del capítulo anterior.

PORTENTOSO es lo que acabamos de referir en el capítulo pasado, y no lo es menos lo que á continuación vamos á referir.

Estaba en la agonía en el Convento del Rosario de Lima el entonces Provincial del Perú P. M. Fr. Agustín de Vega, de la Orden de Predicadores; los médicos le habían desahuciado, y no le aplicaban ya medicamento alguno. Rosa, que estaba ya segura en el Paraíso, tomó á su cargo cuidar del enfermo, pues en lo más cerrado de la noche se apareció á D. Cristóbal de Ortega, varón de fortuna menos que mediana y habitante en casa muy distante del Convento; y mandóle que en amaneciendo fuese á visitar al Padre Provincial, y le dijese de su parte: que *no moriría de aquella enfermedad, por más que los médicos diesen su caso por desesperado; que había de sudar algún tiempo por la gloria de Dios en el cargo de Obispo, antes que se viese libre de las molestias de esta vida mortal.* Dicho esto desapareció la gloriosa Virgen; por lo que el buen hombre, viéndose tan presto privado de tan amable presencia y de la admirable dulzura que le causaba, y gozoso por otra parte de que se hubiese dignado hablarle, exclamó diciendo: *¡Ay de mí! la santa virgen Rosa ahora en este instante acabó de irse de aquí, y yo de perder su vista.* Despertando á estos gritos su hijo Tomás de Mesa, que dormía muy cercano, supo todo el caso por boca de su padre, y se empeñó en persuadirle que no diese crédito á semejante sueño; mas respondióle que no en sueños, sino muy dispierto había visto y oído á la Virgen. Impaciente pasó lo restante de la noche pensando mucho en lo que le había acontecido; y en amaneciendo, disponiéndose para ir al Convento, su esposa, avisada por el hijo, procuró disuadirle, diciéndole

que no afrentase su casa y familia con cuentos de engañosos sueños, pues juzgarían que había perdido el juício ó que al menos deliraba. El, sin embargo, tan firme en su propósito como cierto de lo que había visto, con alegre confianza se fué al Convento, saludó al enfermo y le refirió lo que le había mandado la Virgen, desvaneciéndoles toda duda la seguridad con que lo afirmaba. Los hechos lo comprobaron, pues al punto que D. Cristóbal acabó de pronunciar las últimas palabras, el enfermo comenzó á mejorar, y encomendándose después á Santa Rosa, convaleció enteramente. Además, quedó comprobada la segunda parte del mandato con el tiempo, pues durmió en el Señor, lleno de méritos, siendo Obispo del Paraguay.

El Dr. D. Baltasar de Padilla, Canónigo Penitenciario de la Santa Iglesia de Lima, por mandato del señor Arzobispo fué con un Notario á casa de una viuda á tomar declaración bajo juramento sobre lo que sabía de la vida y prodigios de Rosa. Mientras la estaban examinando, apareciósele la Virgen resplandeciente, alegre el rostro y con mucha afabilidad y agrado, animándola á que dijese lo que sabía sobre lo que la preguntaban, y aprobando y ratificando cuanto por su declaración se iba escribiendo en el Proceso. Por el año de 1630 depuso este prodigio; y hablando aparte á los Jueces Apostólicos, añadió que en aquella ocasión se le había aparecido la Virgen con el mismo traje y hábito que usaba en esta vida, pero con más alegre y risueño semblante y como dándole gracias por el obsequio que le hacía.

A otra persona muy dada á los ejercicios espirituales se le manifestó Rosa en visión imaginaria, paseándose por la sala que los Jueces Apostólicos habían destinado para recibir las deposiciones de los testigos. Parecíale ver que la Virgen con sus propias manos, más blancas que la nieve, aderezaba cuidadosamente la pieza, dando á entender juntamente que obraba todo esto porque allí había de recibir de los mortales los debidos tributos de honra y de verdad que Dios quería, toda vez que en aquel mismo lugar habían de testificar todo lo que sabían de su vida y heroicas acciones á mayor gloria del Señor, en cuya virtud las había ejecutado. Muy semejante á esto es lo que refirió D.ª María de Usategui, la cual

añadió que la había visto componiendo las escribanías y recado de escribir para los Notarios, mostrando con estas acciones lo que se complacía en ver que en la tierra se comprobasen jurídicamente los grandes beneficios que la liberal mano de la Divina Providencia le había concedido (1).

Mucho hubiera que decir en esta materia; mas dejando á un lado portentosos y singulares prodigios, pondremos fin á este capítulo con lo que pasó á D. Diego Jacinto Pacheco, natural de Sevilla. Este joven escribiente fué encargado por D. Diego Morales, Notario Apostólico en la Causa de la venerable Rosa, de trasladar el Proceso, los Autos de los Jueces y las declaraciones de los testigos. Dos mil fojas alcanzaba el Proceso, y había cerrado pacto de escribirlas con letra muy inteligible, y en el breve tiempo que se le señaló. Al primer día que dió comienzo á su tarea ya echó de ver que no la tendría acabada al tiempo fijado ni mucho después, porque estaba poco acostumbrado á la forma de letra que le exigían; á más, según depuso con juramento ante los Jueces Apostólicos, se le cansaban los dedos de tal manera que temía no poder acabar la obra comenzada. Un día, habiendo trabajado desde el amanecer hasta la noche, rendido y fatigado y con el dolor del brazo se fué á la cama, dudando hallarse con fuerzas al día siguiente para continuar. Dormido ya con el peso del tedio y de la fatiga, vió entrar en la sala á nuestra Rosa con paso festivo, con rostro alegre y con el hábito y figura con que pocos días antes la había visto pintada, que llegándose á la cama le cogió por aquella parte del brazo que media entre la muñeca y el codo, apretóselo muchas veces con fuerza, túvole así no pequeño espacio de tiempo, y desapareció luego. Al despertar Diego Jacinto, ignorante del misterio, revolvía en su entendimiento lo que podría significar visión tan peregrina: haberle apretado el brazo y habérselo tenido como en prensa tanto tiempo. *¿Será acaso,* decía entre sí, *que Rosa sabe y me da á entender la inconstancia y poca firmeza de mi natural inquieto, pues siempre voy vagando de una*

(1) Parece que esta última visión es la primera más explicada. En los biógrafos de la Santa no está bien determinado este punto.

ciudad á otra y de un reino á otro reino? Sin duda quiso avisarme que hiciese pie en una parte, y que fuese constante en asentar domicilio fijo en esta ciudad insigne. Fluctuando entre semejantes especies, comenzó á vestirse y sintió más ágil el brazo derecho; pero sin acabar de caer en la cuenta, se puso á escribir desde la aurora hasta tocadas las *Ave Marías,* y notó que no experimentaba cansancio alguno en los dedos ni tormento en los brazos ni pesadumbre en la mano, antes escribía más veloz y ligero que nunca. Comenzó á reconocer el beneficio que en su aparición le había comunicado la Virgen, llevó adelante el traslado sin sentir molestia, hallóse con fuerzas infatigables, efecto del contacto de la mano de Rosa, y pudo dar fin y á tiempo al traslado de dos mil fojas, que ya le parecían pocas, tal era la facilidad con que las había escrito. Dada la última mano al volumen, fué grande la admiración que causó á cuantos conocían la inconstante condición del mancebo, no pudiendo entender como en tan breve tiempo hubiese escrito tanto y con carácter hermoso y bien formado, y que hubiese tenido paciencia y constancia para llevarlo á feliz término.

CAPÍTULO VI.

Maravillosas conversiones sucedidas después de la feliz muerte de Rosa.

Como la conversión de un pecador termina siempre en el bien eterno de la divina participación, que es el mayor bien; claro está que excede á la creación del cielo y de la tierra, que viene á resultar en bien de la naturaleza mudable, y que sólo la omnipotencia divina puede obrarla (1). Rosa fué célebre abogada en favor de los pe-

(1) Santo Tomás lo demuestra en la 1, 2.ae, q. 113, arts. 9 y 10; y lo confirma el profundo comentarista Emmo. Cardenal Tomás de Vio Cayetano. (Edición de la *Summa* de Lion, 1568).

cadores delante de Dios, procurando con su valiosa intercesión que se convirtieran y perseverasen en la vida espiritual; y no será de extrañar, si repasa ó recuerda al menos el devoto lector lo que dijimos en los capítulos XVI, XVII y XVIII de la SEGUNDA PARTE del LIBRO PRIMERO, pues al entregarle su alma y darle El un dulce abrazo que durara por toda la eternidad en las delicias de la gloria, le concedió al mismo tiempo lo que tanto había deseado en vida: la conversión de pecadores entregándose á la *Misión;* toda vez que si en este valle de lágrimas no le fué posible por su sexo, le fué concedida después de su muerte depositada en el féretro y luego en el sepulcro. Verdad es que toda su vida muy ejemplar y mortificada fué una continua exhortación á la virtud y desprecio del mundo, y que convirtió á muchos pecadores con sus palabras y ejemplos y ferviente oración.

El P. Presentado Nicolás de Agüero, en carta circular que como Vicario General escribió á toda la Provincia del Perú, fecha el 1.º de Septiembre de 1617, al participar á los Religiosos el resumen de la vida admirable de Rosa, de su muerte y prodigios, entre otras cosas dice lo siguiente: Que «con sólo tocar el venerable cuerpo de la Virgen que estaba en el féretro, muchos sintieron vivos estímulos de contrición, compungiéndose repentinamente con fervor tan raro, que á voces detestaban su mala vida, se anegaban en lágrimas y sollozos, se humillaban delante de Dios confesando con llanto sus pecados, oyéndolo y mirándolo con admiración la multitud de pueblo que se hallaba presente. Hubo algunos que, como suele acontecer, siendo de vida relajada y perdida, sólo les traía la curiosidad de ver la singular hermosura de la Virgen, acercándose con otros á las andas para contemplarla. Mas á la primera vista, herida el alma con impulsos soberanos se hallaron interiormente abrasados y reducidos á dolor verdadero de sus culpas, regaron el rostro con abundantes lágrimas, protestando que volvían con muy distinto espíritu del que habían traído, prometiendo que de allí adelante habían de tratar muy de veras de mudar de vida, limpiar su conciencia y conservarla pura. Este tal vez fué el fin que tuvo el Padre de las misericor-

dias, disponiendo que estuviese el cuerpo de Rosa en público sin enterrarse hasta dos días después que hubo fallecido, para que sus espinas causasen salud á muchos, hiriendo para sanar. Porque, como dijo el melifluo Bernardo, nunca más felizmente punzan, que cuando compungen.»

María de la Oliva, madre de la Virgen, declaró con juramento delante de los Jueces Apostólicos á 15 de Febrero de 1618, entre otras cosas lo siguiente: que «después del funeral de su hija vinieron sucesivamente á visitarla muchas personas devotas, y con ellas no pocos Religiosos á quienes antes no conocía, que socorriéndola con abundantes limosnas para alivio de las necesidades que padecía, decían que meramente lo hacían para agradecer á Rosa los beneficios que por su intercesión habían recibido mejorando de vida, alegres de verse otras de lo que antes eran, y afirmando que no habían llegado á este feliz estado hasta que imploraron el auxilio de Rosa, cuyo valimiento con Dios tenía por muy cierto.» A la verdad es más difícil y mayor prodigio que el espíritu tibio y perezoso en el servicio de Dios repentinamente cobre bríos y fervores y trate de perfección, que el convertirse un alma perdida y estragada, reduciéndose á vida más advertida; porque éste muchas veces conoce su peligro y huye el manifiesto riesgo del infierno, y aquél fácilmente se adormece con el halago de falaz seguridad.

Entre muchos casos que á propósito de lo que acabamos de decir podríamos citar, nos parece oportuno el que declaró en el mismo mes y año que María de la Oliva ante los mismos Jueces el R. P. Bartolomé Martínez: Cierta persona de conciencia desbaratada, ó por mejor decir, sin conciencia alguna, frecuentaba muy á menudo los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía; pero tan sin fruto, que antes granjeaba muerte y perdición con la frecuencia, pues que en toda su vida no tenía confesión que no fuese sacrílega. Ibanse amontonando las maldades unas sobre otras, y parecía que el remordimiento de la conciencia se había embotado en este miserable, y que cada día se endurecía más en su obstinada malicia hasta llegar su impiedad rebelde al profundo del menosprecio de su salvación. Cuan-

do vivía tan olvidado de sí, no faltó una buena alma llena de piedad que, compadecida de su miseria, le encomendase de veras á Rosa, que poco había que estaba en el sepulcro. Al punto que corrió por cuenta de la Virgen su conversión á mejor vida, como despertado de un profundo letargo comenzó á sentir en su interior el suave silbido de aquel apacible y poderosísimo viento con que Dios sopla y derriba los Saulos y los postra en tierra, y los levanta luego convertidos en Apóstoles. Horror grande tuvo el infeliz de sí mismo, cuando mirándose con ojos despreocupados se reconoció en el laberinto cenagoso y sin salida á que le había llevado su vida desordenada; pero la divina Bondad, juntamente con punzarle con vivos estímulos de penitencia, le infundía firme confianza en la misericordia divina. Hizo confesión general de toda su vida con amargo dolor y verdadero arrepentimiento, sin callar ninguno de los innumerables, feísimos y horrendos pecados que había cometido; y el temor de Dios redujo á tal ternura y delicadeza aquella conciencia antes tan endurecida, que de allí adelante le causaban gran sentimiento las faltas más pequeñas, confesándolas sin tardanza y procurando enmendarlas.

El mismo P. Martínez declaró con juramento que le constaba no sólo por la experiencia de muchos á quienes había confesado, sino también por relación fidedigna de otros Confesores: que grandes pecadores así en Lima como en todo el Perú habían mudado de vida y salido del profundo abismo de sus culpas, implorando la intercesión de Rosa, haciendo una sincera confesión de sus culpas y purificando sus almas con lágrimas de verdadera penitencia. El P. Antonio de la Vega Loaysa declaró ante los Jueces el día 11 de Diciembre de 1617, que debía ponderarse de un modo muy singular que este género de beneficios en bien de las almas se debiese computar entre los argumentos de santidad más relevantes y eficaces, según la doctrina de los Santos Padres. Lo mismo confirmaron ante el mismo Tribunal el P. Francisco Nieto y el P. Maestro Juan de Lorenzana, que fueron Confesores de la Virgen, y de los cuales tantas veces se ha hecho mención en esta *Vida*. Concuerda en todo con ellos el Padre Loaysa, y añade dos cosas dignas de notarse: Es *lo pri-*

mero, que pocos días después de su muerte fué tanta la multitud de estas conversiones, que en Lima faltaron repentinamente las disciplinas y cilicios por ser tantos los compradores; *lo segundo,* que entre los muchos que en aquella ocasión mejoraron de vida, conocía dos mujeres escandalosas que dejaron su ruín trato, llevadas de la olorosa fama de las virtudes de Rosa; y encomendándose á su poderoso valimiento ante el Altísimo, rompieron varonilmente los lazos de la impureza, y fijaron constantes el pie en el recto sendero de la virtud.

En la averiguación de estos prodigios obrados en bien de las almas, no se pudo nombrar las personas que los recibían, ni era conveniente. Baste decir que los ministros del sacramento de la Penitencia así en Lima como en todo el Perú, quedaron asombrados viendó tanta mejora en las costumbres y tanta mudanza en el pueblo, desde aquel día feliz en que esta Rosa colocada en el ameno Paraíso de su Esposo comenzó á ejercer de abogada en pro de su amada Patria. Las más vanidosas damas y las más principales señoras, dando de mano á pomposos trajes, vestían con honesta moderación. Oíanse en los claustros actos de fervor y penitencia; y veíanse los confesonarios cercados de gemidos y llanto. Este prodigio fué tan público y tan repetido y de tan saludables consecuencias, que no dudó afirmar con juramento delante de los Jueces Apostólicos el referido P. Martínez, que *desde el tiempo en que se había introducido la fe en el Perú, no había florecido predicador alguno que con la energía de su voz y la fuerza de su elocuencia hubiese movido tanto los pueblos á vivir virtuosamente, ni hubiese avivado en las almas tan universal espíritu de penitencia ni tan manifiesto incendio de devoción, como Rosa desde su féretro.*

CAPÍTULO VII.

Prosigue la materia del capítulo anterior.

María de Juara, opulenta señora, aunque tía carnal de los dos hermanos Francisco y Alejandro Coloma, con sus obras más bien demostraba lo contrario. Aquél sustentaba á su costa dos primos y seis primas, y ella ni á hablarles siquiera quería allanarse; y lo que es más de admirar, en su testamento evitó con toda advertencia el no hacer mención de ninguno de los ocho sobrinos, ni dejarles manda alguna, aunque sabía la necesidad en que se hallaban. Vino tiempo en que les fué forzoso á los dos hermanos Francisco y Alejandro ausentarse de Lima, y dejar por consiguiente á dichos primos y primas sin protección ni amparo. No sabiendo cómo componérselas, imploró el auxilio de Rosa, experimentándolo muy en breve; pues fué el caso que Francisco la noche antes de su viaje representó compasivo delante de una imagen de Rosa que tenía en el aposento, el miserable estado en que quedaban sus primos huérfanos, y rogóla que mirase por ellos como tan piadosa, tomándolos bajo las alas de su amparo é intercediendo con Dios para que, como Dueño omnipotente de los corazones, ablandase el de su tía á que mirase con afecto á prendas que tan de cerca le tocaban, no permitiendo que pereciesen de hambre aquellos pobrecillos inocentes. El día siguiente le hizo llamar muy de mañana su tía, á quien no había hablado por espacio de dieciocho años, y le contó que había pasado toda la noche con inquietud y tristeza sin dormir un momento, representándosele cada instante el miserable estado de sus sobrinitos; por lo que le rogaba que se los trajese lo más presto posible á su presencia, pues quería abrazarlos uno á uno y sustentarlos en su propia casa.

Francisco, gozoso y venerando en su tía á Rosa piadosa Madre, obedeció pronto y alegre; presentóle los inocentes

sobrinitos, y ella los recibió con amorosos besos, dulces lágrimas y tiernos abrazos. No contenta con esto, encargóle que llamase á un escribano para otorgar nuevo testamento á fin de declararles herederos. Además fundó para Francisco, que era presbítero, una capellanía de 140 pesos anuales, señalando por hipoteca unas casas que poseía; y así se verificó que por intercesión de Rosa se ablandó un corazón tan obstinado, trocándose todo en santa paz y alegría.

Viviendo Rosa en vida mortal, había asegurado á su Confesor que andando el tiempo D.ª Luísa Barba vestiría el cándido hábito de Terciaria del Padre Santo Domingo, después de haberlo pretendido con grandes ansias. Al oir ésta del Confesor la predicción de nuestra Santa, comenzó á temer que se cumpliese, pues bien conocía á Rosa y su eminente santidad; por lo que aborreció más de corazón el hábito de la Tercera Orden. Se incomodaba si alguna vez le hablaban de ello, y si se le venía á la mente, contradecía con todo su espíritu aquella idea y endurecía su corazón para resistirla. Tan luego como Rosa pasó á mejor vida, se le abrieron muy de su voluntad las puertas del corazón para dar entrada á las divinas inspiraciones, y exclamó como Saulo ya convertido: *¿Señor, qué queréis que haga* (1)? Fuese luego al sepulcro de Rosa, encomendóle muy de veras este asunto, y que le alcanzase de su Divino Esposo luz para elegir el estado que más le conviniere á fin de servir á Dios y lograr la vida eterna. Oyóla benigna, y al momento derramó Dios en su alma un diluvio de gracias, y en su corazón ardientes deseos de vestir el santo hábito de la Tercera Orden del Patriarca Santo Domingo. Prendió el fuego espiritual en el alma de Luísa, levantó llamas el deseo, y ya no podía contener la afición con que anhelaba lo que siempre había aborrecido; y si antes temía pensar un solo momento en ser Religiosa, ahora le apenaba el temor de que la oportunidad se le escapara. Viendo de lejos á su Confesor, le salió al encuentro presurosa, declaróle lo que deseaba, y á fuerza de lágrimas consiguió por su medio que se acelerase la gracia que pretendía, y que fuese admitida antes de

(1) Domine, quid me vis facere? (Hec. de los Ap., *cap.* IX, *v.* 6).

veinticuatro horas entre las felices Terciarias, tomando el nombre de sor Luísa de Santa María. Apenas se vió vestida con el santo hábito, quedó inundada de gozos espirituales, sin saber ni poder explicarse la inefable alegría que le causaba el nuevo estado, doliéndose sólo de haber resistido á tanta dicha por tanto tiempo y con tan obstinado y rebelde corazón.

La esposa del Contador, D.ª María de Usategui, refirió ante los Jueces Apostólicos que estando dos señoras en amistosa conversación, una de ellas cogió un librito que por allí estaba, y vió que contenía muy compendiosamente la vida de Santa Rosa. Mientras la estaba leyendo por curiosidad, á su amiga oyente le aconteció lo mismo que á los dos cortesanos que hojearon también acaso la vida de San Antonio Abad; pues ínterin avanzaba la lectura, su corazón se iba inflamando de amor divino. Callaba con todo eso por no perder la dulzura espiritual que percibía de tan provechosa lección; pero como entre tanto iba avivándosele la llama, no pudo ocultar ya tan misterioso incendio, exclamando: *¡Cuánta virtud y eficacia encierra la lectura espiritual de la vida de los Santos para levantar el corazón á Dios! ¡Que milagros no ha obrado Dios por este medio! La Vida de Santa Rosa de Lima aumentará su catálogo.*

¡Y cuenta que no estaba acostumbrada á derretirse y ablandarse así en oyendo hablar de cosas de Dios!... ¡Prodigios de la divina gracia por intercesión de Santa tan grande!

CAPÍTULO VIII.

Milagros que obró Dios en el féretro y túmulo donde pusieron el cuerpo de nuestra Santa.

Aunque el P. Antonio de la Vega Loaysa, de la Compañía de Jesús, declarara á los Jueces Apostólicos que *la vida de Rosa desde la cuna hasta el último aliento fué un continuado milagro;* parecióles muy conveniente, sin embargo, continuar averiguando hasta las maravillas con que después de muerta resplandeció en bien de los prójimos. Algo veremos en este capítulo y siguientes de las obradas por Dios mediante su valiosa intercesión.

Beatriz Gaves hacía ya cuatro años padecía destilación de humores molestísimos sin esperanza de recobrar la salud, pues con remedios empeoraba. Fué con la mucha gente que acudía á la casa del Contador; y encomendándose á la Virgen con todo el afecto de su corazón, tocó el ataúd, y regresó á su casa sin sentir en lo sucesivo el achaque que tanto le había afligido.

Isabel Durán, viuda de D. Diego Carlos, de mucho tiempo tenía un brazo seco y sin movimiento. Al oir que el cuerpo de Rosa estaba en el féretro en la iglesia de Santo Domingo, acompañada de dos hijas, abrióse paso entre la multitud para llegar al túmulo de la Sierva de Dios. Tocóle al fin, y aplicó dos ó tres veces el brazo al rostro de Rosa, y al mismo tiempo comenzó á dar voces, diciendo: *¡Gracias á Dios! ya está mi brazo sano; mi brazo volvió á vivir.* Y para hacer más evidente el portento, lo levantó en alto, lo movió y lo agitó con vigor y rapidez, maravillando al numerosísimo concurso, particularmente á D. Melchor de Amuzgo, médico que por largo tiempo le había aplicado al brazo multiplicados remedios sin fruto alguno, quien confesó que naturalmente no podía curarse y que era evidente tan portentoso milagro. Isabel, alegre con el suceso, vivió muchos años aún como si nada hubiese tenido.

Un criado de color, que servía al Licenciado D. Diego de Ayala, había perdido el uso del brazo derecho por contracción y complicación de nervios. Concurrió al templo de Santo Domingo, y encomendándose con todas veras á la venerable Virgen; levantó luego el brazo en señal de haber alcanzado remedio por su intercesión, y extendido lo llevó por todo el templo, arrojando los paños con que lo abrigaba. Mirábalo innumerable gente; y mientras de una parte salían voces que daban públicas alabanzas á Dios, y por otra confusa gritería de los que se congratulaban con el antes enfermo, algunos que le conocían familiarmente le besaban la mano con regocijo y registraban con piadosa curiosidad las antiguas señales por donde se conocía el lugar en que anudados los nervios le habían torcido el brazo.

Mientras el cadáver de Rosa estaba en el túmulo y cantaban los Divinos Oficios en el templo de Santo Domingo, un muchacho de color de unos doce años, más conocido en Lima por estar baldado de ambos pies que por su nombre, arrastrando por entre la multitud que llenaba el templo, llegó á ponerse debajo del tablado del túmulo, porque no podía levantarse del suelo ni nadie le ayudaba á tocar el venerable cadáver. Bastóle ponerse en lugar tan humilde para levantarse de repente y salir de su escondite, viéndole todos enteramente sano, y dando saltos de alegría se metió entre la gente, aclamando á Rosa por su intercesora y libertadora. Acudió después ocho días continuos al sepulcro para dar á Dios y á su Protectora las debidas gracias.

Una niña de cinco años, hija de Pedro de Vega, había ya cuatro meses que sufría fuertes calenturas. No daba menos cuidado á sus afligidos padres el natural perezoso y juntamente áspero é intratable de la muchacha, temiendo que creciendo en edad se conservasen en ella ambas cosas. Angustiados, determinaron traerla al túmulo de Rosa para que, atacada entonces muy violentamente, tocase el virginal cadáver antes que lo llevasen á la sepultura. Hízolo así, y á vista de todos la dejó el ardor de la fiebre, quedando totalmente sana en el cuerpo y, lo que es más de admirar, en lo áspero de su condición, pues trocó su uraño carácter en suma mansedumbre y suavidad.

Parece que con estos prodigios clamaba Rosa, diciendo: *Dejad que los pequeñuelos vengan á mí* (1); pues iban pasando de mano en mano tiernos niños para que al saludable contacto de Rosa volviesen libres de sus achaques y dolencias en brazos de sus padres. Uno de ellos, de nueve meses, llamado Francisco Cardoso, tenía ya de tres meses una fuerte calentura; y en tocando el venerable cadáver, cesó de llorar, sintiéndose completamente curado. Más todavía: el mismo niño á quien traía en brazos una niñera de color, con ademanes y señas pidió que le pusiesen en el suelo, y luego que lo hubo tocado con sus plantas, comenzó á andar por el patio de la casa, sin necesidad de que le trajesen más en brazos; y era que Rosa con el contacto de su cuerpo le había comunicado tantas fuerzas cuando le libró de las calenturas.

Otro caso, y vamos á terminar este capítulo. Sufría una rebelde opilación cierta niña de tres años, llamada María Farfán; pensó curarla su madre con azogue que otra mujer le había indicado ser remedio eficaz, pero logró con él que hinchándosele las piernas, como si de medio cuerpo abajo estuviese muerta, sólo pudiese servirse de las manos arrastrando por el suelo lo restante de sü cuerpo. Seis meses enteros pasó esta niña en tan triste estado, hasta que, puesto el cuerpo de Rosa en el túmulo tantas veces citado, la llevaron allí y tocó dos ó tres veces el rostro de la Santa Virgen, desapareciéndole la hinchazón; á los dos días y sin que fuese necesario aplicarle otro remedio, corría ya por la casa enteramente sana.

(1) Sinite parvulos venire ad me. (Evang. de S. Mar., *c.* x, *v.* 14).

CAPÍTULO IX.

Milagros obrados en el sepulcro de Santa Rosa.

No atendió menos propicio el Divino Amante á los ruegos de la gloriosa Virgen en pro de los que imploraban valiosa intercesión á los pies de su sepulcro.

El Licenciado Jorge Aranda de Valdivia, peleando contra los infieles de Chile, había recibido antes de ordenarse muchas heridas en el brazo izquierdo. Curáronle sobre falso; por lo cual pasado algún tiempo se le formaron unos tumores, que no le permitían extender ni doblar el brazo. Se le corrieron á los dedos, y el afligido sacerdote hasta se veía privado de tomar cómodamente la Sagrada Hostia. Por la tarde del día que sepultaron á Rosa, con un hermano que tenía Religioso entró en el Capítulo donde yacía la Santa, y al pie de su sepulcro imploró auxilio, y llenándose repentinamente de un frío sudor, pudo mover con toda libertad mano y brazo. Fuése al punto á la iglesia, donde á la sazón se hallaba con muchos seglares el P. Cristóbal de Azebedo, prior del Convento de Panamá; y allí postrado delante del altar de la Virgen del Rosario, dió en alta voz las debidas gracias. Acudieron los que allí estaban, y entre ellos don Bartolomé de Toro, Escribano Real. Sin hacerse mucho de rogar refirió el sacerdote todo el orden del suceso; pidiéronle que se pusiese en pie, miraron atentamente el brazo, y le hallaron sin hinchazón y del todo expedito para cualquier movimiento. En lo restante de su vida no sintió la menor huella de lo padecido.

Alfonso Díaz, pobre mendigo muy conocido de todos en Lima, tullido de un pie y de una mano, se arrastraba apoyado en un palo, pidiendo limosna con voz lastimera. El mismo día en que habían sepultado á Rosa derramó abundantes lágrimas en la iglesia de Santo Domingo, y después de haber preguntado donde estaba el sepulcro de la Virgen, se encaminó como pudo al Capítulo del Convento,

y postrado sobre la sepultura, estuvo por espacio de una hora en fervorosa oración acompañada de gemidos y lágrimas. De pronto le arrancó un copioso sudor, y viendo después que sin palo podía tenerse en pie, prorrumpió en lágrimas de gozo y admiración, diciendo: *¡Bendito sea Dios! ya me hallo bueno, ya estoy sano; puedo lo que nunca pude de cuatro años á esta parte; ya puedo fijar en tierra las plantas desacostumbradas todo este tiempo á pisar la tierra. Sea Dios alabado en sus Santos.* Sudaba todavía; y como juzgando algunos que no estaba completamente curado, pues veían que no asentaba bien los pies, quisiesen ayudarle dándole el brazo: rehusólo él diciendo que *bien podía andar por sí solo sin que nadie se molestase.* Concurrió mucha gente, maravillándose de tanto prodigio, y fueron con él á la iglesia, donde se encaminó por su pie á dar las debidas gracias.

El día del entierro de Rosa fué al Capítulo un muchacho de color enteramente baldado de pies, y muy conocido en Lima porque usaba unos zancos, y arrimándose á las paredes podía dar algún paso. En un rinconcito perseveró en oración por espacio de dos horas, implorando el favor de la Virgen con humildes ruegos; y no en vano, pues levantándose con lentitud exclamó: *Sano estoy; paréceme que ya puedo andar; siento que ya no tengo impedimento en las piernas, antes me da ganas de dar carreras.* Oyendo esto, uno de los que por allí estaban, replicó: *Si así es, ponte en pie, anda y haz notoria á todos la gracia que has recibido.* Hízolo así el favorecido muchacho, pues arrojó los zancos, púsose en pie y comenzó á andar; más, rogó á la mucha gente que allí asistía que hiciesen lugar para echar á correr á vista de todos. Entonces á grandes voces dieron todos gracias á Dios, y con los Religiosos le llevaron al templo y entonaron todos un solemne *Te Deum.*

Hacía un año que un hijo de Juana de Castillo, viuda, padecía frecuentes ataques de epilepsia. Como nada pudiesen los remedios, le llevó la afligida madre al sepulcro de Santa Rosa: mientras oraba, el niño se postró besando el suelo y comenzó luego á mostrar alegre el rostro; por lo que pre-

guntándole la madre al cabo de media hora si estaba cansado y quería que le llevase de allí, respondióle que le dejase un poquito. Luego se levantó alegre y sano, y á los diecisiete años testificó con la que le dió el ser tan portentoso suceso ante los Jueces Apostólicos.

Rufina Bravo tuvo un niño á quien pusieron por nombre Pedro Tamayo. No contaba quince días aún, cuando se le advirtió una peligrosa hernia. Continuamente lloraba el tierno infante por los acerbos dolores que le atormentaban, pasándosele muchas veces tres días enteros sin tomar el pecho por la grande inapetencia que semejante enfermedad le causaba. Su madre, viendo que casi habían pasado dos años aplicándole costosos remedios y sin resultado alguno, dos días después de enterrada la Virgen, llevóle al sepulcro; á las dos horas de rogar en la iglesia con alguna de sus parientas á Dios y á la virgen Rosa por el tierno fruto de sus entrañas, fué á buscarle, y le halló libre de la hernia, con solo una pequeña señal en testimonio del beneficio.

Antonio Umbela aplicaba ya hacía un año y sin fruto algunos remedios y más remedios á un brazo y mano que tenía embargados por una perlesía; por lo que, oyendo los multiplicados prodigios que cada día se obraban en el sepulcro de Rosa, determinó valerse de este eficaz remedio. Fué al convento de Santo Domingo, puso el brazo sobre el sepulcro, hizo breve rato de oración, y pudo luego abrir la mano que tanto tiempo había tenido cerrada, además extender el brazo y volver á trabajar de su oficio.

María Sánchez, de edad nueve años, estaba tullida de las piernas de resultas de una caída; por lo que se veía obligada á estar de continuo en cama. Como todos los remedios eran en vano, fueron al sepulcro de la Santa Virgen, tendiéronla sobre él, y al último día de la novena se sintió ya del todo curada; poniéndose en pie, se fué corriendo á los brazos de su padre, quien tomándola de la mano la paseó mucho tiempo por el claustro, llevándola de allí á su casa. La hija iba corriendo delante de su padre, como si nunca hubiese tenido en los pies dolencia alguna. Hasta aquí los hechos milagrosos obrados en el sepulcro; otros se realizaron atendiendo á las solas súplicas de sus devotos. Luís

Rodríguez, natural de Méjico, que se hospedaba con su madre en casa de la viuda Juana de Vargas, padecía fuertes dolores por tener encogidos los nervios, de suerte que ni podía andar hacía ya dos meses. Los cirujanos dijeron á su madre que sólo podrían aliviarle con ciertas unciones, aunque muy caras; por lo que, como no alcanzaba el caudal de ambos para tan costosa cura, persuadida de la viuda imploró el auxilio de Rosa, prometiendo hacer una novena en su sepulcro. Al segundo día de ella, ya su hijo pudo tenerse en pie y dar algunos pasos; aun no había llegado el último, y Luís ya visitó el sepulcro de Rosa para mostrar su agradecimiento. Muy semejante á éste fué el beneficio que recibió la viuda consejera, pues con sólo invocar el patrocinio de Rosa y prometerle una novena en su sepultura, convaleció de un dolor é hinchazón que en ambos pies padecía. Al día siguiente, llevando los dones que había ofrecido, dió comienzo á la novena.

Otro prodigio, y cerramos este capítulo. Una cruel mujer de Lima, cuyo nombre se calla en los Procesos, aborrecía con odio mortal á su buen marido; para acabar de una vez con él, le propinó un activo veneno. Apenas aplicó tan mortal bebida á los labios, se puso hinchado de un modo espantoso, quedó bañado de un frío sudor, tembláronle las carnes siguiéndosele un terrible desmayo y el respirar de la agonía. En este mortal lance, que duró cosa de un cuarto de hora, vínole á la memoria el valerse del amparo y patrocinio de Rosa; y así recogiendo cuanto pudo el aliento, exclamó: *¡Santa Rosa! socórreme; yo prometo hacerte una novena*. Quedó helada de espanto la perversa mujer al oir que su marido invocaba el nombre de Rosa, y perdiendo la esperanza de que el veneno surtiese efecto, se hirió mortalmente con un cuchillo. El marido venció la fuerza del mortífero veneno sin otro remedio; al día siguiente dejó la cama, y no olvidando su promesa, visitó durante nueve días el sepulcro de tan humilde Sierva.

CAPÍTULO X.

Translaciones del cuerpo de Santa Rosa á sepulcro más honorífico. De lo que sucedió al dar cumplimiento á la Constitución de Urbano VIII «Cœlestis Hierusalem cives...»

Celebradas las exequias al venerable cadáver de nuestra penitente Virgen con la magnificencia descrita en los capítulos II y III de este libro segundo, creían muchos que el pueblo iría dejando de frecuentar el sepulcro de Rosa, pues con el tiempo suelen mitigarse los primeros fervores. Sucedió, empero, muy al contrario, porque la multitud y celebridad de los milagros que Dios por su valiosa intercesión obraba, atraía gente; por lo que lamentábanse muchos de que el sagrado cuerpo estuviese en lugar tan retirado, donde por las leyes de la clausura ni á todas horas ni por todos podía ser fácilmente visitado. Prelados de la Iglesia, Superiores regulares, Magistrados y otros varones ilustres fueron de parecer que era puesto en razón condescender con los devotos y constantes deseos de propios y extraños; y que era tiempo de tratar ya seriamente sobre la translación de aquel precioso depósito, pues era común tesoro de los ciudadanos, consuelo de los piadosos y remedio para los afligidos. Añadían que se debía al público, que con tan vivas ansias lo pedía; por lo que suplicaron el asenso del ilustrísimo señor Arzobispo de Lima. Este, informado del estado de este asunto y de los ardientes deseos del pueblo, mandó el día 27 de Febrero de 1619 que se expidiese un decreto á este tenor: «Ante el Ilmo. señor D. Bartolomé Lobo Guerrero, arzobispo de Lima, del Consejo de Su Majestad, etc. Fué leída y vista una petición, etcétera. Y atento á las razones que en ella se contienen y á la aclamación universal y pública con que en esta ciudad de Lima como en todo el Perú Rosa de Santa María,

religiosa de la Tercera Orden de Santo Domingo, es proclamada y tenida por Santa, doy facultad para que su cuerpo desde el sepulcro que ahora ocupa pueda ser trasladado á otro lugar decente dentro de la iglesia de Santo Domingo que más conveniente pareciere al P. Maestro Fr. Agustín de Vega, provincial de dicha Orden.» Signó el Decreto su ilustrísima el señor Arzobispo ante el Dr. Fernando Becerril.

Para la solemne translación del venerable cuerpo de Rosa se señaló la víspera de San José, porque no podía disponerse antes ni el nuevo sepulcro ni el ornato necesario. El fallecimiento de Rosa había representado con varios símbolos y semejanzas la muerte de Cristo espirante en la cruz, y como también estaba declarado por divina revelación que su sepulcro había de ser glorioso, nada extraño que en la translación resultase más patente la semejanza; pues así como el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo estuvo en el sepulcro parte de tres días, así también el cuerpo de Rosa descansó en el suyo parte de tres años, sin que la corrupción apareciese en su cuerpo. Sólo sus manos perdieron algo, acaso por los muchos ósculos que había recibido en ellas, pues fueron á millares los que se las besaron con singular devoción y reverencia.

Llegado el día de la translación, sacaron muy de mañana el venerable cuerpo de su antiguo ataúd, y lo colocaron en otro nuevo también de cedro, dorado por dentro y fuera, con dos fuertes cerraduras.

Dispuesto todo, el día sobredicho salió del Coro la Comunidad del convento de Santo Domingo, asistida de gran número de Religiosas de diversas Ordenes; en procesión fué al Capítulo, donde estaba el sepulcro de la Santa, precediendo la cruz con cuatro acólitos y dos incensarios, y á lo último el reverendo Padre Provincial con capa muy rica y con muy ricas dalmáticas los Ministros. Llegó poco después el señor Arzobispo con sus Asistentes, acompañándole el Juez Ordinario del Santo Oficio D. Feliciano de Vega, canónigo metropolitano y Vicario General de aquel arzobispado. Dichas las oraciones acostumbradas y hecho el asperges é incensación, seis sacerdotes con alba, estola y maní-

pulo cargaron en hombros con el rico depósito, y partieron hacia la iglesia, que estaba adornada con colgaduras de seda color carmesí. Seguía el señor Arzobispo al santo cuerpo, y por su orden los nobles y personas ilustres que habían acudido á la función. Al llegar la procesión á la puerta del claustro que da entrada á la iglesia, luego que la muchedumbre allí reunida divisó el dorado ataúd, de todas partes salió un grito de alegría que llenó todo el templo, que junto con las voces confusas de los que de puro gozo lloraban ó imploraban la valiosa intercesión de tan grande Santa, apagaron el canto de los Religiosos.

Mientras lo acomodaban en un magnífico túmulo que se había levantado junto al altar mayor, tomó asiento el señor Arzobispo en el trono que en la parte del Evangelio le habían dispuesto. Treinta hachas de cera en magníficos candelabros rodeaban el catafalco, cuya cima coronaba el dorado ataúd, y veinticuatro cirios de á dos libras estaban en candeleros de plata sobre sus gradas. Cubrían el catafalco bordados tapices con flecos de oro; de modo que todo este aparato más era majestuoso triunfo, que pompa funeral. El Padre Provincial, con casulla, y los Ministros llegaron al altar para comenzar la Misa, que fué admirablemente cantada por la orquesta. La multitud procuraba á porfía que tocasen el ataúd rosarios y estampas.

Cantado el Evangelio, subió al púlpito el elocuente y celoso orador Rdo. P. Fr. Luís de Bilbao, catedrático de Prima de la misma ciudad, el cual era muy conocedor del espíritu de Rosa, como Director que fué de ella muchos años. La muchedumbre guardó el más profundo silencio por no perder una palabra del reputado orador que con su potente voz, y en bien redondeados períodos, ponderaba la inocencia bautismal de la difunta Virgen, nunca manchada con culpa mortal, mostraba la intacta flor de su virginal pureza, trataba de la rigurosa austeridad de sus ejercicios, de su penitente y mortificada vida, de las admirables ilustraciones del cielo, de los seráficos ardores de su ardiente caridad, y finalmente, de cuantos bien fundados elogios pudieron resumirse en el espacio de una hora. Raro fué el que no se compungió muy de corazón de sus culpas á la presencia del santo

cuerpo y á la memoria de tan heroicas acciones. Muchos derramaron copiosas lágrimas, y todos al repetir el orador el venerable nombre de Rosa la reverenciaban con ligeros movimientos de cabeza, no atreviéndose á manifestarlo con la voz por no perder palabra de sus justas alabanzas.

Acabado el panegírico y dado fin á la Misa solemne, el señor Arzobispo, vestido de pontifical con mitra y báculo, en medio de los Ministros y con cuatro Asistentes (las más altas dignidades del Cabildo Metropolitano), se acercó al túmulo; después de las ceremonias del Ritual, el Padre Provincial con los demás Prelados de las Ordenes religiosas tomaron en hombros el ataúd, llevando todos la estola colgada; luego, presente el señor Arzobispo, los Magistrados de los diversos Tribunales y el Cabildo municipal le pusieron en un suntuoso nicho, al lado derecho del altar mayor, en forma de arco artísticamente labrado. Por defuera defendía el nicho una reja de hierro también dorada, con la cual quedaron patentes y aseguradas las venerables reliquias.

Fué muy grata al pueblo esta translación, demostrándolo el gran concurso que cada día aumentaba; de modo que fué preciso trasladarlo de nuevo, pues la mucha gente que acudía á venerar las preciosas reliquias ya movida de los milagros ya de los grandes favores que recibía, turbaban los Divinos Oficios. Trasladaron esta vez el sagrado cuerpo á la capilla de Santa Catalina de Sena, que estaba bastante distante del altar mayor y á su lado izquierdo. Pareció muy debido á tal hija que reposara en el seno de su Seráfica Madre.

Entre tanto llegaron á Lima Letras Apostólicas en cuya virtud los Jueces señalados se reunieron en Tribunal, á fin de examinar testigos de la vida y milagros de la Sierva de Dios sor Rosa de Santa María. Dióse principio al examen el día 17 de Mayo de 1630; mas por ser muchos los testigos, pues llegaron á 183, y por otros accidentes que impidieron el regular ejercicio de sus funciones, duró hasta el mes de Mayo de 1632. Sólo les faltaba visitar el sepulcro y las reliquias de la penitente Virgen. Fueron deputados á este objeto D. Juan de Tejeda y D. Juan de Vega, doctores en Medicina, y con el cirujano D. Luís de Molina, los Secretarios D. Juan de Valenzuela y D. Bartolomé de Tivico; abierto el ataúd ante el

Rdo. P. Maestro Fr. Gabriel de Zárate, entonces Provincial, hallaron los vestidos del santo cuerpo enteramente consumidos. Despedía un olor suavísimo muy parecido al de las rosas secadas al sol, que no sólo recreó el olfato de los presentes, según deposición jurada de uno de los médicos, sino también les infundió inesperado consuelo é interior afecto de devoción. Luego fueron los señores Inspectores al Capítulo para examinar el primer sepulcro de Rosa, donde los fieles sacaban mucha tierra para remedio de varias enfermedades. Todos exploraron la cavidad, y vieron que al parecer sólo se habían sacado unas cuatro ó cinco libras de tierra; mas constaba por muchos testigos que se habían sacado y repartido por el Perú algunos celemines, por lo que se podía colegir con fundamento que Dios la aumentaba milagrosamente.

El año de 1640 el Procurador General de la Orden en la Corte Romana amonestó en carta particular á los Padres del convento de Lima, que observasen escrupulosamente la nueva Constitución *Cœlestis Hierusalem cives* de Urbano VIII, expedida á 5 de Julio de 1634. Sintieron mucho que en seis años no hubiese llegado una copia siquiera ó al menos alguna noticia—lo que no es de extrañar atendido el estado de las comunicaciones en aquellos tiempos y las acechanzas de los piratas y flotas enemigas;—no obstante con sólo ser particular aquella carta, juzgaron que se debía obedecer sin dilación alguna, y por tanto que debía evitarse cuidadosamente todo resabio de culto anticipado, por lo que aquella noche quitaron de su sepulcro y de las paredes todo lo que en este sentido pudiera interpretarse.

El día siguiente, la ciudad conmovida y llena de amor para con la Santa, pedía á Santa Catalina de Sena que les restituyese esta *Catalina* de Lima; pero como el vulgo so pretexto de piedad suele admitir fácilmente todo linaje de sospecha y juícios temerarios, esparcióse luego el rumor de que habían llevado las reliquias sin conocimiento de los Padres, ó bien que sabiéndolo ellos y consintiéndolo habían sido remitidas á España. Alborotóse entonces la multitud, con no pequeño dolor de los inocentes Religiosos; porque pasando casi á vías de hecho, amenazaban al convento di-

ciendo demasías, sin que bastase la satisfacción que se les daba, pues ó no la entendían ó no querían darse por entendidos. Al fin y con mucho trabajo persuadieron al pueblo que *así adelantaba más la causa de Rosa y se allanaba camino á los honores que de la Silla Apostólica esperaban;* y que por otra parte *no debían tener inconveniente en obedecer los Decretos del Romano Pontífice, que tan grato debía ser á la venerable Virgen.* Continuaron diciéndoles: que *las reliquias estaban guardadas en el primer sepulcro,* y que *teniendo ya noticia de dicha Constitución, no se debía permitir ni obrar cosa alguna que estuviese disconforme con lo que la Sagrada Congregación de Ritos ordenaba.* Quietóse el pueblo, sí; pero... sólo cuando quedó seguro de que las reliquias de su amada Rosa estaban bien guardadas.

CAPÍTULO XI.

Milagros obrados con las reliquias de Santa Rosa.

Para anunciar Dios la santidad de sus siervos se sirve de la elocuente voz de los milagros, que se difunde por doquiera en alas de la fama, y conmueve á los pueblos y logra que acudan presurosos á implorar auxilio en sus apuros y necesidades. Apenas oye las humildes súplicas de aquellas almas que en la mansión de los justos están gozando de su gloria, Aquel que es todo bondad y amor y que, según frase de los Libros Santos, tiene puestos sus ojos sobre los justos y sus oídos prontos á sus ruegos, abre los tesoros de su Omnipotencia y derrama gracias sin cuento sobre los fieles que con fe y devoción les invocan. Da virtud maravillosa á los vestidos y demás que usaron en vida, á los que llevaban en el féretro, al polvo de sus sepulcros y hasta á las estampas que los representan.

Grandes maravillas hemos contado en los capítulos anteriores, de nuestra Santa también hemos dicho con el Padre Antonio de la Vega Loaysa, que *toda su vida fué un continuado milagro* (1); mucho más, empero, nos queda por referir, que sin duda alguna despertará más y más en nuestros lectores la devoción á Santa tan grande. Ciento treinta fueron los milagros que se declararon con juramento ante los Jueces Apostólicos, y que están contenidos en el Proceso. Todos se propusieron á la Congregación de Ritos durante el Pontificado de Alejandro VII y de los Clementes IX y X; pero sólo se discutieron y aprobaron ocho por considerarlos bastantes para la beatificación y canonización de la Santa Virgen; discutirlos todos ni era necesario ni muy fácil. Serán materia de este capítulo y de los tres siguientes los más singulares, para que nos estimulen á imitar sus virtudes, enciendan más y más la devoción de los fieles á tan gloriosa Virgen, y sirvan para alabar á Dios, siempre admirable en sus Santos.

Sea el primero de este capítulo la gracia que alcanzó Leonor Ruíz de Sandosa. Esta señora padecía gravísimos dolores de jaqueca; para ganar el jubileo determinó ir del sepulcro de Rosa (enterrada el día antes) á la iglesia metropolitana. Púsose en camino, habiendo aplicado antes á la cabeza una reliquia del vestido de la Virgen; y después de haber estado algún tiempo en la santa iglesia, conoció que se hallaba libre del dolor que tan agudamente le aquejara.

Felipa de Vargas experimentaba tan agudos dolores en la cabeza, cual si le hundieran agudas puntas, efecto del ardor de una fuerte calentura que padecía. Aplicó á la cabeza reliquias del hábito de Rosa, durmió perfectamente, y al dispertar se halló libre de los dolores y de su causa.

Gregorio de Torres, labrador, y Juana Micaela tenían una niña que ya contaba seis meses, llamada Magdalena; ambos pasaban la vida en los arrabales de Lima, hacia el camino de Melambó, viviendo de su humilde oficio. Trabajaban el año de 1627 en la heredad de Baltasar de la Cona,

(1) Capítulo VIII de este LIBRO SEGUNDO.

cuando enfermó gravemente la niña efecto de una fuerte calentura y continua diarrea, espirando luego en brazos de su desconsolada madre. Nada habían aprovechado los remedios que cuidadosamente se le habían aplicado, nada la solicitud y lágrimas de la afligida madre; pero por fortuna recordó ésta que donde tenía sus pobres alhajas guardaba un pedacito del hábito de la Santa y ramito de retama que había tenido á su cabecera. Esperando sacar con el auxilio de Rosa vivificantes olores de las venerables reliquias, puso sobre unas ascuas el ramito y algunos hilos del pedacito del hábito, y luego sahumó á la tierna difunta. Suele el humo hacer que los vivos cierren los ojos; en la muerta logró que los abriese, pues al punto que el humo tocó á la niña, comenzó á revivir abriendo con alegría los ojitos que con tanta tristeza la afligida madre el día antes había cerrado. Hallábanse presentes también el padre de la niña, un hermano y un mancebo, quienes cayendo de rodillas por tan estupendo prodigio alabaron á Dios en Rosa tan admirablemente odorífera. En el entre tanto bebiendo Magdalena un poco de agua que le dió su madre con polvos del sepulcro de la Santa Virgen, se incorporó sana, sin quedarle vestigio alguno de la enfermedad padecida (1).

Molestaba en gran manera á la Madre Lucía de la Santísima Trinidad, primera priora del convento de Santa Catalina (2), un agudo dolor que partiendo de la sien derecha le atormentaba toda la cabeza; pero en aplicándole una tira de la fimbria del hábito de la Santa Virgen, le desaparecieron completamente. Sobrevínole en cierta ocasión un vehemente dolor de estómago acompañado de convulsiones que le puso en peligro de muerte; mas aplicó la misma reliquia y quedó del todo curada.

Mariana de San José, religiosa descalza, de una caída se le lisiaron los nervios de los ojos. No podía moverlos á un lado y á otro y sentía en ellos gravísimo dolor; pero

(1) En el cap. siguiente tratamos en particular de los milagros obtenidos con los polvos del sepulcro de Rosa; disculpe esta última relación el entrañarlo el caso citado.

(2) Hablamos de ella en el cap. XXVI de la SEGUNDA PARTE del LIBRO PRIMERO.

tomó un pedacito de las reliquias, dijo luego: *Ahora he de hacer experiencia si es tanta la santidad de Rosa como el mundo publica,* y aplicóla á los ojos, y volvióles el natural movimiento.

A Lucía de Montoya le lloraban los ojos desde sus primeros abriles, no sin peligro de quedar ciega. La debilidad de la vista y el dolor continuo en los párpados no permitían ni que saliese á la calle cuando había ya clareado, ni que se acercase de noche á la luz, aumentándole sus achaques perpetua jaqueca. Un día tomó con gran fe una pequeña parte del manto con que se cubrió Rosa en vida y que felizmente guardaba; púsolo con reverencia sobre su cabeza, refregó con él los ojos, y al punto quedó completamente curada; y para que fuese notorio el milagro tomó el mismo día una aguja é hizo el dobladillo á cuatro pañuelos de tela muy fina. En lo sucesivo tuvo tan limpios y claros los ojos, como si jamás hubiese padecido fluxión alguna.

Una niña de tres años llamada Margarita había quedado casi del todo ciega en casa de D.ª Isabel de Mendoza. Una nube le privaba la vista en uno de ellos, con el otro apenas divisaba lo que tenía delante parpadeando; todos creían que poco á poco quedaría ciega, pues ningún remedio aprovechaba. Una tarde al irse á acostar la niña, las doncellas de la casa la encomendaron á Rosa, que ya gozaba de la vista de Dios en el cielo; atáronle sobre los ojos una partecita del vestido de la Santa, y metiéronla en la cama. La mañana siguiente, quitadas las vendas, vieron con grande alegría que la nube había desaparecido y que ya no se los ofendía el aire y la luz.

Atormentaba á Juana de Velasco un terrible dolor de muelas que no la dejaba un momento; pero en aplicando á la boca una reliquia del velo de lino que había usado la Virgen, pudo conciliar el sueño y verse al despertar enteramente libre de tan molestosa dolencia.

La terrible epilepsia ó gota coral había arrebatado dos hijos á Luísa Fajardo, viuda; el uno varón de edad 17 años, el otro era una niña de diez meses. Quedóle uno de tres años, cuyo nombre era Francisco, y á quien aquejaba la misma enfermedad; estaba muchas veces quince horas sin

sentido, echaba espuma, padecía terribles convulsiones en los brazos y las piernas, y algunas veces golpeaba el suelo con la cabeza. Sumida la madre en un mar de angustias y desconsuelos, y desconfiando de todo humano remedio, acudió presurosa á los que nuestra Virgen dispensaba. Pudo alcanzar una partecita de su escapulario, púsolo sobre el pecho del desgraciado niño; al punto se quietó del todo, volvió en sí, sentóse, pidió agua, y nunca jamás fué atacado por esta molestísima enfermedad.

Unos siete años después del feliz tránsito de Rosa, doña Luísa de Escobar, monja de Santa Clara, tuvo una erisipela á cuya curación nada valían los remedios. Viendo esto la Madre Abadesa, sacó de un escritorio una pequeña parte de la túnica de Rosa que en él cuidadosamente guardaba, atóla blandamente al rostro de la enferma haciendo antes ferviente oración, y mandóla á recogerse; al día siguiente quitó dicha reliquia y al punto echóla de ver del todo curada. En otra ocasión aquejó á la misma Luísa un gran dolor de estómago efecto de unas terribles tercianas, que le puso en los umbrales de la muerte; mas dando de mano á otros remedios y poniendo con fe y devoción sobre el estómago dicha milagrosa reliquia, desaparecióle la causa de sus inaguantables dolores.

Fray Juan García, religioso lego de la Orden de Predicadores, por mandato de sus Superiores entró cuatro días después de la muerte de Rosa en la celdilla del huerto de la Virgen (de que tanto hemos hablado) para sacar de ella un banquillo en que solía sentarse; mas como era tan angosta la puerta, comenzó á hacer lugar con un grande cuchillo que á este propósito traía, y con tanta prisa, que se causó una terrible herida en la mano izquierda. Se horrorizaron todos al ver la sangre que en abundancia estaba manando; mas el Religioso sacando una parte del velo de lienzo de la Sierva de Dios, la puso sobre la herida, atóla con vendas y fuese otra vez con gran fe á continuar la obra comenzada. A la hora desató la venda, quitó los paños y el velo, y mostró la mano enteramente sana.

En los valles de Chinca D.ª Magdalena Chimaso, india descendiente de los caciques de aquella provincia, casada

con D. Francisco Morales, estuvo más de tres años casi tullida de medio cuerpo abajo. Viendo que nada mejoraba con las costosas medicinas que le recetaban, determinó que la llevasen á Lima á casa de Pedro de Vega, para que la curasen médicos más aventajados. Mientras estuvo en Lima supo del olor de santidad en que murió nuestra Rosa y de los muchos milagros que por su intercesión se obraban; por lo que cobró confianza en tal remediadora. Con gran fe y devoción procuróse reliquias de la Santa, que fueron hojas de la palma que la Virgen tenía en la mano cuando estaba en el féretro, algunas partecillas de su velo y escapulario, y un poco de tierra del sepulcro; atólas al cuerpo y fuese á la cama. Al despertar por la mañana, se sintió con vida y fuerzas en el medio cuerpo que tenía como muerto; pero no quiso apartar de sí las reliquias, empleando todo aquel día en piadosa quietud para que la salud le fuese más cumplida y permanente. Levantóse al día siguiente robusta, vistióse y comenzó á pasear por el aposento con admiración de todos los de la casa; fué luego á la iglesia de Santo Domingo á visitar el sepulcro de Rosa y tributarle las debidas gracias; y al cabo de un mes regresó á su patria muy otra de como había venido.

¡Tanto atendía el Divino Amante á su amada Esposa!

CAPÍTULO XII.

Milagros obtenidos con los polvos del sepulcro de nuestra Virgen.

MORABAN en aquellos tiempos en el convento del Santísimo Rosario de Lima un número tal de Religiosos, que alcanzaron á veces el número de 300, correspondiendo á cada año algunas defunciones. Era costumbre en la Orden sepultar en el Capítulo los Religiosos difuntos;

y para que bastase la Capilla Capitular los enterraban en tierra traída de los campos de Panamá, blanca, tenue y arenosa que en breve tiempo consumía los cuerpos y aún los huesos. Esta tierra recibió el venerable cadáver de Rosa, pero ¡cosa singular! en todo el espacio que ocupó el santo cuerpo convirtióse en esponjosa pómez. Que en el vacío que dejó Rosa cuando fué trasladado su cadáver estuviese escondido un manantial de saludable polvo para beneficio perpetuo de los mortales, lo mostró el haberse llenado y repartido muchas espuertas por todo el Perú en el año de 1632, sólo por donde estuvo colocada la cabeza de la Virgen; no obstante el vacío parece que sólo acusaba tres ó cuatro libras, pues el P. Bernardo Marqués á los pocos días de entrar todo el brazo por la boca donde se sacaba el polvo, tanto era lo que había aumentado que sólo pudo entrar toda la mano.

Vamos á referir algunos milagros obtenidos.

Una cruel angina había inflamado los músculos guturales de la niña de seis años Josefa de Zárate, de tal manera que ni podía pasar un bocado. Llamaron al cirujano Ortega, quien viendo que ya la gangrena se había apoderado de la llaga, declaró que era incurable. Al ver la madre que habían desahuciado á su hija, con ardientes afectos la encomendó á Rosa, y habiendo desleído en agua un poco de tierra del sepulcro que á este propósito había traído la abuelita de la niña, le dieron algunas cucharadas, logrando quedar sana y salva. La gangrena había desaparecido de la grande llaga.

En el convento de Santa Clara de Lima le sobrevino un espantoso delirio á sor Grimaneca de Valverde, efecto de los ardores de unas tercianas dobles y copioso flujo de sangre que le hizo pasar quince días con sus noches sin poder conciliar el sueño; sólo esperaban de la divina misericordia algún intervalo lúcido para que pudiese recibir los Santos Sacramentos, pues los médicos no le daban más que ocho horas de vida. Al ver la abadesa, Madre Isabel de la Fuente, que los medios humanos no aprovechaban, y juzgando que era entonces tiempo á propósito para recurrir á los socorros del cielo, puso toda su esperanza en los milagrosos

favores de Rosa. Sacó unos polvos del sepulcro, y con crecida fe y devoción los entregó al Padre Confesor, quien los dió á beber á la enferma desleídos en un vaso de agua, logrando que de repente volviese en sí, que le cesase el flujo de sangre y se le fuese templando la calentura, de modo que sin otra medicina pudo dormir aquella noche con mucho sosiego y levantarse por la mañana completamente sana.

En el mismo convento sor Rafaela Esquivel, oprimidas sus fauces y casi cerradas las vías de la respiración, con las muchas sangrías y vómitos perdió el juício. Dando el médico el caso por desesperado, dispuso que la sacasen de la enfermería y la pusiesen en lugar menos frecuentado para que, no oyendo á nadie, pudiese recibir con más quietud los Santos Sacramentos, si daba lugar el delirio. La Religiosa que la asistía le dió á beber desleídos en agua polvos del sepulcro de Santa Rosa, y al punto volvió en sí, pidió de comer y convaleció del todo.

Un fuerte dolor de costado, efecto de dos meses de calentura, y el cuerpo todo lastimado con lívidas postillas llevaron á Ana Inés al borde del sepulcro. La madre y otra hija llamada Lorenza, agotados todos los remedios humanos y sin efecto, pusieron la esperanza en los celestiales; por lo que sacó aquélla del escritorio polvos del sepulcro de Rosa, y observando que despedían aún la misma fragancia que cuando los recogiera, concibió más viva esperanza de alcanzar la gracia que deseaba. Postráronse entrambas junto al lecho de la enferma y rezaron un *Padre nuestro* y *Ave María* en honor de Rosa, y dió la madre á la doliente los polvos desleídos en un vaso de agua. Sintió ésta un calor mayor que el acostumbrado, durmióse y al día siguiente se levantó sana.

El 21 de Marzo de 1618 Catalina de Arteaga fué acometida de una hemorragia tan copiosa, que temieron por su vida las señoras con quien estaba de visita; pero por fortuna una de las presentes traía un poco de tierra del sepulcro de Rosa, envolvióla en un papel, atóla sobre la frente de Catalina, y ¡raro portento! paróle y nunca más padeció tan terrible achaque. Presenciaron el prodigio el notario del Proceso y uno de los Jueces Apostólicos designados por el señor Arzobispo para examinar los milagros de Rosa.

El año de 1631 iban á Guamanga á que les confirieran órdenes sagradas por orden de su Prelado, Fr. Antonio de Montoya y Fr. Juan de Estrada; por tener posada habían torcido algo del camino á fin de hospedarse en casa del Gobernador de Guando. Serían las cuatro de la tarde cuando se les presentó uno de los naturales, dando lastimeros gritos y rogándoles, pensando que eran sacerdotes, que socorriesen á una india, mujer del cacique, que estaba agonizando en una de las casas vecinas, confesándola al menos, pues no había en el lugar sacerdote. Mucho apenó á los Religiosos no haber recibido el sagrado sacerdocio, y con él la potestad de absolver en trance tan apurado; con todo acompañados de algunos españoles siguieron al indio para ayudar á bien morir á la pobre agonizante, ya que otra cosa no pudiesen, rezando las Letanías y preces que prescribe la Iglesia. Hallaron á la india sin habla ni movimiento y casi espirante, mas Fr. Antonio, acordándose de que traía consigo tierra del sepulcro de Rosa, dióles algunas noticias de lo mucho que podía la Santa Virgen ante Dios, de los muchos prodigios que por ella obraba y de la esperanza que en su valiosa intercesión podían tener; y tomando agua con una cuchara, puso en ella un poco de tierra de dicho sepulcro, y la dió á la moribunda no sin gran trabajo, pues tuvieron que ayudarse de un hierro para abrirle la boca. Fuese luego el Religioso, encargándoles que implorasen con ardiente confianza socorro de la Virgen; y al volver á las dos horas halló muy alegre al marido y á su familia, pues ya comía con apetito la antes moribunda. Confesaba ésta á voces que sin conocer las virtudes de Rosa, á ella debía la vida; y en ello convinieron los que acompañaban á Fr. Antonio y los de la casa.

Diego Moreno Costilla, natural de la ciudad de Quito, en las guerras de Chile había recibido una grande herida en la cabeza con el golpe de una maza de hierro. Curada en falso, le produjo espasmos, supuración y atontamiento; por lo que fuese á Lima en busca de cirujanos más hábiles. Sufrió muchísimo por espacio de seis meses en el Hospital de San Andrés y sin resultado en los remedios; por lo que, despertando su devoción la fama de los prodigios que cada

día se obraban en el sepulcro de Rosa, determinó visitarle, y allí puesto de rodillas hizo ferviente y devota oración. Luego quitóse la venda, los paños y el parche, y en su lugar puso sobre la llaga un poco de tierra que él mismo sacó del sepulcro; y sintiéndose mejor desde aquel mismo punto, volvió alegre á su casa. A los dos días cerrósele la herida y nacióle nuevo cutis.

La Abadesa del Monasterio de Santa Clara de la ciudad de Trujillo había cerca de veinte años que tenía una pierna muy hinchada y con más de cuarenta llagas. No se hallaba médico que esperase sanarla, mucho más cuando le había resultado destemplanza en toda la sangre y fuerte calentura; por lo que, habiendo llegado á su noticia los muchos milagros que Dios obraba mediante los polvos del sepulcro de Santa Rosa, envió por él á Lima, lo bebió con gran fe desleído en agua, y se le extinguió la calentura de pronto. Confiada con tan feliz suceso, frotó la pierna con el mismo polvo y comenzó á bajársele la hinchazón y á cerrársele las bocas de las llagas, quedándole en recuerdo del beneficio unas pintas negras. Para quitarlas usó una agua destilada que le indicó el cirujano Lezana; pero en valiéndose de este medicamento, volvióle la hinchazón y le reaparecieron los dolores y las llagas, por lo que claramente entendió que había errado en esperar del cirujano el complemento del milagro: y así volviendo á polvorear la pierna, desaparecíéronle hinchazón, dolores y llagas. Este triplicado milagro logró grandes efectos: salud perfecta en la Madre Abadesa, admiración y gozo en todo el Monasterio, y más ferviente devoción en los ciudadanos de Trujillo.

Llevando casi cumplido el año de noviciado en el convento de la Encarnación de la ciudad de Lima D.ª Juana de Ulloa, temía no serle posible profesar, porque su codicioso y duro padre no acababa de determinar que se le mandase la dote desde el Potosí, donde habitaba. Escribíale muy á menudo, apretábale con ruegos, instábale encareciendo sus deseos; pero el padre ó no le contestaba ó le daba frívolas explicaciones. Ocurriósele la idea de acogerse al patrocinio de Rosa, y después de ferviente oración tomó la pluma y escribió otra carta á su padre, secándola con gran fe y de-

voción con polvos del sepulcro de Rosa, para que si las razones que aducía no ablandaban su corazón, lo lograsen al menos los milagrosos polvos. No se hizo esperar su efecto; pues concedióle cuando pedía, y pudo profesar.

CAPÍTULO XIII.

Prodigios obrados con los retratos y estampas de Santa Rosa.

Es común en los fieles del Perú tener en sus casas retratos y estampas de Rosa en memoria de sus grandes virtudes; esta piadosa costumbre ha prevalecido también en muchas partes de América, y á la verdad con mucho provecho, como se verá por lo que decimos en este capítulo.

María de Vera, de quien hablamos en el cap. XXIII de la SEGUNDA PARTE del LIBRO PRIMERO, viuda de Alonso Núñez, juzgando el médico que no llegaría al día siguiente efecto de flujos de sangre, calenturas y dolor de estómago, se disponía ya para recibir los Santos Sacramentos. En trance tan apurado pidió á su vecina Mariana (1) que le trajese una imagen de la Virgen, pintada en un lienzo; la contempló un rato con mucha devoción, la aplicó al rostro, cubrióla de tiernos y devotos besos, y teniéndola entre los brazos quedó sumida en dulce y apacible sueño. Por la mañana al dispertar, viéndose perfectamente sana, saltó de la cama; para venerar con más devoción la santa Imagen, la puso rodeada de luces en un hermoso altarico, juzgando que toda esta demostración era muy debida así al beneficio que

(1) Es aquella india Mariana de quien hablamos en la PRIMERA PARTE del LIBRO PRIMERO, que niña se había criado con Rosa y le servía para sus austeras mortificaciones.

en particular había recibido, como también á la común alegría de aquel día, pues con solemne pompa y fiestas en la ciudad se publicaron en la iglesia catedral las Letras Apostólicas que convocaban á los fieles para que testificasen los prodigios de Rosa que hubiesen llegado á su noticia. Y fué singular maravilla que la imagen de Rosa que en aquel retrato se representaba pálida y penitente, apareciese al tiempo de la publicación de dichas Letras como dando á entender con sus sonroseadas mejillas que recibía especial gusto con las fiestas que la ciudad le dedicaba. Diego de Requena y su esposa Apolonia fueron testigos de este portento.

Otro caso semejante sucedió el mismo día con otro retrato de Rosa en el puerto del Callao: habíale adornado con flores y pasamanos de plata Petronila Quijano, doncella en casa del capitán D. Alvaro de Lugares, porque en aquel día había de estar pendiente en el púlpito de la iglesia mayor cuando se leyesen á los fieles las Letras que hemos referido. Apenas comenzaron á leerlas, el color pálido de la Imagen se mudó de repente en vivo y sonrosado, causando alegría y regocijo en cuantos la miraban por los apacibles y brillantes resplandores que despedía.

Más hermosa aún resplandeció á su manera en beneficio de los enfermos.

Por el mes de Diciembre del año 1631 una erupción cutánea pobló de postillas la tierna cabeza de María de los Reyes, niña de nueve años. Todos los remedios empleados durante un año en nada la aliviaron; por lo que su madre la acompañó á la iglesia de Santo Domingo, donde postrándose delante de una Imagen tan alta como la Virgen Rosa, puso á sus pies la toca de su hija y volviósela á poner después de ferviente oración. A los dos días, descubriendo Melchora, que así se llamaba la madre, la cabeza de su hija, halló el cutis terso y limpio, los cabellos espesos y lucientes, cual si nunca tal enfermedad hubiese padecido.

En el mes de Noviembre del mismo año Jerónimo de Soto Alvarado alimentaba una huerfanita de diez meses, horriblemente plagada de manchas y llagas de asquerosa lepra. Empleóse en curarla todo el arte de la medicina;

mas resultando todo en vano, la criada de la casa, Bernarda, halló remedio eficaz en la portentosa botica de Rosa. Había recogido en la iglesia de Santo Domingo y traído á su casa algunas hojas de las rosas que se habían puesto para adorno de la Imagen de la Sierva de Dios. Con mucha fe aplicó hojas sobre cada una de las llagas de la paciente, y fajándole todo el cuerpo la acostó en la cuna para que durmiese. Al día siguiente Bernarda avisó á Jerónimo que la niña estaba del todo libre de la asquerosa lepra; y como éste viese con sus propios ojos tan raro prodigio, quiso que los Jueces Apostólicos lo certificasen, y que en perpetuo testimonio se llamase la niña *María de la Rosa*.

Fatigaba á Mariana de Requena un insufrible dolor de corazón, alimentado por negra melancolía y penosa dificultad en la respiración. Todo lo que recetaban los médicos para su alivio, resultaba enteramente inútil; mas tomando una imagen de Rosa y besándola muchas veces con ternura y afecto, la apretó sobre su corazón con estrechos abrazos: y desde aquella hora sintió que no tenía necesidad de valerse de otros medios, porque la Imagen le desterraba la inveterada tristeza, y le apagaba el tormento del corazón y la molesta melancolía.

En el convento de Santa Catalina de Lima, sor Angela de Haro fué atormentada por tres meses continuos con crueles convulsiones de estómago; desconfiando de otras medicinas, cesóle enteramente el dolor que le aquejaba con sólo aplicarse con devoción una estampa de Rosa.

Una joven de color llamada María, sirvienta en casa de D. Diego Requena, fué acometida de apoplejía que la dejó inútiles todos sus miembros. Había cuatro días que estaba sin habla, nada percibía, y en opinión de los médicos se le acercaban los últimos momentos á pasos agigantados. Su señora, empero, tomó una estampa de la Virgen Rosa, cubrió con ella la cara de la enferma, imploró juntamente el auxilio de la Sierva de Dios: y al punto cesóle la convulsión en las piernas y brazos, volvió en sí, se levantó de la cama, comió con buen apetito, y conocieron todos que el mortal accidente se había desvanecido enteramente. Admirado Diego de Requena de la extraordinaria virtud de la

santa Imagen, hizo experiencia en sí mismo: Debajo de la rodilla derecha tenía un tumor que le causaba muchos dolores y le impedía andar con soltura; aplicó blandamente la estampa á aquella parte, y al primer contacto se sintió libre del tumor que le molestaba. Apolonia, su mujer, no usando de otros remedios, desvió una pertinaz fluxión que le había cariado toda la dentadura. Con la misma estampa la religiosa Ana María de Jesús se libró de un dolor de muelas muy inveterado.

En el otoño del año de 1630 D. Francisco Gutiérrez Magán, presbítero, natural de Sevilla, y Confesor en el monasterio de Santa Catalina de Sena de la ciudad de Lima, aquejado de los dolores de la ciática, por confiar demasiado en los emplastos cálidos, obligó al irritado humor que bajase al pie derecho, avivándole la gota que ya mucho le atormentaba. Aumentóle el dolor, hincháronsele las venas, inflamósele la hinchazón, y por añadidura una molesta disentería le acababa. Pidió los Santos Sacramentos con anuencia del médico, pues entrambos estaban persuadidos de que su hora era llegada; mas como último consuelo suplicó que le enviasen las Religiosas un lienzo en que estaba pintada la imagen de Rosa. En viéndola, hizo que la pusiesen dentro del pabellón de la cama y corriesen las cortinas; entonces se dirigió á la ausente Rosa, sí, pero presente en la Imagen, y le dijo: «Virgen Santa y gloriosa, que tanto puedes ante el divino acatamiento del Altísimo, de quien gozas en estado feliz y bienaventurado, mírame con ojos de piedad; no puedo alegar ante ti otros méritos, sino que soy el Confesor de tu madre, y que la ayudé con mis diligencias á que le dieran el hábito en este convento, autorizando con mi presencia su profesión solemne cuando recibió el velo negro. Tú, pues, has de rogar al Divino Esposo que no acordándose de mis culpas, me restituya á la salud antigua, para que pueda emplearla desde aquí adelante en su mayor servicio.» Dichas con mucho fervor estas palabras, con gran fuerza y más robusta fe puso ambas manos debajo de la inflamada pierna, levantándola hasta tocar la orilla del retrato; después de un brevísimo rato fué bajándola poquito á poco hasta la cama, y luego descansó cosa de media

hora en plácido y reposado sueño, cosa que no había podido lograr mucho tiempo había. Al despertar llamó alegremente á los domésticos, mostróles su pierna derecha sin gota, sin tumor y en nada desemejante á la izquierda. Recuperó totalmente la salud, no teniendo que usar más del báculo. ¡Tanto atendió el Divino Esposo á la intercesión de su Amada!

Y no es de maravillar, si atendemos al caso que respecto á su obediencia *hasta después de su muerte* dejamos para este lugar al fin del cap. VI de la PRIMERA PARTE del LIBRO PRIMERO.

En el Monasterio de Santa Catalina de Lima se extravió por descuido de una criada en la celda de la Priora pocos días después de la muerte de Rosa, una cucharita de plata. Revolvióse todo lo de la casa, y nunca parecía; por lo cual la Priora, mirando que no se echasen juícios temerarios, levantando los ojos á una imagen de Rosa que estaba allí colgada, prorrumpió en estas palabras: «Oye, bendita Rosa, aunque sea sólo en Imagen: Tú eres Religiosa de este convento, por consiguiente yo te mando debajo de aquella obediencia á que me estáis obligadas mis súbditas, que hagas parecer la cuchara que se ha perdido; y te protesto con toda verdad que ha de parecer antes que yo vuelva de Vísperas, á las que voy á asistir ahora.» Y no quedaron sin efecto, pues al volver buscó otra vez la prenda perdida, y hallóla sobre la mesa de la celda, donde mil veces había mirado.

Por esto dijimos antes de comenzar este caso, que no era de maravillar que tanto atendiese el Divino Esposo á la intercesión de su Amada en pro de los enfermos y afligidos; pues si sólo porque á la Priora referida se le ocurrió que por hospedarse en Imagen en el convento podía ya mandarla, ella obedecía por atender á su obediencia el Divino Amante: ¡qué mucho que nada le negase en pro de tanto necesitado que imploraba su auxilio, atendida la ardiente caridad que, según vimos en los capítulos XIX y XX de la SEGUNDA PARTE del LIBRO PRIMERO, ejercitó en vida!

CAPÍTULO XIV.

Prosigue el asunto del capítulo anterior.

Grande fué la devoción que despertó el retrato de Santa Rosa que tenía el Monasterio de Santa Catalina de Sena de la ciudad de Lima, con el singular prodigio obrado en D. Francisco Gutiérrez; por lo que muchos desahuciados se valieron de él para recuperar la salud.

Fuertes calenturas y mortal dolor de costado pusieron en peligro la vida de un hijo de Mariana de Sea, llamado Luís Cortés, cuyo padrino fué el referido D. Francisco, Pbro. Nada le aprovechaban los remedios humanos, por el contrario, aun empeoraba, pues á las medicinas siguieron vómitos de sangre y dolor en las costillas, oídos, estómago é hígado. El médico Francisco Jiménez le dió por irremediable á la primera visita; pero entró á la sazón su padrino con el retrato de Rosa, dijo al niño que fuese diciendo con él una devota oración á la Sierva de Dios, y habiéndolo hecho Luisito con cuanto fervor pudo, le cogió un dulce sueño y durmió casi media hora. En despertando pidió que le acercasen la Imagen de Rosa, porque deseaba venerarla con reverentes ósculos; y al punto que imprimía en ella tiernos besos, adquirió las fuerzas perdidas, cesóle el dolor de costado y desapareciéronle las calenturas, recuperando en breve la salud perdida.

Durante veinte días continuos padeció Catalina de Vera crueles dolores y latidos en el cerebro y sienes, que privándole hasta el dormir augurábanle todos fatal desenlace. Visitáronla el Protomédico del Virrey Dr. Roca, médico muy celebrado por aquellos tiempos; y también opinaron lo mismo. Oído esto, confesó la enferma con el Licenciado Francisco Coloma, y le pidió con mucha instancia, aunque fuese por poco tiempo, el retrato de Rosa que tenía en su casa. Hízolo así el sacerdote, y púsola muy cerca de la

enferma para que pudiera besarla afectuosamente; luego aplicóla con gran reverencia al rostro y sienes, durmió sueño apacible de que no había gozado en tres semanas, y despertó con tregua en los dolores y por fin curación completa.

Agudos dolores en la cabeza hacían que Ana de Torres tuviese como obscurecida la vista, las sienes latiendo fuertemente con ardores desusados y no del todo cabal el juício; con todo, apretada de la necesidad ó conociendo el peligro en que se hallaba, tuvo suficiente advertencia para buscar en Dios eficaz remedio con la intercesión de Rosa. No se vió burlada su esperanza; porque en abrazándose con la Imagen y aplicarla á la cabeza, se vió libre y sana de repente.

Ana de Herrera había contradicho con obstinada incredulidad los evidentes milagros de Rosa; pero en cambio fué después su mayor pregonera. Había mucho tiempo que tomaba como cosa de burla ó menospreciaba al menos los portentos que se obraban en el sepulcro de la Santa Virgen; pero una visión que tuvo en sueños corrigióle su rebelde pertinacia. Parecíale que un horrible terremoto arruinaba la ciudad de Lima; y temblando de miedo tan fuertemente imploraba su favor, que despertó despavorida. Vió entonces por sus ojos á nuestra Rosa tal como la representaban las muchas pinturas que había en la ciudad, que puesta de rodillas oraba por su ciudad amada. Con esto Ana, reducida ya, pidióle perdón de los yerros que contra la opinión de su santidad había cometido, y se puso bajo su protección, no faltándole pronto ocasión para valerse del amparo de la piadosa Virgen; pues le sobrevino una tan dolorosa fluxión, que le privó dormir en tres noches, y le aturdió la cabeza de manera que temía perder el juício, si Rosa no se apresuraba á socorrerla. Tomó la veneranda Imagen, pasóla dos y tres veces por la sien izquierda, y volviendo á reclinar la cabeza sobre la almohada, quedóse dormida, despertando á la media noche sin dolor alguno.

Fué cosa notoria y averiguada que al sólo contacto, y lo que es más, al sólo mirar con devoción la sagrada Imagen, cedían aún las más malignas calenturas.

El Dr. Roca, antes citado, tenía una hija de doce años llamada María, á la cual las calenturas y lobanillos la amenazaban con el sepulcro; mas miró con devoción una imagen de Rosa, y al punto quedó libertada.

En Panamá mortal calentura, procedente de ciertas indigestiones, llevó al borde del sepulcro al buen P. Juan de Figueroa, de la Orden de Predicadores; pues desahuciado de los mejores médicos, había ya recibido los Santos Sacramentos. Uno de los Religiosos que rodeaban el lecho para la recomendación del alma, según práctica de la Orden, indicó que trajeran una Imagen que el Padre Prior tenía en su celda; apenas la vió el enfermo, saludóla devotamente, besóla con fervor, y poniéndola sobre su cabeza, sintió que se le fortalecían los nervios y recuperaba las fuerzas perdidas. Luego tomó una taza de caldo con. polvos del sepulcro de Rosa, que le quitó el empacho origen de la calentura.

Don Alfonso de Hita, administrador y mayordomo del Monasterio de Santa Catalina de Lima, casó con María de Aspitia, la cual llegó á peligro de muerte por la flaqueza resultante de unas sangrías y purgantes que le ordenaron los médicos para atajarle unas tercianas dobles. Ya la enferma, incapaz de tomar alimento y conciliar el sueño, iba caminando al último término de su vida; mas la detuvo en la fatal pendiente la imagen de Rosa, que le trajeron del Monasterio y colocaron sobre su cama, pues en mirándola con ferviente y afectuosa devoción pasó de muerte á vida, permítasenos la frase.

El mismo beneficio obró otra estampa en Felipe Gil, agravado con tercianas dobles, poniéndola sobre su cabeza en el período álgido de la calentura.

En el puerto del Callao una ardiente calentura, continuada por espacio de cuarenta días, tenía postrado al Licenciado Juan de Quisado, sin descubrirse humano remedio. Pusieron en la pieza donde yacía el enfermo un cuadro en que un hábil pincel había dibujado la imagen de Rosa. Besóla devotamente el enfermo, púsola sobre su cabeza, apretóla sobre el pecho, y sin más hiciéronle lugar las calenturas para que recobrase la salud perdida.

Cierra esta serie de prodigios la misma que la dió á luz, María de la Oliva. Esta buena señora, pocos días después de tomado el hábito en el convento de Santa Catalina de Sena, según pronóstico de su hija (1), se vió acometida de una erisipela que le ocupó todo el rostro, agregándosele calentura, crudeza de estómago y otros accidentes. Tuvo que guardar cama unos ocho días, y estaba muy temerosa porque cada día le aumentaban los dolores. La Priora, que la amaba tiernamente por ser madre de Rosa, sufría mucho viéndola en tal peligro; por lo que después de haber platicado dulcemente para distraerla una noche que la visitó acompañada de muchas Religiosas, vino á hablarse de si sería conveniente traerla la Imagen de su amada hija. No le pareció mal á la enferma, antes la recibió gustosamente. Despidiéronse por entonces las Religiosas, y al volver á la media hora hallaron á sor María reposando en dulce sueño y juntamente bañada de un copioso sudor. El día siguiente, levantándose de la cama, se encaminaba hacia el coro para oir Misa, cuando se encontró con la Priora que admirada de verla, preguntóle *por qué se había levantado, á dónde iba, y cómo se hallaba;* á lo que respondió diciéndole ingenuamente: que *después de haber dado muchos besos á la Imagen de su hija se había quedado dormida;* que *á la media noche se había hallado bañada en sudor;* y que *tomándose el pulso había echado menos la calentura, luego se había pasado la mano por el rostro y conoció que había cesado la hinchazón sin quedar señal del maligno humor, por lo que se sentía perfectamente sana, y por más prueba tenía excelente apetito.*

Sucedióle otro caso no menos admirable. Después de la toma de hábito, cúpole una estrecha celdilla, embarazada por un armazón de madera á modo de armario, que tenía el encaje en la tarima donde dormía, y por tres grandes arcas. Deseaba la novicia desahogar un poco la celda colocando debajo del armario las tres arcas referidas; pero las fuerzas no ayudaban su voluntad. La maestra de novicias, Madre Isabel de Cataño, le prometió que cuanto antes haría

(1) Cap. XXV de la SEGUNDA PARTE del LIBRO PRIMERO.

venir cuatro hombres, para que le arreglasen la celda á medida de su gusto; mas antes de que llegaran una criada del Convento (de diez años de edad), llamada Inés, movida á piedad por lo mucho que afligía á la madre de Rosa tan estrecho albergue y tan lleno de trastos, determinó arreglarla con ayuda de la imagen de Rosa, mientras estaba en el coro con la Comunidad. Al entrar en su celdilla, viendo el cambio operado tan á su gusto, quedó pasmada, no pudiendo atinar á que hubiese en el Convento quien en tan breve tiempo hubiese podido arreglarlo. Presentóse Inés, y dijo que ella lo había hecho. Las Monjas, llamadas de la curiosidad de tan raro suceso, mandaron á la niña que lo refiriese diciendo con qué fuerzas había contado: á lo que respondió: *Que en cuanto á lo primero se había puesto de rodillas delante de la imagen de Rosa, pidiéndole ayuda y fuerzas*, y que *después puso la Imagen sobre la tarima donde estaba el armario, y luego con facilidad pudo mover aquella máquina;* que *apartada á un lado tuvo lugar para disponer los ladrillos formando cuatro estribos ;* y que *finalmente invocando de nuevo el nombre de Rosa, cargó sobre sus hombros todo aquel peso y le dió asiento sobre los pedestales:* y que *le parecía que llevaba una leve paja.* Atónitas oían las Religiosas caso tan peregrino, admirándose de que fuese tan poderoso el auxilio de la venerable imagen de Rosa, que hubiese dado fuerzas á una niña de diez años para llevar á cabo lo que sin mucho sudor no pudieran cuatro robustos varones; y subió de punto su admiración al decir la maestra de Novicias (que tenía su aposento cerca del de Rosa y que se había quedado en él) que *estaba bien dispierta*, y que *nada había turbado el religioso silencio que en los aposentos reinaba*, y ver que Inés, rogada de ellas, tuvo que desistir de moverlo de nuevo, por exceder á sus débiles fuerzas. ¡Raro portento, que no extraña si atendemos lo que pudo su valiosa intercesión en pro de tantos desconocidos!

CAPÍTULO XV.

Merecidos elogios con que fué celebrada la virgen Santa Rosa en las instancias de su Beatificación y Canonización.

TANTOS y tan portentosos eran, según se ha visto en los capítulos anteriores, los milagros que cada día obraba por los méritos de su Sierva El que todo lo puede menos lo que implica contradicción; que no es de maravillar que desde el momento de su feliz tránsito anhelaran venerarla en la peana de los altares, pues en su corazón y en sus labios la aclamaban *Santa*. Pero como el pueblo, que ordinariamente no piensa ni discurre, dejándose llevar de su sentimiento puede extraviarse en sus júicios y fervores de una devoción mal entendida, hemos de oir el sensato é ilustrado parecer de los que discurrieron con fundamento sobre las heroicas virtudes y portentosos prodigios de nuestra humilde Virgen, para formar cabal concepto de la virtud y santidad de nuestra Rosa. No basta para este objeto oir los elogios con que la honró la misma célebre Orden de Predicadores, á la cual pertenecía nuestra Santa por haber profesado la Regla de su Tercera Orden; pues aunque no nos parezcan sospechosos, especialmente tratando de asunto de tanta importancia y de hechos públicos y notorios, hacen más fuerza las alabanzas de los extraños; toda vez que en ellas no suele haber pasión, sino amor á la verdad. Fueron tales y tan grandes, que remitidas oportunamente á la Ciudad Eterna movieron á Urbano VIII y Sucesores hasta Clemente X, á comenzar, proseguir y dar feliz remate á la causa de Beatificación y Canonización de nuestra penitente Virgen.

Siguiendo riguroso orden cronológico debemos hablar primeramente del Capítulo Provincial de la Orden de Predicadores de la provincia del Perú, celebrado en Lima el

mismo año en que murió Rosa, que en el párrafo *Denunciaciones* del elogio á nuestra Santa, dice así: *Denunciamos que murió cierta Religiosa admirable.* Más abajo dice:

Recibido el hábito de nuestra Orden Tercera el año vigésimo de su edad: viviendo en casa de sus padres, observó con tal puntualidad el Instituto de la vida religiosa y la Regla y Constituciones de nuestro Padre Santo Domingo, que al parecer de todos era una nueva Santa Catalina de Sena que de nuevo había venido al mundo, á quien desde sus primeros años procuró imitar con todas sus fuerzas. Nació esta célebre Virgen de padres muy cristianos el año 1586, los cuales la educaron en las máximas santas de la Religión, y de tal manera la alumbró su Divino Esposo, que desde la edad de cinco años comenzó á aspirar y procuró llegar á la cumbre de la perfección, ejercitándose con continuos ayunos en la más áspera penitencia. Con admirable abstinencia y singular mortificación usaba en lugar de lecho un potro mullido con diversos cascos de puntiagudas tejas; tenía rodeada la cabeza con una corona de plata muy parecida á una corona de espinas; todas las noches crudamente atormentaba su cuerpo con una cadena de hierro hasta derramar copiosa sangre. Fué su paciencia increíble; la humildad, rara; insigne la pureza de cuerpo y alma. Fueron admirables las revelaciones con que la favoreció el cielo. Dióse tanto á la oración y contemplación, que llegó á la felicidad de unión estrecha con Dios, con gran quietud de su alma y admiración de todos; á cuyo santo ejercicio la misma Reina de los Cielos por largo tiempo la despertaba todas las noches. Fué adornada con don de profecía, y con éste predijo muchas cosas futuras. Finalmente, señalándose en todo género de virtudes, dejando ilustres ejemplos de su santidad, felizmente durmió en el Señor en la ciudad á 24 de Agosto, y está enterrada en este nuestro Convento de Lima en el Capítulo de los Religiosos. Halláronse presentes á su entierro los ilustrísimos señores Arzobispo de Lima y Obispo de Guatemala, llevando el féretro de esta santísima Virgen con mucha devoción el Cabildo eclesiástico y secular de esta ciudad, cuyo purísimo cuerpo, por ser increíble el concurso de la gente y multitud de enfermos que deseaban tocarle y besarle con reverencia, estuvo dos días sin sepultura. Fué esclarecida con estupendos milagros.

El venerable Convento de la ciudad de Lima de los Padres de la Merced, redención de cautivos, se extiende con mucha prolijidad y elegancia en alabanzas á esta Virgen en carta que escribió á Su Santidad Urbano VIII. Merece transcribirla al pie de la letra; mas por no pecar de pesados, sólo pondremos algunas de sus más importantes cláusulas. Léese en ella:

...La cuarta dominica de Cuaresma pone en las manos de Vuestra Santidad la Rosa de oro; hoy también un Domingo Santo pone en las mismas manos *una Rosa verdaderamente de Oro,* que como fué abundante de oro que nace en las minas del cielo, así también despreció el de la tierra sin dejarse llevar de su afición, *haciendo cosas admirables en su vida.* Plantóla en su Rosario la Madre de Dios, poniéndole el hábito glorioso de Santo Domingo, donde los misterios admirables de sus obras heroicas la transformaron en vistoso Rosal, que como de Eugenio dijo Casiodoro, *llevaba escrita en el nombre la dignidad que poseía en los merecimientos;* y como en la virgen Santa Inés admiró San Antonio, *no está su nombre libre de alabanza.* Esto siente todo este nuevo mundo, y juzga en esta conformidad de la bendita virgen Rosa, á quien porque no podía la tierra, los cielos le dieron el nombre de *Rosa de Santa María.* Crucificáronla los rigores de las disciplinas; los cilicios, clavos, abrojos con agudas puntas, la cadena de hierro con que ceñía sus carnes y la salsa de hiel amarguísimo con que acompañaba la comida. Toda su vida protestaba con el Apóstol: *No quiera Dios que yo me gloríe, sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo,* pues no hallaba gusto fuera de la Cruz; en ella meditaba los tres órdenes de los Misterios del Rosario. Es cosa de grande maravilla que á esta Rosa tan humilde, cuando oraba en el huerto, se humillasen las cimas de los copudos árboles: pero es mayor milagro que una Virgen fuese *exaltada como palma,* ó bien, según otra letra, *casada en Cadés,* cuando siendo Madrina la Emperatriz del Cielo la eligió el Hijo de Dios por *Esposa de su Corazón.* Esta hija de la *Oliva* nunca estuvo sin aceite *ni se apagó en la noche su lámpara,* porque la gracia que recibió en el Bautismo siempre brilló con nuevos resplandores hasta el fin de su vida.

...Es eterno monumento de su espíritu profético el Monasterio de Santa Catalina de Sena de esta ciudad de Lima, donde últimamente su misma madre, como lo había predicho,

recibió el velo, gozando el *huerto cerrado* de la clasura que tanto había deseado para sí la hija, haciendo voto de pureza virginal en edad de cinco años: pero el Divino Esposo más quiso que fuese hermosa *Rosa de los campos,* para que trajese muchas doncellas tras sí, que la siguiesen con el olor de sus virtudes. Lima, ciudad de los Reyes, se tiene por felicísima, cuando puesta á los pies de Vuestra Santidad pide á esta Virgen por Patrona, desea tener por Madre á la misma hija que engendró. La Ciudad de los Reyes no se contenta con menos que con la Reina de las flores. De esta suerte sobrescrito el nombre de la Ciudad de los Reyes en esta Rosa, dará salida al enigma que propuso Menalca en la Egloga tercera de Virgilio (1): *Dime ¿cuál es la región donde nacen las flores con sobrescrito de Reyes?* Con tales flores, ¿qué debemos esperar sino *frutos de honor* y *riqueza de virtudes?* Ni tampoco se podrá ofrecer, Beatísimo Padre, cosa más á proposito para que las abejas, que son la divisa de vuestras armas, fabriquen panales que esta Rosa, á quien dando los justos honores de la Iglesia llenaréis los corazones de los fieles todos de admirable dulzura. Esto piden el Presentado Fr. Diego Boerques, Comisario Provincial; el Maestro Fr. Gaspar de la Torre; el Maestro Fr. Luís de Teca.

Don Pedro de Bedoyá y Guevara, en su nombre y de los otros Magistrados y Ayuntamiento de Lima, en carta fechada el primero de Junio de 1631, habla á la Santidad de Urbano VIII de esta suerte:

Gracias sean dadas al inmenso poder de Dios, á quien plugo plantar en estas remotas partes de las Indias Occidentales, un tiempo cubiertas con las zarzas y espinas de la idolatría, una Rosa célebre con el olor de sus grandes virtudes, que viviendo en la Tercera Orden de Predicadores, tanto aprovechó con el riego é instrucción de su doctrina, que pudo llegar á la perfección: cosa rarísima en nuestro siglo; dando testimonio de esta verdad cada día el Cielo con más y más demostraciones de milagros que resplandecen por medio de la tierra de su sepulcro. Debe este ángel en carne humana su nacimiento á esta Ciudad

(1) Dic quibus in terris inscripti nomina regum
Nascantur flores..................................

Dime en qué tierras nazcan las flores escritos los nombres de los Reyes:... (Traducción de Diego López).

de los Reyes; y así los que la gobernamos, atendiendo á la común aclamación así de nuestros ciudadanos como de todo el Reino, á Vuestra Santidad suplicamos humildemente...

En el mismo tenor y en nombre de todos los Magistrados escribió la Real Audiencia á los 12 de Junio de 1632, pidiendo la misma gracia el Sumo Pontífice Urbano VIII.

El 20 de Abril de 1633 la Orden de San Juan de Dios dirigió una carta al Sumo Pontífice en la cual le pide la Canonización de la Venerable Rosa, que comienza así:

Beatísimo Padre: La Venerable Rosa de Santa María, de la Tercera Orden de Santo Domingo, natural de esta metrópoli del Perú, fué una Virgen de tan admirable virtud durante su vida, y tan ilustre en milagros después de su muerte, que pertenece á todos los habitantes de Lima tanto seculares como Regulares procurar su honor y exaltación...

El mismo año el Rdo. P. Nicolás Mastrillo Durán, provincial de la Compañía de Jesús, en nombre de toda la Compañía establecida en el Perú, representó con fecha de primero de Junio á la Sede Apostólica sus súplicas con estas palabras:

La obligación me empeña en que junte á los comunes deseos de esta Ciudad y Reino los míos y de mis Religiosos, en lo que recibiremos singular favor y consuelo espiritual, si la Virgen que Dios concedió á este Reino para singular idea de toda virtud, y después de su dichoso tránsito esclarecida del Cielo con raros prodigios, consigue por mano de Vuestra Santidad el honor de la Canonización y el título de Patrona de la ciudad de Lima, con lo que se dará vigor y estímulo á sus compatricios, para que con más calor imiten la fe y la virtud de esta santa Virgen...

El Padre Provincial de la Orden de Ermitaños de San Agustín escribió el mismo día y año en estos términos:

Esta fértil Rosa es el primer parto que esta Patria dió al Cielo con aumento de notoria santidad ó como primicias de su fe. Porque si bien es verdad que entre los que han nacido en estas regiones veneramos la memoria de muchos Siervos de

Dios, sin embargo se aventaja á todos esta bendita Virgen en el derecho de la Patria. Nació en esta metrópoli del Perú, en ella creció y vivió con todas las perfecciones de la naturaleza y de la gracia. En ella la santidad excedió los términos de la edad, y muriendo en la primavera de sus años demostró con insignes milagros cuánto se adelantó la carrera de sus virtudes á la velocidad del tiempo. En su sepulcro los enfermos hallan salud, los desgraciados y afligidos consuelo...

El día 5 de Julio del mismo año el reverendo Padre Ministro Provincial de los Frailes Menores de San Francisco; en nombre de su Orden y Provincia, escribió también á Urbano VIII, y entre otras cosas dice:

Para pretender la Canonización de la Sierva de Dios Rosa de Santa María, de la Tercera Orden de Santo Domingo, nos ofrece muy á la mano motivos poderosos su vida tan inculpable, su muerte tan gloriosa, sus milagros tan gloriosos y tan singulares, y finalmente la grande é incomparable edificación de todo este Reino donde ha tan pocos años que se introdujo la fe.

El día 12 del mismo mes y año el Cabildo Metropolitano de Lima escribió una carta al Sumo Pontífice, que comienza así:

No es razón, Santísimo Padre, que á la universal aclamación de estos Reinos falte la voz de esta Iglesia Metropolitana por la Canonización de la Venerable Virgen Rosa de Santa María, nuestra conciudadana, cuya vida admirable y estupendos milagros después de su muerte, han encendido afectos tan tiernos y fervorosa devoción en todos estos Reinos, que se ve manifiestamente que Cristo Nuestro Señor la quiere hacer también gloriosa acá en la tierra, y que por las benéficas manos de Vuestra Santidad nos quiere dar una Patrona y Abogada de esta su Patria, cuyo insigne honor, de este primer fruto como de su fuente llegue á cada una de estas dilatadas regiones...

Antonio de León Piñelo, Relator del Supremo Consejo de Indias, el año de 1653, etc., en el libro que escribió sobre la vida del Siervo de Dios D. Toribio Alfonso Mogrove-

jo (1), arzobispo que fué de Lima y que confirmó á nuestra Santa, llamándola *Rosa* por milagro, según dijimos en el cap. II de la PRIMERA PARTE del LIBRO PRIMERO, impreso en Madrid, habla de nuestra penitente Virgen en estos encomiásticos términos:

Sor Rosa de Santa María, Religiosa profesa de la Tercera Orden de Santo Domingo, Virgen purísima, esplendor de Lima su patria, admirable en penitencia, oración, éxtasis y en soberanas ilustraciones, obrando el Cielo por ella grandes prodigios en vida y en muerte. Murió coronada de virtudes, y rica de méritos... Halléme á su funeral, donde vi tal concurso y aclamación, cual suele ser el que acompaña los cuerpos de los Santos...

Refiérese después á Diego de Córdoba, en el «Teatro de la Iglesia de Lima,» cap. XI; á Buenaventura de Salinas, en el «Memorial del Perú,» cap. V, y á otros que hicieron con elogio memoria de tan santa Virgen.

¡Tales son los merecidos elogios con que fué celebrada la Virgen Rosa en las instancias de su Beatificación y Canonización!

CAPÍTULO XVI.

Diligencias para la Beatificación y Canonización de la penitente virgen Santa Rosa de Santa María.

El mismo año en que murió nuestra Santa, los Cabildos eclesiástico y secular de la ciudad de Lima y la Religión de Predicadores, pidieron al Ilmo. Sr. D. Bartolomé Lobo Guerrero, su arzobispo, que hiciese Procesos

(1) Nació en Mayorga, noble y antigua villa del obispado de León, el día 16 de Noviembre de 1538; fué consagrado Obispo en Sevilla el año 1580, y llegó á Lima el día 24 de Mayo de 1581. Expiró en el ósculo del Señor, lleno de méritos y virtudes, el día de Jueves Santo de 1606; fué beatificado por Inocencio XI el año de 1679, y canonizado por Benedicto XIII el día 10 de Diciembre de 1726 con aplauso de toda la cristiandad.

informativos de la vida, muerte y milagros de Rosa. Luego de formados se remitieron á Roma con instancias y súplicas de los Estados eclesiástico y secular, Virrey, Real Audiencia, Universidad, Tribunales y Religiones, en las cuales pedían la Beatificación y Canonización de esta esclarecida Virgen, cuyo resumen puede verse en el capítulo anterior. Felipe IV escribió al Papa interponiendo su autoridad, y dió orden á sus Embajadores en la Corte Romana, Cardenal Borja y Duque de Pastrana, que llevasen á cabo las diligencias necesarias. Señalado Ponente el Cardenal Peretto, ventilada la revelación del Proceso en presencia de Su Santidad Urbano VIII, de santa memoria, determinó la Sagrada Congregación de Ritos quedar suficientemente probada la fama de santidad, y la Causa en estado de conceder Letras Apostólicas. Despachadas éstas el día 1.º de Mayo de 1625, nombrándose en ellas por Jueces el Arzobispo de Lima, y en su falta al Obispo de Guamanga, con dos Dignidades de la Iglesia Metropolitana, llegaron á Lima, y con ellas el gozo universal que sus moradores mostraron al son de las campanas y con públicos y regocijados festejos. Terminados los Procesos, remitidos á Roma y repetidas las instancias de Su Majestad, se abrieron jurídicamente en la Sagrada Congregación de Ritos, siendo el primero que puso mano en ellos el Ilmo. y Rdmo. Mons. Julio Rospigliosi, entonces Secretario y después Sumo Pontífice con el nombre de Clemente IX, quien dió fin á la Causa de la gloriosa Beatificación de la Venerable Rosa.

Publicados dos decretos de Urbano VIII en los que se dispone que no se trate de Causa alguna para Canonización si no han transcurrido cincuenta años desde el día de la muerte del Siervo de Dios por quien se procura, no adelantó la de nuestra Virgen hasta que vino á Roma por Definidor y Procurador General de la Provincia de San Juan Bautista del Perú, el año de 1660, el Ilmo. Dr. Fr. Antonio González de Acuña. Al pasar por Madrid solicitó cartas del Rey, y apenas llegado á Roma hizo diligencias para tener en su poder los Procesos de la Causa; mas no pudo ocuparse en ella hasta el año 1662, por haberle ocupado la obediencia en la Visita de las Provincias de Nápoles. Ter-

minada ésta volvió á Roma, y mandóle el Maestro General de la Orden que quedase á su servicio, ejerciendo el oficio de Secretario. En medio de estas ocupaciones jamás perdió de vista el cargo de Procurador; y así deseó serlo de la Venerable Rosa, en lo que halló las dificultades con que topa el que carece de medios. Procurábalos para adelantar la Causa en algo, y le vinieron á la mano bien impensadamente los necesarios para concluírla del todo, en lo que se conoció lo que valían los méritos de Rosa. Fué el caso que se vió asistido de la autoridad y celo del eminentísimo y reverendísimo señor Cardenal de Aragón y de su hermano el Excmo. Sr. D. Pedro de Aragón, embajadores de Su Majestad Católica, siendo Ponente el Emmo. Sr. Cardenal Decio Azzolino, quien en la Relación que hizo en la Sagrada Congregación de Ritos ante Su Santidad Alejandro VII á 25 de Septiembre del año 1663, dió el informe que á continuación transcribimos:

La Sierva de Dios Rosa de Santa María, nacida en la ciudad de Lima el día 20 de Abril de 1586 (1), tuvo por padres á Gaspar Flores y María de la Oliva, católicos, virtuosos y píos. Llamóse Isabel en el Bautismo; mas por haber visto su madre el rostro de la niña en forma de Rosa, le dió este nombre; y ella por la devoción grande que tenía á Nuestra Señora y en servicio suyo, quiso llamarse de Santa María. Fortaleció con virtud robusta la flaqueza del sexo y de la edad más tierna, y las amonestaciones de sus padres y juntamente sus deseos cuando niña los previno, y adulta los excedió con rara perfección. Era tan grande el amor que tenía á Dios, y tan ferviente la devoción á su Santísima Madre, tanta la mortificación de su cuerpo y sentidos, y la pureza de sus costumbres y pensamientos, que ciñéndose la cabeza con una corona de plata, formada á semejanza de la de espinas que padeció Cristo, despedazando con una cadena de hierro todas las noches su virginal cuerpo, conservó intacta, como azucena entre espinas, la virginidad que ofreció á Dios junto con su persona, haciendo voto de guardarla perpetuamente, como lo cumplió. En edad de veinte años recibió el hábito de la Tercera Orden de Santo

(1) Hay error de fecha, pues nació el 30. Recuerden nuestros lectores lo que dijimos acerca de esto en el cap. I de la PRIMERA PARTE del LIBRO PRIMERO.

Domingo, cuyo Instituto observó admirablemente en casa de sus padres, con raro ejemplo de piedad y de todas las virtudes. La oración, la contemplación de las cosas divinas, los ayunos, el maltratamiento de su cuerpo, menosprecio del mundo, el bien de los prójimos, la unión con Dios por una caridad enteramente heroica, fueron el empleo de toda su vida, y según el estado de viadora, perfectísimo. Y consiguientemente enriqueciéndola Dios con los dones de espíritu profético, éxtasis y muchos raptos, milagros y otros dones sobrenaturales; llamada finalmente á la participación de su herencia, después de haber sufrido con mucha paciencia una larga enfermedad, y recibidos los Sacramentos de la Iglesia con devoción y espíritu de Religión, murió á 24 de Agosto de 1617, dejando en su fallecimiento insigne fama de santidad, que durante su vida y después de su muerte confirmó Dios con muchos milagros.

Sobre la fama de santidad, virtudes y milagros, de los Procesos hechos con Autoridad ordinaria examinados por la Sagrada Congregación de Ritos, por la relación del Cardenal Peretto se decretó á 22 de Marzo de 1625 que, *si parecía bien á Su Santidad, podría procederse á una especial averiguación con Autoridad Apostólica.* Después á instancia y ruegos del Rey Católico, de la ciudad de Lima y de la Orden de Predicadores obtúvose despacho de Comisión concedido por Urbano VIII, de feliz memoría, y en virtud de ella se dieron Letras remisoriales y compulsoriales para el Arzobispo de Lima, y en caso que estuviese ausente ó impedido, para el Obispo de Guamanga, asistidos de dos Dignidades. Acabóse de substanciar el Proceso ante el Arzobispo, Decano y Arcediano de la Santa Iglesia de Lima á 12 de Julio de 1632, y se presentó en Roma á la Sagrada Congregación á 23 de Julio de 1634. Observándose lo acostumbrado, se reconoció y abrió, y por intérprete lo explicó el Cardenal de Torres, muerto ya Peretto; pero saliendo el año 1634 los últimos decretos del mismo Urbano VIII, se levantó la mano de la Causa, sin que hasta ahora se diese paso en ella. Mas aumentándose cada día la fama de santidad de la Sierva de Dios y los devotos deseos de los pueblos junto con la confirmación de estupendos milagros que Dios obra mediante su intercesión, humildemente se suplica á Vuestra Santidad por Procurador especialmente para esto nombrado, que se digne emitir y signar la Comisión que se propone en orden á resumir la Causa en el estado y términos en que se halla, según la forma de los últimos decretos. Y parece que

ha lugar la gracia; pues concurren todos los requisitos que piden dichos decretos, conviene á saber: Súplicas de nueve Ordenes de diversas Religiones é ilustres varones de Lima; tres del Rey Católico; tres del reverendísimo Cardenal de Aragón; dos del Maestro General de la Orden de Predicadores; un decreto del Capítulo general de la misma Orden, para pedir lo mismo en nombre de toda la Religión á Vuestra Santidad; el mandato de Procura en la persona del Rdo. P. Antonio González, constituído especialmente Procurador de esta Causa con instrumento auténtico y confirmado por su General; finalmente la continuación y aumento de la fama de santidad, veneración y devoción de los pueblos, y los milagros que son más de ciento diecinueve, que constan en el proceso remisorial hecho especialmente con Autoridad Apostólica, entre los cuales se halla haber sanado de lepra y muchas veces de perlesía y de otras gravísimas enfermedades.—L. S.—Mons. Cardenal Azzolino.—Bernardino Casalio, *Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos.*

Atendiendo, pues, á este informe, el P. Procurador Antonio González obtuvo de la Sagrada Congregación en 15 de Marzo de 1664 *que la Causa se prosiguiese;* y á los 15 de Junio del mismo año se declararon legítimamente formados los Procesos. A los 20 de Septiembre obtuvo decreto de Alejandro VII para proseguir y acabar la Causa, no obstante no haber transcurrido los cincuenta años señalados por Urbano VIII, cuyo tenor es el siguiente:

Despacho para Lima ó Ciudad de los Reyes, acerca de la Canonización ó Beatificación de la Venerable Sierva de Dios Rosa de Santa María, de la Tercera Orden de Predicadores.—Nuestro Santísimo Padre Alejandro Papa VII, benignamente inclinado á las instancias y fervientes súplicas del excelentísimo Sr. D. Pedro de Aragón, Embajador del Rey Católico, concedió que se pueda proseguir, tratar y averiguar la Causa de la Beatificación y Canonización de la dicha Venerable Sierva de Dios Rosa de Santa María y de sus méritos, hasta llegar á la conclusión y total determinación, no obstante que desde su fallecimiento, que fué á los 24 de Agosto de 1617, no hayan pasado cincuenta años, según la forma que prescriben los decretos de Urbano VIII, de santa memoria, que expresamente ha derogado Su Santidad cuanto á esta Causa. Por lo cual manda que así se guarde y se pueda proseguir, tratar,

averiguar y terminar dicha Causa, no obstante los dichos decretos y otras Constituciones Apostólicas y lo demás que pudiera obstar en contrario. En este día 24 de Septiembre de 1664.—L. S.—Mons. Obispo Sabinense Cardenal Ginetto.—Bernardino Casalio, *Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos.*

En prosecución de la Causa volvió á instar el excelentísimo Sr. D. Pedro de Aragón, y en virtud de esta súplica mandó Su Santidad á los 12 de Noviembre de 1664 que en la Congregación general que se había de celebrar el 3 de Marzo de 1665 se ventilase el artículo de las virtudes teologales y cardinales, como se hizo, y en ella obtuvo decreto de haberlas tenido nuestra Rosa en grado heroico, para el efecto de la solemne Beatificación y Canonización. A los 23 de Marzo de 1666, ventilados en presencia de Su Santidad algunos milagros de los que tenía el Proceso, aprobó uno, dejando los demás para otras Congregaciones. Llamó Dios para sí á Alejandro VII, y sucedióle en la silla de San Pedro la Santidad de Clemente IX, quien á instancias del rey Carlos II y de la Reina, su madre, y á diligencias del excelentísimo señor Marqués de Astorga y de Velada, su Embajador en la Corte Romana, mandó que se prosiguiese el artículo de los milagros, de los cuales se aprobaron cuatro el día 4 de Octubre de 1667. Ordenó Su Santidad que se viese en la Congregación si la Causa podía darse por fenecida; y á 21 de Diciembre de 1667 la Sagrada Congregación de Ritos resolvió por unanimidad que *podía Su Santidad, si fuese servido, proceder á la solemne Canonización; y en el ínterin conceder á los fieles de todo el mundo que la invocasen BEATA*; que *en la ciudad y diócesis de Lima y en toda la Religión de Predicadores se hiciese Oficio y celebrase Misa de Virgen no mártir el primer día no impedido después del 24 de Agosto, en el cual la Sierva de Dios descansó en el Señor el año de 1617*. Su Santidad respondió á la relación que de esto le hicieron: Que *lo encomendaría continua é instantemente á Dios Omnipotente, para que se dignase inspirarle lo que fuese más conducente á su gloria.*

CAPÍTULO XVII.

Breve de Clemente IX para la Beatificación de nuestra Rosa.

Causó grande alegría á toda la Religión de Predicadores la respuesta y determinación de Su Santidad, que al final del capítulo anterior hemos narrado; y dieron loores y gracias al Altísimo por tan singular favor, según consta de la carta que el reverendísimo Padre General dirigió á los Priores de la Orden, cuyo tenor es el siguiente:

Muy reverendo Padre Prior, salud. Ha sido Nuestro Señor servido de que la Congregación de Sagrados Ritos haya declarado que la Santidad de nuestro Señor el Papa, que Dios guarde para el próspero regimiento de su universal Iglesia, puede proceder á la solemne Canonización de la Madre Rosa de Santa María, de nuestra Religión, que nació y murió en el Reino del Perú en la ciudad de Lima, y en el ínterin declarar BEATA, dando rezo universal á toda la Religión, y al clero de aquella ciudad y diócesis, queriendo honrarnos con favor tan singular y sin ejemplar en la Iglesia. Y parece corresponde el premio al haber sido nuestros padres los primeros que predicando el Santo Evangelio y Rosario de la Virgen Santísima plantaron en aquellos países la fe de que es este el primer fruto. Y porque humildemente acudamos á Dios con hacimiento de gracias á tan gran beneficio, ordeno á Vuestra Paternidad las haga dar á todos sus súbditos públicamente, previniéndoles también para la mayor solemnidad que espero se hará brevemente por merced y gracia de la Santidad de nuestro Señor Clemente IX, que por todos medios honra esta nuestra Religión, de que daré aviso á V. P. con la Bula de la Beatificación. En las oraciones de V. P. me encomiendo con mis compañeros. Roma y Diciembre de 1667. Canté el *Te Deum laudamus* en este Convento, hoy 24 Diciembre; haga V. P. se cante ahí. De V. P. muy Reverenda Siervo en el Señor, Fr. Juan Bautista de Marinis, *Maestro de la Orden*.

No se contentó la Orden con acciones de gracias al Altísimo por tan fausta nueva, sino que, según refiere el Padre Maestro Antonio González, Procurador de la Causa, se hicieron públicas y privadas oraciones, y se celebraron continuos Sacrificios implorando el auxilio divino. Retirado Su Santidad en el convento de Santa Sabina, de la Orden de Predicadores, dió el Breve de la Beatificación á los 12 de Febrero de 1668, que traducido dice así:

Clemente Papa IX: *ad perpetuam rei memoriam.*—La gloriosa fecundidad de la Santa Madre Iglesia, que siendo Virgen casta está desposada con Cristo su único Esposo, siempre tiene continuados gozos en todos los hijos que por la gracia de Dios produce cada día; mas se regocija de un modo inefable y florece en las sagradas Vírgenes que con perpetua emulación de los mejores dones y carismas adornaron con flores de virtudes su pureza virginal. Es justo celebrar acá en la tierra con dignos honores la excelsa gloria de aquellas que con lámparas encendidas salieron á recibir al Esposo, y entraron con Él á las bodas para que las que siguen al Cordero á doquiera que va se dignen alcanzar de su Esposo el favor y auxilio divinos á los que estamos en esta vida mortal en continua lucha con los halagos y tentaciones del siglo. Nos, pues, atendiendo con toda diligencia á este cuidado por el cual estamos obligados á acudir á la Iglesia católica por obligación de nuestro oficio Pastoral, de buena gana nos inclinamos á los piadosos deseos de los Reyes Católicos y de otros fieles cristianos, con los cuales se promueve en la tierra la veneración de las Siervas de Dios que reinan en el cielo; así como habiéndolo pensado con madura deliberación, juzgamos que así conviene en el Señor para gloria de Dios Omnipotente, honor de la Iglesia, firmeza de la Religión cristiana, edificación y consuelo espiritual de los fieles. Examinados, pues, y discutidos con mucha diligencia en la Congregación de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la santa romana Iglesia, que presiden á los Sagrados Ritos, los Procesos que se han hecho con licencia de la Silla Apostólica sobre la santidad de vida y virtudes en grado heroico en que se afirma resplandeció de muchos modos la Sierva de Dios Rosa de Santa María, Virgen de la ciudad de Lima, como también sobre los milagros que Dios obrara por su intercesión; habiendo la sobredicha Congregación que se tuvo en nuestra presencia, declarado unánime-

mente que cuando á Nos pareciese podríamos proceder con toda seguridad á la solemne Canonización de la misma Sierva de Dios Rosa, según el rito de la misma romana Iglesia; y que por ahora se podría conceder que en todo el mundo se la pueda llamar é invocar con el título de BEATA: de aquí es que Nos, por los continuos y encarecidos ruegos de nuestro muy amado hijo en Cristo Carlos, Rey Católico de las Españas, y de nuestra muy amada hija en Cristo Mariana, Reina viuda su madre, y por las que se nos han hecho por parte de toda la Orden de Santo Domingo, á los cuales habiéndonos inclinado benignamente, de consejo de los sobredichos Cardenales y unánime asenso suyo, con la Autoridad Apostólica y por el tenor de las presentes, CONCEDEMOS que la sobredicha Sierva de Dios ROSA de Santa María de aquí adelante sea llamada con título de BEATA; y su cuerpo y reliquias se expongan á la pública veneración de los fieles, con tal que no las saquen en procesiones: y que sus imágenes se adornen con rayos y resplandores; que su Oficio se rece todos los años con rito doble, y su Misa se celebre de Virgen no mártir, según las rúbricas del Misal y Breviario Romano el día 26 de Agosto, por ser el primero desocupado después del día 24 de dicho mes, en el cual entregó su espíritu al Criador: esto, empero, se entiende solamente en los lugares infrascriptos, conviene á saber: en la ciudad y arzobispado de Lima y en toda la Orden de Santo Domingo, así de Religiosos como de Religiosas: y en cuanto á las Misas, pueden gozar de este privilegio los sacerdotes que concurrieren á las dichas iglesias.

Además de esto concedemos facultad solamente en el primer año de la Promulgación, que se ha de empezar á contar desde el día de la fecha de estas Letras; y en cuanto á las Indias, desde el día que allí llegaren estas mismas presentes Letras que se publiquen y se celebre dentro de seis meses la solemnidad de esta Beatificación en las iglesias de la ciudad y diócesis de Lima y de la Orden de Predicadores, como también en todas las Catedrales y Metropolitanas de España é Indias, con Oficio y Misa con rito de doble mayor el día que fuese señalado por el ordinario. Mas en Roma damos licencia que se pueda celebrar dicha festividad dentro de dos meses en la iglesia de Santiago, que es de la nación española, con tal que primero se haya celebrado en la Basílica del Príncipe de los Apóstoles, no obstante las Constituciones y Ordenaciones Apostólicas y los decretos publicados sobre no culto y cualesquier otros en contrario. Queremos, á más de esto, que á las

copias ó traslados de estas presentes Letras, y también á los impresos firmados de mano del Secretario de la dicha Congregación de Cardenales y sellados con el sello del Prefecto de la misma Congregación, se les dé por todos y en cualquier parte la misma fe y crédito, así en juício como fuera de él, que se diera á las presentes si se exhibiesen ó manifestasen. Dado en Roma en Santa Sabina, debajo del Anillo del Pescador, á 12 de Febrero de 1668. En el primer año de nuestro Pontificado. —Juan Jorge Shisio.—Bernardino Casalio, *Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos*.—Lugar del sello de dicho eminentísimo señor Cardenal Prefecto.

No se limitó á esto el Papa Clemente IX, sino que con otro rasgo de su benignidad y amor paternal concedió que pudiese celebrarse esta fiesta de la Beatificación con octava en todas las iglesias de la Orden; y abriendo el tesoro de la Iglesia con las llaves de su jurisdicción, repartió nuevas galas y ricas joyas para que, hermoseadas y adornadas las almas de sus devotos con vestido nupcial, asistiesen por modo más digno á la fiesta de la Esposa del Cordero: pues en Letras Apostólicas cuya fecha es el 28 de Abril del mismo año de 1668, concedió por esta vez indulgencia plenaria y remisión de todos los pecados á todas las personas de cualquier edad y sexo, que confesadas y comulgadas y verdaderamente penitentes visitasen devotamente una de las iglesias de la ciudad de Lima ó de su diócesis, ó una de las iglesias de la Orden de Santo Domingo, así de Religiosos como de Religiosas, ó alguna de las Catedrales y Metropolitanas de los Reinos de España y de las Indias ó de la villa de Madrid, donde se celebrase fiesta de la Beatificación de la Beata Rosa de Santa María en el día que señalase el Ordinario, desde primeras vísperas hasta puesto el sol del día siguiente, orando por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, extirpación de las herejías y exaltación de la Santa Madre Iglesia.

Celebróse con gran pompa y solemnidad la fiesta de la Beatificación de nuestra excelsa Virgen; mas como este capítulo va ya bastante extenso, su descripción será asunto del siguiente.

CAPÍTULO XVIII.

Beatificación de la Venerable Rosa.

Dispúsose la solemnidad de la Beatificación para el día 15 de Abril de 1668 en la iglesia de San Pedro en Roma. No nos ocuparemos en los preparativos y adornos en que tanta parte tomaron el Rdo. P. Maestro Fr. Antonio González de Acuña, Procurador de la Causa, y el reverendísimo Padre General y Procurador enviado por la Provincia del Perú, y que tanto les honra; nuestro asunto se concretará en la descripción del solemne acto de la Beatificación de tan excelsa Virgen.

A la hora fijada, monseñor Febeo, Comendador de Sanctispíritus, Prelado doméstico de Su Santidad, Consultor de la Sagrada Congregación de Ritos y Arzobispo de Tarso, á quien el Cabildo de la Basílica de San Pedro invitó como Canónigo de la dicha Basílica para celebrar la Misa solemne: con mitra y una muy preciosa capa pluvial de color blanco, asistido por dos señores Canónigos con dalmáticas, precediendo la Cruz y todo el Clero con los Canónigos, salió de la sacristía en procesión. Hecha adoración al Santísimo Sacramento,—en cuya capilla estaban pendientes seis lámparas de plata de mucho valor con las armas de Su Santidad y de Lima grabadas en ellas y con una efigie de la Beata Rosa en cada una de ellas entallada, debajo de la cual había una inscripción latina que vertida al español decía: «La Beata Rosa de Santa María, nacida en Lima á 20 de Abril de 1586 (1), murió en la misma Ciudad el año de 1617, beatificada por Clemente IX el año de 1658,»—se fué el celebrante á orar ante los altares de la Confesión y de los Santos Apóstoles, y luego llegado al altar donde debía

(1) Recuérdese lo que decimos en la nota del capítulo XVI de este LIBRO SEGUNDO.

celebrarse la Beatificación,— que estaba todo cubierto de grandísima riqueza de plata y adornado en el frontal con primorosas flores, lazos y bordados con la imagen de Santa Rosa de mucho primor y coste en medio de ellos,—inclinóse profundamente, y de allí pasó al lado de la Epístola sentándose en rico dosel dispuesto al efecto. Al lado del Evangelio se sentaron los señores Cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos, á saber: Ginetto, Prefecto; Brancaccio, Esforcia, De-Ilcio, Rospigliosi, Gualterio, Azzolino, Celso, Medici y Segismundo Chisio; cerca de ellos, en lugares más bajos, los Consultores de la misma Congregación; y en lugar inferior los reverendísimos Generales de las Religiones, invitados por el reverendísimo General de la Orden de Predicadores, que también asistió con ellos. Al lado de la Epístola y en su lugar correspondiente se sentaron los señores Canónigos de San Pedro, á quienes precedió monseñor Carlos Barberino, como Arcipreste del Cabildo; y después de los señores Canónigos el Rdo. P. Pedro María de Séxtula, Procurador General de la Orden de Predicadores, y á su lado el Rdo. P. Antonio González de Acuña, Procurador de la Causa; y en bancos inferiores los Beneficiados y demás Clero de San Pedro.

Luego monseñor Casalio, Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, precedido de uno de los Maestros de Ceremonias del Cabildo, se puso ante el Cardenal Ginetto, Prefecto de la misma Congregación. Al mismo tiempo, precedidos de otro Maestro de Ceremonias, se presentaron ante Su Eminencia los reverendísimos Padres Procurador de la Orden y Antonio González, Procurador especial de esta Causa, y presentando el Breve de la Beatificación, lo pusieron con toda reverencia en manos del citado señor Cardenal Prefecto, suplicándole se sirviese ordenar que se le diese cumplimiento, con estas palabras:

Eminentísimo Señor: Vistos en esta Sagrada Congregación de Ritos los méritos de la Venerable Sierva de Dios Rosa de Santa María, de la Orden de Santo Domingo, que nació y murió en la ciudad de Lima, en el reino del Perú de las Indias Occidentales; y habiendo constado de su santidad de vida y virtudes teologales y cardinales y muchos milagros que la

Omnipotencia de Dios después de su muerte ha obrado por su intercesión, la misma Sagrada Congregación determinó que con seguridad se podía proceder hasta su solemne Canonización, siempre que pareciese bien á Su Santidad, y en el ínterin que se llame BIENAVENTURADA; lo que concedió por su Breve dado á 12 de Febrero de este año de 1668. Por lo cual yo, como Procurador de dicha Orden, junto con el P. M. Antonio González, Procurador de dicha Causa, aquí presente, humildemente suplico á V. E., como Prefecto de esta Congregación, mande que todo ello se ponga en debida ejecución para mayor gloria de Dios y de su Sierva.

Recibió S. E. el Breve, y visto y examinado por él y los demás Cardenales de la Sagrada Congregación, hallándole auténtico lo aceptaron, retirándose luego los reverendísimos Padres Procuradores con las debidas reverencias. El eminentísimo Prefecto, por mano del Secretario Casalio, remitió el Breve á monseñor Cardenal Barberino, para que como Arcipreste de aquella iglesia lo publicase en ella.

Efectuóse en esta forma: en un púlpito dispuesto para este efecto se puso el Mansionario Archivero de dicha Basílica, y en voz alta leyó el Breve, estando presente á este acto el Notario de la Sagrada Congregación. En seguida el celebrante dejó el dosel, y acompañado de los Ministros fué al altar, y dejada la mitra entonó el cántico *Te Deum laudamus,* que prosiguieron el coro de músicos. Al entonarlo se corrieron los velos de seda que cubrían la Imagen de la Sierva de Dios, un cuadro que estaba en el altar y otros cuatro colocados en diversos lugares de la Basílica, cuyo asunto era la representación de una particularidad de su vida; luego de rodillas los veneraron con mucha devoción el Celebrante y sus Ministros, los eminentísimos señores Cardenales, los Prelados y Consultores de dicha Sagrada Congregación, el eminentísimo señor Cardenal Arcipreste con su Vicario, todos los Canónigos y Clero, príncipes, grandes y demás allí presentes. Rompió la orquesta en señal de alegría, oyóse el estruendo de la artillería y descargas de fusilería, el redoblar de los tambores y las músicas militares que estaban en la plaza. Acabado el *Te Deum* y dicho por el Diácono *Ora pro nobis, Beata Rosa,* y respuesto el Coro

Ut digni efficiamur promissionibus Christi, el ilustrísimo señor Celebrante dijo la oración propia de la Beata, y luego incensó la Imagen de mármol que estaba en medio del altar y un cuadro que representaba un paso de su portentosa vida. Hecho esto, el mismo ilustrísimo Celebrante con los Ministros asistentes se vistió de pontifical y celebró con toda solemnidad la Misa de Virgen no mártir con acompañamiento de órgano y de una orquesta de los más célebres profesores y cantores de la ciudad de Roma. Después de la Comunión del Celebrante el muy reverendo Padre Procurador de la Causa distribuyó á los predichos eminentísimos señores Cardenales, Prelados, Consultores, Canónigos, Príncipes é individuos del Clero, imágenes de la Beata sobre lienzo de seda en cuadros guarnecidos de oro, un ejemplar impreso del Breve Pontificio, un Compendio de la Vida de la Beata en latín y otro en italiano ricamente encuadernados. Así concluyó aquella mañana en la célebre Basílica del Vaticano la festividad de la Beatificación de la Sierva de Dios Rosa de Santa María, de la Tercera Orden de Santo Domingo.

El mismo día por la tarde el Padre Santo, Clemente IX, fué á la dicha Basílica que estaba cuajada de inmenso gentío, precediéndole muchos nobles, grandes, caballeros, príncipes y sus familiares, muchos eminentísimos señores Cardenales de la santa romana Iglesia y Prelados con sus camareros, haciéndole ala de honor la Guardia suiza. Llegado, adoró el Santísimo Sacramento, y luego se dirigió á un precioso genuflexorio que le tenían preparado, arrodillándose á una respetuosa distancia los eminentísimos señores Cardenales, príncipes, grandes y demás familiares de Su Santidad. Allí se recogió en devota oración, y expuestas en el mismo altar la Imagen pintada en riquísimo lienzo y la estatua de mármol de la Beata Rosa, que por privilegio se había proclamado tal aquella mañana, le dió culto y pública veneración delante de todos. Luego el reverendísimo Padre General de la dicha Orden de Santo Domingo y el muy reverendo P. Antonio González, Procurador de la Causa de la Beatificación y Canonización de la dicha Beata Rosa, arrodillados á los pies de Su Santidad le dieron las más expresi-

vas gracias por el obsequio que hacía á la Orden, y en señal de agradecimiento le ofrecieron una imagen de la Beata Rosa adornada con muchas piedras preciosas, la cual se dignó aceptar y besó con mucha devoción. Al propio tiempo habiéndole ofrecido en azafates de plata gran copia de imágenes de la misma Beata sobre seda de diversos colores, muchos ejemplares del Breve Apostólico sobre dicha Beatificación, Compendios de la Vida de la Beata Rosa y muchos ramos de flores; Su Santidad con semblante alegre y agradecido se dignó mandar á sus familiares que lo recibiesen y guardasen para distribuírlo según fuese su voluntad. Los mismos regalos recibieron, según su clase y dignidad, los eminentísimos señores Cardenales asistentes, los Prelados, príncipes, grandes y caballeros, todos los familiares de Su Santidad y camareros. Y después que se hubo retirado Su Santidad se hizo lo mismo con los otros eminentísimos señores Cardenales, con los señores Embajadores del Emperador de Alemania, del Rey de Francia, de la República de Venecia, del serenísimo Duque de Toscana y demás Embajadores; á los príncipes y grandes de uno y otro sexo que acudieron á venerar y obsequiar á la Beata Rosa se les hicieron preciosos regalos, que aceptaron con mucha devoción y alegría.

Por la noche hubo vistosas luminarias, y se quemaron magníficos castillos de fuegos artificiales frente de las iglesias de Santiago (de los españoles), de la Minerva y de los otros Monasterios de la Orden; frente del Palacio del excelentísimo señor Embajador del Rey Católico y en la Plaza de España: de modo que bien podía decirse que era universal el gozo en la Ciudad Eterna por esta solemne Beatificación.

Para no pecar de difusos omitimos la relación de las magníficas fiestas que se celebraron en el Convento de la Minerva, de la Orden de Santo Domingo, en la Ciudad de Roma el día 13 de Mayo y los ocho siguientes del mismo 1668, como también las que, representando la Religión, se verificaron en Madrid en el Convento de Santo Tomás y en Santo Domingo el Real, costeadas estas últimas por los caballeros criollos del Perú en representación de sus compatricios, las

cuales fueron la admiración de España y de las naciones extranjeras (1); y las del Real Convento de San Pablo de la Orden de Predicadores en la noble ciudad de Sevilla, celebradas con tan majestuoso y magnífico aparato, que casi pudieran tener envidia las dos grandes Cortes Roma y Madrid, si ajenas glorias envidiar pudieran. No se había visto desde muchos siglos tanto entusiasmo por la Beatificación de algún Siervo de Dios, pues estuvieron espléndidas las fiestas que en casi toda la cristiandad se celebraron; pero ¡qué mucho fuese tan universal el aplauso y regocijo en todos los pechos cristianos, siendo nuestra Rosa la primera Flor que el fecundo suelo americano ofrecía á la católica Europa para que se recrease con el precioso aroma de sus virtudes, y alcanzase por su valiosa intercesión gracias sin cuento y maravillas muy singulares!

CAPÍTULO XIX.

Celebra la ciudad de Lima la noticia de la Beatificación de su santa Hija y la de la llegada del aviso de España en el que S. M. C. remitía el Breve de S. S. Clemente IX.

Cuanta era la devoción que la antigua Ciudad de los Reyes tenía á su santa Hija, tanto sentía no verla declarada aún por el Sumo Pontífice en el Coro de las sagradas Vírgenes; y no es mucho, pues si lo mismo anhelaban los corazones de Europa sólo por la noticia de sus heroicas virtudes y portentosos milagros, claro está que mucho más

(1) Describen minuciosamente estas magníficas fiestas el Papa Benedicto XIV en el apéndice IV del tomo I de la doctísima obra «De la Beatificación de los Siervos de Dios y Canonización de los Beatos;» el P. Jacinto Parra en la obra que con el título «Rosa Laureada» publicó en Madrid el año de 1670; y el P. Marquesi, en una obra compuesta á este propósito.

lo desearían los que gozaron de cerca de esta fragante Rosa. Quiso Nuestro Señor premiar su devoción y la nuestra, contentando á ambos mundos; pues que si el nuevo tuvo antes noticia de sus virtudes, nosotros les aventajamos en tenerla primero de que se contaba en el número de los Bienaventurados, que gozan en el cielo de la vista de Dios.

Por la mañana del 28 de Diciembre del mismo año de la Beatificación (1) tuvieron noticia de ésta los limanos por cartas que del Reino de Quito remitió su Real Audiencia á su dignísimo Presidente el Sr. Dr. D. Alvaro de Ibarra, recientemente promovido y que todavía estaba en Lima, con una Cédula de Su Majestad fecha 14 de Mayo. Con esta Cédula pasó la deseada noticia al Excmo. Sr. D. Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, etc., Virrey, Lugarteniente de Su Majestad en aquellos Reinos. No pudiendo contener en su noble y religioso pecho una noticia que tanto había de alegrar á los Religiosos, pasó con la Virreina al Convento del Rosario, que distaba poco de su Palacio; y al llegar á la iglesia al punto que terminaba la función que una de las Cofradías celebraba á la Virgen del Rosario, quedaron sorprendidos y sin saber que pensar los Religiosos al ver que les visitaba en hora tan desusada la primera Autoridad del Reino, hasta que les comunicó la noticia que acababa de recibir: quiso el Señor que nueva de tanta gloria fuese el primero en darla el mismo Virrey, Grande de Castilla. Preguntaba S. E. por el feliz lugar de su sepulcro, cuando ya la gente que se hallaba en la iglesia se había juntado con devota inquietud y en confuso tropel le iba siguiendo. Entraron en el Capítulo y mostráronle los Religiosos que le iban acompañando la sepultura en que estaban depositadas las reliquias de la Virgen; y llenos todos de devoción y ternura, postrados, las veneraron é hicieron devota oración. Díjose Misa rezada en la Capilla, y para aumentar la devoción dejáronse oir los armoniosos acordes de una arpa tocada por mano maestra, el Profesor y Maestro de Capilla Rdo. P. Francisco de Arévalo, Presentado y

(1) 12 de Febrero de 1668. Véase el Breve de Clemente IX del capítulo XVII de este LIBRO SEGUNDO.

Predicador General. Cantáronse también algunos motetes, mientras duró la Misa, con acompañamiento del predicho instrumento. Al despedirse Sus Excelencias el M. Rdo. Padre Fr. Hernando Valdés presentó á la señora Virreina un libro de la Vida de la Santa y algunas finas estampas impresas en Roma, que recibió con estimación y agradeció con cariño.

Quedaron los Religiosos tan fuera de sí del gozo que experimentaron por tan repentina nueva, que suspensos no sabían que discurrir, sino celebrar su dicha por haber vivido en tiempo de ver llenados en sus días sus más ardientes deseos. Aquellos ancianos Padres que la trataron en vida y vieron sus prodigios, llenos de ternura y lágrimas, cantaba interiormente cada uno como otro Simeón: *Ahora, Señor, ya es tiempo de despedirnos en paz* (1). Con la misma ternura y afectos de devoción recibió la dichosísima nueva toda la ciudad; todo era alabar á Dios y darle gracias por el singularísimo beneficio que les concedía exaltando á la altísima gloria de los Santos una de sus conciudadanas. No se hablaba de otra cosa en los corrillos, no se discurría otra materia en las pláticas: unos referían sus heroicas virtudes, otros contaban sus admirables penitencias; éstos ponderaban con pasmo sus milagros, y todos recordando sus ejemplos reformaban las costumbres. Volviéronse Sus Excelencias á Palacio, y no se hizo por entonces otra demostración de alegría por esperar el Aviso y el Breve de Su Santidad. Parecíanles siglos los instantes que tardaba, mas por fin á los 18 de Enero del año siguiente llegó el Aviso de Epaña, y en él el Breve de Su Santidad remitido por Su Majestad Católica al muy ilustre Cabildo de la ciudad de Lima; y así dieron señal de la llegada con un repique general de campanas la Santa Iglesia Catedral, Parroquias y Conventos. Todos los corazones rebosaban de júbilo; por la noche hubo iluminación general, distinguiéndose (como era de esperar) el Palacio del Virrey, Casas Arzobispales y del Cabildo de la ciudad.

(1) Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace: «Ahora, Señor, *ahora sí que* sacas en paz de este mundo á tu siervo, según tu promesa.» (Evang. de S. Luc., cap. II, ver. 29).

Las cabezas de los Gobiernos Secular y Eclesiástico celebraron con gran regocijo tan fausta nueva. El excelentísimo señor Conde de Lemos, Virrey del Perú, hermanando la devoción á la Santa con la grandeza de su espíritu y nobilísima sangre, la festejó como si la Virgen Rosa fuese su hija, y á más, como el cielo le diera aquellos días una, manifestó su amor y devoción disponiendo que en el Bautismo la llamasen Rosa, para eternizar la memoria de la Virgen de Lima en su casa como vivía ardiente su devoción en su pecho.—El Ilmo. Sr. D. Pedro de Villagómez, sobrino del hoy Santo Toribio de Mogrovejo, también Arzobispo de Lima, celebró también con particular regocijo correspondiente á su dignidad y devoción á la Santa la fiesta de su Beatificación.

Diversos pareceres hubo sobre el día de la publicación del Breve de Su Santidad entre los que gobernaban la ciudad de Lima. Quizás por disposición soberana no se tomaba acuerdo presentando cada día particulares inconvenientes, para que pudiera verificarse la deseada publicación el día de Santa Catalina de Sena (30 de Abril). Hasta en esto parece que quiso Nuestro Señor honrar á esta Seráfica Virgen para que en esta ocasión fuese Madrina su Seráfica Maestra, ya que la había tomado por dechado de perfección que con todas sus fuerzas imitó, ya por tener su venerable cuerpo como hija querida en casa de su Madre la Capilla de Santa Catalina de Sena.

La tarde antes se llevó en procesión el Breve de Su Santidad de la iglesia de Santo Domingo á la Metropolitana, donde estaba ya una Imagen de la Santa en un arco de vistosas flores. Púsose en el altar mayor, que estaba adornado con vistosa iluminación y ricas piezas de plata: que en esto tiene la iglesia limana verdadera primacía; las paredes estaban adornadas de ricas colgaduras de terciopelo carmesí con frangas de oro, y el aire embalsamado con perfumes y oloroso incienso, que con la melodiosa armonía de los músicos instrumentos semejaba un cielo en la tierra. Desde Palacio pasó á la Catedral el excelentísimo señor Virrey Conde de Lemos, acompañado de la Real Audiencia, Tribunales y Cabildo Secular. Cantáronse Vísperas solemnes, oficiando

de Pontifical el Ilmo. Sr. Arzobispo D. Pedro de Villagómez. Siguióse la noche, que pareció prolongación del día en la brillante iluminación que cogió hasta las calles más retiradas, y quemóse un magnífico castillo de fuegos artificiales que regocijó á la multitud de que estaba cuajada la vasta plaza de Lima.

El día siguiente, que fué el de Santa Catalina de Sena, acudió á la Iglesia Catedral innumerable concurso de gente para ver lucir en el altar mayor á la que en vida vivió tan retirada. Se cantó una solemne Misa á grande orquesta, predicando el elocuente orador P. M. Fr. Juan de Isturrizarra, de la Orden de Predicadores. Por la tarde volvieron en procesión el Breve Pontificio al Convento de Santo Domingo, estando las calles adornadas con altares y mil primores. Dejáronlo en dicho Convento, llevaron en procesión la Imagen de la Santa á la casa donde nació y vivió, que se había transformado en templo, como diremos en el capítulo siguiente; y así cesaron por entonces las fiestas hasta que continuaron á los 19 de Agosto, cuya noticia llegó á los últimos confines de Europa. ¡Tantos fueron los gastos, lucimiento y variedad con que mostraron el amor que profesaban á su ya BEATA Rosa!

CAPÍTULO XX.

Cumplimiento de lo dispuesto por Su Majestad Católica en el Aviso en que remitió á Lima el Breve de Su Santidad Clemente IX. Descripción de la casa de la Santa, dispuesta en iglesia: Estupendo prodigio que al transformarla llenó á todos de pasmo y devoción.

HABÍA la Corte de España comunicado al Conde de Lemos ,Virrey, Gobernador y Capitán General de las Provincias del Perú, con fecha 9 de Marzo de 1668, junto con la plausible nueva de la Beatificación de la Venerable Rosa, que favoreciese á sus parientes, y con especialidad á uno de sus hermanos llamado Antonio. Además decía textualmente la comunicación: «...Y la casa en que vivió la Santa, que es pequeña, donde está el jardín en que los árboles se inclinaban á alabar á Dios con ella, y tuvo continua familiaridad con el Niño Jesús, con su Madre Santísima, el Patriarca Santo Domingo y otros Santos, la tome la Ciudad ó la vendan á la Religión, mayormente cuando en esa tierra sólo es conocida por su nombre; haréis que se ponga con la veneración y decencia que se debe para edificación y amaestramiento de sus propios conciudadanos.» Pocos avisos necesitaban los moradores de Lima para ejecutar lo que la Corte les mandaba, y con más entusiasmo y más gustosos lo cumplieron, siendo esto su anhelo. Hiciéronse en seguida diligencias para adquirir la casa de la Santa, que poseía el Dr. D. Andrés Villela, Caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de Su Majestad y Oidor jubilado de la Real Audiencia de Lima, por haberla comprado en 5,725 pesos; de ella hizo donación á la Orden de Predicadores con la condición de que dijesen á su intención cuatro Misas cantadas en el Convento del Rosario en los cuatro días que señaló al efecto, y una rezada á las doce los días festivos en la casa de Santa Rosa para la vencindad que no

pudiese oir las de otras horas. No se publicó el Breve de la Beatificación hasta ver transformada en Iglesia la casa que fué Oratorio para Rosa, á fin de que al propio tiempo que celebrasen la fiesta de la Beatificación en la Iglesia Catedral, se alabase á Dios en su casa por las maravillas que en ella obrara.

Esta casa, según dijimos en el capítulo I de la PRIMERA PARTE del LIBRO PRIMERO, se hallaba situada en la calle que va desde Santo Domingo al Hospital del Espíritu Santo; fué lo que es hoy su Santuario y parte del claustro (1). Vamos á trasladar á nuestras páginas la descripción que nos hizo el Rdo. P. Fr. Antonio de Lorea Navarro en su *Vida de Santa Rosa de Santa María;* dice así: «La puerta principal tiene por guarda una cadena, y sobre el frontispicio sube el campanario, que como pirámide hace punta en lo alto y remata en una Cruz. Al entrar, lo primero que se pisa es el zaguán ó vestíbulo, que consta de 18 pies de ancho y 24 de largo; ciérrale un antepecho con cuatro almenas en que remata por cada parte, sirviendo dos de ellas de peanas á dos cruces, las cuales dejan claro en medio y dan paso á lo interior de la casa. Entrase en el patio, que es de 32 pies, y volviendo el rostro á la puerta de la calle tiene á la mano derecha una Capilla, que se formó de dos piezas que eran vivienda de los Padres de la Santa: tiene 45 pies de largo y 21 de ancho con su Coro pequeño levantado del suelo vara y media, y hace frente al Altar en que está una Imagen de la Santa hecha de bulto, teniendo la Sacristía y las reliquias al lado de la Epístola. En el lado del Evangelio hay un arco abierto por donde se va á la Capilla de Nuestra Señora del Rosario, que es la pieza donde nació tan dichosa Rosa, y señalada la distancia corre dos

(1) Así lo afirma el P. Capellán del Santuario de quien hemos hablado en otras partes, en la nota I de su Compendio impreso en París por A. Mezín en 1852. Además añade en el propio lugar: «El *lugar de su nacimiento* fué donde estaba antes colocado en un retablo viejo el crucifijo que se tratará en la nota XVI, y al presente se halla ocupado con un retablo dorado, donde está colocada una efigie de la Santa, y debajo de la mesa el cajón (mejor ataúd) en que estuvo guardado su cadáver hasta su Beatificación, en frente de la entrada que hay de la portería para dicho Santuario.

varas y tres cuartas del Altar á la puerta de la Capilla pequeña que se sigue. Esta hace correspondencia á una ventana de vara y media de hueco, y vara y tres cuartos de alto, en que Santa Rosa se sentaba á hacer labor.

«En el Altar de esta Capilla hay un lienzo de dos tercias, retrato suyo, en manifestación de lo que sucedió por aquellos días. Algunas personas afligidas de aquella Ciudad en sus necesidades le llevaban algunos papeles escritos como memoriales, los cuales dejaban en aquel sitio pidiendo á la Santa su intercesión con Dios. Cayó una vela sobre ellos, prendió fuego en el lienzo y, al llegar al rostro de la Santa, hizo la llama canal por una vidriera que derritió, sin que llegase el fuego al rostro de Rosa. De aquí se entra á otra Capilla pequeña de 21 pies de largo y 18 de ancho, en la cual dormía la Santa las pocas horas de su sueño y en que ejercitaba con penitencias su delicado cuerpo. A un lado de la puerta está el hueco en que tenía la pila del agua bendita, y á vara y media el nicho del Oratorio, en que hay un Altar con la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de la Concepción que fué de la Santa, con la cual Imagen sucedió una cosa particular. Habíala hurtado una mujer luego que murió Rosa, túvola en su poder más de cincuenta años con la decencia que le fué posible; luego que llegó á Lima la noticia de la Beatificación fué tal el escrúpulo que le causó el retenerla, que luego al punto la restituyó para que se pusiese en su sitio; y la colocaron donde la Santa solía venerarla. En esta Capilla, entre la pila del agua bendita y el Oratorio, se venera el sitio donde se le apareció Cristo Señor Nuestro (1), y á dos varas de distancia el lugar de la cruel cama en que se acostaba, donde hay otro Altar al que corresponde en la pared frontera un hueco de media vara que le servía de alacena con estampas de su devoción. Cierran el patio dos celdas, que eran antes una salita en que curaba los enfermos. Por la puerta que da luz al Coro se va al segundo patio, y de éste se baja por tres escalones al huerto, que es de sesenta pies, y en medio tiene el jardín de cuarenta pies en cuadro. A un lado tiene la Capilla que sir-

(1) Cap. XIX de la PRIMERA PARTE del LIBRO PRIMERO.

ve para que en ella se pueda venerar la celdilla de cinco pies de largo, cuatro de ancho y tres varas de alto, la cual formó la Santa con sus propias manos, y en ella hizo tantos años de vida solitaria. Está encajada en maderas de cedro, y sobre la puerta en un nicho dorado el retrato de la Santa; y al lado derecho un Altar con una Imagen de bulto de Santa Rosa, hecha por el célebre escultor Francisco de Flores. Esta Capilla, que sirve de relicario á esta celda, está por dentro adornada con finísimas pinturas y jaspes, á la cual corona una vistosa torre de madera en dos cuerpos pequeños, obra de mucho primor que remata con una Cruz de Caravaca de una cuarta de largo. En el primer cuerpo hay una hechura de bronce de un Niño Jesús hermosísimo, y á sus pies una Imagen de la Santa. El hueco lleno de pájaros y flores de grandísimo primor, guarnecido con un cerco de plata. En el segundo una corona de espinas, tres clavos y una lanza tocada á la original que está en Roma, la cual abrió en el santísimo cuerpo de Jesús difunto aquella fuente preciosa por donde corrió la sangre y agua con que se lavaron nuestras culpas. En esta casa, ya Iglesia, es donde se ve el concurso de los fieles, llevados de su devoción, que á todas horas la visitan, porque á todas horas hallan remedio á sus males y consuelo á sus aflicciones (1).»

Mientras se estaba transformando esta santa casa en Iglesia, sucedió un raro portento. Al levantar una pared necesaria para la fábrica, tuvieron que apoyar la escalera en una mesa para continuar la obra. Subió por ella el albañil, y al dar el último paso para llegar á la pared, resbaló la escalera, dando él un terrible golpe en la mesa y de ella en el suelo. Un Religioso de la Orden que asistía á la fábrica, movido á piedad por semejante desgracia, pues le creía muerto, levantó los ojos al Cielo y dijo á la Santa: *¡Rosa bendita, no será bien visto que un hombre que está trabajando en vuestra casa haya perdido la vida de un modo tan desgraciado! ¿Para cuándo son vuestras maravillas?* —Llegóse al albañil, y dijo: *¡Pobre hombre!* y éste se le-

(1) Hay en este Santuario doce Religiosos Confesores para consuelo de los muchos devotos que acuden á purificar sus conciencias de las manchas de la culpa. *(Tesoros de las Indias* del P. Juan Meléndez*)*.

vantó sano y bueno, diciendo: *¿Qué dice, Padre? yo no tengo nada.* Miráronle la cabeza, y la hallaron con señal del golpe, pero sin experimentar dolor; por lo que dieron todos mil alabanzas al Señor por tan singular prodigio obrado por intercesión de su amada Esposa. Así Dios pagó los trabajos para honrar á su Sierva en aquella casa que había sido mudo testigo de tantas obras virtuosas y tantas maravillas como en ella obrara.

Los Religiosos de Santo Domingo compraron la casa vecina, y en ella dispusieron un Convento de Religiosos de la Orden para que fuesen fieles custodios de aquel Santuario, rico tesoro de la ciudad de Lima. Poco después fundóse en la casa que está enfrente de la Iglesia un Convento de Beatas de Santo Domingo, para que siempre tuviesen á la vista el modelo que debían imitar, y desde entonces no se vieron por las calles con el hábito de la Orden. Al cabo de algunos años se trasladaron á la casa de D. Gonzalo de la Masa, donde murió la penitente Virgen, que hoy se llama *Monasterio de Santa Rosa.*

CAPÍTULO XXI.

Gracias muy singulares concedidas por la Santidad de Clemente IX á la muy noble é ilustre ciudad de Lima.

Parece que el Padre Santo Clemente IX se había propuesto honrar á su amada Rosa, pues los favores que le había concedido y en lo sucesivo prodigó son argumento de su gran devoción para con dicha Santa. Acerca de esto nos dice el Rdo. P. Fr. Antonio de Lorea Navarro en su *Vida de Santa Rosa de Santa María* lo que á continuación transcribimos: «Un caso he oído, el cual he preguntado á testigos de mayor excepción que han estado en Roma, y á todos he hallado unánimes; y siendo testigos

abonados, por sus noticias é instancias escribo el motivo de la devoción de Su Santidad con la bienaventurada Rosa. Murió Alejandro VII, y estando los Eminentísimos Cardenales para ir al Conclave, quiso Su Santidad, entonces Cardenal Rospigliosi, llevarse consigo un par de libros para ocupar útilmente el tiempo que estuviesen reunidos en Conclave. Lo encargó naturalmente á su Camarero, y éste ó con advertencia ó por acaso le puso la *Vida de la Venerable Rosa de Santa María* que ya había publicado en latín el P. Leonardo Hansen en 1664, y dedicado al Sumo Pontífice Alejandro VII; y otra tal vez traducida en italiano ó bien en otra lengua de Europa, pues que ya en 1666 la había publicado en castellano el P. Andrés Ferrer de Valdecebro, y Clemente IX poseía muy bien la lengua castellana desde que fué Nuncio Apostólico en la Corte de Felipe IV. Estando, pues, nuestro Cardenal Julio Rospigliosi en el Conclave, quiso mirar que libros le había puesto el Camarero, y halló que eran dos *Vidas de la Venerable Rosa de Santa María,* lo que le puso un poco de mal humor ó porque deseaba otros libros ó porque veía dos ejemplares de una misma obra. Mientras estaba pensando en esto, entró en su aposento el Cardenal Barberino para hacerle una visita, y entre otras cosas le dijo que estaba acabando de leer un libro que se lo enviaría, y gustaría mucho de leerlo. No le dijo que libro era ni lo que contenía; se lo envió, y viendo que también era una *Vida de la Venerable Rosa,* le llamó grandemente la atención esta rara coincidencia, y cruzando por su pensamiento una idea que no pudo desechar, dijo para sí: *Yo soy Papa; sin duda quiere Dios la Beatificación de esta Esposa suya, y que yo sea un instrumento de su gloria. Si es así, hágase, Señor, vuestra divina voluntad.* Y así fué; pues habiendo entrado en escrutinio los sesenta y cuatro Cardenales que había en el Conclave, fué elegido Papa con todos los votos el día 20 de Junio de 1667, contando de edad 68 años, seis meses menos siete días.»

Fué coronado en el Vaticano el día 24 del mismo mes, y el domingo siguiente 3 de Julio tomó posesión de la Basílica Lateranense. Entre los gravísimos cargos del Supremo Pontificado no perdió de vista la Beatificación de la Vene-

rable Rosa, como hemos visto en los capítulos anteriores, sino que por el contrario cobróle tanta afición que el nombre del Sumo Pontífice Clemente IX será siempre memorable en los Anales de la Orden de Predicadores. Escribióle la Reina de España, y á su instancia hizo extensión del rezo de la Beata Rosa á todas las Indias Occidentales, con el rito doble para todo el Clero de todas las Religiones en todos los Reinos de América, dando para ello un Decreto en Santa María la Mayor á 14 de Septiembre de 1668. A los 18 de Octubre del mismo año concedió Su Santidad que el rezo sobredicho fuese con Octava, y á 12 de Enero de 1669 concedió que el nombre de la Beata Rosa se pusiese en el Martirologio Romano con las palabras que aprobase la Sagrada Congregación de Ritos.

Fué tan pródigo Su Santidad en lo que refería á su amada la Beata Rosa, que, considerando á la ciudad de Lima por Patria dichosa de tal Hija, como Padre común de los fieles y muy en especial de dicha Ciudad, aumentó sus favores enviándole muchas Reliquias insignes, Cruces, Agnus y concediéndoles innumerables Indulgencias. Escribióle una carta honrándola de manera tan laudatoria, que para que puedan hacerse cargo nuestros lectores la ponemos á continuación, vertida á nuestro rico idioma. Está concebida en estos términos:

A nuestros amados hijos los Gobernadores y Cabildo de la ciudad de Lima.

CLEMENTE PAPA IX.

Amados hijos, salud y apostólica bendición. En todos tiempos y lugares somos advertidos y se nos hace notar cuán flacos, inciertos y poco felices son los pensamientos y juícios de los hombres en investigar las cosas, para que de aquí lleguemos á conocer por necesidad el grande beneficio que Dios nos ha hecho con el conocimiento de las verdades que se ha dignado revelarnos. Pero singularmente la misma Región que habitáis nos da un ejemplo bien palpable de la ignorancia de los hombres. ¿Cuántos entre los antiguos, y aun antes de los últimos descubrimientos, no hubo entre los sabios modernos que no hayan asegurado, y según su modo de ver con toda razón y no menor seguridad, que debajo los ardores de la zona tórrida no podía haber habitantes, y que no hayan tenido por

insensatos á algunos pocos que pensaban al contrario? ¿Quién hubiera buscado en tierras inhabitables y abrasadas por los ardientes rayos del sol, Rosas que siempre acompañan la Primavera? Sin embargo esto es hoy á todos patente, y nadie se admira; pues entrambas cosas son una verdad palpable. Veis aquí á vuestra Rosa, ó mejor, también nuestra, que despide celestes fragancias de heroicas virtudes y está adornada con rayos de luz celestial; y no aparentes, sino verdaderos y aprobados con la verdad firme é indudable de insignes y verdaderos milagros, á quien inspirados de lo alto hemos poco ha decretado los honores de la Beatificación, y á la cual, después de la declaración del Oráculo Apostólico recibida con incomparable alegría de todos los fieles, veneran con el culto que se debe á los Bienaventurados que están gozando de Dios en la patria celestial, no sólo la ciudad de Roma con espléndidas fiestas y regocijos, sino también los fieles alegres á la par que compungidos de todos los pueblos de Europa, deseando Nos en gran manera tributarle mayores honores, si fuere tal el divino beneplácito, cuando para esto se nos rogare. Y así, amados hijos, os damos el parabién por estas primicias tan excelentes de este campo del Señor, el cual Nos habiéndolo experimentado tan fértil y lleno de buenas esperanzas, procuraremos con sumo cuidado y solicitud que se cultive con mayor esmero y produzca frutos en mayor abundancia con la ayuda del Señor, en cuanto dependa de la Autoridad de esta Santa Sede y de Nuestro amor paternal. Entretanto dirigiéndonos á este objeto hemos concedido muchas gracias, y á más de esto enviamos algunos regalos, de todo lo que os hará larga relación nuestro amado hijo Antonio González de la Orden de Predicadores, que enviasteis á esta ciudad como Procurador de la Causa de la Beata Rosa, el cual con su piedad, fe y diligencia ha cumplido perfectamente con lo que pertenecía á su oficio. Por lo demás, á Vosotros, muy amados hijos, tanto á los de este Cabildo Municipal como al Eclesiástico, y también á todos los fieles del estado secular, á los cuales abrazamos muy amorosamente en el Señor, damos la bendición apostólica de lo íntimo de nuestro corazón. Dado en Roma en Santa María la Mayor á los 6 de Noviembre de 1668, en el primer año de nuestro Pontificado.

El nombre de Clemente IX vivirá siempre en la memoria de los fieles limanos, quienes por las muy singulares gracias que les concedió, según acabamos de ver, le quedarán en todo tiempo filialmente reconocidos.

CAPÍTULO XXII.

Desea la muy noble ciudad de Lima que desde el primer año de la Beatificación de su santa Hija se celebre su fiesta con los cultos de Patrona. Clemente IX se lo concede, haciéndolo extensivo á todo el Perú; y Clemente X la elige y declara universal y principal Patrona de la América Española y Filipinas.

Celebrada el 30 de Abril de 1669, con la pompa y esplendor de que hablamos en el capítulo XIX de este libro segundo, la fiesta de la Beatificación de nuestra Virgen, determinaron los que gobernaban la ciudad de Lima, según dijimos al final del capítulo antes citado, celebrar un solemne Octavario que, comenzado el 19 de Agosto concluyese el 26 (1), día señalado en el Breve de Su Santidad como propio de la Beata Rosa, *por ser el primero desocupado*

(1) El P. Juan Meléndez, Regente del Colegio de Santo Tomás de la ciudad de Lima, en su «Aclamación,» tomo en cuarto impreso en Lima el año de 1671, describe la pompa, riqueza y esplendor que se desplegó en el primer Octavario que los habitantes de dicha ciudad celebraron en honor de su amada Rosa. No podemos resistir, sin embargo, á los deseos de poner una nota sobre la traslación de las reliquias de nuestra Beata, verificada la noche del 21 de Agosto del dicho año de 1669, día tercero de la solemne Octava. Después de la procesión que se hizo por el claustro que terminó al ponerse el sol, se quemaron fuegos artificiales que duraron dos horas; y durante este tiempo, después de despedida la gente y cerradas las puertas de la iglesia, con asistencia de los eclesiásticos, señores Virreyes y algunos caballeros de su familia y del muy reverendo Padre Provincial, acompañado del reverendo Padre Prior del convento y de algunos de los muy reverendos Padres Maestros, se abrió la sepultura de la Santa (que estaba en el Capítulo) y se sacaron de ella las reliquias. Estaban en dos cajones: el exterior inmediato á tierra, breado y clavado con buenos clavos; éste se rompió, y dividido en pedazos se repartió entre todos los presentes. El interior era también de cedro, forrado de terciopelo liso carmesí con clavazón y cantoneras doradas; y abierto parecieron en él las venerables reliquias de la bienaventurada Virgen, que todos veneraron con devoción y lágrimas. Pasáronlas á otra de fina plata que ofreció la excelentísima señora Condesa Virreina, llevándose en cambio por de más estimación la de madera en que habían estado.

después del día 24 de dicho mes en el cual entregó su espíritu al Creador.

Deseando el Cabildo de la Ciudad que desde este primer año se celebrase la fiesta de su amada Rosa con los cultos de Patrona y que el día de su fiesta fuese de los de guardar, se juntaron sus nobles Capitulares en el salón del Ayuntamiento y votaron por unanimidad, publicando su devota resolución con la solemnidad que se acostumbra en semejantes casos, haciéndolo pregonar al son de atabales, clarines y chirimías. Era de ver el concurso de todos sexos y edades que acudían al Palacio del Ayuntamiento á firmar el juramento, para lo cual el salón de las Juntas estaba adornado con toda magnificencia, habiéndose erigido en él un suntuoso altar con una bella Imagen de la Virgen beatificada. Sobre algunas mesas, cubiertas de damasco carmesí, había recado de escribir y algunos pliegos de papel para que todos pudiesen hacer constar su voto. Pidieron al Ilustrísimo Señor Arzobispo, al Excelentísimo Señor Virrey y á todos los Tribunales y Comunidades, que con sus sufragios diesen más fuerza al voto. Vinieron todos en ello, aplaudiendo tal determinación, dificultándolo sólo Su Ilustrísima por la Constitución 21 del Papa Urbano VIII, de 23 de Marzo de 1630, en la cual se dispone que el culto de Patronato sólo se dé cuando hubiere la Canonización. Publicóse esta dificultad, y tuvo que suspenderse la jura el día quinto de la Octava por la mañana. No es decible la tristeza que encogió los corazones de todos al ver frustrados sus piadosos deseos; pero cedieron sus católicos pechos á la prohibición Apostólica, sacrificando á la Santa en vez del júbilo la obediencia. Quisiera su devoción y cariño á la amada Rosa tener la misma Roma á las puertas, para pedir á Su Santidad dispensa de aquella Constitución. Considerando que para salvar la distancia del Perú á la Ciudad Eterna necesitaban seis ó siete meses, pues no había vapor que acortase las distancias, tuvieron que ceder contra su voluntad al menos por aquel año; pero un suceso inesperado, que lo creyeron singular prodigio, trocó en alegría la tristeza que les apenaba.

Fué el caso que el magnánimo corazón de la Reina de

España, como si la Santa fuese hija suya, se empeñó en aumentar su culto y sus glorias hasta lograr el verla elegida Patrona de toda la Ciudad y Reino. Pidió esta gracia al Sumo Pontífice por medio de su Embajador el Marqués de Astorga, y aunque había en contrario la Constitución de Urbano VIII de que en el párrafo anterior hemos hablado, no obstante atendidos los méritos de los Reyes Católicos y la singular piedad de Su Majestad hacia la Santa Sede, dispensó Esta y expidió el Breve á 2 de Enero de 1669. Cuando el Padre Santo Clemente IX concedía esta gracia en la Capital del orbe católico, sólo hacía seis días que los limanos habían tenido noticia de la Beatificación y aun tardóles dieciséis en llegarles el Breve, por lo que indicamos en el capítulo pasado. Así fué que cuando menos esperaban llególes un aviso de España y el Breve de Su Santidad declarando á la Beata Rosa de Santa María Patrona más principal de toda la Ciudad y de todo el Perú, mandando que su día fuese fiesta de precepto en todo el Reino.

Corrió al punto la inesperada nueva por toda la Ciudad, trocóse la amarga tristeza en dulce gozo, las lágrimas que hacía asomar el desconsuelo las vertía el regocijo; y rebosando del lleno de sus afectos públicas aclamaciones de los méritos de su gloriosa Patrona, atribuían todos á manifiesto prodigio tan grato suceso. En el colmo de su alegría determinaron unánimes publicar el Breve Pontificio desde luego, para lo que eligieron el domingo siguiente 25 de Agosto, día séptimo del Octavario que con tanta solemnidad celebraban. En este día dijo la Misa el M. Rdo. P. Provincial Fr. Bernardo Carrasco, y asistió á la función de la mañana el Ilustrísimo Señor Arzobispo que quiso autorizar la publicación con su venerable presencia. Antes de subir al púlpito el Padre Predicar pareció en él uno de los notarios sacerdotes de la Audiencia Arzobispal, que lo leyó en alta voz en latín y castellano. Después hubo sermón, tan ajustado á la venida del Breve, que con ser prevención del día anterior parecía preparado en muchos; estuvo á cargo del muy Rdo. P. M. Antonio Morales, prior entonces de aquel insigne Convento.

Ponemos traducido á nuestra galana y rica lengua este

Breve que tanto honra á nuestra Beata y á la ciudad de Lima; y á continuación el texto del Aviso ó Cédula Ejecutorial que llegó con el Breve, de que antes hablamos.

CLEMENTE PAPA IX.

Para perpetua memoria.

Cuando lo exige nuestro Ministerio Apostólico de buena gana favorecemos los deseos de los Reyes Católicos, que por muchos conceptos han merecido bien de la Iglesia de Dios, con los cuales se fomenta la devoción y piedad de los pueblos cristianos hacia los bienaventurados moradores del Reino Celestial, así como juzgamos en el Señor que es conducente al consuelo espiritual y amparo de los mismos pueblos. Habiendo, pues, Nos por nuestras Letras, asimismo en forma de Breve, con fecha del 12 de Febrero del año próximo pasado, puesto con nuestra Autoridad Apostólica en el número de los Bienaventurados según el rito de esta Santa Sede á la Beata Rosa de Santa María, natural de Lima, de la Tercera Orden de Santo Domingo, que brilló adornada de muchas virtudes, y determinado y concedido otras cosas á honor y veneración de la misma Beata Rosa, como es de ver en las mismas Letras; y como por otra parte de nuestro carísimo en Cristo hijo Carlos, Rey Católico de las Españas, y de nuestra carísima en Cristo hija Mariana Reina viuda su Madre, por medio del amado hijo noble varón el Marqués de Astorga, embajador que al presente es del mismo Rey Carlos en esta Corte cerca de Nos y de la dicha Sede, se nos haya significado que el mismo Rey Carlos y la Reina Mariana desean en gran manera que la misma Beata Rosa sea elegida y declarada por Patrona más principal de la ciudad de Lima ó de los Reyes y de todo el Reino del Perú, para que así vaya en aumento la veneración hacia la misma Beata Rosa, á quien el celestial Esposo engalanó con tantas joyas de dones celestiales, adornó con tantas flores de virtudes y llenó con la fragancia de sus preciosos aromas, la cual se esparció por todas partes, que mereció ser la primera que de los Siervos de Dios que han producido las Indias Occidentales fuese honrada con el honor de culto público; y para que por su intercesión esperen los pueblos de aquellas partes un patrocinio tanto más poderoso, cuanto los mismos pueblos procuraren honrarla y venerarla con más intensa y fervorosa devoción: Nos, aunque las Constituciones Apostólicas y Decretos de la Congregación de nuestros Venerables

Hermanos, los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, á cuyo cargo están los Sagrados Ritos, prohiban las dichas elecciones en Patronos más principales de los Beatos aun no canonizados, y aunque falten los requisitos necesarios para que sea válida la dicha elección; sin embargo determinamos condescender á los piadosos ruegos y repetidas instancias que sobre esto se nos han hecho humildemente por los dichos Rey y Reina Carlos y Mariana, que resplandecen con grandes méritos para con la Iglesia de Dios, con el singularísimo afecto de nuestro amor paternal hacia los mismos. Y así en virtud de nuestra Autoridad Apostólica y por el tenor de las presentes ELEGIMOS Y DECLARAMOS á la misma Beata Rosa de Santa María en Patrona más principal de la ciudad de Lima ó de los Reyes y de todo el Reino del Perú, con todas las prerrogativas que á los Patronos más principales se deben, y asimismo por la misma Autoridad de las presentes MANDAMOS que la fiesta de la misma Beata Rosa se guarde y celebre de precepto, como se guardan y celebran las otras fiestas de precepto en todo el sobredicho Reino, como de Patrona más principal por todos los fieles cristianos de uno y otro sexo, estantes y habitantes en él, y que su Oficio sea rezado por todo el Clero así secular como regular del mismo Reino según las Rúbricas del Breviario Romano de Patrona más principal. No obstante cualesquiera Decretos, Constituciones y Ordenaciones Apostólicas que obren en contrario. Y asimismo QUEREMOS que á los trasuntos y traslados de las presentes Letras, aunque sean impresos, firmados de mano de algún Notario público y sellados con el sello de cualquiera persona constituída en eclesiástica dignidad, se les dé por todos y doquiera, así en juício como fuera de él, la misma fe que se diera á las presentes si fueran exhibidas y mostradas en su original. Dado en Roma en Santa María la Mayor, á 2 de Enero de 1669. Año segundo de nuestro Pontificado.

El texto del *Aviso* es el siguiente:

CÉDULA EJECUTORIAL DE LA REINA GOBERNADORA.

Por cuanto la Santidad de Clemente IX, atendiendo á los piadosos é instantes ruegos del Rey mi hijo y míos, hechos por medio del Marqués de Astorga, Embajador en aquella Corte, cerca de que la Bienaventurada Rosa de Santa María, que fué de la Tercera Orden de Santo Domingo y natural de

la ciudad de los Reyes (1), fuese declarada por Patrona de ella y todo el Reino del Perú; ya los méritos que tenemos hechos en servicio de la Iglesia, juntamente con haber sido esta gloriosa Virgen la primera que entre los Siervos de Dios que las Indias Occidentales produjeron: mereció ser decorada con honor de culto público por su admirable copia de virtudes y milagros; ha sido servido de despachar Breve su data en Roma á 2 de Enero próximo pasado, declarándola por Patrona más principal de la dicha ciudad de los Reyes y todo el Reino del Perú, con fiesta de precepto, Oficio y privilegio de tal. Y habiéndose visto en el Consejo Real de las Indias, por lo que conviene tenga debida observancia; por la presente mando al Virrey y Presidentes de las Audiencias de las dichas Provincias del Perú y á los Gobernadores y Corregidores de ellas: y ruego y encargo á los Arzobispos y Obispos de las Iglesias Metropolitanas y Catedrales de aquellas Provincias que luego que vean la copia auténtica del Breve que se les remite con ésta, den las órdenes convenientes para que se guarde, cumpla y ejecute lo contenido en él en todas las Iglesias y lugares de sus distritos y Diócesis, para que por medio de la intercesión de la Bienaventurada Rosa consigan tanto mayor y más eficaz patrocinio, cuanto con más célebre é intensa devoción se esmeraren en reverenciarla. De Madrid á 11 de Marzo de 1669.—Yo la Reina.

Con esta gracia tan inesperadamente recibida, llegó á su colmo la alegría de los habitantes de Lima y de todo el Reino del Perú; no sosegó, empero, el piadoso corazón de la

(1) Hoy Lima. «Dióse por nombre á la naciente capital *Ciudad de los Reyes* en honor de la fiesta de la Epifanía, pues fué el 6 de Enero de 1535 cuando se dice fué fundada, ó más probablemente cuando se determinó el sitio que había de tener, porque la construcción parece haberse verificado doce años después. Pero el nombre castellano cesó de estar en uso aun en tiempos de la primera generación, y fué reemplazado por el de *Lima*, que es una corrupción del nombre primitivo indio de Rimac.—Esto dice Quintana (*Españoles Célebres*, tomo II), siguiendo la autoridad que él llama segura, del P. Bernabé Cobo en su libro titulado *Fundación de Lima*. Prescott, *Historia de la conquista del Perú*.» Añade el citado Quintana: «Celebró (Pizarro) la solemnidad de la fundación con todas las ceremonias acostumbradas en 18 de Enero de 1535.» El Inca Garcilaso afirma que fué fundada el día de los Reyes del año 1534 en el lib. II, cap. xvii, 2.ª parte de sus *Comentarios reales*; no obstante, la mayoría de los autores parecen decidirse por la fecha que notamos en el cap. I de esta obra, aunque se celebrase doce días después la solemnidad de su fundación.

Reina Madre hasta alcanzar del Sumo Pontífice por medio del Embajador de S. M. C. el Marqués de Astorga que esta gracia se extendiese á todas las Indias españolas. Logrólo de Su Santidad el Papa Clemente X, en cuyo Breve expedido á 11 de Agosto de 1670 se leen estas notables palabras: «...*Siguiendo los pasos de Clemente nuestro Predecesor, con la sobredicha Autoridad Apostólica y por el tenor de las presentes* ELEGIMOS Y JUNTAMENTE DECLARAMOS *á la misma Bienaventurada Rosa de Santa María en universal y principal Patrona de todas y cualesquier Provincias, Reinos, Islas y Regiones de tierra firme de toda la América y Filipinas, con las mismas prerrogativas y privilegios; y que su fiesta se guarde de precepto en todos los dichos Reinos como las otras fiestas de precepto, como de Patrona principal por todos los fieles cristianos,* y mandamos que su oficio se rece...» ¡A tanto se extendía el amor paternal de los Papas con tan católicos Reyes y el cariño de éstos en pro de sus fieles gobernados!

CAPÍTULO XXIII.

Milagro muy singular obrado por la intercesión de Santa Rosa en la ciudad de Sevilla el año de 1669.

Uno de los más célebres Conventos de la Andalucía, en donde se dan fácilmente la mano la nobleza y la mucha virtud que en sí encierra, es sin disputa alguna el *Convento de la Madre de Dios* de Sevilla. Ha tenido hijas ilustres en santidad; y por los años en que sucedió el portentoso milagro, asunto de este capítulo, floreció en él Sor María de la Corona de la cual hacen debido mérito las Actas de la Religión así generales en el Capítulo que se celebró en Valencia, como particulares en la Provincia de Andalucía.

En tan afamado Convento consagróse á Dios en lo más tierno de su edad, profesando la Regla del glorioso Padre y Patriarca Santo Domingo, Sor Sebastiana de Neve y Chaves. La regaló el Señor llevándola por el camino de la Cruz, de modo que al llegar á la edad de veinticinco años ya había padecido varios achaques y muy penosas enfermedades. El año de 1667 la acometió tan horroroso accidente de perlesía, que la dejó inútil de un lado, viniéndosele luego encima la epilepsia y agudos dolores nefríticos; y como si no bastasen tantos males, le sobrevino el viernes 18 de Octubre de 1669 un tan violento ataque de apoplejía que la puso en los umbrales de la muerte. A los tres días se le administró el sacramento de la Extremaunción, y en el discurso de las ceremonias comenzó á agonizar á vista de las Religiosas y de los Religiosos Confesores que la estaban asistiendo.

Una de ellas trajo un cuadro de Santa Rosa, y con viva fe lo puso sobre el cuerpo de la moribunda, pidiendo á la Santa salud para la enferma, si á mayor gloria de Dios resultara. Apenas tocó el cuadro á la pobre paciente, volvió en sí como quien dispierta de un profundo sueño, abrió los ojos, y sin decir palabra pidió por señas que le diesen de comer. Admiraron todas el suceso y hubo diversos pareceres, atribuyéndolo unas á los Santos de su devoción á quienes la encomendaban, y otras, que fueron las más, á la Bienaventurada Rosa; mas la enferma indicó que no se debía ni á los Santos ni á la Santa, sino á un Crucifijo de quien era muy devota. Quitaron entonces el cuadro de Santa Rosa, que estaba sobre la cama; y al instante continuó la enferma con el mismo accidente, sin poder hablar palabra. En este día, 17 de su accidente apoplético, le sobrevino otro que le hizo arrojar golpes de sangre por la boca y le hinchó la lengua y la garganta, de manera que una ligera pluma no le cogía entre la lengua y el paladar. Entraron los Confesores por si la podían asistir en algo, le dieron la absolución; y viendo que todos los síntomas eran mortales, llamaron á la Comunidad y comenzaron la recomendación del alma. Extremósele este peligro el lunes 4 de Noviembre, y los Médicos dieron el caso por desesperado, añadiendo que

vivía milagrosamente, pues los accidentes que de tanto tiempo padecía, no tenían remedio.

Hubo entonces gran desconsuelo entre las Religiosas, ponderando la poca devoción que á Santa Rosa habían tenido, pues mejoró cuando tenía el cuadro sobre la cama; mas quiso Dios que oyese esto la moribunda, y que pidiese luego un jarro en que bebió Rosa, que por singular y preciosa Reliquia guardaba un Regidor de aquella Ciudad, llamado Alberto Corbet. Se lo procuraron, arrimólo ella misma á la hinchazón de la garganta y estuvo así con tanto sosiego por espacio de media hora, que llegaron á persuadirse de que ya había pasado los umbrales de la Eternidad. Acercáronse muchas á la cama, y al advertir una de ellas que teniendo la boca arrimada á los labios del jarro parecía que se esforzaba para tomar aliento, díjole en alta voz: *Diga, Sor Sebastiana:* SANCTA ROSA, ORA PRO ME; ella clara y distintamente lo repitió. Luego le indicaron que *pidiese á la Santa le alcanzase del Señor la salud, si convenía para su santo servicio; ó conformidad para morir, si ésta era su última voluntad.* Levantó entonces la cabeza Sor Sebastiana; y dijo clara y altamente, riéndose: *Yo no he de morir; porque me lo ha dicho la Beata Rosa, que ha estado aquí conmigo, y me ha puesto la mano en la garganta.* Llenáronse de gozo los corazones de las que la asistían, y pidieron que á toda prisa se le trajera un caldo, pues era lo que más fácilmente podría pasar; mas repuso Sor Sebastiana: *No lo traigan, porque no lo he de tomar; pues Rosa me ha mandado que coma pescado toda mi vida, y tengo de hacer lo que me ha mandado, porque replicándole yo que mis achaques no me darían lugar á ello, me dijo:* CÓMELO, QUE BIEN PODRÁS; Y MIRA QUE SI COMES CARNE, SE TE VOLVERÁ Á HINCHAR LA GARGANTA. Trajéronle tres bizcochos, y los comió sin dificultad, tomándolos ella por su mano, bebiendo después sin impedimento alguno; quedando al fin buena y sana, sin hinchazón ni señal de haberla tenido, ni menos de una erisipela en la cabeza.

Quedóle el rostro hermoso y sonrosado, los ojos vivos y alegres y el semblante apacible y sereno; cuando poco antes

lo tenía cárdeno y marchito, los ojos tristes y abatidos, robada la color de las mejillas. Pidió luego de comer; y dándole unos huevos con torrijas, los comió sin la menor dificultad. Llegaron los Médicos, llamados por la Priora para que viesen tan estupendo prodigio ó si cabía en los términos de la medicina el que en tan breve tiempo tanto hubiese mejorado. Examinaron lo sucedido, y hallaron que la naturaleza no podía haber obrado tan repentina mudanza, y que por tanto era manifiesto milagro.

Divulgóse luego por toda la ciudad de Sevilla caso tan extraordinario. La Priora y la Comunidad, agradecidas á la Beata, suplicaron al canónigo de la Santa Iglesia D. Francisco Domonte y Verastegui, Provisor del Arzobispado, que se sirviese hacer información jurídica para que constase la verdad del milagroso suceso. Llevóse á cabo la averiguación auténtica en la que juraron las Religiosas que presenciaron el hecho, y los Médicos que lo examinaron; señalándose en su dicho uno de ellos llamado D. Diego Felipe Valverde y Orozco, uno de los grandes Médicos de España por su mucha ciencia, experiencia y virtud: porque aseveró que *había más de cuarenta años que curaba en aquel Convento de la Madre de Dios*, y que *á la contenida en la pregunta la había visitado desde que entró en él;* además añadió estas textuales palabras: «Digo que es milagro portentoso, porque tiene los requisitos de la salud que se adquiere por milagro, que los principales son: un efecto que sobrepuja á la naturaleza; segundo, ser instantáneamente infalible, y lo tercero, ser perfectamente adquirido, porque la naturaleza no puede vencer en su fuerza una enfermedad mortal; pero aquí, que súbitamente adquirió la salud perfecta, concurren todas las condiciones del milagro.»

A las once de la maña la había dejado este sabio Señor por enteramente desahuciada, y cuando á las dos de la tarde la halló como si no hubiese tenido mal alguno, exclamó con admiración y ternura: *Mirabilis Deus in Sanctis suis!* añadiendo luego que *aunque había visto muchos enfermos escapar de gravísimas enfermedades, teniendo algunas por caso milagroso; con todas las circunstancias, empero, sólo había visto á Sor Sebastiana de Neve y Cha-*

ves. Lo mismo sintió el Doctor D. José Correa, médico que también la había visitado muchos años, diciendo que *aquella mañana la había dejado desahuciada, porque no tenía una ligera esperanza de que había de curar; por lo que haciendo la visita en pie, dijo: Esto está acabado. Pero que estando Sor Sebastiana á las dos de la tarde del mismo día sana y buena, con voz clara y fuerte, con el color no sólo cobrado sino hermoso, era uno de los mayores prodigios y milagros que había visto.*

Con toda razón también podemos repetir con el Real Profeta: *¡Admirable es Dios en sus Santos* (1)!

CAPÍTULO XXIV.

Adelanta la Causa de la Canonización de la Beata Rosa. Convocatoria de Clemente X para la Canonización de nuestra Santa.

Beatificada ya la Venerable Rosa á los 15 de Abril del año 1668 por el Sumo Pontífice Clemente IX con universal aplauso de toda la Cristiandad, como hemos dicho en los capítulos anteriores; viendo este Pontífice, tan cordialmente devoto de la Beata Rosa, las maravillas que en todas partes obraba Dios por su valiosa intercesión: mandó á 24 del mismo Abril que prosiguiese la Causa para la solemne Canonización. En virtud de esta disposición y

(1) Psal. 67—68 en el texto hebreo,—v. 36. Mirabilis Deus in sanctis suis. El Ilmo. Sr. D. Félix Torres Amat traduce este versículo: «Admirable es Dios en sus Santos ó *en su Santuario;*» y con razón, pues en el texto hebreo se lee ממקדשיך, *desde tus Santuarios.* Este mismo sentido puede también darse á la Vulgata: *En sus Santos lugares,* esto es: en el templo, en el arca, en el tabernáculo. (Nota de la edición arreglada para la Biblioteca La verdadera ciencia española).

En su consecuencia, siguiendo al pie de la letra el texto hebreo, no podemos apoyarnos en esta exclamación del Real Profeta.

conforme á la práctica de la Sagrada Congregación de Ritos se hicieron nuevos Procesos sobre la veneración con que los pueblos la invocaban y sobre los milagros que después de honrarla con culto público había obrado Dios por su intercesión. Estos fueron tantos en toda la Cristiandad, que *no es posible reducirlos á número determinado,* dice el Padre Juan Meléndez, natural de Lima, de la Orden de Predicadores, en su historia de la Provincia de San Juan Bautista del Perú (1). Y añade como testigo ocular: «En Lima se hizo Proceso de muchísimos, con autoridad del Ordinario, en que se gastó mucho tiempo y mucho papel. En todo el Perú se refieren infinitos; en los Reinos de Quito y Tierra firme se numeran otros tantos. En Europa son casi sin número los muchos que á cada paso se oyen. No he pasado por parte de España y de Italia donde no haya oído prodigiosas maravillas hechas por su intercesión. No hay Ciudad, no hay Lugar, no hay Iglesia en que no tenga capilla y altar; apenas nace una niña á quien no pongan el nombre de Rosa. No se oye otra cosa en todo el Orbe católico sino sus alabanzas, no se encuentra sino su devoción en todo género de personas.»

Considerando esto la Sagrada Congregación, despacháronse Letras remisoriales á diversas partes; se formaron Procesos en la ciudad de Palermo del Reino de Sicilia; en la de Cessa, Reino de Nápoles, por los Jueces diputados por la Congregación de Ritos, y otra en Amberes por el Obispo con autoridad ordinaria. Antes de reunirse la Congregación para examinar estos Procesos, pasó á mejor vida el Padre Santo Clemente IX la noche del día 9 de Diciembre de 1669, á los 69 años de edad y 2 años, 5 meses y 19 días de Pontificado. Sucedióle el Cardenal Emilio Altieri, que tomó el nombre de Clemente X en memoria de su bienhechor y antecesor Clemente IX, que lo había nombrado Cardenal el día 26 de Noviembre, trece días antes de su muerte, anunciándole que sería su Sucesor. Heredó éste de Clemente IX su cordial devoción á la Bienaventurada Rosa, por lo que mandó desde luego que se prosiguiese la Causa, y en 9 de Octubre de 1670 aprobó cuatro milagros contenidos en los

(1) *Tesoros verdaderos de las Indias;* tres tomos en folio, edición de Roma, año de 1681.

Procesos nuevamente hechos. «Los cuales milagros—dice el Decreto—habiéndolos examinado y aprobado la misma Sagrada Congregación, dió sentencia que cuando pluguiese á Su Santidad podría con toda seguridad proceder á la solemne Canonización de esta Beata Rosa, según el rito y forma de la Santa Iglesia Romana y la disposición de los sagrados Cánones; y definirla por Santa reinante con Dios en el Cielo, y proponerla á la veneración de la Iglesia universal. Y asimismo habiéndose hecho relación á Su Santidad de todo lo sobredicho y de cada cosa en particular, y además de esto habiendo oído al reverendo Promotor de la fe, Su Santidad aprobó la sentencia de la Sagrada Congregación y mandó se despachase el Decreto final para el efecto de la solemne Canonización de la Beata Rosa, señalando Su Santidad el día 12 de Abril de 1671 para esta solemne función.»

Fijado el dia Su Santidad mandó despachar la Convocatoria para la solemnidad de la Canonización. Uno de los *cursores* de Su Santidad repartióla por todos los Palacios de los Eminentísimos Señores Cardenales, á los Reverendísimos Señores Arzobispos, Obispos, Auditores, Consultores y demás Ministros de Su Santidad para decirles los ornamentos que habían de vestir conforme á su oficio y dignidad, y fijarles la hora y sitio en que se habían de juntar.

Por ser pieza muy curiosa y muy correspodiente á esta historia, la ponemos á continuación debidamente vertida al castellano:

Domingo primero siguiente, segundo después de Pascua, que será el día 12 de este mes de Abril, á las siete de la mañana, nuestro Santísimo Padre, vestido de sacras vestiduras, saldrá del Sagrario Pontificio é irá á la Capilla de Sixto IV.

Los Eminentísimos y Reverendísimos Señores Cardenales á la misma hora irán al Palacio Vaticano por la calle del Borgo Pío y por la escalera del Atrio que vulgarmente se llama *Belvedere* ó *Buena Vista*, y subirán á Palacio; en su lugar señalado, vestirán capas de color rojo; y dejando éstas en la Sala Real, tomarán las vestiduras sagradas en este orden. Los Obispos vestirán pluviales; los Presbíteros casullas; y los Diáconos, dalmáticas: todos de color blanco con Mitras, y así vestidos esperarán en la Capilla Sixtina á que venga Su Santidad. De allí saldrán con Su Santidad los que han de suplicar

las Canonizaciones, por la plaza Mayor á la Basílica del Vaticano; y llevando en la mano diestra una antorcha encendida, irán delante de Su Santidad: y así se dará principio á la salida.

Llegando á la Basílica se pondrán de rodillas ante el Santísimo Sacramento, y harán una breve oración. El Santísimo Padre se sentará en su solio, y allí le darán la obediencia según costumbre: primero los Eminentísimos Señores Cardenales, luego todos los Obispos y los Penitenciarios de la Basílica, y asistirán á la función de los Bienaventurados Cayetano Tiene, Francisco de Borja, Felipe Benicio, Luís Bertrán y Rosa de Santa María, y también asistirán á la Misa que ha de celebrar Su Santidad.

Acabada la Misa, dejarán las sagradas vestiduras, volverán á tomar las capas; y después que Su Santidad haya delegado asimismo las sagradas vestiduras y fuere llevado en su silla á su Palacio, entonces cada uno podrá irse al suyo.

Quince de los Señores Cardenales, Obispos y Diáconos más antiguos de la Sacra Congregación de Ritos, y cada uno con dos Caballeros sus familiares, vestidos con ropas largas llevarán á Su Santidad, y con toda reverencia presentarán los ofertorios que se acostumbran.

Por la tarde á vísperas y la tarde de la misma Dominica, harán encender luminarias delante de sus Palacios, y por la noche que se adornen sus balcones con luces.

Se les intima á los señores Embajadores de los Reyes, y á los Varones del Solio, Conservadores de las ciudades de la jurisdicción, á los Obispos asistentes y no asistentes, Padres Penitenciarios de la Basílica de San Pedro, Protonotarios Apostólicos, Auditores de la Rota, Clérigos de Cámara, Abreviadores, Votantes, Refrendarios de ambas signaturas: que á las seis se hallen en la Capilla Sixtina, para asistir al solemne acto de la Canonización.

Los Obispos asistentes con casullas blancas y bonetes.

Los Protonotarios Apostólicos con capas.

Los demás Prelados que son Auditores de la Rota, Clérigos de Cámara, Abreviadores, Votantes, Refrendarios de una y otra signatura con Roquetes y Cotas.

Por mandamiento de nuestro Santísimo Señor:

Carlos Vicente Carcarasio.

La descripción de la solemne Canonización de nuestra Beata será asunto del capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXV.

Solemne Canonización de la Bienaventurada Rosa de Santa María.

Amaneció el dichoso día, domingo 12 de Abril de 1671, en que la Iglesia cantaba el Evangelio del Buen Pastor, y su Cabeza visible, atendiendo á tantos deseos y tantas súplicas de ambos mundos, enriqueció á la Orden de Predicadores con la Canonización del valenciano Fr. Luís Bertrán y de la limana Rosa de Santa María. Juntamente fueron canonizados Cayetano, fundador de Clérigos Regulares Teatinos; Felipe Benicio, fundor de la Religión de los Servitas ó Siervos de María, y Francisco de Borja, cuarto Duque de Gandía y General de la Compañía de Jesús. cuya vida escribió con elegante y pulido estilo el Rdo. P. Alvaro Cienfuegos, de la misma Compañía, después Cardenal de la Santa Romana Iglesia y Arzobispo de Monreal.

A las siete de la mañana se dió principio á la solemnidad con la procesión del Clero y Religiones por la Plaza de San Pedro, siendo llevado en andas Su Santidad con vela encendida en la mano. Una vez llegado al lugar prevenido en el Pórtico de la Basílica de San Pedro, donde delante del altar que estaba preparado para este acto se revistió de amito, alba, cíngulo, estola y capa pluvial de color blanco, y después de haber ministrado el incienso los dos Cardenales que hacían de Ministros, vuelta la cara al altar, teniendo el libro Monseñor Boblino Patriarca de Constantinopla, alumbrando con vela en la palmatoria Monseñor Crescencio Patriarca de Alejandrío, Prelados Asistentes vestidos con capa de coro, con la asistencia del Sr. Cardenal Barberino Obispo de Ostia y Decano del Sacro Colegio también con capa de coro: entonó el himno *Ave maris Stella,* el cual prosiguió la Capilla, estándose Su Santidad arrodillado hasta el fin de los cuatro primeros versos, junto con los Señores Cardenales, Prelados y demás de la Capilla. Luego levantóse Su Santidad, y siguió la procesión hasta la Iglesia.

Llegado Su Santidad á la Iglesia y bajando de la silla, fué á hacer oración al Santísimo Sacramento y después á los sepulcros de los Apóstoles San Pedro y San Pablo; luego entró en la Capilla y subió al Trono ricamente adornado para este solemne acto. Una vez llegado á él, sentóse en su silla, y luego le dieron la obediencia los Cardenales besándole la mano; los demás Obispos, Arzobispos y Patriarcas le besaron la rodilla, y los Penitenciarios el pie. Después el S. Fulvio Servancio, uno de los Maestros de ceremonias, y un Abogado Consistorial que había de hacer la instancia para la Canonización, acompañaron al Sr. Cardenal Altieri, Procurador de la Causa, y al Sr. Cardenal Portocarrero y al Embajador de Venecia en nombre del Rey Católico y de su Tío el Emperador; al llegar delante de las gradas del Trono Pontificio, se arrodilló el Abogado Consistorial é hizo la primera instancia para que Su Santidad se sirviera escribir en el número de los Santos á los dichos Bienaventurados, concluyendo con esta palabra *instanter:* con instancia. Oyendo Su Santidad la súplica, respondió por medio de su Secretario Monseñor Espínola *que deseaba consolarlos;* dijo algunas palabras en honra y alabanza de los cinco Bienaventurados, y que era necesario primero hacer oración implorando la luz del Espíritu Santo por medio de su intercesión, exhortando á todos en nombre de Su Santidad á invocar el auxilio de Dios en asunto de tanta monta. Bajó del Trono Su Santidad, y se puso de rodillas delante del altar, cantando luego los Músicos de la Capilla las Letanías de los Santos, acabadas las cuales Su Santidad volvió al Trono. Luego el Abogado Consistorial en nombre de los Señores Cardenales y Embajador renovó las instancias como la vez primera por medio de la palabra *instanter et instantius,* es decir, con instancia y con más instancia; y otra vez Monseñor Espínola respondió en nombre de Su Santidad *que deseaba consolarlos,* mas que era necesario, como negocio tan importante, encomendarlo á Nuestro Señor, y exhortó á que todos lo hiciesen. Bajó segunda vez del Trono Su Santidad, y se arrodilló ante el altar, y entonces el Cardenal que hacía de Diácono, vuelto al pueblo, dijo en voz alta *Orate,* y después de breve rato el Cardenal Subdiácono contestó diciendo: *Levate.*

Puesto en pie Su Santidad, llegaron los ya dichos dos Obispos Asistentes, y le sirvieron el libro y la palmatoria con vela encendida, y Su Santidad entonó el primer verso del himno *Veni Creator Spiritus;* estuvo de rodillas hasta el fin de los cuatro primeros versos, y después se levantó y puesta la tiara se subió al Trono. Acabado el himno y quitada la tiara, dijo Su Santidad el versículo y oración, asistiéndole los Obispos sobredichos y dos Acólitos con dos candeleros cuyas velas estaban encendidas. Acabada la oración y puesta la tiara, Su Santidad volvió á sentarse; y el Abogado Consistorial, arrodillado al lado del Sr. Cardenal Altieri, volvió á repetir la instancia con la fórmula acostumbrada: *Instanter, instantius, instantissime.* Entonces Su Santidad respondió por medio de su Secretario Monseñor Espínola que *tenía por conveniente que los dichos Bienaventurados Cayetano, Francisco de Borja, Felipe Benicio, Luís Bertrán y Rosa de Santa María fuesen puestos en el número de los Santos.* Trajéronle á Su Santidad el libro y palmatoria con luz los dos Obispos Asistentes, y pronunció la sentencia de la Canonización, que vertida á nuestro galano y rico idioma es como sigue:

A honor de la Santa é Individua Trinidad y exaltación de la Fe Católica, aumento de la Religión Cristiana, por la autoridad de Dios Omnipotente Padre, Hijo y Espíritu Santo y de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y Nuestra: después de madura deliberación y habiendo implorado muchas veces el socorro divino, y de consejo de nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, Patriarcas, Arzobispos y Obispos que se hallan en Roma, DEFINIMOS Y DECLARAMOS que los Bienaventurados Cayetano, Francisco de Borja, Felipe Benicio, Luís Bertrán y Rosa de Santa María son Santos y Santa: decretando que debe ser venerada todos los años el día de su fiesta con pía devoción por toda la Iglesia Universal, y de Rosa de Santa María será la fiesta de Virgen no mártir, el día 30 de Agosto. En nombre del Pa ✠ dre y del Hi ✠ jo y del Espíritu ✠ Santo. Amén.

El abogado en nombre del dicho Señor Cardenal Procurador dió las gracias á Su Santidad, suplicándole humildemente que se dignase mandar despachar las Bulas Apostó-

licas de la misma Canonización; á todo lo que Su Santidad respondió: *Decernimus* (1). El Señor Cardenal Procurador fué al Trono y besó la mano y la rodilla á Su Santidad, dándole muchas gracias. Oído todo esto por Monseñor Severoli, rogó a los Protonotarios que hiciesen las Actas de la Canonización para perpetua memoria. Dejó entonces Su Santidad la tiara, y con la asistencia de los Señores Cardenales Barberino, Decano del Sacro Colegio, y Asistentes, entonó el *Te Deum laudamus,* que continuó la Capilla y á que contestó el castillo de San Angelo con cien cañonazos, que es la salva de costumbre, y todas las campanas de Roma echadas á vuelo. Acabado el *Te Deum,* el Señor Cardenal que hacía de Diácono cantó el verso: *Orate pro nobis Beate Caietani, Francisce, Philippe, Ludovice et Rosa, alleluia;* y el Coro respondió: *Ut digni efficiamur promissionibus Christi:* Su Santidad cantó la oración de los cinco Santos: *Oremus. Magnificantes Domine clementiam tuam, suppliciter exoramus, ut qui hodie Sanctorum tuorum Caietani, Francisci, Philippi, Ludovici Confessorum, et Rossæ Virginis glorificatione lætificas, illorum etiam præsidio salves semper et munias. Per Christum Dominum nostrum. Amen.* Después el Señor Cardenal Azzolino delante del Trono cantó el *Confiteor,* añadiendo los nombres de los Santos canonizados después de *Petri et Pauli,* y Su Santidad dió la bendición solemne. Estando todavía en pie dijo con los Asistentes el *Padre nuestro* y *Ave María,* y entonó Tercia; y luego que los Cantores entonaron el Salmo *Legem pone...,* el Sumo Pontífice se sentó y tomó la tiara. Luego el Subdiácono Apostólico, con uno de los Cubilarios ó Camareros Secretos le puso las sandalias, y entretanto el Sumo Pontífice con los Asistentes rezó el Salmo LXXXIII para la preparación de la Misa, y concluída *Tertia,* cantó la oración del día y luego celebró de Pontifical. Dijo Su Santidad la Misa solemne, que fué de Dominica, y después de la oración propia añadió otra de los Santos últimamente canonizados, que es la que hemos puesto arriba; se cantaron dos Epístolas y dos Evangelios, uno en

(1) Lo decretamos.

latín y otro en griego, y se hizo el Ofertorio como se acostumbra en las Canonizaciones de los Santos.

Acabada la Misa dió Su Santidad la bendición al inmenso pueblo reunido en la gran Basílica, que se calculó en unas 50,000 almas, concediendo indulgencia plenaria á los que rogasen á Dios según la intención de Su Santidad, en cuyo nombre la publicó el Señor Cardenal Barberino.

Así concluyó la festividad de la Canonización de Santa Rosa de Lima.

CAPÍTULO XXVI Y ÚLTIMO.

Alegría universal por las Canonizaciones referidas en el capítulo anterior. Bula de Clemente X para la Canonización de nuestra Santa. Conclusión.

Las últimas palabras del capítulo anterior no quieren decir que la festividad de la Canonización de Santa Rosa concluyese con la Bendición Papal, que dió la Santidad de Clemente X á la apiñada multitud que llenaba la famosa Basílica. La función que en ésta se celebró era la parte intrínseca y esencial de la fiesta; pero la alegría de los fieles y el santo alborozo de la Religión de Santo Domingo, por haberse puesto en un mismo día en el catálogo de los Santos á dos de sus preciados hijos entre tantos y tantos que registra la historia de su Orden, necesitaba expansión y demostración exterior; y la tuvo muy cumplida no sólo en Roma hasta muy entrada la noche en las diversas Casas de la Orden, sino también en todos los Monasterios de ambos sexos que militan bajo del estandarte del gran héroe español Domingo de Guzmán y se cobijan debajo el purísimo manto de la Virgen del Rosario. Tarea difícil y prolija sería dar una reseña de las fiestas y regocijos que hubo aquella misma noche del 12 de Abril de 1671 en la

ciudad de Roma: Baste decir que la espontánea iluminación en los Palacios de los eminentísimos señores Cardenales, en el del ilustre señor Marqués de Astorga, Embajador de España, y en todos los Conventos de la Orden estuvo brillantísima. De Roma, como centro del Catolicismo, se encargó la fama de trasladar la alegre nueva á todas las capitales de Europa, llegando á Madrid la noticia el día 3 de Mayo. Las fiestas con que se celebró en España la venturosa nueva de contar entre sus ilustres hijos tres nuevos Santos, pedirían un libro de mayor volumen que el que vamos á concluir con este capítulo. Bastará recordar lo que dejamos referido al describir con alguna extensión las fiestas de la Beatificación de Santa Rosa, para formarse alguna idea de la grandeza y esplendor que revestirían las de la Canonización de dos hijos de Santo Domingo y de uno de los más preclaros de la Compañía de Jesús, tercer General.

Vamos á dar cima y coronar este humilde monumento que hemos venido levantando en honor de nuestra amada Santa Rosa de Santa María, ofreciendo á nuestros lectores el documento más interesante de esta verídica historia: *La* Bula de la Canonización de nuestra Rosa, que vertida en español es como sigue:

Clemente Obispo Siervo de los Siervos de Dios.

Para perpetua memoria.

El celestial Padre de Familias cuya naturaleza es bondad, cuya voluntad es poder y cuya obra es misericordia, luego que vió que los Indios convidados á la grande cena de su divinidad se excusaron por indignos, despachó á un criado fiel que por las plazas y calles le recogiese y trajese por convidados á su Mesa á cuantos hallase. Pero no contento ni con tanta multitud de pobres, ciegos y débiles, ni con tan crecida copia de baldados y tullidos, ni con los que estaban cerca ni con los que estaban lejos; mandó al mismo siervo que procediese hasta las últimas gentes y las convidase á todas para aquella mesa real en que estaban prevenidas no pocas viandas, sino todos los regalos, dulzuras y abundancias del cielo y de la tierra hasta llenarle de convidados el real Palacio. De todas partes: del Asia, del Africa y de Europa fué recogida

una grande multitud de Santos, varones y mujeres de toda edad, condición y grado. Sola la América yacía hambrienta y enferma, ni conocía el misterioso secreto del Señor que quiere la salud de todos, ni podía oir las voces del criado que llamaba, hasta que vino la plenitud de los tiempos, y por medio de los ministros fieles resonó la voz del Padre de familias en los oídos de los que yacían sentados en las tinieblas y sombras de la muerte, y fué llevado el Evangelio más allá de los ríos Indo y Ganges y el Ecuador, y por todos los ángulos del mundo buscados los Gentiles hambrientos, para que en el dispuesto convite de tan sabrosos y substanciales manjares se sentasen á comer con el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob en su Real Palacio. Finalmente, más allá de los confines de todo el antiguo Orbe en grandísima distancia, hasta las últimas del Océano Atlántico y hasta las postreras playas de las Indias Occidentales que cercan las inmensas orillas del mar que llaman Pacífico, una y otra vez obligó á aquel su fiel siervo, por el cual, como lo expone y explica el Máximo Doctor de esta Santa Romana Iglesia y nuestro Predecesor San Gregorio, se entiende la Orden de Predicadores, á que llegase al Perú, donde á una con aquellos que con su feliz entrada en aquella grande Región la sujetaron á Dios y á la Santa Iglesia Romana, entró la primera esta Orden, que por singular privilegio de esta Santa Sede Apostólica mucho ha que es conocida por el título de Predicadores, y antes que todas las otras anunció el santo Evangelio de Jesucristo á la gentilidad del Perú, siendo también la primera Religión, que con su sangre rubricó la palabra de la saludable predicación, convidando eficazmente á aquella gentilidad á la Cena del Cordero inmaculado; y con su palabra, trabajo y sangre cultivada aquella rica Región para alegrar de la Cena de la Iglesia Universal, así militante como triunfante, entre otras flores de cristiana piedad produjo una Rosa de muy suave olor á Dios, á los Angeles y á los hombres, dechado el más acabado de perfección evangélica y la primera que del Nuevo-Mundo se ha de poner en el catálogo de los Santos. Y como hubiese nacido y fuese dada para esto, el Dispensador de todos los bienes le llenó del espíritu de sabiduría y de inteligencia; y de tal manera la inflamó con el fuego de su caridad, que no sólo recreó con el olor sino que brilló con luz esplendente en aquella parte de la Casa de Dios que estaba en las tinieblas, para que resplandeciese como el lucero de la mañana entre tinieblas, como la luna en su plenitud en nuestros días y como el sol refulgente en perpetuas eternidades.

Juzgamos, pues, justo y muy conforme á la razón que aquella á quien Nuestro Señor Jesucristo, cuyas veces hacemos en la tierra, se dignó manifestar como Esposa suya muy amada y singularmente escogida y adornada con sus joyas y coronas: Nos, también, por la obligación de nuestro cargo en toda la Iglesia Universal á la cual presidimos sin méritos nuestros, la declaremos como Santa escogida por Dios y digna de veneración, para que desde el Oriente al Occidente todas las lenguas y todos los pueblos confiesen que el Señor siempre es grande en todas sus obras y muy digno de alabanza en sus maravillas, porque aun en nuestros días no nos faltaron sus misericordias; y aunque nos castigó como Padre, porque así lo exigen nuestras culpas, sin embargo no se olvida para siempre, sino que en nuestras angustias no deja de ampararnos con el auxilio continuo de sus amigos y escogidos, y nos fortalece y defiende con el patrocinio de sus méritos y sufragios; y para que conozcan los fieles de Cristo Nuestro Señor cuán grande sea este ejemplo de santidad que en el Nuevo Mundo en las presentes calamidades y peligros alumbró á toda la Iglesia; por esto determinamos manifestar en estas nuestras Letras sus dones más preciados, las virtudes y las acciones más heroicas entre muchas muy admirables que le comunicó el Señor, para que su santidad aprobada por esta Cátedra Apostólica brille siempre más y más en todo el mundo.

. . . .

. . . .

. . . . (1).

Resplandeciendo, pues, por todo el Orbe la Santidad de Rosa con estos y otros muchos milagros y pidiéndolo sus méritos, nuestro Predecesor el Papa Clemente IX, de feliz recordación, concedió que esta Sierva de Dios en todas las partes del mundo se invocase con el título de Bienaventurada; y celebrada con solemne rito su Beatificación, la declaró con Autoridad Apostólica por Patrona más principal de la ciudad de Lima y de todo el Reino del Perú, y mandó que su fiesta fuese de precepto para todos los moradores de dichas partes y que su nombre fuese puesto en el Martirologio Romano. Nos también, viéndola honrada y venerada en todas partes con mucha devoción y con mucho aplauso de todos los fieles, ex-

(1) Van suprimidos 58 párrafos de la Bula por ser resumen de la vida de la Santa; de otra suerte, repetiríamos lo que queda dicho en esta *Vida* y haríamos interminable este capítulo.

tendimos el mismo Patronato á todas las Provincias, Reinos, Islas y Regiones de toda la América, Filipinas é Indias; y habiendo formado nuevos Procesos con Autoridad Apostólica de aquellas cosas que habían sucedido después de Beatificada y aprobada su validez, y extendiéndose por todas partes los piadosos afectos de veneración y devoción de los pueblos, habiendo acaecido nuevos portentos y milagros, de los cuales después de un maduro examen, fueron aprobados cuatro por ser suficientes, á saber: dos del Proceso de Sena y otros dos del Proceso de Palermo. El primero en la persona de Juan Zelillo, preservado maravillosamente de la muerte que le amenazaba. A este, pues, había molestado cuatro meses continuos una calentura hética de tercera especie, que había pasado á marasmo, con llagas en el pulmón, tos que le hacía arrojar sangre corrompida, con corrosión de la garganta también ulcerada, á todo lo que se había añadido una fiebre pútrida y maligna; por lo que el enfermo, recibidos los Sacramentos de la Iglesia, habiendo llegado á la última agonía, quedó sin movimiento, cesóle el pulso de las arterias y unánimes tres médicos le dieron por muerto; mas habiendo implorado el poderoso auxilio de la Beata Rosa, tomó con una cuchara un poco de polvo de su sepulcro, y al punto recobró la salud enteramente. El otro en Cándida Rosetta, mujer del alférez español Luís Carvajal, la cual de un mal parto en que dió á luz el feto ya muerto, por los demasiados esfuerzos que hizo en tres días continuos para echar la placenta, junto con ella le salió fuera la madre, la cual con los fríos quedó después dura como mármol; luego se puso negro, horrible á la vista y del peso de tres libras. Así estuvo por ocho años con este tormento molestísimo, hasta que habiéndose aplicado sobre el vientre una estampa de papel de esta Bienaventurada, á quien Cándida se había encomendado con todo fervor, sintió de repente que la matriz había vuelto á su lugar; por lo que al punto se levantó de la cama sana y robusta, y fué vista saltar de gozo por la casa.

Otros dos milagros del Proceso de Palermo, conviene á saber, el uno en la curación admirable de Fr. Serafín Puglisi, de la Orden de Nuestra Señora del Carmen. Este varón religioso, abrasado mortalmente con una fiebre maligna, y al día diecisiete de la enfermedad desamparado totalmente de los médicos, que constantemente afirmaban que entre las nueve y diez de la noche siguiente había de espirar, y ya perdida el habla y la vista, luchando con la última agonía: así que imploró el socorro de la Beata Rosa, se le apareció visiblemente

y al mismo instante se levantó bueno, sano y robusto con asombro de todos. El último, finalmente, en Angela Gibaia con una calentura terciana doble, continua y maligna, con gran dolor de cabeza y de estómago y muchos flatos por espacio de veintisiete días cruelmente atormentada; al cabo desahuciada claramente del médico, se acercaba á grandes pasos á la muerte, y por espacio de seis horas llegó á estar en la última agonía, hasta que á persuasión de su madre invocó el auxilio de la Beata Rosa, y habiéndole untado el estómago, el cuello y el pecho con el aceite de la lámpara que pendía de su Altar, al instante se halló en cabal salud con total recobro de las fuerzas perdidas.

Y como no faltase cosa alguna de las que se requieren para la sacrosanta función de la Canonización de Rosa, Esposa muy amada de Cristo Nuestro Señor, conforme á la autoridad de los Santos Padres, decretos de los sagrados Cánones, antigua costumbre de la Santa Romana Iglesia y de lo mandado por los nuevos Decretos; rogándonos nuestros carísimos hijos en Cristo, Mariana, Reina Gobernadora, y también Carlos II, Rey de las Españas, toda la Orden de los Frailes Menores de Santo Domingo, el Reino del Perú y todas las Provincias de América; y llegándose á éstos los ruegos é instancias de nuestros Venerables Hermanos los Arzobispos y Obispos de los Reinos de España é Indias: juzgamos ser justo y debido que á la sobredicha Beata á quien el mismo Señor cada día glorifica más y más desde los Cielos, Nos también la veneremos, alabemos y glorifiquemos en la tierra. Por lo cual determinamos que en el presente día públicamente en la Sacrosanta Basílica del Príncipe de los Apóstoles, celebrado el Sacrificio de la Misa, se hiciese su Canonización. Y el mismo día en la dicha Sacrosanta Basílica Vaticana, en la cual con solemne rito, acompañado de los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, Patriarcas, Arzobispos y Obispos, y de nuestros amados hijos los Prelados de la Corte Romana, Oficiales y nuestros Familiares, y del Clero secular y regular y de mucha concurrencia del pueblo, estuvimos por la mañana; y repetidos por tres veces los ruegos y las instancias para el Decreto de la Canonización hechos á Nos por el amado hijo Luís del Título de Santa Sabina Cardenal Portocarrero, después de los sagrados himnos, letanías y otras oraciones, implorada como se acostumbra la gracia del Espíritu Santo.

A honor de la Santa é Individua Trinidad exaltación de la Fe Católica, por la autoridad de Dios Omnipotente Padre,

Hijo y Espíritu Santo, y de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y Nuestra; de consejo y unánime consentimiento de Nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, Patriarcas, Arzobispos y Obispos que se hallan en la Corte Romana: DEFINIMOS que la Beata Rosa de Santa María, Virgen de Lima, de cuya vida, santidad, sinceridad de fe y excelencia de milagros consta plenariamente, es SANTA, y DECRETAMOS que como tal debe ser inscrita en el catálogo de las Santas Vírgenes, como por el tenor de las presentes así lo DETERMINAMOS, DEFINIMOS Y CONFIRMAMOS; mandando y estableciendo que su memoria deba ser celebrada cada año entre las Santas Vírgenes por la Iglesia Universal el día 30 de Agosto. En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: Amén.

Con la misma Autoridad, á todos y cualesquiera que verdaderamente contritos y confesados todos los años en el día de la fiesta de la misma Santa Rosa visitaren el sepulcro donde descansa su cuerpo, les remitimos misericordiosamente en el Señor en la forma acostumbrada siete años y otras tantas cuarentenas de las penitencias que se les hubiesen impuesto y de otras en otra manera debidas. Después de todo esto, habiendo venerado con alabanzas y acciones de gracias á Dios Padre Eterno y al Rey de la Gloria Cristo Señor Nuestro Hijo sempiterno del Padre, y al Espíritu Santo Paráclito, y cantado solemnemente el sagrado himno *Te Deum;* hemos rogado con particular oración á honor de Santa Rosa por sus merecimientos, y celebramos Misa con conmemoración de la misma Santa en el Altar de San Pedro Apóstol, y concedimos Indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados á todos los fieles cristianos presentes.

Ahora, pues, por tan singular beneficio con toda humildad bendecimos y glorificamos á Dios Padre Omnipotente á Quien se debe bendición, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos; pidiendo á Su Majestad con ruegos continuos que por la intercesión de esta su escogida, apartando sus ojos de nuestros pecados, tenga piedad de nosotros y mire á nosotros á quienes ha manifestado su Misericordia en medio de su Templo, pues que nos ha dado un nuevo amparo de toda la América contra las antiguas asechanzas del demonio y los errores de la infidelidad, y á todos nos ha concedido ante Su Divina Majestad una Abogada y Protectora para la tranquilidad de la Santa Iglesia, aumento de la Fe católica, y luz y conversión de los infieles.

A más de esto, porque fuera cosa dificultosa que las presentes Letras fuesen presentadas á todos los lugares en que sería necesario, QUEREMOS que á sus trasuntos y ejemplares, aunque sean impresos, firmados de cualquier Notario público y sellados con el sello de cualquier persona constituída en eclesiástica dignidad, se les dé entera fe y crédito, como si las presentes originalmente fuesen exhibidas y presentadas.

A ninguno, pues, de los hombres sea lícito quebrantar este escrito de nuestra definición, decreto, confirmación, mandato, estatuto, concesión, disminución, liberalidad y voluntad, ó contradecirlo con temerario atrevimiento. Y si alguno presumiere intentarlo, entienda que incurrirá en la indignación de Dios Todopoderoso y de sus Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo. Dada en Roma en San Pedro, el día doce de Abril, año de la Encarnación del Señor mil seiscientos setenta y uno, y primero de nuestro Pontificado.

✠ YO CLEMENTE,
Obispo de la Iglesia Católica.

Siguen las firmas de treinta y cinco Cardenales.

«En la vida de Santa Rosa—concluímos con el Autor del compendio (1) citado á la pág. 156 de esta obra—hay mucho que aprender y que admirar, y mucho para alabar al Señor, Autor de todo lo bueno. Su penitencia es más admirable que imitable, y muestra cuanto puede la flaqueza humana, ayudada de la fortaleza divina; pues una Virgen tierna é inocente fué tan ingeniosa para afligirse, como los tiranos para atormentar á los Mártires, é hizo tanta penitencia, que puede competir con los Santos más penitentes que han poblado los desiertos. Las vírgenes pueden aprender de esta Virgen las virtudes de que se deben adornar (para no ser las vírgenes necias del Evangelio, sino las cuerdas y prudentes que esperan al Espíritu Santo para celebrar las bodas): la obediencia para con sus Padres, el amor para

(1) Es reimpresión de otro Compendio reimpreso en Barcelona por Manuel Texero, año de 1845.

con Dios, la ternura con María Santísima, la devoción para con los Santos, el retiro en su casa, el deseo de no ser vista, el aborrecimiento de los afeites y galas superfluas, que sólo sirven para deslucir la castidad propia y arriesgar la ajena, el huir el ocio que es origen de todos los males, el repartir el tiempo con Marta y María de manera que haya para la acción y no falte para la oración. Los varones se pueden confundir, viendo que se les adelanta una Virgen que sabe vencer al mundo, al demonio y á la carne, y finalmente á sí misma, cuando ellos se dejan vencer de sus deseos y pasiones, como cobardes, perdiendo la corona y el cielo, que arrebatan los esforzados y valerosos, que saben hacerse fuerza. Válganse los pecadores de la intercesión de esta Santa para salir de sus culpas, y los justos para crecer en justicia y santidad; y alabemos todos á Dios que se muestra tan admirable en sus Santos y adornó á Rosa de tantos dones, pidiéndole que por sus merecimientos nos haga en esta vida imitadores de sus virtudes, y en la otra partícipes de su gloria.»



ÍNDICE.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO SEGUNDO.

GLORIA PÓSTUMA DE SANTA ROSA DE SANTA MARÍA.

OBRAS DE AUTORES FRANCISCANO-CAPUCHINOS.

Apuntes biográficos del M. Rdo. P. Lorenzo de Mataró, capuchino, misionero de la República del Ecuador.—En 4.°, 75 céntimos. Por correo, 85.

Biografía hispano-capuchina dedicada á Nuestra Señora de Montserrat. Memorias históricas, recopiladas é ilustradas por fray C. de Ll. Cuadernos 1.° y 2.°.—En 4.°, 2'50 ptas. en rústica cada uno. Por correo, 15 cénts. más.

Breves soliloquios del alma con el Sagrado Corazón de Jesús, dispuestos para treinta y tres visitas, novena y otras devociones escogidas, por el P. José Calasanz de Llevaneras.—En 16.°, 25 céntimos en rústica, y 50 en tela. Por correo, 5 céntimos más.

Breves soliloquios del alma con San José, dispuestos para treinta y una visitas, triduo, novena y varias devociones.—En 16.°, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela. Por correo, 5 cénts. más.

Breves soliloquios del alma con Nuestra Señora de los Dolores, dispuestos para treinta y una visitas y otras devociones, por el P. J. C. de Ll.—En 16.°, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela. Por correo, 5 cénts. más.

Brevis notitia almæ Capuccinorum S. P. N. S. Francisci Bæticæ provintiæ in Hispania, auctore R. P. Fr. Nicolao Cordubensi. Opus editum et appendicibus adauctum à Fratre Provintiæ Hispanæ alumno.—En 4.°, 3'50 ptas. en rústica. Por correo, 15 cénts. más.

Compendio de elocuencia sagrada en cuarenta lecciones, compuesto por el P. Melchor de Tivisa.—En 4.°, 1'75 ptas. en rústica, y 2'75 en pasta. Por correo, 15 cénts. más.

Compendium Hermeneuticæ Sacræ B. M. V. dicatum, sive introductio ad omnes et singulos Scripturæ Sacræ libros hodiernis Biblicis cognitionibus adaptata. Opus omnibus sacris concionatoribus, examinandis, etc., valde inserviens. Auctore Fr. Josepho Calasanctio à Llevaneras.—En 8.° mayor, 2'50 ptas. en rústica, y 3'50 en pasta. Por correo, 15 cénts. más.

Compendium Theologiæ Dogmaticæ et Moralis Mariæ V. dicatema, sive Summa continens: 1.° Totam Theologiam scholasticam ad hodiernum sacræ scholasticæ statum accomodatam nec non doctrinam angelico-seraphicam. 2.° Omnes et singulas Theologiæ Moralis quæstionis præcipue practicas. Auctore P. Fr. Josepho Calasanctio à Llevaneras.—En 8.° mayor, 4 ptas. en rústica, y 5 en pasta. Por correo, 25 céntimos más.

Compendium Hermeneuticæ Sacræ B. M. V. dicatum, sive introductio ad omnes et singulos Scripturæ Sacræ libros hodiernis biblicis cognitionibus adaptata opus omnibus sacris concionatoribus, examinandis, etc. Auctore Fr. Josepho Calasanctio à Llevaneras, O. M. C. Editio tertia.—En 4.°, 2'50 ptas. en rústica, y 3'50 en pasta. Por correo 15 cénts. más.

Compendium Juris Canonici B. M. V. dicatum, sive summula continens scientiam, canonicam ad hodiernum jurisprudentiæ sacre statum accomodatam nec non novissimas Romanas declarationes, etc. Auctore Fr. Josepho Calasanctio à Llevaneras, O. M. C. Editio tertia.—En 4.°, 2'50 ptas. en rústica, y 3'50 en pasta. Por correo 15 céntimos más.

Breves soliloquios del alma con la Divina Pastora María Santísima, dispuestos para treinta y una visitas, Triduo, Novena y varias devociones, por el R. P. José Calasanz de Llevaneras, capuchino.—En 16.°, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela. Por correo 5 céntimos más.

Vida documentada del Beato Diego José de Cádiz, capuchino, por el P. Fr. José Calasanz de Llevaneras.—En 4.° mayor casi foleo, 5'50 ptas. en rústica, y 7 en pasta. Por correo 25 cénts. más.

Diurnale novissimorum sive brevissimæ considerationes circa novissima pro omnibus et singulis anni diebus et sententiis Patrum et Doctorum depromptæ ad utilitatem clericorum et concionatorum. Accedunt menses tres Eucharistici, cura et studio Sacerdotis O. M. C. —Un tomo en 16.°, 1 pta. en rústica, y 1'50 encuadernado. Por correo 10 cénts. más.

Compendium Theologiæ Moralis B. M. V. dicatum, sive summula continens omnes Theologiæ Moralis quæstiones præcipue practicas. Opus omnibus animorum pastoribus, examinandis, etc., valde inserviens Auctore Fr. Josepho Calasanctio à Llevaneras.—En 8.° mayor, 3 ptas. en rústica, y 4 en pasta. Por correo, 15 cénts. más.

Compendium Theologiæ Dogmatica B. M. V. dicatum, sive summula continens Theologiam scholasticam ad hodiernum sacræ scholasticæ statum accommodatam, nec non doctrinam angelico-seraphicam. Auctore Fr. Josepho Calasantio à Llevaneras.—En 8.° mayor, 2'50 ptas. en rústica, y 3'50 en pasta. Por correo, 15 cénts. más.

Compendium Theologiæ Ascetico-Mystice B. M. V. dicatum, sive institutiones Theologiæ Mysticæ fundamentalis quibus ordinariæ vitæ perfectionis principaliter perscrutantur. Auctore Fr. Josepho Calasantio à Llevaneras.—En 8.° mayor, 2'50 ptas. en rústica, y 3'50 en pasta. Por correo, 15 cénts. más.

La cuenta de conciencia, *las Confesiones y las Comuniones en las Comunidades religiosas,* por el M. Rdo. P. Pío de Langogne, vertida al español por el P. Fr. R. de M.—Comentario teológico-moral al Decreto *Quemadmodum* de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. La discreción con que se trata el grave asunto de disciplina canónica que en este opúsculo se expone, hácenlo recomendabilísimo á los encargados de la dirección de almas en Casas religiosas, y aún á los Superiores y Superioras de éstas á quienes de un modo particular se dirigió la Congregación en el citado Decreto.—En 8.°, 1 pta. en rústica, y 1'50 en tela. Por correo, 5 cénts. más.

Documenta regularitatis seu de agendis et fugiendis in fratrum regimine, à F. C. M. C.—En 16.° mayor, 1 pta. en media pasta. Por correo, 5 cénts. más.

Elogio al Rdmo. P. Fr. Pablo de Colindres, general de la Orden de Capuchinos, compuesto por el P. Fr. Samberto de Zaragoza. Nueva edición aumentada con la biografía del autor y varios apéndices por un Religioso de la provincia de España.—En 4.°, 75 cénts. Por correo, 10 cénts. más.

Encomia exhortatoria in honorem S. Felicis à Cantalicio, laici professi Ord. Min. Capulatorum. Occurrente III Centenario ab ejus obitu edita cura et studio Fr. Josephi Calasanctii à Llevaneras.—En 8.° mayor, 1'40 ptas. en rústica. Por correo, 10 cénts. más.

Flora oratoria seráfica, ó sermones predicados por diversos oradores de la antigua provincia Capuchina del principado de Cataluña, recogidos y coleccionados por el Rdo. P. Fr. Tomás de Arenys de Mar.—Cuatro tomos en 4.°, 10 ptas. en rústica, y 14 en pasta. Por correo, 50 cénts. más.

Florecillas del jardín de San Francisco. Datos sobre la vida y muerte de dos jóvenes capuchinos.—En 8.°, 50 cénts. Por correo, 55.

Guia práctica de los Hermanos de la V. O. T. de nuestro Padre San Francisco, por el P. J. C. de Ll., entresacada del *Ramillete espiritual* del mismo autor, que está agotado.—En 16.° mayor, 50 cénts. en rústica, y 75 en tela. Por correo, 5 cénts. más.

Los cinco Domingos de las sagradas llagas de San Francisco de Asís. Devoción enriquecida con cinco indulgencias plenarias por

Su Santidad León XIII. Por el P. J. C. de Ll.—En 16.°, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela. Por correo, 5 cénts. más.

Mariale quotidianum, sive brevissima Mariana obsequia per singulos anni dies distributa quibus SS. Dei Genitricis nomen et sublimitas Patrum et Doctorum encomiis celebrantur. Auctore Fr. Josepho Calasanctio à Llevaneras.—En 8.°, 3'50 ptas. en rústica, y 4'50 en piel. Por correo, 15 cénts. más.

Modelos de religiosa juventud formados en la escuela de San Francisco. Noticias edificantes coleccionadas y publicadas por el P. J. C. de Ll.—En 8.°, 75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—Por correo, 10 cénts. más.

Regla de la Orden Tercera de San Francisco llamada secular. (León XIII, Constit. *Misericors Dei Filius).*—En 32.°, 8 cénts.

Rosarito ó Corona de la Inmaculada Concepción.—Origen de esta devoción; modo de rezar el Rosarito; gracias espirituales que tiene concedidas, y bendición y algunas máximas de San Francisco.—Una hojita en 8.°, 1'50 ptas. ciento, y 12'50 millar.

Verdad de las traslaciones de la Santa Casa de Loreto, probada por la tradición, por el P. J. C. de Llevaneras. Traducida del latín por F. G.—En 16.°, 50 cénts. Por correo, 5 cénts. más.

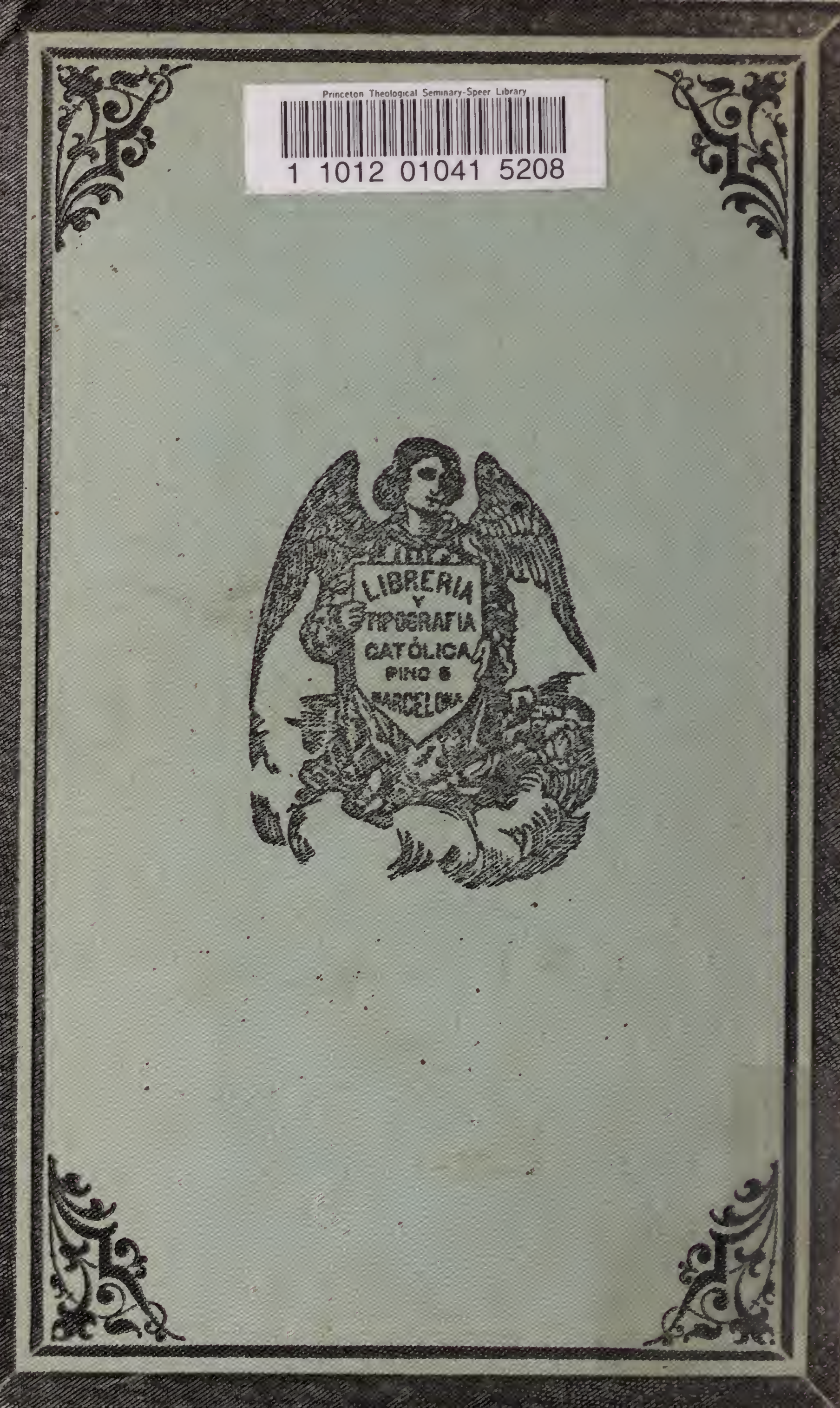
Vida de San Francisco de Asis, compuesta por el Rdo. Padre Fr. Leopoldo de Chérancé.—En 4.°, 3 ptas. en rústica, y 4 en tela. Por correo, 25 cénts. más.

Vida, virtudes y milagros de San Lorenzo de Brindis, general de la Orden de Capuchinos, por el P. Fr. Francisco de Ajofrici.—En 8.° mayor, 2 ptas. en rústica. Por correo, 15 cénts. más.

Vida y virtudes del V. P. Fr. Gabriel Maciá, de Canet, escrita por el P. Fr. Atanasio de Barcelona.—En 8.°, 50 cénts. en rústica. Por correo, 5 cénts. más.

Atendido el riesgo de extravío que corren los paquetes expedidos por correo sin certificar, suplicamos á nuestros favorecedores que, al anticiparnos el importe de su pedido, incluyan los 25 cénts. que vale el certificado, ó nos expresen su voluntad de que se afectúe el envío sin este requisito.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, número 5, Barcelona.


Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01041 5208
LIBRERIA
Y
TIPOGRAFIA
CATÓLICA
PINO 5
BARCELONA